

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO VINCULADO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TECNOLÓGICAS
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS DE POSTGRADO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

100

J. SAND

ESPERIDIOM

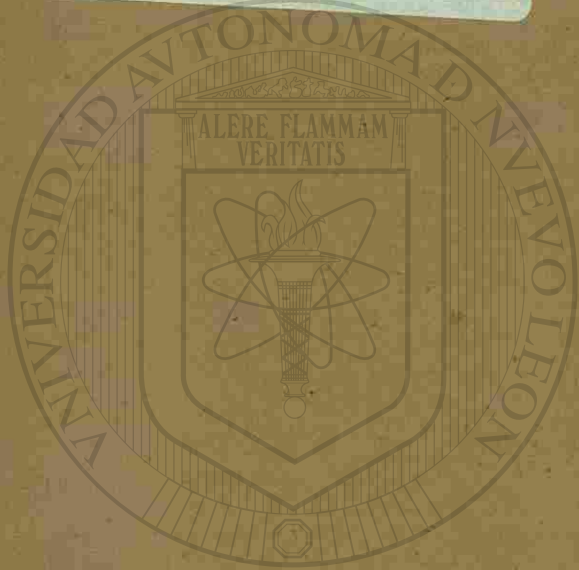
PQ2411

38

1874



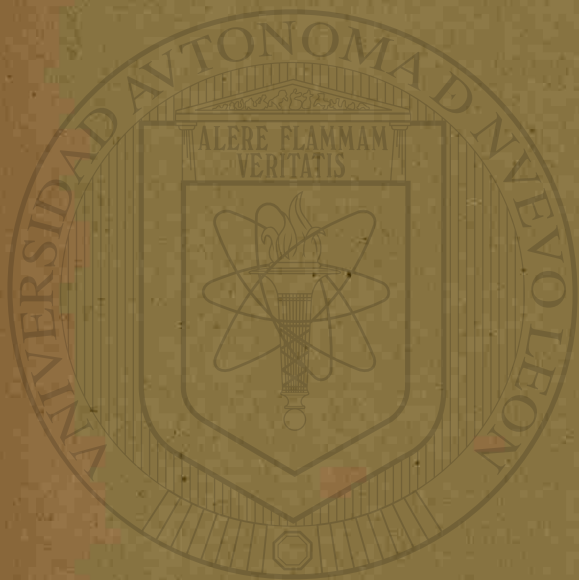
1020026801



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	N
Núm. Autor	52132e
Núm. Adg.	30732
Procedencia	8
Precio	
Fecha	
Clasificó	869
Catalogó	



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOVELA ORIGINAL
DE
Jorge Sand.



SPIRIDION

FONDO
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
RICARDO COVARRUBIA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO 86281
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

TRADUCIDA
POR

Matilde Ras de Martínez.

30732

843

S

PO 244

S8

1874



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAN MARTIN DE PROVENSALS

Establecimiento Tipográfico de Juan Torrents y Coral
 CALLE DEL TRIUNFO, NÚM. 4

1874

ADVERTENCIA DE LA AUTORA.

He escrito más de la mitad de Espiridion en la Chartreuse de Valdemosa. Este monasterio ruinoso en que la brisa se queja mansamente es de los lugares más románticos y ciertamente hubiese inspirado mejor, á un poeta de mas vuelos que yo. Por fortuna el placer de escribir no se mide por el mérito de la obra, sino por la emocion del artista. Sin preocupaciones dolorosas, me hubiera considerado feliz en la celda de un monge, en aquel sitio sublime, donde la casualidad ó mejor la necesidad resultando de la falta de otro asilo me condujo colocándome precisamente en el centro que convenia al tema de este libro comenzado en Nohan.

Jorge Sand.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO



Al Sr. D. Mariano Casanova.

Querido tío: por el cariño que siempre me has profesado, por los sacrificios que te ha costado no ya mi risueña infancia, sino mi triste viudez, bien mereces que te dedique trabajo de más monta que éste; pero hay tales puntas de semejanza entre tú y el protagonista de ésta obra, el padre Alejo, que he pensado no poderte dedicar nunca libro más apropiado.

Acepta pues ésta insignificante traducción no por lo que vale sino como testimonio de lo mucho que te quiere tu sobrina

Matilde Ras Martínez.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



PRÓLOGO DE LA TRADUCTORA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N. L.

Hace algunos años que leí la obra que hoy traducida ofrezco al público. No era yo entonces espiritista, ni católica, ni atea, ni cosa alguna. A diez y seis años habíame yo enterado de casi todas las producciones de Voltaire y esta lectura dió por resultado hacerme comulgar en su escuela. Esto es muy lógico. Era yo deísta, pero nada más; por consiguiente el libro de la eminente Jorge Sand aún llamándome extraordinariamente la atención por sus hechos extraordinarios admirablemente narrados, no varió mis ideas en materias de orden superior. Léjos estaba yo de creer entonces que los muertos pudieran comunicar con los vivos y cuando en alguna novela, aún con sus puntas y ribetes de filosofía, hallaba casos aislados de la comunión de ambos mundos, juzgábalos fantasías de exhuberante imaginación.

Andando el tiempo estudié á Kardec y no fué menester más para convencerme profundamente de que no en vano llamábase vates á los poetas, pues cantando lo pasado, poseían la sublime presciencia de lo porvenir y por intuición de su arte mágico,

penetraban allí donde no alcanzan los sábios, ni los grandes. Las obras didácticas de nuestro clarísimo maestro espiritista me demuestran cuán posible, fácil y verdadero es recibir influencias directas de los que fueron y ya no son. Entonces recordé con verdadera fruición las lecturas de mis años escolares que tan bien me habían preparado para recibir la nueva revelación, pues gracias á maestros ilustradísimos y á estudios por ellos dirigidos, yo creí muy firmemente desde mi adolescencia en la pluralidad de mundos habitados, desechando el cielo, el infierno, la predestinación, el pecado original, la teoría de la gracia y otras cosas de éste jaez, todo lo cuál hacia de mi espíritu un raro conjunto de espiritismo positivista con grandísima falta de fé en la inmanencia de Dios en el universo. Creía, si en un Creador de todas las cosas, pero creíalo por la irresistible fuerza de la razón, por esa lógica vulgar si se quiere, pero irrefutable, esa lógica que axiomáticamente afirma que no hay efecto sin causa. Yo poseía además el sentimiento de lo grande, de lo sublime y cuando extática contemplaba esos cerúleos espacios donde tantos globos giran eternamente sin chocarse, ni confundirse ¡oh! entonces decíame á mí misma que el autor de tan sabias maravillas, de tan altísimas manifestaciones, había de ser infinito en todo. Pero esta admiración no se extendía más allá y cuando volvía los ojos hácia la tierra, contemplaba sus repugnantes miserias, prorrumplía cuál otro discípulo de Voltaire en sardónica carcajada. Todo esto modificólo el espiritismo: con su conocimiento se despejó mi inteligencia, abrióse mi corazón, comprendí que todo bien viene de Dios

y todo mal nace de la limitación de nuestro ser y bendije aquella falange de espíritus adelantados que cantando, quizá solo por el gusto de cantar como cualquier ave canora, con sus creaciones libres y espontáneas empujaban la humanidad á sus futuros destinos.

Entre tales felices recordaciones, no olvidé el Espiridion de Jorge Sand, escrito como ella misma dice por el gusto de escribirlo, para olvidar preocupaciones dolorosas. Prometíme leerlo de nuevo y detenidamente cuando la ocasión se presentara, aunque el hallazgo no era fácil porque en España si bien tienen mucho curso las mas desatinadas novelas extranjeras vertidas á un bárbaro castellano, los libros filosóficos circulan poco. Sin embargo hará cosa de dos años vino á caer en mis manos el tan deseado libro, edición francesa y parecióme su lectura tan á propósito como preliminar de estudios serios espiritistas que me propuse traducirla creyendo servir á nuestra escuela. La coyuntura de verificarlo no se ha presentado hasta ahora, que estos negocios de libros espiritistas suelen ser ruinosos para quien los emprende, pero en fin salvando un sin número de inconvenientes presento hoy día la obrita traducida no dudando de que los espiritistas sabrán apreciar las bellezas de esta novela filosófica espiritista, cuando de espiritismo no se hablaba.

El argumento de Espiridion tiene mucho de filosófico y poco de novelesco; pero ora sus pensamientos traspasen las celestes alturas, ora rastreen por el suelo contándonos pasiones mezquinas y deleznales, las ideas son siempre de una magestad

grandiosa, el estilo hermoso arrebatador y salpicado de reflexiones que al mas ateo, al mas insensible le trasportan mas allá de las etéreas regiones do brillan lo eterno y lo ideal. El episodio de Cristoforo y su perrillo con el padre Alejo, hombre atormentado por una desmedida ambicion de sabiduría, es delicioso, conmovedor y prueba palmariamente que de ciencia sola, no puede nadie vivir. ¿Qué vale en efecto, como afirma el mismo padre Alejo, todo aquello que nos enseñan los sábios, si el corazon no palpita á impulsos del divino amor, traducido por nuestras simpatías hácia los pequeñitos, por nuestra emocion ante las producciones de la naturaleza, por nuestra abnegación hácia otro amigo y demás? ¡Estéril ciencia la de un sabio, vana filosofía la del mas profundo pensador si entre sus oscuros celajes no divisais aquellas nubes de grana y oro que encienden en los séres, el deseo de vivir en un eterno y perdurable amor! Tal lo siente el monge Alejo, algo tardiamente, pero ha habido tales vaivenes en su monótona existencia, aquella cabeza, aquel corazon serenos, autómatas en apariencia han luchado tanto que desesperanzados de conocer nunca la verdad científica, ni la verdad religiosa, se han entregado al sombrío abatimiento y han dudado de Dios. Por el estudio de la naturaleza es como el fraile vuelve otra vez á su Padre y secundado por espíritus superiores llega á conocer la verdadera religion del porvenir.

No parece sino que la insigne Jorge Sand haya querido concentrar en un solo individuo, los esfuerzos, los embates, los desengaños y los dolores de las generaciones en su constante evolucion hácia los

divinos ideales. ¿Y qué otra cosa ha hecho la humanidad sino creer ciegamente primero, dudar luego, extraviarse y llegar por fin á una creencia mas racional? Todo ello está personificado en la figura siempre magestuosa del padre Alejo, fraile, por fanatismo en un principio, por gusto despues, por fuerza últimamente. Es la primera época la de su fé ardiente; es la segunda la de su amor inmenso á la sabiduría; comprende que no es el claustro el fin, ni siquiera el medio del hombre, pero su inquieto deseo de saberlo todo, degenerando en orgullosa ambicion, lo vuelve egoista y le hace preferir la paz del claustro al silencio del mundo, pues opina que en el silencio de su celda puede dedicar todas sus fuerzas á su pasion favorita, el estudio, mientras que la sociedad lo distraeria. Aquí como se vé el sabio tuerce la vereda como tantas veces la ha torcido la humanidad. No comprende que el estudio es harto mas provechoso en la vida práctica que en el árido monaquismo. Por fin comprende su error y fluctua entre quedarse ó irse del convento, pero ya es viejo, ya pasaron aquellas repentinas revoluciones de la juventud y el dia que llega á cerciorarse de que el monaquismo no tiene razon de ser y ha muerto moralmente, es el último de su vida, cuando tiene en sus manos el manuscrito precioso del abad Espiridion, escrito por él mismo en el siglo XVI.

El que lleva por nombre el título de la obra no aparece pues en escena, ó mejor dicho aparece, pues se comunica frecuentemente con el padre Alejo, orgulloso descreido que apesar de tener mil y mil pruebas de la supervivencia del alma, de su constante comunión con los séres de este mundo, no

quiere creer en ello sino á medias. Como este hay muchos aún en nuestros tiempos. El lector encuentra á cada paso, casos de mediumnidad. Jorge Sand no pudo conocer el espiritismo y explica estos casos como puede, con grandes esfuerzos de imaginacion, pero queda clara y patente la comunicacion de los buenos espíritus. La autora rechaza la de los espíritus perversos, pero mal de su agrado cae en ella y pruébalo la espantosa vision que tiene el padre Alejo, cuando baja al sepulcro del abad Espiridion para sacar el manuscrito que el muerto guarda entre su pecho. En esta escena, la autora pretende personificar los crueles tormentos de los mártires, sus inmensas congojas morales; salen allí tambien los verdugos sedientos de sangre y de venganza atañeando el corazon de sus víctimas, destruyéndolas, vivificándolas de nuevo para volver á aniquilarlas; allí están las tiranias frente á los redentores. La vision es terrible, espeluznante y tan verídicamente narrada que suspen- de de espanto: no estuvieron mas real ni magistralmente descritos, los padecimientos del infierno por Dante; no podian estarlo porque el Dante cantaba el error en verso y Jorge Sand en clarísima prosa describe la verdad de lo que puede ser y es.

Apesar de esto no faltará algun lector que opine que el libro adolece quizá de poco práctico, achaque propio de la mayor parte de filosofías. El padre Alejo divaga mucho, mas ¿quién no ha divagado en materias religiosas? por cuantos sofismas y paralogismos no ha pasado la humanidad, ántes de abrigar una creencia racional respecto de los destinos del alma! Por fin la lectura del manuscrito de Espi-

ridion, del cuál solo se citan en la obra algunos pasajes, los mas salientes, ponen al padre Alejo en conocimiento de la verdadera religion del porvenir, que es la vaticinada por Cristo á la Samaritana: adoracion á Dios, en espíritu y en verdad, eliminacion de todo culto externo. En esto viene á parar el libro y el lector lo concluye sin cansancio porque los problemas mas árdulos están tratados en él con una poesia encantadora que escede á todo elogio, salpicada de oportunísimas reflexiones morales.

Angel, el discípulo del padre Alejo á quien van dirigidas todas estas enseñanzas es un personaje sumamente simpático, víctima de la ignorancia y de la maldad de los frailes, los cuales en pocas palabras están allí pintados de mano maestra. No es que la autora se entretenga en dar á conocer sus vicios; su obra aspira á fines mas altos, por lo tanto pasa sobre ellas como sobre ascuas; pero alguno que otro hecho, alguno que otro juicio y en especial los padecimientos del jóven Angel prueban que los frailes no han hecho sino emponzoñar al hombre desde su infancia, cortarle los vuelos del génio llenarle la cabeza de sofismas y hacer de él no un buen ciudadano, ni un amigo honrado sino un ser embrutecido por el fanatismo, vicioso, corrompido groseramente alegre ó incomodamente melancólico. ¡Ay del infeliz queno quiera sujetarse á tales inmoralidades, cuan amarga le hade costar su independencial bien lo supieron el padre Alejo y en especial el novicio Angel, alma efusiva; cariñosa nacida para amar y que en nuestro sentir representa el progreso, el porvenir de la humanidad. El padre Alejo ha llegado á conocer la verdad, pero ha gastado en su estudio tantas fuer-

zas que ya no le quedan tiempo, ni ánimo para ponerla en práctica. Quédase esto para su discípulo que mas feliz que el maestro porque es ya un espíritu mas adelantado, recogerá las verdades eternas con poco trabajo porque es de los humildes de corazón y no tiene que luchar contra la soberbia y el egoísmo. Puede decirse que Alejo es la personificación de los tiempos presentes y Angel la de los venideros. Nosotros sostenemos combate de titanes porque las fementidas enseñanzas de nuestra infancia, las funestísimas preocupaciones sociales ofuscan nuestra razón y túrbannos la conciencia; por eso no alcanzamos sino medianos resultados morales de nuestros conocimientos espiritistas, hay que dejar á nuestros hijos el triunfo de nuestros bellos ideales en el terreno de la práctica. Esta generación ha conocido la verdad, pero no tiene fuerzas para trazar sobre ella, su línea de conducta porque hoy imperan el orgullo, el egoísmo y la envidia. Los niños de este presente serán los Angeles de lo porvenir; nosotros solo podemos ser toscos obreros encargados de lo mas penoso, lo mas difícil, los principios pero sea lo que fuere, no desmayemos porque el trabajo es rudo, apliquémonos á limpiar nuestra alma de sus impurezas y no cejemos cueste lo que cueste porque como dice el mismo fraile Alejo: *«Por dolorosos que sean los suplicios que hayamos de sufrir buscando la verdad, nuestro deber es ir tras ella sin cesar.»*

Al proponerme la traduccion de este librito, pensé poner en él algunos comentarios, pero luego desistí de ello porque sé por experiencia que las citas, las notas y los apéndices suelen cansar al lec-

tor; además es preferible que cada cuál vaya juzgando con su propia razón y no por mis opiniones, que al fin y al cabo como personales y aisladas poco pueden valer. Si los lectores de esta obra aprecian su mucho fondo, sus buenas formas y la consideran como precursora del espiritismo digna de preparar el ánimo para estudios mas superiores, se dará por satisfecha la traductora y todos juntos bendiciremos á los que en el eterno camino del progreso dejan de sus pasos profundo surco. ¡Dichosos nosotros si con su ejemplo podemos dejar en él ligera huella!

Salamanca 3 Marzo de 1889.



ESPIRIDION.

Cuando entré en clase de novicio en el convento de los Benedictinos, contaba apenas diez y seis años. Mi carácter apacible y tímido pareció, al principio, inspirar confianza y afecto; pero poco tardé en advertir como la benevolencia de los hermanos se cambió en frialdad: el padre tesorero, único que conservó algun interés hácia mí, me llamó varias veces aparte para decirme reservadamente que si no me vigilaba á mí mismo perderia el favor del prior.

Inútilmente le rogué que se explicára; colocaba un dedo sobre sus labios y alejándose con aire misterioso, solo me contestaba:

Bien sabeis querido hijo, lo que quiero decir.

En vano traté de inquirir en que consistia mi crimen. Despues del mas escrupuloso exámen, érame imposible descubrir yerros bastante graves para merecer reprehension. Transcurrieron semanas y meses y la tácita reprobacion que sobre mí pesaba no

se mitigó. Inútilmente redoblaba mi fervor y mi celo; en vano velaba cuidadosamente sobre todas mis palabras y sobre todos mis pensamientos; de nada me servia ser el mas asiduo en los oficios y el mas ardiente en el trabajo; la soledad ensanchaba su círculo á mi alrededor; todos mis amigos me habian abandonado, nadie ya me dirigia la palabra. Los novicios menos regulares y merecedores parecian arrogarse el derecho de despreciarme; algunos llegaban á recoger los pliegues de su hábito al pasar por mi lado, como si temiesen el contacto de un leproso. Aunque recitase mis lecciones sin equivocarme una sola vez, aunque hiciese muy grandes progresos en el canto, profundo silencio reinaba en las salas de estudio, cuando mi tímida voz dejaba de resonar en la bóveda. Ni doctores, ni maestros me dirigian nunca una mirada de estímulo, mientras que novicios indolentes ó desaprovechados, veíanse colmados de elogios y recompensas. Cuando pasaba por delante del prior, desviaba la cabeza hácia otro lado como si mi saludo le causara horror.

Examinaba yo todos los movimientos de mi corazon y me interrogaba severamente para averiguar si el orgullo herido no tenia parte alguna en mis padecimientos; pero cabíame la satisfaccion de no haber perdonado medic alguno para combatir todo sentimiento de vanidad; sentia que mi corazon estaba tristísimo, profundamente tristísimo por el aislamiento á que se le habia condenado, por la falta de cariño y no por falta de diversiones ó de lisonjas.

Resolví acogerme al apoyo del único religioso que no podia esquivar, ni desatender mis confiden-

cias, mi confesor. Echéme á sus piés, y exúpsele mis dolores, mis esfuerzos para merecer suerte menos rigorosa, mis combates contra el espíritu de amargura que empezaba á nacer en mí, pero cuál fué mi consternacion cuando en tono glacial me contestó:

—Mientras no me abrais vuestro corazon con entera sinceridad y perfecta sumision, nada podré hacer por vos.

—¡Oh padre Hegesipo! contestele, podeis ver la verdad en el fondo de mi alma, pues nunca os he ocultado cosa alguna de cuanto en ella acontecia.

Levantóse entonces y me dijo con terrible acento:

—¡Miserable pecador, alma vil y perversal! bien sabeis que me ocultais un secreto formidable, que vuestra conciencia es abismo de iniquidades. Pero no engañareis á Dios, ni evitareis su justicia. Retiraos, apartaos de mí; no quiero escuchar mas tiempo vuestras hipócritas quejas. Hasta que la contricion haya hallado cabida en vuestro corazon, hasta que por medio de una sincera espiacion hayais borrado las manchas de vuestra alma, os prohibo acercaros al tribunal de la penitencia.

—¡Oh! padre! padre mio! exclamé, no me rechaceis así, no me reduzcais á la desesperacion, no me hagais dudar de la bondad de Dios y de la sabiduria de vuestros juicios. Soy inocente ante el Señor, apiadaos de mis padecimientos...

—¡Reptil audaz, gritó con voz de trueno, gloriáte de tu perjurio é invoca el nombre del Señor para apoyar tus falsos juramentos; pero déjame, apártate de mi vista, tu obstinacion me causa horror!

Hablando de esta suerte tiró de su hábito que tenia entre mis manos suplicantes. Asime á él con una especie de locura, pero me rechazó con toda su fuerza y caí de bruces en el suelo. Alejóse, cerrando tras si con violencia la puerta de la sacristía en donde tenia lugar esta escena quedando todo en la mas profunda oscuridad. Sea por la violencia de mi caida, sea por el exceso de mis pesares, se me rompió una vena de la garganta y tuve una hemorragia. Fueme imposible levantarme, me sentí desfallecer rápidamente y bañado en mi sangre, caí sin sentido sobre el pavimento.

Ignoro cuánto tiempo permanecí de este modo. Cuando empecé á volver en sí, sentí un fresco agradable; la brisa armoniosa parecia juguetear á mi alrededor, secaba el sudor de mi frente y movia blandamente mis cabellos; luego, creia oirla alejarse con un sonido vago, imperceptible, murmurando no sé que débiles palabras en los ángulos de la sala y volver hácia mí como para darme fuerzas y persuadirme á levantarme.

Sin embargo no podia determinarme á ello: experimentaba inesplicable bienestar y escuchaba con una especie de pacífica aberracion el susurro de aquel soplo de verano que se deslizaba furtivamente por las rendijas de una persiana. Entonces me pareció oír salir una voz del fondo de la sacristía, pero eran tan débiles sus acentos que no podia distinguir las palabras. Quedeme inmóvil concentrando toda mi atencion. La voz parecia elevar una de esas plegarias entrecortadas que se llaman oraciones jaculatorias. Por fin pude comprender claramente estas palabras: *Espíritu de Verdad, levanta las*

victimas de la ignorancia y de la impostura. Padre Hegesipo, dije con imperceptible voz ¿sois vos que acudís á mí? Pero nadie contestó. Levanteme apoyándome en las manos y las rodillas, escuché aún, mas nada oí. Púseme en pié y paseé la vista á mi alrededor; habia caído tan cerca de la única puerta de aquella salita, que nadie, despues de la salida de mi confesor, hubiese podido entrar sin pasar por encima de mi cuerpo; además esta puerta solo se abria hácia adentro por medio de un pestillo de antigua forma. Toquele y asegúreme de que estaba cerrado. Un terror violento se apoderó de mí y me quedé unos momentos sin atreverme á dar un paso. Arrimado de espaldas á la puerta, procuré traspasar con la vista, la oscuridad en que estaban envueltos los ángulos de la sala? Una ventanilla cerrada daba paso á un pequeño y pálido rayo de sol y el viento agitando el postigo engrandecía y achicaba sucesivamente la rendija que daba paso á tan débil luz, alumbrando el reclinatorio coronado con una calavera, algunos libros esparcidos por el suelo y una alba colgada en la pared. Todos estos objetos parecían moverse al unísono de la hojarasca que el aire agitaba detrás de la ventana. Cuando me convencí de que estaba solo, me avergoncé de mi miedo, hice la señal de la cruz y me dispuse á abrir el postigo, pero un profundo suspiro salido del reclinatorio me clavó en el sitio. Yo veía bastante bien el reclinatorio para estar bien cierto de que no habia nadie en él. Una idea que hubiese debido concebir mas pronto me infundió valor; álguien podia hallarse en la parte de afuera de la ventana, rezando, sin pensar en mí. ¿Pero quién tenia bastante atrevi-

miento para emitir votos y pronunciar palabras como las que habia oído?

La curiosidad, única pasión y única distracción consentida en el elastro, se apoderó de mí. Adelanteme hácia la ventana, mas apenas habia dado un paso, cuando una sombra negra desprendiéndose, á mi parecer, del reclinatorio, atravesó la sala dirigiéndose á la ventana y pasó delante de mí como un relámpago. Tal fué la rapidez de este movimiento que no tuve tiempo de evitar lo que yo tomaba por un cuerpo y mi terror fué tan grande que estuve á pique de perder el sentido nuevamente. Pero nada mas ví y como si yo hubiese sido atravesado por la sombra, desapareció á mi izquierda.

Corrí hácia la ventana y empujé el postigo precipitadamente, recorrí con los ojos, la sacristia. Estaba enteramente solo. Paseelos por el jardin, estaba desierto, solo el viento del mediodia balanceaba graciosamente las flores. Cobré ánimo y empecé á examinar los rincones de la sala, miré la parte posterior del reclinatorio que era muy grande. Saqué las vestiduras sacerdotales colgadas de la pared, pero todo se halla en su estado ordinario y nada pudo darme explicacion de cuánto habia sucedido.

La vista de la sangre que habia perdido me indujo á creer que mi cerebro debilitado por la hemorragia habia sido juguete de alguna alucinacion y retireme á mi celda donde permanecí encerrado hasta el dia siguiente.

Dia y noche paselos llorando. La inanición, la pérdida de sangre, los terrores de la sacristia, habian quebrantado todo mi sér. Nadie vino á soco-

rrerme, ni á consolarme, ninguno se curó de mi existencia y desde mi venta ví á los novicios despar-ramarse por el jardín. Los perros grandes, fieles guardianes del convento, corrieron alegremente á su encuentro y recibieron de ellos mil caricias. La vista de aquellos animales, cien veces mejor tratados que yo y otras tantas mas dichosos oprimió dolorosamente mi corazón.

Tenia demasiada fé en mi vocacion para concebir ideas de rebelion ó de fuga. Acepté esas humillaciones, esas injusticias y ese abandono como una prueba enviada del cielo, como ocasion propicia de contraer méritos para llegar á él. Postreme y oré, golpeé mi pecho, encomendé mi causa á la justicia divina y á la proteccion de los santos y al amanecer gusté de un dulce reposo. Desperteme sobresaltado por un sueño. Habiáseme aparecido el padre Alejo el cuál sacudiéndome violentamente me repitió con corta diferencia las mismas palabras que el sér misterioso me habia dicho en la sacristía.

—Levántate, víctima de la ignorancia y de la impostura.

¿Qué relacion podia tener el padre Alejo con esa reminiscencia? Ninguna. Solo que la vision de la sacristía me habia preocupado mucho en el momento de dormirme y precisamente en ese instante desde mi lecho ví entrar al padre Alejo que venia del jardín, al ponerse la luna, una hora poco mas ó menos antes de amanecer. Este paseo matutino del padre Alejo no me habia sorprendido como un hecho extraordinario. El padre Alejo era el mas sábio de nuestros monges; gran astrónomo, tenia á su cargo la conservacion de los instrumentos de fisica y de geometría

de que estaba bien proveido el convento. Pasaba parte de la noche haciendo experimentos y contemplando los astros; iba y venia á cualquier hora sin tener obligacion de asistir á los oficios, estando dispensado al propio tiempo de bajar á la iglesia para maitines. Pero habiendo mi sueño traídolo á mi imaginacion púseme á cavilar que era un hombre raro, siempre preocupado, amenudo ininteligible en sus palabras, vagando sin cesar por el convento como alma en pena; en fin discurrí que muy bien pudiera ser él quién el dia anterior, apoyado en la ventana de la sacristía, murmuraba una fórmula de invocacion y habia hecho pasar su sombra por la pared sin sospechar mis temores. Resolví preguntárselo y reflexionando sobre el modo con que acogeria mis preguntas me atreví á provechar este pretexto para trabar conocimiento con él. Acordeme de que este sombrío anciano era el único de quien no habia recibido insulto mudo ó verbal; nunca se habia apartado de mí con horror, parecia ser absolutamente extraño á todas las resoluciones que se tomaban en la comunidad. Verdad es que nunca me habia dirigido una palabra amiga, que nunca su mirada se habia encontrado con la mia, que ni tan siquiera parecia acordarse de mi nombre, pero tampoco guardaba mas atenciones con los otros novicios. Vivía en un mundo aparte, absorto en sus especulaciones científicas. Ignorábase si era piadoso ó indiferente, nunca hablaba mas que del mundo exterior y visible; del otro parecia cuidarse muy poco. Nadie decia bien ni mal de él y cuando los novicios se permitian alguna pregunta sobre él, los monges les imponian silencio, severamente.

Si le confiase mis tormentos pensaba yo, tal vez me diera algun consejo útil; quien sabe si él que pasa la vida tan solo se emocionaria de ver, por vez primera, á un novicio acercársele y pedirle favor. Los desgraciados se buscan y se comprenden. Quizá él tambien sea infeliz y simpaticice con mis dolores. Levanteme y ántes de ir á buscarle entré en el refectorio. Un lego partia pan, pedile y me arrojó un mendrugo como lo hubiera hecho á un animal importuno. Hubiera preferido una injuria á tan muda y brutal compasion. Considerábame indigno de oír la voz humana y se me arrojaba el alimento al suelo, como si en mi abyeccion se me hubiese reducido á arrastrarme con los animales. Cuando hu- be comido este amargo pan humedecido con mis lágrimas, me llegué á la celda del padre Alejo. Esta- ba situada léjos de las demás, en la parte mas alta del edificio al lado del gabinete de fisica. Llegábase á ella por un estrecho balcon suspendido al exterior de la cúpula. Llamé, nadie me contestó y entré. En- contré al padre Alejo dormido en su poltrona con un libro entre manos. Su fisonomía sombría y pen- sativa hasta en el sueño, estuvo á punto de echar á perder mi resolucion. Era un anciano de estatura re- gular, ancho de espaldas, encorvado mas por el es- tudio que por el peso de los años; su calva cabeza estaba cubierta aún hácia el occipucio por negros y encrespados cabellos; sus facciones aunque enérgi- cas no carecian de finura; en su macilento rostro notábase un conjunto inexplicable de decrepitud y de fuerza viril.

Pasé por detrás de su sillón sin hacer ruido al- guno, temiendo enojarle despertándolo bruscamente;

apesar de mis precauciones, notó mi presencia y sin levantar su grave cabeza, sin abrir sus hundidos ojos, sin manifestar descontento ni sorpresa me dijo:

—Te oigo.

—Padre Alejo.... le dije con tímida voz.

—¿Por qué me llamas padre? repuso sin cam- biar de tono, ni de actitud; no acostumbras á llama- rme así. No soy tu padre, ántes bien tu hijo, aún cuando esté marchito por la edad, mientras que tu permaneces eternamente jóven y eternamente her- moso.

Tan extraño discurso perturbaba todas mis ideas; guardé silencio y el monge añadió:

—Pues bien habla, te escucho. Bien sabes que te amo como al hijo de mis entrañas, como al padre que me dió el sér, como el sol que me alumbra, como al aire que respiro y mas que á todo esto aún.

—¡Oh! padre Alejo le dije asombrado y conmo- vido al oír salir palabras tan suaves de tan rígida boca, no es á mí, misera criatura, á quien se dirigen tan tiernos sentimientos. No soy digno de semejan- te afecto, ni tengo la dicha de inspirarlo á nadie, pero ya que os sorprende en medio de un sueño fe- liz, puesto que el recuerdo de un amigo alegra vuestro corazon, séame propicio vuestro despertar, buen padre Alejo, que vuestra mirada caiga sobre mí sin cólera, que vuestra mano no rechace mi hu- millada cabeza cubierta con las cenizas del dolor y de la expiacion.

Hablando así, arrodilleme á sus piés y esperé que dirigiese sus ojos hácia mí. Mas apenas me vió,

se levantó poseído á un mismo tiempo, de furor y de espanto. El fuego de la ira brillaba en sus ojos, un sudor frio corria por sus despejadas sienes.

—¿Quién sois? exclamó. ¿Qué me quereis, qué venís á buscar aquí? No os conozco.

Vanamente procuré calmarle con mi humilde postura y con mis miradas suplicantes.

Sois un novicio, prosiguió y yo nada tengo que ver con ellos. No soy ni director de conciencias, ni dispensador de favores. ¿Por qué venís á expiarme durante mi sueño? No sorprendereis el secreto de mis pensamientos. Volved hácia los que os envian, decidles que poco me queda ya que vivir y que pido se me deje tranquilo. Salid, salid, tengo que trabajar. ¿Por qué habeis violado la consigna que prohíbe acercarse á mi laboratorio? Exponéis vuestra vida y la mia; idos pues.

Obedecí tristemente y me retiré á paso lento por la galeria exterior, desanimado y quebrantado por el dolor. El padre Alejo me habia seguido hasta afuera para cerciorarse de que me marchaba. Cuando llegué á la escalera me volví y vile de pié con los ojos inflamados y los lábios contraídos aún por la desconfianza. Con un gesto imperioso me ordenó alejarme. Procuré obedecerle, mas no tenia fuerza para andar, ni tan siquiera para vivir. Perdí el equilibrio, rodé algunos escalones y en mi caída estuve á pique de verme arrastrado por encima de la barandilla y caer desde lo alto de la torre al suelo, haciéndome añicos en el pavimento.

El padre Alejo dió un salto hácia mí con la fuerza y la agilidad de un gato. Me cogió y sosteniéndome en brazos.

¿Que teneis pues, me dijo con tono áspero, pero lleno de solicitud. ¿Estais enfermo, desesperado, loco?

Baluceé algunas palabras y ocultando mi cabeza en su pecho, me deshice en lágrimas. Cogióme entónces como si fuese un niño de cuna y me colocó en su poltrona, frotó mis sienes con un líquido espirituoso y humedeció con él mis narices y mis frios lábios. Despues viendo que recobraba los sentidos me preguntó con agrado. Entónces le abrí mi alma; contéle las angustias á las cuales me abandonaban, hasta rehusarme el socorro de la confesion. Protesté de tales iniquidades; probé mi inocencia; mis buenas intenciones, mi paciencia y quejeme amargamente de no tener un solo amigo que me consolase y me fortaleciese en esta prueba superior á mis fuerzas.

Escuchóme al principio con un resto de temor y de desconfianza; poco á poco iluminóse su austera frente y al concluir la relacion de mis penas, gruesas lágrimas corrian por sus chupadas mejillas.

—¡Pobre niño, me dijo, hé ahí lo que me han hecho sufrir á mí! ¡Víctima, víctima de la ignorancia y de la impostura!

A estas palabras creí reconocer la voz que habia oido en la sacristia y cesando de inquietarme por ello, no pensé en pedirle explicaciones de esta aventura; tan solo me llamó la atencion, el sentido de esta exclamacion y viendo que permanecia ensimismado, le supliqué me dejase oír otra vez su voz amiga, tan cara á mi corazon en medio de mi angustia.

—¿Jóven, comprendisteis lo que haciais cuan-

do entrasteis en el claustro? ¿Os dijisteis que ibais á encerrar vuestra juventud en la noche de la tumba, resolviéndoos á vivir en brazos de la muerte?

—¡Oh! padre le dije, lo he comprendido, lo he resuelto, lo he deseado, lo deseo aún; pero era para la vida del siglo, para la vida de la carne; para la que consentia morir.

—¡Ah! tu has creído hijo que se te dejaría la del alma ¿te has entregado á los frailes y has podido creerlo?

—He querido dar vida á mi alma, he tratado de elevar y de purificar mi espíritu, á fin de poder vivir por Dios en el espíritu de Dios, pero hé aquí que en lugar de acogerme y de ayudarme se me arranca violentamente del seno de mi padre y se me deja en las tinieblas de la duda y de la desesperacion.

—*¡Gustaus, gustavi paululum mellis el ecce morior!* dijo el monge con aire sombrío, sentándose en su cama, y cruzando los brazos sobre su escuálido pecho, cayó en profunda meditacion.

Después levantándose y andando precipitadamente, me preguntó:

—¿Como os llamas?

—Hermano Angel para servir á Dios y honraros, contesté; pero no escuchó mi respuesta y después de un momento de silencio añadió:

—Os habeis equivocado: si quereis ser monge, si tratais de habitar el claustro, es preciso que cambiéis todas vuestras ideas, de lo contrario *¡morireis!*

—¿Debo morir pues por haber probado la miel de la gracia, por haber creído, por haber esperado, por haber dicho: «Señor, amadme.»

—¡Si, por eso morireis, repuso con fuerte voz y paseando á su alrededor selváticas miradas, y cayó otra vez en su delirio sin hacer caso de mí. La permanencia á su lado empezaba á hacérseme penosa; sus entrecortadas palabras, su aspecto áspero y desazonado, aquellos intervalos de sensibilidad, seguidos al momento de profunda indiferencia, todo en él tenia el carácter de alienacion. De pronto reiteró su pregunta y me dijo con un tono casi imperioso:

—¿Vuestro nombre?

—Angel contesté con suavidad.

—¡Angel! exclamó mirándome con aire inspirado. Háceme pronosticado: «Hacia el fin de tus dias te será enviado un ángel; le reconocerás por la flecha que le atravesará el corazon. Se te presentará y te dirá:

Arráncame esta saeta que me da la muerte... y si lo ejecutas caerá enseguida la que te dilacera, se cerrará tu llaga y vivirás.

—Padre, le dije, no conozco este texto, no lo he encontrado en ninguna parte.

—Es que tu sabes pocas cosas, me contestó poniendo amistosamente la mano sobre mi cabeza; es que no has encontrado aun la mano que ha de sanar tu herida; pero yo comprendo la palabra del *Espíritu* y te conozco. Tu eres el que debía presentármeme; te reconozco ahora; tu cabellera es rubia como la cabellera del que te envia. Hijo, bendito seas y cúmplase en tí el poder del Espíritu.... Tu eres mi querido hijo y de hoy en adelante tu solo gozarás de todo mi cariño.

Estrechóme sobre su seno y habiendo levanta-

do los ojos al cielo, pareció sublime. Su fisonomía tomó una expresión solo comparable á la que habia visto en las cabezas de santos y apóstoles en los cuadros maestros que adornaban las paredes del convento. Lo que habia juzgado extraviado adquirió á mis ojos el carácter de la inspiración. Creí ver un arcángel y doblando la rodilla prosternéme á sus piés.

Colocó entonces sus manos sobre mi cabeza, diciendo:

—Cesa de padecer; deje de rasgar tu alma la acerada saeta del dolor, no hiera mas tu pecho el emponzoñador dardo de la injusticia y de la persecución, no por mas tiempo humedezca insensibles mármoles la sangre de tu corazón. Sé consolado, sé curado, sé fuerte, sé bendecido. Levántate.

Verifiquélo y senti mi alma inundada de tal consuelo y mi espíritu fortalecido por una esperanza tan viva, que exclamé:

Sí, háse cumplido en mí un milagro y reconozco ahora que sois un santo ante el Señor.

—No hables así hijo mio de un hombre débil y desdichado, me dijo con tristeza; soy un ser ignorante y limitado, de quien algunas veces ha tenido compasión el *Espíritu*. Alabado sea ahora, pues he tenido el poder de curarte. Vé en paz, sé prudente, no me hables en presencia de persona alguna y venme á ver siempre á escondidas.

—No me despedais aun, padre, le dije: ¿quién sabe cuando podré volver? Hay castigos tan severos para los que se acercan á vuestro laboratorio, que quizá trascorra mucho tiempo ántes de poder disfrutar de nuevo del encanto de vuestras palabras.

—Es preciso que te deje y que *consulte*, repuso el padre Alejo. Es muy posible que se te persiga por el cariño que vas á depositar en mí, pero el Espíritu te dará fuerza para vencer todos los obstáculos, pues me ha predicho tu venida y lo que debe cumplirse *está dicho*. Sentóse en su poltrona y cayó en profundo sueño. Largo rato contemplé su cabeza, en la que se veía impresa una serenidad de sobrenatural belleza, sumamente diferente en aquel momento de lo que me habia parecido al principio; besé despues respetuosa y amorosamente la punta de su hábito pardo y me retiré sin hacer ruido. Cuando cesé de experimentar el embeleso de su presencia, parecióme un sueño cuanto acababa de pasar entre los dos. Yo tan creyente, tan ortodoxo en mis estudios, yo á quien la sola palabra de herejía me hacia estremecer de espanto y de horror ¿por qué frases habia sido fascinado y en qué forma habia dejado unir clandestinamente, mi destino á aquel destino desconocido? Alejo me habia inspirado el espíritu de desobediencia contra mis superiores, contra esos hombres á quienes debia creer y habia creído siempre infalibles.

Hábame hablado de ellos con profundo desprecio, con un odio concentrado y me habia dejado sorprender por las imágenes y la oscuridad de su lenguaje. Mi memoria reproducía ahora todo lo que hubiese debido hacerme dudar de su fé y me acordaba con terror de haberle oído citar ó invocar á cada instante el nombre del *Espíritu* sin añadir nunca el epíteto sagrado con el cual designábamos la tercera persona de la divina Trinidad. Quizá habia puesto sus manos en mi cabeza en nombre del

maligno espíritu. Tal vez habia contraído alianza con los de las tinieblas, al recibir las caricias y consuelos de aquel sospechoso monge. Halleme turbado y agitado y me fué imposible cerrar los ojos en toda la noche. Lo mismo que la precedente dormime ya de día y me levanté tarde. Me avergoncé entonces de haber pasado tanto tiempo sin ejercicios piadosos; entré en la iglesia y rogué ardientemente al Espíritu Santo me iluminase y preservase de los lazos del tentador.

Sentime tan triste y tan poco fortalecido al salir de la iglesia, que me consideré ya en camino de perdición y resolví confesarme. Escribí al padre Hegesipo suplicándole me escuchase, pero por uno de los conversos mas groseros me hizo dar una contestación verbal insultante con una negativa absoluta. Al propio tiempo se me intimó por el mismo converso, la orden de salir de la iglesia y de no poner nunca los piés en ella antes de concluir los oficios de la noche. Aun mas: si algun religioso prolongaba su rezo en el coro ó entraba en él para entregarse á algun acto de devoción particular, debia yo en el momento purgar la casa del Señor de mi impuro hálito y ceder mi puesto á un servidor de Dios.

Esta inicua determinación me hirió de tal modo que una insensata cólera se apoderó de mí. Salí de la iglesia furioso golpeando las paredes con los puños. El converso me echó fuera llamándome blasfemador y sacrílego.

En el momento que atravesaba la puerta del fondo del coro que daba al jardín, no me faltó casi nada para que el sentimiento y la indignación me hiciesen perder los sentidos. Bamboleé, una nube

cubrió mis ojos, pero pudo mas el orgullo que el dolor, eché á correr hácia el jardín ladeándome para hacer lugar á una persona que ví en el umbral de la puerta frente por frente de mí. Era un jóven de deslumbrante hermosura, iba vestido á usanza extranjería; aun cuando estuviese cubierto por una capa negra parecida á la de los superiores de nuestra órden, llevaba debajo una chaqueta corta de paño fino, sujeta por un cinturon de cuero con hebilla de plata como los antiguos estudiantes alemanes. Al igual de ellos calzaba unos botines en lugar de las sandalias de nuestros monges y sobre el cuello de su camisa, vuelto y blanco como la nieve, caía en grandes tirabuzones dorados la mas hermosa cabellera rubia que habia visto en mi vida. Era alto y su actitud elegante parecia revelar la costumbre del mando. Respetuoso é incierto, me incliné ligeramente. No me devolvió el saludo pero sonrióse con aire bondadoso mientras que sus ojos de un severo azul se endulzaron para mirarme con tan tierna compasión que jamás sus facciones se han borrado de mi mente. Detúveme, esperando que me hablaría, creyendo por la magestad de su aspecto que tenia el poder de protegerme, pero el converso que venia tras de mí y que no parecia haber fijado su atención en él le obligó brutalmente á retirarse hácia la pared y me empujó de tal modo que casi me hizo caer. No queriendo empeñar una lucha deshonrosa con aquel hombre grosero, me apresuré á salir. Despues de haber dado tres pasos por el jardín volvíme y ví al desconocido que de pié permanecía en el mismo lugar y me seguía con la vista, solícito y afectuoso. El sol daba de lleno sobre su rostro y hacía resplandecer su

dorado cabello. Suspiró y levantando sus hermosos ojos hácia el cielo como llamando sobre mí el socorro de la eterna justicia y tomarla por testigo de mi infortunio, se volvió pausadamente hácia el santuario, entró en el coro y se perdió en la oscuridad pues la brillante claridad del día hacia parecer tenebroso el interior de la iglesia. A pesar y á despecho del converso, deseaba volver atrás para seguir al noble extranjero y comunicarle mis penas; ¿pero quien era él para acojerlas y hacerlas cesar? Por otra parte si cautivaba las simpatias todas de mi alma, me inspiraba tambien una especie de temor pues su fisonomia era tan austera como agradable.

Subí á la celda del padre Alejo y le conté las nuevas crueldades con que se habian cebado en mí.

—Porque habeis dudado hombre de poca fé? me dijo con tristeza ¡Os llamais Angel y en lugar de reconocer el espíritu de vida que respira en vos, os habeis arrojado á los pies de un hombre ignorante pidiendo vida á un cadáver! Ese estólido director os rechaza y os humilla; hallais el castigo en vuestra misma culpa y vuestro padecimiento nada tiene de noble, vuestro martirio nada de útil, pues sacrificais las fuerzas de vuestro entendimiento á ideas falsas y mezquinas. Por lo demás, yo habia previsto lo que sucede; me temeis é ignorais si soy el servidor de los ángeles ó el esclavo de los demonios. Habeis pasado la última noche comentando mis palabras y habiais resuelto venderme esta mañana á mis enemigos por una absolucion.

—¡Oh! eso no, exclamé yo, hubiérame confesado de cuánto me era personal, sin pronunciar vuestro nombre, sin soltar una sola de vuestras palabras.

¡Ay! ¿tambien vos sereis injusto conmigo, seré rechazado de todas partes? El templo de Dios se ha cerrado para mí ¿lo estará tambien vuestro corazon? El padre Hegesipo me acusa de impio; ¡y vos, padre, me tachais de cobarde.

—Es que lo habeis sido me respondió el padre Alejo. El poder de los monges os dá miedo, su odio os espanta. Envidiais las caricias y las zalamerias que prodigan á discípulos incapaces. No sabeis vivir solo, sufrir solo, amar solo.

—¡Pues bien! padre mio es verdad, no sé vivir sin afectos, tengo esta fragilidad, esta cobardia si quereis. Soy tal vez un carácter débil, pero siento en mí una alma expansiva y necesito un amigo. Mi espíritu es tan tímido que no halla en sí mismo fuerza para abrazar á ese Dios todopoderoso y arrancar de su mano los dones de la gracia. He menester un mediador entre el cielo y yo. Sónme precisos sus consejos, su apoyo y su intercesion. Es forzoso que me amen, que trabajen conmigo y para mí para mi solvacion. Es indispensable que álguien una sus oraciones á las mias, que me ayuden á esperar, que se me recuerden las recompensas eternas; de otro modo, dudo no de la bondad de Dios, sino de mis intenciones. Tengo miedo del Señor, porque lo tengo de mí mismo. Me entibio, me desanimo, siento que desfallezco, mi cerebro se turba y no distingo ya la luz del cielo de la del infierno. Busco apoyo y aun cuando lo encontrara en un desapiadado dueño que sin parar me castigara, lo preferiria á un padre indulgente que me olvidase.

—¡Pobre ángel extraviado en el suelo! dijo el padre Alejo con enternecimiento; ¡chispa de amor

desprendida de la aureola del Señor y condenada á anidar bajo las cenizas de esta miserable vida!

En tus tormentos reconozco la naturaleza divina que me animó en mi juventud, antes que las tinieblas del endurecimiento hubiesen cubierto mis ojos, antes de haber helado bajo el silicio los latidos de este mi corazón ardiente, antes que mis comunicaciones con el espíritu fuesen penosas, raras, dolorosas é incompletas para siempre. Harán de tí, lo que han hecho de mí. Llenarán tu espíritu de punzantes dudas, de pueriles remordimientos y de necios terrores. Te volverán enfermizo, viejo antes de tiempo, frágil de espíritu; y cuando habrás sacudido todas las trabas de la ignorancia y de la impostura, cuando te sentirás bastante iluminado para rasgar las vendas de la superstición, ya no tendrás fuerzas para ello. Tu fibra estará relajada, tu vista turbia, tu mano trémula, tu cerebro perezoso y cansado. Querrás levantar los ojos hácia los astros y tu grávida cabeza caerá estúpidamente sobre tu pecho; querrás leer y ridículas fantasmas danzarán ante tu vista, querrás hacer revivir tus recuerdos y mil inciertos resplandores fatigarán tu agostada memoria; querrás meditar y te quedarás dormido en la silla, y si durante tu sueño el Espíritu te habla lo hará en términos tan oscuros que no podrás explicar al despertarte. ¡Ah víctima, víctima! te compadezco y no puedo salvarte.

Hablando así tiritaba como hombre calenturiento: su ardiente hálito parecía rarificar el aire de la celda y al observar la dejadez de su cuerpo parecía que apenas le quedaban algunos momentos de vida.

—Buen padre Alejo, le dije ¿vuestro afecto pa-

ra conmigo está ya pues cansado? He sido débil y crédulo, es verdad, pero me pareciais tan fuerte que creía encontrar en vos bastante calor para perdonar mi falta, para borrarla y fortalecerme de nuevo. Mi alma cae en los abismos de la muerte con la vuestra, ¿no podeis como ayer hacer un milagro que á ambos nos reanime?

El Espíritu no está conmigo hoy, dijo. Estoy triste, dudo de todo y aun de tí. Vuelve mañana, quizá esté iluminado.

—¿Y que será de mí hasta entónces?

—El Espíritu es fuerte, el Espíritu es bueno, quizá te ayudará directamente. Entretanto quiero darte un consuelo para dulcificar los sinsabores de tu situación. Conozco el motivo por el cual los monges han adoptado contigo ese sistema de inflexible malignidad; así obran con todos aquellos cuyo espíritu de justicia y natural rectitud les inspira temor. Han presentido que eres hombre de energía, sensible á los ultrages, compasivo, enemigo de feroces y viles pasiones y hánse dicho: En semejante individuo no hallaremos un cómplice, sino un juez y han tratado de hacer de tí lo que hacen de todos aquellos cuya virtud les espanta y cuyo candor les estorba. Intentan embrutecerte, borrar en tí toda nocion de lo justo y de lo injusto por medio de la persecucion; quieren limar tu generosa energía con inútiles padecimientos. Quieren con misteriosas y viles maquinaciones, con enigmas mudos y castigos sin objeto acostumbrarte á vivir bestialmente en el amor y estima de tí mismo, no importándote de simpatías, perdiendo toda confianza, careciendo de afecciones. Quieren hacerte desesperanzar de la bon-

dad del Señor, disgustarte de la oracion, obligarte á mentir ó á traicionar á tus hermanos en la confesion, volverte envidioso, solapado, calumniador, delator. Quieren hacer de tí un perverso, estúpido é infame. Quieren enseñarte que el primero de los bienes es la intemperancia y la ociosidad; que para entregarse á ellos en paz, es preciso sacrificarlo todo, despojar todo recuerdo de su grandeza, comprimir todo noble instinto. Quieren hacerte conocer el ódio hipócrita, la venganza paciente, la cobardia y la ferocidad. Quieren que tu alma muera por haber sido alimentada con miel, por haber amado la suavidad y la inocencia. En una palabra quieren hacer de tí un fraile. He ahí lo que intentan, hijo mio; he ahí lo que persiguen de comun acuerdo, los unos por cálculo, los otros por instinto, los menos malos por debilidad, por obediencia y por temor.

—¿Qué oigo? exclamé: ¿en que mundo de iniquidad haceis entrar mi alma trémula! ¡Padre Alejo, padre Alejo! ¿en que abismo habria caido si así fuere? ¡Oh cielos! ¿no os engañais? ¿No os ciega el recuerdo de alguna injuria personal? ¿Este monasterio estaria solo habitado por frailes prevaricadores? ¿Debo buscar acaso entre almas mas cándidas la fe y la caridad que un protervo demonio parece haber arrojado de estos malditos muros?

—En vano buscarás un convento menos pervertido y monges de mejor conducta; todos son iguales. La fe está perdida en la tierra y el vicio queda impune. Acepta el trabajo y el dolor: vivir es trabajar y sufrir.

—¡Sí, acepto, acepto! pero quiero sembrar para recoger. Quiero trabajar dentro de la fé y de la es-

peranza; quiero sufrir segun la caridad. Huiré de este abominable receptáculo de crímenes; rasgaré esta blanca túnica, mentido emblema de una vida de pureza. Volveré al mundo ó me retiraré á solitario asilo para llorar las faltas del género humano y preservarme del contagio....

—Muy bien, me dijo el padre Alejo estrechando entre sus manos las mias que yo retorcia con desesperacion. Compláceme ese movimiento de indignacion y ese rasgo de valor. He sufrido esas mismas angustias y he formado tambien esas resoluciones. Como tú he querido huir, he deseado vivir entre los hombres del siglo ó encerrarme en antros inaccesibles; pero escucha los consejos que me dió el Espíritu en los tiempos de mi prueba; grábalos en tu memoria:

«No digas: Viviré entre los hombres y seré el mejor de ellos, porque la carne es débil y tu espíritu se extinguirá como el suyo en la vida de la carne.

»Tampoco digas: Me retiraré en la soledad, porque el espíritu del hombre se inclina al orgullo y el orgullo corrompe el espíritu.

»Vive con los hombres que te rodean. Guárdate de su malicia. Busca tu soledad entre ellos. Aparta la vista de su iniquidad, mírate á tí mismo y guárdate de aborrecerles tanto como de imitarles. Hazles bien en lo presente, no cerrándoles tu corazon, ni tu mano. Hazles bien en lo porvenir abriendo tu espíritu á la luz del *Espíritu*.

»La vida del siglo debilita, la vida del desierto irrita.

»Cuando un instrumento está expuesto á la in-

temperie, sus cuerdas se aflojan; cuando está encerrado falto de aire en un estuche, sus cuerdas se rompen.

»Si escuchais el sentido de las palabras humanas, olvidarás el Espíritu y no te será ya posible comprenderle. Pero si no dejas llegar hasta tí los sonidos de la voz humana, olvidarás á los hombres y no te será dable enseñarlos.»

Al recitar estos versículos de una Biblia desconocida, el padre Alejo tenia abierto el libro que y le habia visto entre manos y volvía las hojas para consultarlo como si ayudara á su memoria con algun texto escrito; pero las páginas de aquel libro estaban en blanco y no parecían haber sufrido jamás la impresion de algun carácter.

Este hecho extravagante despertó nuevamente mis zozobras y empecé á observar al padre Alejo con curiosidad. Exteriormente nada anunciaba en él estravío ni exaltacion. Cerró suavemente el libro y hablándome con calma prosiguió.

Guárdate de volver al mundo porque eres un niño débil y si el viento de las pasiones hacia sentir su soplo sobre tí, extinguiría la luz de tu inteligencia. Quizá no fueras bastante fuerte para resistir el aguijon de la concupiscencia y de la vanidad. En cuanto á mí he huido del mundo porque era fuerte y porque las pasiones habian cambiado mi fuerza en furor: hubiera vencido la preocupacion y abatido la lujuria, pero hubiera sucumbido á las tentaciones de la ambicion y del odio siendo duro, intolerante, vengativo, orgulloso, es decir, egoista. Ambos hemos nacido para el claustro. Cuando un hombre ha oido al Espíritu llamarle, aun cuando haya sido única-

mente una vez y aún débilmente, debe dejarlo todo para seguirlo y permanecer á donde le haya conducido, por mal que se encuentre. Volver hacia atrás no está ya en su poder y cualquiera que haya despreciado una vez la carne por el espíritu, no puede nunca volver á los placeres de la carne, porque la carne revelada se venga y quiere entónces arrojar al espíritu, entablándose una lucha terrible en el corazon del hombre, en donde la carne y el espíritu se devoran uno al otro; el hombre sucumbe y muere sin haber vivido. La vida del espíritu es una vida sublime, pero penosa y dolorosa. No es inútil precaucion colocar paredes, muros de piedra y rejas de bronce entre el reino de la carne y el contagio del siglo. No es demasiado para encadenar el apetito de las cosas mundanas, bajar vivo á una tumba sellada. Pero es consolador verse rodeado de otros hombres dedicados al culto del espíritu aunque sea en apariencia. La institucion de las comunidades religiosas, obra fué de gran talento. ¿Qué se ha hecho de aquel tiempo en que los hombres se amaban como hermanos y trabajaban de consuno, ayudándose caritativamente unos á otros á implorar, á perseguir al espíritu, á vencer los groseros consejos de la materia. Toda luz, todo progreso, toda grandeza ha salido del claustro, pero toda luz, todo progreso, toda grandeza deben fenecer en él, si algunos de nosotros no perseveráramos en la espantosa lucha á que la ignorancia y la impostura entregan á la verdad. Sostengamos este combate con encarnizamiento, prosigamos nuestra empresa, aún que tuviésemos contra nosotros toda la legion infernal. Si nos cortan los brazos, asiremos el buque con los dientes, por-

que el Espíritu está con nosotros. Aquí es donde habita; caiga la desgracia sobre los que profanan su santuario. Permanezcamos fieles á su culto y si somos mártires inútiles, no seamos al menos cobardes desertores.

—Teneis razon, padre, le contesté, yo impresionado por aquellas palabras. Vuestra doctrina es la de la sabiduría. Quiero ser vuestro discípulo y trazar mi linea de conducta, segun vuestras determinaciones. Decidme lo que debo hacer para conservar mis fuerzas y proseguir animosamente la obra de mi salvacion en medio de las persecuciones que se me suscitan.

—Sufrirlas todas con indiferencia, respondió, esto será fácil tarea si consideras cuan poco vale el aprecio frailuno y la flaqueza de sus medios contra nosotros. Podrá suceder que á la vista de una víctima inocente como tú y como tú maltratada, sientas arder tus entrañas de indignacion, pero tu papel en lo que te concierne personalmente, es sonreírte y esta es la única venganza que has de tomar de sus vanos esfuerzos. Tu indiferencia debilitará su animosidad. Lo que desean es insensibilizarte á fuerza de dolor; alcánzalo en puro de valor ó de razon, son tan estúpidos que caerán en el engaño. Enjuga tus lágrimas, componte un rostro sin espresion, denota gran sueño y mucho apetito, no pidas mas la confesion, no te presentes ya en la iglesia ó finge estar en ella soso é indiferente. Cuando te verán así no te tendrán miedo y dejando de representar tan abyecta comedia, serán indulgentes contigo, como lo es un maestro perezoso con un discípulo inepto. Haz lo que te digo y te pronostico que ántes de tres dias,

el prior te mandará llamar para firmar las paces contigo.

Antes de dejar al padre Alejo le hablé del personaje que habia encontrado al salir de la iglesia y le pregunté quien podia ser. Al principio me escuchó con prevencion meneando la cabeza, como para darme á entender que ni conocia, ni se cuidaba de conocer dignatario alguno de la órden; pero á medida que le detallaba las facciones y el traje del desconocido, su vista se animaba y acabó por abrumarme á preguntas. El minucioso cuidado que puse en contestar acabó de grabar en mi memoria el recuerdo de aquel que creo ver aún y que no veré mas.

Por fin el padre Alejo, cogiéndome las manos con profunda espresion de ternura y de alegria, exclamó:

—¿Es posible? ¿Es posible? ¿Tú has visto eso? ¿ha vuelto pues? ¿Está pues con vosotros? ¿Te ha conocido, te ha llamado? ¡El arrancará la flecha de tu corazon! ¿Eres bien tú, hijo mio, tú quien le ha visto?

—¿Quién es pues padre mio este amigo desconocido que ha cautivado instantáneamente mi corazon? Dádmelo á conocer, llevadme hácia; él decide que me ame como yo os amo y como parece que me amais tambien. ¡Con qué agradecimiento abrazaria yo aquel, cuya visita infunde en vuestra alma tal alegria!

—No está en mi poder ir á su encuentro, respondió el padre Alejo, él es quien viene hácia mí y es preciso esperarle. Sin duda le veré hoy y te diré lo que deba decirte: hasta entonces no me dirijas pregunta alguna; me está vedado hablar

de él, no digas tampoco á nadie lo que acabas de decirme.

Objeté que no me habia parecido, que el extranjero obrase de un modo misterioso y que el converso debia de haberle visto. El padre sacudió la cabeza sonriéndose.

—Los hombres de la carne, no lo conocen, dijo.

Aguijoneado por la curiosidad subí aquella misma noche á la celda del padre Alejo, pero se negó á abrirme la puerta.

—Déjame solo, me dijo, estoy triste, no podria consolarte.

¿Y vuestro amigo? le pregunté con timidez.

—Cállate respondió con tono absoluto; no ha venido, se ha ido sin verme, quizá volverá. No te inquietas por ello, no gusta que hablen de él. Véte acostar y pórtate del modo que te he dicho.

Marchábame cuando me llamó para preguntarme:

—¿Angel, ha hecho sol esta mañana?

—Si padre mio, un sol brillante, la mañana era hermosísima.

—¿Y cuándo has visto á esa persona, brillaba el sol?

—Sí, padre mio.

—Bueno, bueno, repuso él, hasta mañana.

Seguí el consejo del padre Alejo y quedeme en cama todo el dia. Por la noche bajé al comedor cuando toda la comunidad estaba reunida; un plato de carne humeaba, me abalancé hácia él como perro hambriento y lo devoré. Luego en lugar de escuchar, como acostumbraba, con recogimiento, la vida de los santos que se leía en voz alta, puse los codos

encima de la mesa y fingí caer en una bestial soñolencia. Entónces los novicios que se habian desviado de mí con horror, al verme doliente y contrito, se pusieron á reir de mi embrutecimiento y oí á los superiores avivar esta crasa alegría, con la suya. Continué esta ficcion durante tres dias, y como habia predicho el padre Alejo, en la tarde del tercero se me mandó acudir á la celda del prior. Comparecí ante él con actitud temerosa y sin dignidad, afectando modales desaliñados, un aire torpe y una alma embotada. Hacia todo esto no para reconciliarme con aquellas gentes que empezaba ya á despreciar, sino para ver si el padre Alejo, los habia juzgado bien. Pude convencerme de la exactitud de sus palabras, al oír al prior que me anunciaba haberse sabido por fin la verdad, que habia sido acusado injustamente de una falta que un novicio acababa de confesar.

El prior debia, decia él, en atencion á la contricion del culpable y al espíritu de caridad, ocultarme su nombre y la naturaleza de su falta, pero me exortaba á que volviese á ocupar mi sitio en la iglesia, que continuase mis estudios en el noviciado, sin conservar ódio, ni rencor contra persona alguna. Despues mirándome atentamente, añadió:

Sin embargo, tiene V. derecho, querido hijo mio á una pública reparacion ó á una compensacion agradable por la injusticia sufrida. Elija V. entre recibir en presencia de toda la comunidad, las excusas de los novicios que con sus officiosas relaciones nos han inducido en error, ó bien estar dispensado durante un mes de la asistencia á los officios nocturnos.

30732

Deseando proseguir mi experiencia, opté por el último ofrecimiento y enseguida el prior tomó conmigo un aire de benevolencia y de familiaridad. Abrazóme y habiendo entrado en aquel momento el padre tesosero dijo:

—Todo está arreglado; este muchaho pide como única indemnización de los pesares que involuntariamente le hemos causado un poco de descanso durante un mes. Por lo demás, acepta humildemente las excusas tácitas de sus acusadores y se resigna en este punto con mucha dulzura y amable indiferencia.

—Gracias á Dios dijo el tesorero con estrepitosa risa y golpeando mi megilla familiarmente añadió: así es como nosotros le queremos, así le necesitamos, con este carácter tan bueno y apacible.

El padre Alejo me dió otro consejo, y fué el de pedir permiso para dedicarme á las ciencias y ser su discípulo y el preparador de sus experimentos físicos y químicos.

Verán con gusto que aceptes este empleo, me dijo, porque lo que mas se teme aquí es el fervor y el ascetismo. Cuanto puede desviar la inteligencia de su verdadero fin aplicándola á las cosas materiales es secundado por el prior. Mas de cien veces me ha propuesto asociarme un discípulo y temiendo encontrar un espía y un traidor en los individuos que me proponía, he desechado la proposición con pretextos diferentes. Una vez se me quiso hacer fuerza sobre este punto, pero declaré que abandonaría el observatorio, que no me cuidaría mas de ciencia, si no me dejaban vivir solo y á mi gusto. Cedieron porque por un lado no había nadie capaz de

reemplazarme y los monges tienen una vanidad inmensa en parecer sábios y en acompañar los viajeros á sus gabinetes y bibliotecas; y por otro saben que no me falta energía y prefieren deshacerse de ella en provecho de especulaciones científicas que no despiertan aquí celos, en lugar de empeñarla en una lucha en la que mi alma no se doblegaría jamás. Vé pues, diles que tienes permiso mio para dirigir tu petición. Si vacilan, finge despecho, ponte sombrío durante algunos días, quédate sin cesar prosternado en la iglesia, gime, suspira, muéstrate huraño, exaltado en tu devoción y temiendo no te vuelvas santo, procurarán hacer de tí un sabio.

Encontré al prior mejor dispuesto á conceder mi petición que lo que me había hecho esperar el padre Alejo. Al recibir mis palabras de agradecimiento fijó en mí una mirada penetrante en la cuál había algo de mordaz y de satírico, algo equivalente á la satisfacción de un hombre que se frota las manos. Abrigaba en su alma un pensamiento que ni el padre Alejo ni yo presentimos.

Se me dispensó enseguida gran parte de mis ejercicios religiosos, á fin de poder dedicar este tiempo al estudio y se colocó mi causa en una pequeña celda próxima á la del padre Alejo, á fin de que por la noche pudiese entregarme con él á la contemplación de los astros.

Desde entonces contraí con el padre Alejo, estrechísima amistad, la cuál diariamente se acrecentó á medida que iba descubriendo los inagotables tesoros de su alma. No ha existido sobre la tierra corazón mas tierno, solicitud mas paternal y paciencia mas angélica. Puso tal celo y tal perseverancia en

mi instruccion que toda la gratitud del mundo no podria pagarle. Así es que dificilmente puedo explicar la ansiedad con que verá decaer su salud. ¡Con qué cariño lo cuidaba noche y dia procurando adivinar sus menores deseos en sus apagadas miradas. Mi presencia parecia haber devuelto la vida á su corazon, por tanto tiempo huérfano de afecto y segun su expresion hambriento de cariño. Pero mientras su espiritu cobraba vigor y actividad, su cuerpo se debilitaba progresivamente. Casi no dormia, su estómago no digería mas que líquidos y la parálisis atacaba alternativamente sus miembros. Sentia aproximarse el fin de su existencia con serenidad, sin temor y sin impaciencia. Yo le veia aniquilarse con desesperacion: me habia enseñado un mundo desconocido; mi corazon ávido de amor se cernia con placer en esa vida de sentimiento, de confianza y de efusion que acababa de revelarme.

Cuántos pensamientos acudieron á mi imaginacion acerca del desórden de su cerebro se habian desvanecido. Parecióme ya siempre que su exaltacion misteriosa era el vuelo del génio; su oscuro lenguaje se me hacia de cada vez mas inteligible y si alguna vez no lo comprendia bien, daba la culpa á mi ignorancia, animándome la esperanza de llegar á penetrarle perfectamente.

Esta felicidad no carecia sin embargo de nubes. En el fondo de mi timorata conciencia habia un gusano roedor. Parecióme que el padre Alejo no creia en Dios segun las leyes de la Iglesia cristiana. Aún más parecióme á veces que no servia al mismo Dios que yo. Jamás estábamos en abierta disidencia sobre punto alguno porque él evitaba cuidadosa-

mente toda relacion entre los asuntos de nuestros estudios científicos y las doctrinas del dogma. Parecia que naturalmente nos otorgábamos esta concecion, él de no atacarlas, yo de no defenderlas. Cuando por casualidad le exponia un caso de conciencia ó una dificultad teológica se negaba á darme explicaciones diciéndome:

Esto no entra en mis atribuciones; teneis doctores versados en esta materia, id á consultarles las cosas del culto, yo no me pierdo en el laberinto escolástico; sirvo á mi Señor como entiendo y no pregunto á ningun director lo que he de admitir ó rechazar; mi conciencia está en paz consigo misma y soy demasiado viejo para ir al confesonario á tranquilizarme.

Su tema favorito era hablar sobre *la carne y el espíritu* y aunque no mostrase nunca su oposicion con la fé, trataba siempre estas materias mas como filósofo metafísico que como celoso servidor de la Iglesia católica romana.

Tambien habia notado una cosa que me daba mucho que pensar. A menudo mostrábase preocupado con respecto de mi instruccion científica y entonces me hacia emprender experiencias químicas que yo mismo juzgaba insignificantes y torpes, gracias á las lecciones que ya me habia dado. Luego de repente me interrumpia en mis manipulaciones para hacerme buscar aclaraciones que él calificaba de preciosas, en libros desconocidos. Leia en voz alta empezando en la página que le indicaba, durante dos horas. El, entretanto se paseaba arriba y abajo, levantando sus ojos al cielo con entusiasmo, pasándose lentamente la mano por su despejada frente y de

tanto á cuánto exclamaba: ¡bueno! ¡bueno! Yo noté muy pronto que aquello no eran artículos de ciencia pura sino páginas de filosofía audaz y de moral desconocida. Prolongaba mi lectura por respeto, esperando que me interrumpiera, pero viendo que me dejaba continuar, comenzaba á temer por mi fé y cerrando el libro, le decia:

Peró, padre mio, ¿no son heregias lo que estamos leyendo? ¿Creeis que nada hay en estas páginas demasiado hermosas quizá, que sea contrario á nuestra religion?

Al oír estas palabras se paraba bruscamente en medio de su paseo y con aire desalentado, me tomaba el libro de las manos, lo arrojaba sobre una mesa, y me decia.

—¡No sé! no sé hijo mio, soy una criatura enferma y limitada, no puedo emitir juicios sobre estas cosas, las leo sin decir que son buenas ó malas. ¡No sé, no sé! trabajemos.

Y ambos en silencio nos poniamos á elaborar, sin atrevernos, yo á profundizar mis pensamientos, él á comunicarme los suyos.

Lo que mas me enojaba era oírle citar é invocar incesantemente las revelaciones de un Espíritu todopoderoso que jamás designaba claramente. Daba á este nombre de espíritu la extension mas vaga. Tan pronto parecia usar este vocablo para calificar á Dios creador é inspirador de todas las cosas, como reducía las proporciones de esta esencia universal, hasta personificar una especie de génio familiar, con el cuál hubiese tenido, cuál otro Sócrates comunicaciones cabalísticas. En tales momentos se apoderaba de mí un terror tan extraordinario que no me atrevia

á dormirme; me encomendaba á mi ángel custodio y murmuraba fórmulas de exorcismo siempre que mis pesados ojos veían las visiones de los sueños. Tornábase entonces mi espíritu tan débil que aún me daban tentaciones de ir á confesarme al padre Hege-sipo; si no lo hacia es que siendo inquebrantable mi cariño hácia el padre Alejo temia perderlo con mis confesiones por mas cuidado y reseva que en él las pusiese. Sin embargo dos de las cosas que mas me habian preocupado no tenían ya lugar. Cuando mi maestro se dormia con el libro en la mano, la cabeza inclinada en la actitud de un hombre que lee, al despertar de su sueño no creia como ántes, haber leído ni me referia las sentencias imaginarias que en dicho libro pretendia haber encontrado. Además habia desaparecido el cuaderno de blancas páginas, en el que leia de corrido, afectando volver y empezar las hojas como si fuese un verdadero libro. Así podia atribuir estas prácticas estrañas á una debilidad pasajera de sus facultades mentales, fase dolorosa de la enfermedad de la cuál acababa de salir y de la que no tenia conciencia. Yo me guardaba muy bien de recordarle todo esto por temor de apesadumbrarle. Si su estado físico empeoraba, su cerebro parecia estar enteramente restablecido: pensaba y no soñaba.

Como no cuidaba de su salud y no queria sujetarse á régimen alguno, yo perdí toda esperanza de verle curado. Desechaba todos mis ruegos, diciendo que el decreto del destino era inevitable y hablaba con cristianísima resignacion de la fatalidad que parecia entender del mismo modo que los musulmanes. En fin, habiéndome un dia echado á sus piés y supli-

cádole con lágrimas que consultase á un célebre médico, de paso por el país, vile acceder á mis deseos con melancólica complacencia.

—Tú lo quieres, me dijo, ¿pero qué utilidad hay en ello? ¿Qué puede un hombre sobre otro hombre? Levantar un poco las fuerzas de la materia, retener en ella el soplo animal algunos dias mas. El espíritu solo obedece al soplo del Espíritu y el Espíritu que reina sobre mí no cederá ántes la palabra del médico, de un hombre de carne y hueso, cuando toque la hora señalada, fuerza será restituir la chispa de mi alma al hogar que me la prestó. ¿Qué harás tú de un hombre niño, de un viejo idiota, de un cuerpo sin alma?

A pesar de todo esto, consintió en recibir la visita del médico. Al verle, el doctor se extrañó de hallar á un hombre tan joven (el padre Alejo no tenia mas que sesenta años) y de constitucion tan robusta en tal estado de abatimiento. Juzgó que el trabajo intelectual habia arruinado aquel cuerpo demasiado descuidado, y recuerdo le dijo estas proverbiales palabras, que entonces oí por primera vez.

—Padre mio, la hoja ha gastado la vaina.

—¿Qué importa una vaina mas ó menos? contestó mi maestro sonriendo.

¿No es indestructible la hoja?

—Sí, respondió el doctor, pero puede oscidarse si la vaina vieja no la protege.

—¿Qué importa que una hoja mellada se oscide? repuso el padre Alejo.

Está ya incapaz de servir y es preciso que el metal vuelva á la hornaza para elaborarlo y emplear-nuevamente.

Viendo el doctor que yo era el único que sinceramente me interesaba por el padre Alejo, me llamó aparte y me preguntó minuciosamente acerca de su género de vida. Cuando le notifiqué el exceso de trabajo á que se abandonaba mi maestro y la excitacion continua de su cerebro, dijo hablando para sí:

«Es evidente que el fogon ha dado demasiado calor; la sublime llama lo ha devorado todo; será preciso apagarla algo.»

Prescribió por escrito el régimen que debia seguirse y me avisó de que lo hiciese seguir fielmente, despues de lo cual pidió á su nuevo enfermo permiso para abrazarle; los cortos instantes trascurridos á su lado habian bastado para cautivarle el corazón. Tal muestra de simpatia hácia mi maestro me afectó y me entristeció profundamente: aquel beso se parecia á un eterno adios.

El doctor no debia volver al país hasta concluir la estacion que acabábamos de principiar.

Los remedios prescritos produjeron al principio maravilloso efecto.

Mi buen maestro recobró el uso y la actividad de sus miembros; su estómago se robusteció y algunas noches gozó de apacible sueño. Pero mi gozo no fué de larga duracion; á medida que su cuerpo se fortalecia, su espíritu se volvia melancólico. A la melancolia sucedió la tristeza, á la tristeza el estupor, al estupor el desorden. Luego todas estas fases se presentaron alternativamente en el mismo dia y todas sus facultades perdieron el equilibrio.

Vi reaparecer aquellos insomnios durante los cuáles su cerebro trabajaba fatigosamente sobre qui-

meras. También vi presentarse de nuevo el maldito libro blanco que tanto disgusto me había causado y no solo leía en él sino que diariamente trazaba en él caracteres imaginarios, con una pluma que nunca mojaba en tinta. Un tedio profundo, una inquietud secreta parecían aniquilar los flojos muelles de su alma. Apesar de esto seguía manifestándose la misma bondad y la misma ternura, apesar mio también intentaba proseguir mi enseñanza, pero se amoderaba al cabo del rato, al momento despertábase sobresaltado y cogiéndome por el brazo, me decía:

—No obstante tú le has visto, ¿es verdad; le has visto bien, solo una vez lo has visto?

—¡Oh! querido maestro mio, le decía! qué lástima no pueda traer á vuestro lado á ese amigo que tanto amais! Su presencia aliviaria vuestro mal y reanimaria vuestra alma.

Entonces despertaba del todo, y me decía:

—Cállate imprudente, cállate; ¿de qué estás hablando, deseas pues que no vuelva y que muera sin haberle visto?

Yo no me atrevia á añadir una palabra, no abrigaba curiosidad alguna, solo me quedaba el dolor junto con no sé que sentimiento de espanto.

Una noche, postrado por el cansancio, me dormí algo mas pronto y mas profundamente que de costumbre y tuve un sueño. Soñé que volvia á ver al hermoso desconocido cuya ausencia tanto affigia á mi maestro. Se acercaba á mi lecho é inclinándose hácia mí me hablaba al oido. No digas que estoy aquí, me decía, ese terco anciano se empeñaria en verme y no quiero visitarle hasta la hora de su muerte. Suplíquele que se dejase ver de mi maestro, rogán-

dole tuviese en cuenta cuán dignos de compasion eran los dolores de su alma y cuán ardientemente suspiraba por su presencia. Desperté entonces y me incorporé en la cama; esta vision me había afectado y necesitaba abrir los ojos y extender los brazos para convencerme que todo ello era un fantasma creado por mi sueño. Por tres veces se me presentó el jóven con toda su bondad y su belleza. Su voz resonaba en mi oido como lejanos sonidos de una lira y su presencia despedia un aroma como el de las azucenas al salir el sol. Por tres veces reiteré mi súplica y por tres veces me desperté y me convencí de que todo era sueño. Pero á la tercera oí al padre Alejo que desde su celda me llamaba con vehemencia. Corrí hácia él y al resplandor de una lamparilla que ardia encima de la mesa, vile sentado en la cama, con la barba erizada, los ojos encendidos y todo él fuera de sí.

—¡Le habeis visto, me dijo con voz fuerte y ruda, muy diferente de su timbre ordinario! ¡Le habeis visto y no me habeis avisado! ¡Os ha hablado y no me habeis llamado! ¡Os ha dejado y no me lo habeis enviado! ¡Desgraciado, serpiente avivada en mi seno! me has robado ni amigo, mi huesped se ha vuelto el tuyo! ¡vívora! me has vendido, me has despojado, me das la muerte!

Se echó hácia atrás encima de la almohada y perdió el sentido durante unos momentos. Creí que acababa de expirar y froté sus heladas sienes con la esencia que acostumbraba á usar cuando se veia amenazado de síncope. Le calenté los piés con mi ropa y las manos con mi aliento; no percibia el ruido del suyo y sus dedos estaban envarados por un

frio mortal. Empezaba á desesperarme cuando volvió en sí y levantándose suavemente apoyó la cabeza sobre mis hombros.

—Angel, ¿qué haces á mi lado á estas horas? me dijo con inefable bondad.

¿Acaso estoy mas enfermo que de costumbre? Pobre hijo mio, yo me tengo la culpa de tus zozobras y de tus desvelos.

No quise decirle nada de lo sucedido y aun menos preguntarle acerca de la increíble coincidencia de su vision con la mia, temia suscitar su delirio. Parecia no conservar ningun recuerdo y exigió me volviese á la cama. Obedecí, pero permanecí atento á todos sus movimientos; parecióme que dormia y que respiraba con dificultad; su opresion aumentaba y disminuía como el lejano rumor del mar. Por fin me pareció mas aliviado y sucumbí al sueño que me dominaba; mas al cabo de cortos instantes despertóme al sonido de una enérgica voz que no era la suya.

—No, tu no me has conocido jamás, no me has comprendido nunca decia aquella voz severa; he venido hácia tí mas de cien veces y tú no te has atrevido á pertenecerme ni una sola ¿pero que hay que esperar de un fraile sino perplejidad, cobardia y sofisma?

—¡Pero te he amado respondió la voz lastimera y débil del padre Alejo. Lo sabes; te he implorado, te he seguido, he empleado todas las potencias de mi ser en penetrar el sentido de tus parábolas, te he invocado de rodillas, he abandonado el culto de los hebreos, he dejado al Dios de los judíos y de los gentiles retorcerse angustiosamente sobre su

sangriento patibulo sin concederle una lágrima, sin dirigirle una plegaria.

—¿Y quién te lo habia mandado así? repuso la voz. ¡Monje ignorante, filósofo sin entrañas, mártir sin entusiasmo y sin fé! ¿Te he prescrito nunca despreciar al nazareno?

—No, tu nunca te has dignado pronunciarte sobre cosa alguna, no has querido mostrar la luz á quien por tí, hubiera pasado por todas las idolatrias. Tú lo sabes, si lo hubieses deseado yo hubiera roto el hábito y habria ceñido la espada llevando el acero y el fuego á las cuatro partes del mundo, imponiendo tu culto á los humanos desde sur á norte, desde poniente á levante, predicando tu evangelio, haciendo resonar mi palabra por doquiera. En mí residia la voluntad, el poder, solo tenias que decir: ¡Marcha, poner la tea en mis manos, caminar delante de mí como una estrella! En tu nombre hubiera encadenado los mares y trasportado las montañas. ¿Por qué no lo has querido así! no te faltarian ahora altares y yo habria vivido, tú serias mi dios y yo tu profeta.

—Sí, sí, dijo el desconocido, abrigas ambicion y orgullo de consuno, de haberte alentado hubieras consentido en ser tú mismo un dios.

—Oh maestro, no me desprecies, no hagas irision de mí. Tenia esos instintos, los he atacado. Desaprobaste mis votos temerarios, mi audacia insensata y te sacrifiqué todos mis sueños. Dijiste que la violencia no gobernaba los siglos y que el *Espíritu* no habitaba en atmósferas sangrientas ni en el tumulto de los ejércitos. Me indicaste que era preciso buscarle en la oscuridad, en la soledad, en el

silencio y en el recogimiento. Me aseguraste que se le encontraba en el estudio, en el desprendimiento, en la vida humilde y retirada, en las vigili-
as, en la meditacion, en la incesante aspiracion del alma. Me aconsejaste que le buscase en las entrañas de la tierra, en el polvo de los libros, en la podredumbre del sepulcro y héle buscado donde me has dicho y sin embargo no lo he encontrado..... ¡y voy á morir en el horror de la duda y en el espanto que me causa la nada!

—¡Calla, blasfemo cobarde! replicó la voz tonante. Es la sed de gloria quien causa tus penas, es tu orgullo quien te impele á la desesperacion. ¡Gusano soberbio no te resignas á bajar á la tumba sin haber penetrado el secreto de la omnipotencia. Pero ¿qué importa al pasado inexorable, á los innumerables séres futuros, que un monje mas ó menos haya vivido en la impostura y muerto en la ignorancia? ¿Fenecerá la inteligencia universal porque un benedictino haya ergoteado sofisticamente contra ella? ¿Será destronada la potencia infinita porque un fraile astrónomo no haya podido medirla con sus lentes y con sus compases?

Una risotada cruel resonó en la sala y contestóla mi maestro con un lastimero quejido. Yo escuchaba este diálogo con angustia indefinible. Con los piés desnudos sobre el frio suelo, cerca de la puerta entreabierta, conteniendo mi respiracion, habia procurado ver al huésped desconocido de tan aciaga noche, pero la luz estaba apagada y mis ojos turbados por el miedo no podian atravesar las tinieblas. La afliccion de mi maestro reanimó mi valor, entré en su celda, encendí la lámpara con fósforo y me acer-

qué á la cama. No habia mas personas en el cuarto que él y yo; ningun ruido, ningun desórden, acusaba la marcha precipitada de su interlocutor. Vencí mi espanto para cuidar de mi maestro, cuya desesperacion me destrozaba. Sentado encima de la almohada, el cuerpo enteramente doblado como si formidable mano hubiese partido sus riñones, ocultaba su faz entre las temblorosas rodillas, daba diente con diente y lágrimas abundantes corrian por su rostro bañando sus plateadas barbas. Arrodimle á su lado; uní mis lágrimas con las suyas prodigándole filiales caricias. Se abandonó algunos momentos á esta efusion simpática y arrojándose en mi seno exclamó repetidas veces:

—¡Morir, morir desesperado! ¡morir sin haber vivido y no saber si se muere para revivir!

—Padre mio, amado maestro, no sé que tristes visiones turban vuestro sueño y el mio. Yo no sé que fantasma ha entrado esta noche aquí para tentarnos y amenazarnos, pero, ora sea un ministro del Dios vivo que viene á inspirarnos saludable terror, ora sea un espíritu de tinieblas que viene para dañarnos induciéndonos á desesperanzar de la bondad del Sér Supremo, haced cesar esas cosas sobrenaturales, entrando de nuevo en el gremio de la santa Iglesia. Conjurað los demonios que así os sitian, ó atraeos el favor de los ángeles que os visitan recibiendo los sacramentos y permitiéndome rezar las oraciones de nuestro santo rito.....

Déjame, déjame, querido, me dijo rechazándome suavemente, no fatigues mi cerebro con pueriles idescursos. Déjame solo, no turbes tu sueño y el mio con vanos temores. Todo eso es ilusion, me siento

ya completamente bien: las lágrimas me han aliviado; las lágrimas son benéfica lluvia despues de la tempestad. No te maraville nada de cuánto en mi sueño pueda decir. Cuando se acerca la muerte, el alma, en sus esfuerzos para romper los lazos que la unen á la materia sufre extrañas angustias, pero dicen que el espíritu la reanima y la asiste en el momento solemne.

Por la mañana recibí la órden de presentarme al prior. Bajé á su cuarto; dijeronme que estaba ocupado y que le esperase en la sala del capítulo que estaba contigua; entré en ella y dí una vuelta al rededor; creo que era la segunda vez que penetraba en aquel aposento y nunca habia tenido tiempo para contemplar su arquitectura que era grandiosa y severa; sin embargo no fijaba en ello mi atención mas que á medias. Las emociones de la noche me habian postrado, turbando y espantando además mi conciencia y por encima de todo me afligian extraordinariamente los dolores físicos y morales de mi pobre maestro; además el llamamiento del prior no dejaba de inquietarme, pues habia descuidado notoriamente mis obligaciones religiosas, desde que era discípulo del padre Alejo y yo mismo me echaba en cara esta falta. Procuraba pasear mis melancólicas miradas por todo cuánto me rodeaba á fin de sacudir tristezas y fortalecerme contra estas aprensiones. Me sorprendió el órden hermosísimo de aquella antigua sala cimbrada con una fuerza y un atrevimiento desconocidos de nuestros arquitectos modernos. Unas conchas pegadas á la pared daban nacimiento á hojarascas de piedra, las cuáles entrecruzándose en la bóveda, formaban preciosos arcos.

Debajo de cada concha colgaba el retrato de un dignatario ó de un personaje ilustre de la órden. Todos ellos eran magníficos cuadros con lujosos marcos y esta larga galería de graves personajes vestidos de negro, tenia un no se qué de imponente y de fúnebre. Era un dia hermoso de los últimos de otoño; el sol entraba por las altas ventanas y difundia rayos de un amarillo pálido sobre las facciones austeras de aquellos respetables difuntos, comunicando cierto brillo á los dorados macizos ennegrecidos por el tiempo. Profundo silencio reinaba en los corredores y jardines y las bóvedas me enviaban el eco de mis pasos. De pronto parecióme oír otros tras de los míos, tan firmes y solemnes, que pensé fuera el prior. Volvíme para saludarle, pero no ví á nadie y creí haberme equivocado. Empecé á andar de nuevo y por segunda y tercera vez, apesar de estar solo en la sala volví á oír aquellos pasos. Asaltáronme en seguida mis pasados temores y pensé en huir de aquel sitio, pero forzado á esperar el prior, procuré hacerme superior á mi debilidad y atribuir cosas tan extrañas á la postracion de mi cuerpo y de mi espíritu. Para apartar mi pensamiento de ellas, me senté en un banco frente por frente del cuadro que estaba justo en medio de los demás. Representaba nuestro patron el gran San Benito. Esperaba yo que la contemplacion de esta bellissima pintura, ahuyentaria las visiones que me perseguian, pero cuál no seria mi sorpresa cuando en la cabeza pálida y dolorosamente extática del santo, reconocí las facciones del desconocido que habia encontrado la mañana aquella en el umbral de la Iglesia, cuando de ella me echó el hermano converso. Me levanté y me volví á sentar; me acer-

qué y retrocedí; cuánto mas miraba, mas me convenia de que era la misma fisonomía, la misma expresion, con la única diferencia de que la cabellera estaba esparcida desordenadamente detrás de la cabeza, su frente mas despejada, acusando el conjunto una edad mas madura. Su traje consistia en un hábito negro que permitia ver sus piés desnudos. El descubrimiento de esta semejanza me causó un trasporte de alegría; abrigué el orgullo de creer que nuestro santo patron se me habia aparecido y que su espíritu velaba por mí. Al propio tiempo pensé con fruicion que el padre Alejo estaba en buen camino y aún que era un santo, puesto que el bienaventurado estaba en comunicacion con él y venia en su auxilio, ya con saludables advertencias, ya con cariñosos estímulos.

Adelanteme para doblar la rodilla ánte imagen tan sagrada, pero me pareció que aún me seguian paso á paso, volvíme y no vi á nadie. En ese instante mis miradas se dirigieron al cuadro colocado enfrente del de San Benito, y cuál fué mi asombro al encontrar las mismas facciones, con una expresion dulce y suave y la bellísima cabellera rizada que un tiempo habia creído ver realmente! Este personaje era aún mucho mas idéntico á mi vision que el otro. Estaba en pié y en la misma actitud que se me habia aparecido. Llevaba exactamente la misma vestidura, la misma capa, el mismo cinturón, iguales botines. Sus grandes ojos azules algo hundidos bajo el arco regular de sus cejas se inclinaban suavemente con expresion meditativa y profunda. La pintura era tan hermosa que me pareció haber salido del propio pincel que la del San Benito y el per-

sonaje era tan real que todas mis dudas fueron reemplazadas por la inmensa alegría de volverle á ver siquiera fuese en efigie. Habíanle representado con un libro en la mano y otros muchos esparcidos á sus piés; parecia pisar estos con indiferencia, mientras que alzaba el otro con la mano y parecia decir lo que efectivamente estaba escrito en las cubiertas de él: *¡Hic est veritas!*

Mientras le contemplaba arrobado diciéndome que debia de ser un hombre venerable, cuando su imagen decoraba la sala, se abrió la puerta del fondo y el padre tesorero que era un buen hombre sumamente hablador, vino á hacerme compañía esperando conmigo la llegada del prior.

—Me parece que le encanta á V. la vista de estos cuadros. Nuestro San Benito es una alhaja, segun dicen. Algunos aficionados lo han tomado por un Van-Dyck, pero Van-Dyck habia muerto cuando se pintó este lienzo. Esta, es obra de uno de sus discípulos, que imitaba admirablemente á su maestro. No es fácil equivocarse en las fechas, porque cuando Pedro Hebrónius vino aquí hácia el año 1690, Van-Dyck no existia ya y como habreis observado, la cabeza de Pedro Hebrónius, de edad entonces de treinta años, fué la que sirvió de modelo, al pintor de San Benito.

—¿Quién era pues ese Pedro Hebrónius, pregunté?

—¡Toma! repuso el monge, mostrándome el retrato de mi desconocido amigo, pues es el que aquí conocen con el nombre del abad Espiridion, el venerable fundador de nuestra comunidad. Era, como veis, uno de los hombres mas hermosos de su época

y el pintor no podia hallar una cabeza mas bella para santo.

—¿Y murió? exclamé sin pensar lo que decia.

—Hacia el año 1698, respondió el tesorero, como cosa de un siglo. Veis que el pintor lo ha representado con un libro en la mano y pisando los demás; el primero dicen que es el cuarto escrito de Bossuet contra los protestantes; los otros son los execrables libros de Lutero y de sus adeptos. Esta accion alude á la reciente conversion de Pedro Hebronijs y señala su paso á la verdadera fé que sirvió despues con esplendor abrazando la vida religiosa y consagrando sus bienes á la edificacion de esta santa casa.

En efecto, repuse, he oido decir que este fundador, fué hombre de gran mérito que vivió y murió en olor de santidad.

El tesorero meneó la cabeza sonriéndose.

—Es fácil vivir bien, dijo; mas fácil que morir bien. No es bueno tanto cultivar la ciencia en el claustro. El espíritu se exalta; amenudo el orgullo se apodera de las mas sanas cabezas y el tedio hace que uno se canse de tener siempre fé en las mismas verdades; quiere uno descubrir otras nuevas y se extravía. El demonio se aprovecha de ello y bajo las formas de una verdadera filosofia bajo las apariencias de celeste inspiracion, suscita errores monstruosos y de muy mal abjurar cuando nos sorprende la hora de dar cuenta á Dios. He oido decir, pero muy bajito, á gentes bien informadas, que el abad Espiridion, aunque vivia y austeramente se habia dejado infeccionar poco á poco y á sabiendas del veneno del error contenido en muchos malos libros que habia leído con el pretexto de refutarlos enten-

samente. Conservó siempre el exterior de un buen religioso, mas en el fondo habia caido en heregias mas monstruosas aún que las de su juventud. Las abominables obras del judío Spinoza y las infernales doctrinas de los filósofos de aquella escuela, le habian vuelto panteista, es decir ateo. ¡Ay! querido hijo mio, haced que el amor á la ciencia, que solo es vana curiosidad, no os arrastre jamás á semejantes abismos. Se supone que en sus últimos años Hebronijs, habia escrito abominaciones sin cuenta. Felizmente se arrepintió en la hora de la muerte y los quemó por su propia mano, á fin de que el veneno que contenian no infestase en lo sucesivo á espíritus sencillos que los leyesen. Murió en paz con el Señor, en apariencia por lo menos, pero los que solo habian tenido lugar de examinar su vida exterior y le tenian por un santo, quedaron maravillados de que desde la tumba no hiciese milagros. Los espíritus rectos que habian aprendido á juzgarle mejor, se abstuvieron siempre de manifestar sus temores acerca de su suerte en la otra vida. Algunos hasta pensaron que se habia entregado á sortilegios y que el diablo apareció á su lado cuando espiró. En fin, estas son cosas sobre las cuales es imposible adquirir plena certidumbre, siendo imprudente y hasta peligroso quizá hablar de ellas.

Quede pues en paz su memoria. Su retrato ha permanecido aquí indicando que Dios puede muy bien habérselo perdonado todo, teniendo en cuenta las grandes limosnas que hizo y la fundacion de este monasterio.

Nos interrumpió la llegada del prior. El teso-

rero se inclinó hasta el suelo, cruzando los brazos sobre el pecho y nos dejó solos.

Entonces el prior midiéndome de piés á cabeza y hablando con sequedad, me pidió cuenta de las largas vigiliias del padre Alejo y del rumor de voces que cada noche se oia en su celda. Traté de explicar estos hechos por el estado enfermizo de mi maestro, pero el prior me replicó que una persona muy fidedigna, yendo á dar cuerda al reloj de la iglesia, ántes de amanecer habia oido en nuestras celdas gran ruido de voces, amenazas, gritos é imprecaciones.

—Espero, añadió el prior que me contestareis llana y sencillamente, pues hay perdon para todas las faltas cuando el culpable las confiesa y se arrepiente de ellas; si no aclarais mis dudas de modo que me satisfaga, los mas rigurosos castigos os obligarán á ello.

—Reverendo padre, respondí, no sé que sospechas pueden pesar sobre mí en tales circunstancias. Es verdad que el padre Alejo ha hablado en voz alta toda la noche, pues deliraba. En cuánto á mí, tal era el sentimiento que me causaba su dolor que he llorado. En los instantes en que volvía en sí, mi maestro dirigia á Dios fervientes súplicas, entonces yo unia mi voz á la suya y mi corazón al suyo.

—La contestacion no carece de habilidad, repuso el prior con tono despreciativo, ¿pero cómo explicar el gran resplandor que súbitamente ha iluminado las dos celdas y aún toda la cúpula, la llama que en consecuencia ha salido esparciéndose por el aire con un pestifero olor de azufre?

—No entiendo, reverendo padre, respondí, que haya mayor delito en usar fósforo y azufre para encender una luz, que en velar á un enfermo y orar junto á su lecho. Es fácil que imprudentemente me haya servido de esa composicion y es posible que en mi aturdimiento haya dejado destapado el frasco que la contenia, difundiéndose por la casa el olor desagradable que despide, pero puedo afirmar que este olor no ofrece ningun peligro y que el fósforo, en ningun caso puede producir un incendio. Suplico pues á su Reverencia, me conceda su perdon si he obrado con poca prudencia, no imputando á nadie una falta que yo solo he cometido.

El prior fijó largo rato sobre mí una mirada inquisitorial, como si hubiese querido penetrar hasta donde llegaba mi impudencia, luego levantando los ojos al cielo en un trasporte de indignacion, salió sin decirme una palabra.

Quedéme solo y lleno de espanto, no precisamente por mí, sinó por la tempestad que veia amontonarse sobre la cabeza del padre Alejo; involuntariamente miré el retrato de Hebronius y junté las manos arrebatado por un sentimiento irresistible de confianza y de esqeranza. El sol heria en aquel momento el rostro del fundador; parecióme ver la cabeza desprenderse del cuadro; luego su mano, despues su cuerpo é inclinarse todo hácia adelante. El movimiento cundió ligeramente sus cabellos, sus ojos se animaron y me dirigieron una mirada penetrante. Sobrecogióme entonces una palpitacion tan violenta que la sangre me zumbó en los oidos, mi vista se turbó y sintiéndome flaquear me alejé precipitadamente.

Retiréme triste é inquieto. Preveia que mi desgraciado maestro iba á ser víctima de muchas persecuciones y que sus últimos momentos tan dolorosos de por sí, iban á ser mas amargos aún, sea porque el ódio y la calumnia hubiesen envenenado hechos que para mí eran un problema, sea porque el padre Alejo y yo fuésemos el blanco de las asechanzas del maligno espíritu, el cual hubiese dado á entender á algun testigo verídico, mucho mas de lo que yo habia visto. Hubiera querido ocultar todo esto á mi buen maestro, pero el único medio de conjurar la tormenta era suplicarle se reconciliase con el espíritu de la Iglesia.

Escuchó mi relato y mis súplicas con indiferencia y cuando hube concluido de hablar, dijo:

—Sosiégate: el Espíritu está con nosotros, nada hemos de temer de los hombres de la carne. El espíritu es áspero, es severo, está irritado, pero está en favor nuestro. Y aún cuando nos entregasen á los mas crueles tratamientos, aún cuando se pultasen tu delicado cuerpo y mi vieja materia agonizante en las húmedas tinieblas de un calabazo, el Espíritu descenderia hasta nosotros como descenden ahora los dorados rayos del sol. No temas, hijo mio, doquiera que esté el Espíritu, allí están tambien la luz, el calor y la vida.

Quise insistir aún; me hizo seña suavemente de que no le turbase y sentándose en su poltrona cayó en una contemplacion interior, durante la cual su calva frente y sus ojos inclinados hácia el suelo ofrecieron un modelo de la mas augusta serenidad. Poseia seguramente una virtud desconocida que subyugaba mis repugnancias y vencía todos mis te-

mores. Le quiero mas que hijo alguno puede amar á su padre. Hacia míos, todos sus males y apesar de mi sincero deseo de agradar á Dios, si Dios le hubiera condenado yo hubiera querido compartir su castigo. Hasta entonces mil escrúpulos me habian roído la conciencia, pero desde aquel instante el sentimiento de los peligros que corria el padre Alejo me inspiraban tanta fuerza y tanto amor que nada temia por mi alma. Su quejido angustioso habia podido mas que la voz de mi conciencia, mi solicitud tomaba un carácter mas humano, lo confieso. Si no puede salvarse en la otra vida, decíame á mí mismo, que concluya al menos esta pacíficamente y si por este deseo he de ser castigado, cúmplase la voluntad de Dios!

Una noche á tiempo que el padre Alejo se adormecía blandamente y que yo concluía mis oraciones junto á su lecho, se abrió repentinamente la puerta y una espantosa figura vino á colocarse delante de mí. Quedé petrificado sin poder articular un sonido, ni hacer un movimiento. El cabello se me erizó y mi vista se clavó sobre esta horrible aparicion, como la de una avejilla fascinada por la serpiente. Mi maestro no despertaba y la odiosa, la repugnante cosa permanecia inmóvil al pié de la cama. Cerré los ojos para no verla y para buscar razon y fuerza en mí mismo. Volví á abrirlos; aún estaba allí. Hice entonces un supremo esfuerzo para gritar y de mi pecho solo salió un sordo ahullido que despertó al padre Alejo. Vió aquello delante de él y en lugar de manifestar horror ó espanto, se limitó á decir como hombre que se extraña un poco.

—¡Ah, ah!

—¿No me has llamado? héme aquí, dijo el fantasma.

Mi maestro se encogió de hombros y volviéndose hácia mí;

—¿Tienes miedo? me dijo, ¿tomas esto por un espíritu, por el diablo, verdad? No, no, los espíritus no revisten esta forma y si los hubiese tan bestialmente feos no gozarian el poder de presentarse á los hombres. La razon humana está bajo la salvaguardia del espíritu de sabiduría. Esto no es una vision, añadió levantándose y acercándose al fantasma, esto es un hombre de *carne y hueso*.

—Vamos, quitáos esa máscara, dijo cogiendo al espectro por la garganta, no penseis que me atemoriza tan infame disfraz.

Sacudiéndole entonces violentamente con una mano que parecia de hierro, hizole caer de rodillas y rrrrancándole la careta, reconocí al hermano converso que me habia echado de la iglesia y que se llamaba Domingo.

—Toma la luz, me dijo el padre Alejo con voz fuerte y unos ojos en que brillaba irónica alegría. Anda; es preciso que se me dé cuenta de semejante abominacion. Vamos, dáte prisa, obedece. ¡Tienes menos ánimo que un raton casero!

Estaba tan trastornado que la mano me temblaba como un cascabel, y no podia sostener la lámpara.

—Abre la puerta, me dijo imperiosamente.

Obedecí, pero viéndole arrastrar por el suelo como á un trapajo al mísero Domingo, me horroricé. Cuando el padre Alejo se indignaba tenia mo-

mentos de desenfrenada violencia y creí que iba á echar al pretendido demonio por encima de la escalera de la cúpula.

—¡Piedad, piedad! padre mio, exclamé, poniéndome delante de él, no mancheis vuestras manos de sangre.

El padre Alejo se encogió de hombros y dijo:

—¡Eres un insensato! Ya que no quieres caminar delante de mí, sigueme. Y siguió arrastrando al converso que apesar de ser un hombre robusto parecia estar aterrado por una fuerza sobrehumana: bajó la escalera. Entonces cobré ánimo y le seguí.

Al ruido que hacíamos muchas personas, que al pié de la escalera aguardaban sin duda, el resultado de las confesiones que el supuesto demonio habia arrancado á mi maestro, se presentaron, pero al ver escena tan diferente de la que esperaban, se envolvieron en sus caperuzas y huyeron perdiéndose en la oscuridad. Esto no obstante tuvimos tiempo de ver por sus hábitos que eran hermanos conversos y novicios. Ningun padre se habia comprometido en esta sacrilega farsa, dirigida sin embargo, como mas tarde supimos por órdenes superiores.

El padre Alejo continuaba andando precipitadamente, arrastrando á su prisionero, el cuál de tanto á cuánto se esforzaba en desasirse de aquella mano formidable, pero el padre se detenia entonces é imprimiéndole un movimiento de estrangulación le hacia rodar por los escalones. Tenia las uñas teñidas de sangre y los ojos de Domingo parecian querer saltársele de las órbitas. Seguiales yo y de este modo llegamos al remate de la gran escalera

que daba al claustro. Allí estaba suspendida la campana mayor, que únicamente se tocaba en la agonia de los religiosos, por cuyo motivo se la llamaba el *artículo mortis*. Sin soltar el padre Alejo á su abatido demonio, se puso á tocar con una mano con tal fuerza que todo el monasterio se estremeció. Enseguida oimos abrir precipitadamente las puertas de las celdas y en todas las escaleras se oía ruido. Los frailes, los novicios, los dependientes, todos acudian y pronto el patio se llenó de gente. Todas estas figuras desfavorecidas y en desórden, alumbradas solo por el trémulo resplandor de mi lámpara, parecian los habitantes del valle de Josafat despertando del sueño de la muerte al sonido de la trompeta del juicio final. El padre seguía tocando é inútilmente llovian preguntas sobre él; en vano trataban de arrancarle de las manos al infeliz Domingo; estaba animado de una fuerza sobrenatural; hacia frente á la muchedumbre y la dominaba con el ruido del toque á arrebató y con su voz de trueno.

—Fáltame alguno, decia; cuando esté aquí hablaré, me someteré, pero no dejaré de tocar hasta que haya bajado como los demás.

Por fin presentóse el último prior y el padre Alejo cesó de mover la campana. De pié, centelleando los ojos con aire victorioso, teniendo á sus piés aquella figura monstruosa, cualquiera le hubiera tomado por el arcángel San Miguel aterrando al demonio, tanto se mostraba valiente y hermoso. Todos le miraban inmóviles y bajo la profunda bóveda del claustro no se oía ni la mas ligera respiracion. Entonces el padre Alejo levantando la voz

en medio de aquel fúnebre silencio, dijo dirigiéndose al prior:

—¡Padre mio, ved lo que acontece! Mientras estoy agonizando en mi lecho, hombres de esta santa casa que se titulan hermanos míos, vienen á asediarme en mi último suspiro llevados de una cobarde curiosidad y valiéndose de una farsa infame envían á mi celda á éste, ¡este Domingo! (y diciendo esto levantaba bastante alto la cabeza del converso para que todos pudieran reconocerle.) Lo envían cubierto de odioso disfraz á mi cabecera, gritando con voz furiosa para hacerme despertar sobresaltado de mi sueño, de mi último sueño quizá. ¿Qué esperan? ¿Atemorizarme, asustarme, helar por medio de una aparicion terrorífica mi espíritu que creían abatido, arrancar á mi delirio, palabras vergonzosas y horribles secretos? ¿Qué es esta nueva é increíble persecucion, padre mio, y desde cuando se niega al pecador pasar en el silencio de la paz, su hora suprema? Si hubiesen dado con un espíritu débil y hubiesen ocasionado mi muerte con esa vision infernal sin dejarme lugar para reconocer é invocar al Señor, decidme ¿sobre quién habia de recaer el peso de mi condenacion? ¡Oh! vosotros hombres de buena fé que aquí os hallais, no hablo por mí, sabedlo, por mí que voy á morir, sino por vosotros que me sobrevivireis para que podeis apurar tranquilamente el cáliz de vuestra muerte y dígoos ahora que pidais todos conmigo justicia á nuestro padre espiritual que está ánte nosotros y en caso necesario al otro que está sobre nosotros. Justicia pues, padre mio, ¡justicia!

Y los hombres de buena fé que allí estaban gritaron todas juntos: ¡justicia, justicia! y los mudos

mudos ecos del claustro repitieron ¡justicia, justicia!

El prior presenciaba esta escena con impasible fisonomía, únicamente me pareció que estaba algo mas pálido que de costumbre. Permaneció algunos momentos sin contestar, el entrecejo ligeramente arrugado, por fin dejó oír su voz, diciendo:

—Hijo mio, Alejo, perdona á éste hombre.

—Sí; le perdono con la condicion de que le castigareis, padre mio.

—Hijo mio, Alejo, repuso el prior ¿son estos los sentimientos de un hombre que dice hallarse próximo presentarse ánte el tribunal supremo? Ruegós que perdoneis á este hombre y que retireis vuestra mano de encima de él.

Alejo vaciló un momento; comprendió que si no reprima su ira, sus enemigos triunfarian. Dió dos pasos hácia adelante y empujando su presa hasta los piés del prior, sin soltarla, dijo inclinándose:

Reverendo padre, perdono porque debo hacerlo y porque vos lo deseais; mas como no es á mí sinó al cielo á quien se ha afendido, como vuestra virtud, vuestra sabiduría y vuestra autoridad han sido ultrajadas, conduzco al culpable á vuestras plantas y prosternándome con él suplico á Vuestra Reverencia le perdone y ruegue para que la justicia eterna le perdone tambien.

Los enemigos de mi maestro habian esperado que su cólera y su resistencia echarian á perder su causa, pero este acto de sumision destruyó sus infames designios. Los que iban á favor del padre Alejo dieron tales muestras de aprobacion que el prior se

vió precisado á abrazar su causa al menos aparentemente.

Hijo mio, Alejo, le dijo levantándolo y abrazándole, vuestra humildad y vuestra misericordia hánme conmovido, pero no puedo perdonar á este hombre como vos lo haceis. Vuestra obligacion era interceder por él, la mia es castigarlo severamente y esto se verificará tal cuál lo reclaman la justicia celeste y los estatutos de nuestra órden.

A esta severa determinacion, un estremecimiento de horror recorrió todas las filas. Las penas contra el sacrilegio eran las mas severas de todas y ningun religioso las conocia á punto fijo hasta haberlas sufrido. Estaba además prohibido revelarlas so pena de padecerlas segunda vez. Los condenados salian de su entierro en un estado espantoso de demacracion y muchos habian sucumbido poco despues de haber alcanzado el perdon. A mi maestro no le engañó la severidad del prior, pues ví vagar por sus lábios una sardónica sonrisa, sin embargo quedaba satisfecha su dignidad y soltó su presa. Tenia la mano tan agarrada al cuello de su enemigo que tuvo necesidad de emplear la otra para desasirse. Domingo cayó desmayado á los piés del prior que hizo una seña; inmediatamente cuatro conversos se lo llevaron en presencia de la comunidad azorada. Jamás se le volvió á ver en el convento; prohibióse pronunciar su nombre, ni palabra alguna que tuviese relacion con su extraña travesura; recitósele el oficio de difuntos sin que nos fuese permitido preguntar que habia sido de él. Mucho tiempo despues vile, gordo, alegre y riendo socarronamente cuando se le recordaba aquella aventura.

Mi maestro se apoyó sobre mí, bamboleó, palideció y perdiendo de pronto la milagrosa fuerza que le habia sostenido hasta entonces, se arrastró con mucho trabajo hasta su cama, hícele tragar algunas gotas de cordial y me dijo:

Angel, si el prior lo protege, creo que lo mato. Durmióse sin añadir nada mas.

Al dia siguiente el padre Alejo se levantó bastante tarde: estaba tranquilo, pero muy débil; necesitó apoyarse en mí para llegar hasta su silla y cayó en ella suspirando mas bien que se sentó. Yo no podia comprender como aquel cuerpo tan débil habia sido capaz, la víspera, de tan gigantescos esfuerzos.

—Padre mio, le dije mirándole con inquietud, ¿os hallais acaso peor, sufrís más?

—No; me contestó, estoy bien.

—Pero pareceis estar profundamente absorto.

—Reflexiono.

—Meditais acerca de lo sucedido. Lo concibo; motivo para ello; pero me parece que debierais de estar mas sereno, porque tambien hay razon para alegrarse. Por fin hemos conseguido ver claro en el fondo del abismo y cábenos la seguridad de que no estais asediado por malos espíritus.

Sonrióse el padre Alejo con aire ligeramente irónico y meneando la cabeza, dijo:

—¿Crees pues aún en los malos espíritus, pobre Angel mio? ¡Error! ¡error!

¿Crees tú tambien como los físicos de otro tiempo, que la naturaleza tiene horror al vacío? Pues lo mismo hay malos espíritus que vacío. (1) ¿Qué seria

(1) La esperiencia se ha encargado de demostrar lo contrario. Nota de la T.

el hombre, esa criatura inteligente, ese hijo del espíritu, si las malas pasiones, los viles instintos de la carne pudiesen venir bajo una forma repugnante ó grotesca á asaltar sus vigiliass ó á fatigar su sueño? No: todos esos demonios, todas esas creaciones infernales de que hablan todos los dias los ignorantes ó los impostores, solo son fantasmas creados por la imaginacion de los unos para atemorizar á los otros. El hombre fuerte conoce su propia dignidad y en su interior se rie de esos inventores dignos de lástima, durmiéndose sin inquietud y despertando sin temor.

—Sin embargo, respondíle, asombrado por este lenguaje, aquí mismo han acontecido cosas que pueden hacerme pensar lo contrario. La otra noche le oí á usted conversar con otra voz muy fuerte que parecia reprenderle con dureza. Usted le contestaba entre afligido y temeroso. Yo me asusté; vine á este cuarto para socorrerle y le encontré solo, postrado, llorando amarguissimamente. ¿Qué era todo esto pues?

—Era él.

—¡El! ¿quien él?

—Ya lo sabes puesto que estaba contigo, puesto que por tres veces te llamó como el Señor llamó durante la noche al jóven Samuel dormido en el templo.

—¿Como lo sabeis, padre mio?

Alejo pareció no oír mi pregunta. Permaneció absorto un rato con la cabeza inclinada sobre el pecho; luego tomó la palabra sin cambiar de actitud, ni hacer ningun movimiento.

—¿Dime, Angel, cuando le viste era en pleno dia?

—Sí, padre mio, á las doce. Ya me lo habeis preguntado.

—¿Y brillaba el sol?

—Se reflejaba en su fisonomía.

—¿Solo esa vez le has visto?

Vacilé un momento en contestar; temia ser juguete de una ilusion y dar con mis propias aberraciones, consistencia á las del padre Alejo.

—¡Le has visto otra vez exclamó con impaciencia y no me lo has dicho!

Mi buen maestro ¿qué valor quereis dar á apariciones que quizá no sean mas que afecto de semejanzas casuales, ó tal vez de simples juegos de luz?

—Argel, que quereis decir; lo que tratais de ocultarme, me lo revelan vuestras propias reticencias. Hablad, es preciso; me vá en ello el reposo de mis últimos dias.

Vencido por su persistencia, contéle para satisfacerle, el terror que me habia acometido en la sacristia, aquel dia en que creyendo estar solo y saliendo de un profundo desmayo, oí murmurar ciertas palabras y ví pasar una sombra, sin poderme dar explicacion natural de estas cosas.

—¿Y qué palabras eran esas? preguntó el padre Alejo.

—Un llamamiento á Dios en favor de las victimas de la ignorancia y de la impostura.

—¿Qué nombre daba al que invocaba? Decia oh! Espiritu, ó Jeovah?

—Decia oh! Espiritu de sabiduría.

—¿Y qué forma tenia aquella sombra?

—No sé: salió de la oscuridad y se perdió en

el rayo de luz que entraba por la ventana, ántes de tener tiempo y valor para examinarla. Pero escuchad, padre mio, he creído siempre que erais vos, que apoyado contra la ventana y hablando consigo mismo.....

Alejo hizo un gesto de incredulidad.

—¿No podriais haber perdido la memoria de ese hecho insignificante, errando como errabais sin ceser por aquella época y fuertemente preocupado cuál lo estais siempre?

—¿Pero tú le has visto aún otras veces? interrumpió Alejo con violencia. No quieres decírmelo todo, quieres que baje á la tumba sin legar mi secreto á un amigo? Contesta siquiera á la pregunta que voy á hacerte. Cuando te paseabas en hermosos dias, á lo largo de las apartadas calles del jardin, atormentado por tristísimos pensamientos, invocando la providencia amiga de los hombres ¿no has oido tras tus pisadas, otras pisadas que sin dejar huella, hacian crugir la arena?

Estremecíme y díjele que ese ruido de pasos me habia perseguido en la sala del capítulo, cabalmente el dia anterior.

—¿Y entonces no se te ha parecido nada?

Contéle el efecto prodigioso del sol sobre el retrato del fundador. Entonces cruzó las manos sobre el pecho trasportado de alegría, repitiendo diferentes veces:

¡El es! él es!... te ha elegido, te ha enviado, quiere que te hable. Pues bien voy á hablarte. Recoge tus ideas y haz que no agite tu alma una vana curiosidad. Recibe la confianza que voy á depositar en tí, como las entreabiertas flores al rayar el alba reciben el delicioso rocío del cielo.

¿Has oído hablar de *Samuel Hebronius*?

—Sí, padre mio, si es el mismo que el abad Espiridion. Referile entonces lo que el tesorero me habia contado.

El padre Alejo levantó los hombros con expresion de desprecio y me habló en estos términos:

—Hay otras herencias que las de la familia en las cuáles se legan, segun la carne, las riquezas materiales. Parentescos mas nobles fundan patrimonios mas santos. Cuando un hombre se ha pasado la vida investigando la verdad por todos los medios imaginables, dedicándole todas sus fuerzas, cuando en puro de estudio ha alcanzado á descubrir algo en el vasto mundo del espíritu, desea no enterrar el tesoro que ha encontrado; no quiere que aquel rayo de luz vuelva á perderse en la oscuridad y al acercarse el término de su existencia, busca entre hombres mas jóvenes una inteligencia semejante á la suya, en la que pueda, ántes de morir, grabar sus pensamientos y su ciencia, á fin de que la sagrada obra no se interrumpa con la muerte del primer obrero, sino que marche, se ensanche y perpetuada de raza en raza llegue con el tiempo á su cabal cumplimiento. Y estáte persuadido hijo mio de que para emprender y continuar tamaños trabajos, para hacer y aceptar semejantes trabajos se necesita una inteligencia generosa y un sacrificio grande, sobre todo cuando de antemano se sabe que no se llegará al conocimiento de la última palabra del grande enigma al cuál ha consagrado uno su vida. Perdóname este orgullo, hijo mio; será quizá la única recompensa que saque de esta trabajosa vida, la única espiga que recoja en el áspero surco que con el sudor de mi frente he labra-

do. Soy el heredero espiritual del padre Fulgencio, como tu serás el mio, Angel. Fulgencio, era un monje de este convento: en su juventud habia conocido á su fundador, nuestro venerable maestro Hebronius, al que llaman aquí el abad Espiridion. Era para él, lo que tú eres para mí, hijo mio, joven, bueno, inexperto, tímido como tu; le amaba su maestro como yo te amo y le confió con una parte de su secretos, la historia de su vida. Del mismo heredero del maestro, se yo pues lo que voy á referirte.

Pedro Hebronius no se llamaba así al principio. Su verdadero nombre era Samuel. Era judio y oriundo de una pequeña aldea de las cercanías de Inspruck. Su familia, poseedora de grandes riquezas, le dejó en sus primeros años, completa libertad para seguir sus propias inclinaciones, las cuales fueron muy serias desde su niñez. Gustaba de la soledad y pasaba los dias y aun las noches recorriendo las escabrosas montañas y los estrechos valles de su país. Sentábase amenudo á orillas de los torrentes y de los lagos y permanecía allí largas horas escuchando el rumor de las olas, procurando adivinar el sentido que la naturaleza ocultaba en aquellos susurros. Par de su edad, tornábase su imaginacion curiosa y grave. Preciso fué pensar en darle una instruccion sólida. Enviáronle sus padres á estudiar á las universidades de Alemania. Hacia entonces un siglo escaso que Lutero habia muerto y su memoria y su palabra vivian aun en el entusiasmo de sus discípulos. La nueva fé se afirmaba en sus conquistas y dilatábase en su triunfo. Animaba á los reformadores el mismo ardor de los primeros dias pero mas ilus-

BIBLIOTHEQUE DE LA
"ALFONSO PÉREZ"
1625 MONTEPEÑON

trado, mas mesurado. El proselitismo proseguia su tarea con ardor reclutando cada dia nuevos adeptos. Al oír predicar una moral y explicar dogmas extraídos del mismo catolicismo, Samuel quedó pasmado de admiración. Como era un espíritu atrevido y sincero, comparó las doctrinas que se le exponían entonces con aquellas en que había sido educado, é iluminado por ésta comparacion reconoció al instante la inferioridad del judaismo. Dijose á sí mismo que una religion hecha para un solo pueblo, con exclusion de todos los demás, que no daba á la razon satisfaccion de lo presente, ni certidumbre de lo porvenir, que desconocia la doble necesidad de amar, inherente al corazon humano, y ofrecia solo una bárbara justicia por línea de conducta, no podia ser la religion de almas grandes, de espíritus nobles y que no podia ser Dios de verdad el que al estrépito del trueno dictaba sus mudables voluntades y para ejecucion de tan estrechos pensamientos escogia hombres esclavos de terror grosero. Siempre consecuente consigo mismo, Samuel puso en ejecucion su pensamiento y un año despues de su llegada á Alemania, abjuró el judaismo para entrar en el seno de la iglesia reformada. Como no hacia las cosas á medias quiso despojarse, en cuánto cabia del hombre viejo y comenzar una nueva vida, entonces fué cuando cambió su nombre de Samuel por el de Pedro. Trascurrió algun tiempo durante el cual se instruyó y se afirmó en su nueva religion, buscando, en su ardor, objeciones que refutar y adversarios que combatir. Como era audaz y emprendedor se dirigió, desde un principio, á los mas fuertes. Bossuet fué el primer autor católico que empezó á

leer, verificándolo con una especie de desden; creía firmemente que la fé que acababa de abrazar era la verdad pura, despreciaba por consiguiete los ataques que contra ella se intentaban y se burlaba algo precipitadamente de los argumentos irresistibles del aguila de Meaux; pero pronto su irónica confianza, cambiósese en duda primero y en admiracion despues. Cuando vió con que rigurosa lógica y con cuan grandiosa poesia el prelado francés defendía la iglesia de Roma, se dijo que la causa defendida por semejante abogado era cuando menos digna de respeto, y por una transicion natural llegó á pensar que los grandes espíritus podían solo consagrarse á grandes cosas. Llevado de esta idea púsose ó estudiar el catolicismo con el mismo ardor é imparcialidad que el luteranismo, colocándose frente á frente de él. no como hacen comunmente los sectarios, desde el punto de vista de la controversia y de la denigracion, sino desde el del examen y de la comparacion. Fué á Francia, para ilustrarse en la religion madre al lado de los doctores, como había hecho en Alemania respecto de la reformada. Vió al grande Arnaldo y al segundo Gregorio Nacianceno, Fenelon, y al mismo Bossuet. Guiado por estos maestros cuya virtud le hacia amar la inteligencia, penetró rápidamente ei fondo de los misterios de la moral y del dogma católicos. Encontró en ellos, cuánto constituía para él la hermosura y la grandeza del protestantismo, el dogma de la unidad y de la eternidad de Dios que ambas religiones habían tomado del judaismo y cuánto de esto se deducía sin que Moisés lo hubiese reconocido, tal la inmortalidad del alma, el libre albedrio en esta vida y la recompensa y el castigo

para buenos y malos en la otra. Encontró en el catolicismo mas pura la sublime moral que predica á los hombres la igualdad entre ellos, la fraternidad, el amor, la caridad, el sacrificio, el desprendimiento de sí mismo.

Parecióle además que ésta religion tenia en su favor la ventaja de una fórmula mas vasta y una unidad vigorosa que faltaba al luteranismo. Verdad es que éste en cambio habia admitido la libertad de examen, que es tambien una necesidad de la naturaleza humana y proclamado la autoridad de la razon individual, pero por lo mismo habia renunciado al principio de la infalibilidad que es la base necesaria, la condición vital de toda religion revelada, pues que no puede hacerse vivir una cosa sino en virtud de las leyes que han presidido á su creacion y por consiguiente no puede continuarse y confirmarse una revelacion mas que por otra revelacion. Ahora bien; la infalibilidad no es sino la revelacion continuada por Dios mismo ó el Verbo en la persona de sus vicarios. El luteranismo que pretendia compartir el origen del catolicismo y apoyarse en la misma revelacion, habia zapado con sus propias manos los fundamentos de su edificio, rompiendo la cadena tradicional que unía el cristianismo entero á esta misma revelacion. Permitiendo discutir libremente la continuacion de la religion revelada, habia entregado por este mero hecho sus principios, atentando asimismo la inviolabilidad de este origen que compartia con la secta rival. Como el espíritu de Hebronius se hallaba en aquella época mas inclinado á la fé que á la crítica y sentia menos necesidad de discusion que de conviccion, prefirió la certeza y la

autoridad del catolicismo á la libertad é incertidumbre del protestantismo. Este sentimiento se robustecia ante el carácter sagrado de antigüedad que el tiempo habia impreso en la frente de la religion madre. Además la pompa y el esplendor que rodeaban al culto romano, parecian á este espíritu poético la expresion armoniosa y necesaria de una religion revelada por el Dios de la gloria y de la omnipotencia. Finalmente despues de maduras reflexiones, comprendió que se hallaba sincera y enteramente convencido y recibió de nuevo el bautismo de manos de Bossuet. En aquel acto añadió el nombre de Espiridion al de Pedro, para conmemorar su doble iluminacion por el espíritu. Desde aquel entónces resolvió consagrar toda su vida á la adoracion del nuevo Dios que le habia llamado hácia sí, y á profundizar su doctrina; pasó á Italia y con el auxilio de una gran fortuna heredada de un tio suyo, católico tambien, hizo edificar el convento en que estamos. Fiel al espíritu de la ley que habia creado las comunidades religiosas, reunió á su alrededor los monges mas afamados por su inteligencia y su virtud para dedicarse con ellos á la pesquisa de todas las verdades, y trabajar en el engrandecimiento y corroboracion de la fé por la ciencia. Al principio su empresa pareció alcanzar feliz éxito. Estimulados por su ejemplo, sus compañeros se entregaron durante algunos años á la oracion y á la meditacion. Habianse constituido bajo la advocacion de San Benito, adoptando las reglas de su órden. Cuando llegó el momento de nombrar un gefe espiritual, la eleccion recayó unánimamente sobre Hebronius y fué confirmada por el papa. El nuevo prior, feliz un momento con

la confianza de los hermanos que había escogido, volvió de nuevo á sus trabajos con mas ardor y esperanza que nunca. No tardó sin embargo mucho tiempo en reconocer que se había engañado acerca de los hombres que había llamado para compartir su empresa. Como los había escogido entre los religiosos mas pobres de Italia, no le costó mucho obtener de ellos celo y aplicacion durante los primeros años. Acostumbrados como estaban á una vida dura y activa, habían adoptado fácilmente el género de existencia impuesto por Hebronius, conformándose gustosos á sus deseos. Pero á medida que se acostumbraron ó la opulencia, volviéronse menos laboriosos y cayeron poquito á poco en los defectos y vicios de sus cofrades más ricos, cuyo gérmen habían conservado. A la frugalidad sucedió la intemperancia, á la actividad la pereza, á la caridad el egoismo; no mas plegarias durante el dia, no mas vigiliias por la noche; la malediscencia y la gula sentaron sus reales en el convento; tras ellas penetraron la ignorancia y la desvergüenza y el templo destinado á virtudes aústeras y á nobles trabajos, convirtiéronlo en receptáculo de indecentes placeres y vil ociosidad.

Hebronius, dormido en su confianza y perdido en sus profundas especulaciones, no advertía el estrago que á su alrededor causaban los miserables instintos de la materia. Cuando abrió los ojos, era ya tarde: no había visto la transición por la cual todas estas almas vulgares habían pasado del bien al mal; demasiado alejado de ellas, además por la magnanimidad de su naturaleza, no comprendió tales debilidades y en lugar de descender hácia los pecadores, de conducirlos suavemente y de nuevo

hácia la virtud, inspiráronle inmenso desprecio, separóse de ellos con disgusto y dirigió al cielo sus pensamientos siempre huérfanos desde entónces. Como el águila herida en el ala por venenoso reptil se remonta sin embargo hasta el sol, no pudo Hebronius desde la altura de su sentimiento olvidar los escándalos que sus mismos ojos habían visto. La idea de la corrupcion y de la vil bajeza vino á turbar todas sus meditaciones teológicas y se adhirió como repugnante lepra al ideal de la religion, y pronto, apesar de sus fuerzas de abstraccion, le fué imposible separar los católicos del catolicismo. Esto le llevó, sin él notarlo á considerarlo por sus puntos vulnerables como en otro tiempo lo había considerado por sus puntos inatacables, y á buscar, apesar suyo, cuánto tenía de flaco y de deficiente. Con la poderosa facultad de análisis de que estaba dotado su génio investigador, no tardó en encontrarlo, pero al igual de aquellos hechiceros temerarios que evocaban los espectros, temblando luego á su aparición, asustóse él mismo de sus descubrimientos. Habíase ya apagado en él aquel fuego de la juventud que siempre le impelió hácia adelante y decíase que una vez destruída ésta tercera religion no encontraría otra bajo la cual pudiera abrigarse. Esforzóse pues, en afirmar su fé que empezaba á vacilar y para conseguirlo leyó de nuevo los mejoramientos de los defensores contemporáneos de la Iglesia. Naturalmente volvió á Bossuet, pero mirábale ya desde otro punto de vista y lo que otras veces le había parecido concluyente y sin réplica parecióle á la sazón controvertible ó negable en muchas partes. Los argumentos del católico doctor recordáronle las objeciones de los protestan-

tes y la libertad de exámen que en otro tiempo despreció halló por segunda vez cabida victoriosa en su inteligencia. Precisado á luchar individualmente contra la doctrina infalible, cesó de negar la autoridad de la razon individual. Es mas: pronto hizo de de ella uso mas audaz que aquellos que la habian proclamado. Titubeó al principio, pero una vez emprendida la carrera no se detuvo. De consecuencia en consecuencia, se remontó hasta la misma revelacion, la atacó con la misma lógica que todo lo demás y obligó á bajar á la tierra aquella religion que pretendia ocultar su cabeza en el cielo. Cuando hubo librado con la fé batalla tan decisiva, continuó la marcha y prosiguió en sus victorias, victorias funestas que le costaron muchas lágrimas é insomnios. Despues de haber despojado de su divinidad al padre del cristianismo, no temió pedirle á él y á sus sucesores, cuenta de la obra humana que habian llevado á cabo. La cuenta fué severa. Hebronius llegó hasta el fondo de las cosas. Encontró mucho mal, junto con mucho bien y grandes errores adheridos á grandes verdades. El extensísimo campo católico habia producido quizá tanto joyo como trigo. Opinaba Hebronius que un Dios puramente espíritu, produciendo de sí mismo un mundo material, pudiendo luego absorberlo por un anonadamiento semejante á su creacion, no era sino el producto de una imaginacion enferma, precisada á inventar una teologia cualquiera y he aquí lo que se repetia amenudo á sí mismo:—Estando el hombre organizado tal cual está, no debiendo juzgar ni creer mas que aquello que le dictan sus propias percepciones ¿ésle posible concebir que de nada se haga cosa alguna y de cosa

alguna, nada? ¿Y cual es el edificio construido sobre esta base? ¿Qué viene á hacer el hombre á este mundo material que el puro espíritu ha extraido de sí mismo? Ha sido sacado y formado de la materia, despues colocado aquí por Dios para someterlo á pruebas que este mismo dispone á su antojo y cuyo resultado sabe anticipadamente; para luchar en fin contra un peligro al cual debe necesariamente sucumbir, espando luego una falta que no podia por menos de cometer.

Esta teoria de los hombres, llamados sin su consentimiento á una vida de peligros y de angustias, seguida, para la mayor parte de padecimientos eternos é inevitables arrancaba al alma recta de Hebronius, gritos de dolor y de indignacion.—Sí, exclamaba, sí, vosotros sois ciertamente los descendientes de esos judios implacables que en las ciudades conquistadas asesinaban atrocmente los hijos de los hombres y los corderitos de los rebaños; vuestro Dios no es mas que el hijo engrandecido del feroz Jeovah el cuál sólo hablaba á sus adoradores, de cólera y de venganza.

Renunció pues al cristianismo, pero como no tenía otra religion para poner en su lugar y por otra parte se habia vuelto mas prudente y sosegado, no quiso hacerse acusar inútilmente de inconstancia y apostasia y conservó todas las prácticas exteriores de ese culto que interiormente habia abjurado. Pero no le bastaba haber dejado el error, era preciso encontrar la verdad. Hebronius miraba á su alrededor y nada veía que tuviese visos de tal; entonces comenzó para él una série de terribles y desconocidos padecimientos. Colocado frente por frente de la duda,

su espíritu sincero y religioso espantóse de su aislamiento y sudó agua y sangre cuál otro Cristo en la montaña á la vista de su cáliz. Como no tenía mas fin, ni mas deseo que la verdad y fuera de ella nada le importaba aqui bajo, vivia absorto en sus dolorosas contemplaciones, sus miradas erraban sin cesar por el vacío que le rodeaba como un océano sin límites viendo retroceder ante él, el horizonte á medida que queria alcanzarlo. Perdido en tan inmensa incertidumbre, sentia apoderarse de él una especie de vértigo.

Luego cansado de sus vanas pesquisas y de siempre desesperanzadas tentativas, caía agobiado, descoyuntado, viviendo solo por el profundo dolor que sentia sin acertar á comprenderlo.

Apesar de esto conservaba bastante fuerza para no dejar percibir al exterior nada de su lucha interna. Al ver la palidez de su frente, furtivas lágrimas que de tiempo á otro corrian por sus mejillas, su pausado y melancólico andar, sospechábase, si que su alma sostenia rudo combate, pero se ignoraba por que como á nadie habia confiado la causa de su mal, nadie hubiera podido decir si procedia de desesperada incredulidad, ó de fe demasiado viva para hallar cabal satisfaccion en la tierra. La duda acerca de este particular era muy incierta. El manto de tristeza del abad Espiridion ocultaba á todos el secreto de su herida. Cumplia además con tan irreprochable exactitud todas las prácticas exteriores del culto y todas sus obligaciones visibles de perfecto católico que no podian sus enemigos encontrar pretesto para acusarle. Todos los frailes, cuyos vicios contenia con su rígida virtud y cuya vil holgazaneria condena-

ba con sus áusteros trabajos, mortificados en su egoismo y en su vanidad, alimentaban contra él un odio implacable y buscaban ardientemente medios para perderlo, mas no observando en su conducta ni la sombra de una falta, veíanse obligados á roer silenciosamente su estrecha regla y contentábase con verle sufrir por sí mismo. Hebronijs penetraba el fondo de aquellos pensamientos y al propio tiempo que despreciaba su impotencia, indignábale, tanta ruindad. Así cuando por algunos momentos salía de sus preocupaciones interiores para echar una mirada sobre la vida real hacia crudamente llevar á aquellos frailucos, el peso de su maldad. Tan benigno era para los buenos como duro para los malos. Si todas las debilidades le hallaban compasivo y todos los padecimientos simpático, todos los vicios le encontraban severo y todas las imposturas implacable. Parecia aliviar sus males en este completo ejercicio de la Justicia. Su alma generosa se exaltaba con la idea de hacer el bien. No tenía regla cierta, ni ley absoluta, pero guiaban todas sus acciones y encaminábanlas á lo justo una especie de razon instintiva que nada podia desviar, ni aniquilar. Sintiendo fermentar estos generosos sentimientos, dijóse á sí mismo que la sagrada chispa habia cesado de brillar en él, pero no de arder y que Dios habitaba aun en su corazón si bien oculto á su inteligencia por velos impenetrables. Quizá por esto cobró apego á la vida y fuese ésta ú otra idea la que lo reanimase, lo cierto es que poco á poco se despejó su frente y sus ojos antes empañados por lágrimas recobraron su antiguo esplendor. Nuevamente se entregó y con más ardor que nunca á los

trabajos que habia abandonado, observando una vida mas retirada que nunca tambien. Al principio sus enemigos se regocijaron creyendo que la enfermedad era causa de la soledad en que se habia encerrado, pero su error fué de corta duracion. Espiridion, en lugar de debilitarse cobraba fuerzas diariamente y parecia remozarse con las fatigas cada vez mayores que se imponia. A cualquiera hora de la noche se veia luz en su celda y los curiosos que se acercaban á la puerta para indagar en que invertia el tiempo oian girar hojas rápidamente ó el chirrido de la pluma sobre el papel, amenudo pasos mesurados y tranquilos como los de un hombre que medita. Algunas veces, hasta los oidos de aquellos espías llegaban palabras ininteligibles y confusos gritos de cólera ó de entusiasmo le dejaban clavados de admiracion en el sitio ó les obligaban á huir de espanto. Los monges que nada habian podido deducir del abatimiento del abad, tampoco nada dedujeron de su exaltacion. Pusiéronse á indagar la causa de su bienestar y el objeto de sus trabajos y en tan estúpidos cerebros no cupo otra idea que la de la magia. ¡La magia! ¡como si los grandes hombres pudieran achicar su inteligencia inmortal hasta el punto de consagrar su vida á hechicerias, soplando toda la vida en toscos hornillos para hacer aparecer á los asustadizos niños, diablos con cola de perro y pies de cabra! La materia ignorante desconoce en absoluto la marcha del espíritu y nunca los buhos han conocido el camino por donde las águilas se elevan hasta el sol.

Sin embargo aquellos frailucos no se atrevieron á emitir su opinion descaradamente y la calumnia

erró vergonzosa en la oscuridad al rededor del maestro, sin atreverse á atacarle de frente. En el terror pues que inspiraban á esos imbéciles, imaginarias maquinaciones, encontró la seguridad que no hubiera hallado en la veneracion debida á su génio y á su virtud. Todos esperaban ver salir del misterio que rodeaba al abad, algun terrible fenómeno, cosa así como una nube de fuegos devoradores. Así pudo llegar Hebronius con tranquilidad hasta su última hora. Cuando la vió acercarse llamó á Fulgencio por quien sentia paternal afecto. Dijole que le habia distinguido entre sus compañeros por la sinceridad de su corazon y su ardiente amor á lo bello y á lo verdadero; que hacia largo tiempo lo habia escogido para su heredero espiritual y que era llegado el momento de revelarle su pensamiento. Entonces le contó la historia íntima de su vida; cuando llegó al último periodo se detuvo un instante como para meditar ántes de pronunciar las palabras supremas y definitivas, luego prosiguió así:

—Te he iniciado en todas las luchas, en todas las dudas, en todas las creencias de mi vida. Te he dicho cuánto bueno y malo, verdadero y falso he encontrado en las religiones que he atravesado. Hágote juez y dejo á tu conciencia el cuidado de determinar. Si piensas que he padecido error y que el catolicismo en que has vivido desde tu infancia satisface á la vez tu espíritu y tu corazon, no te dejes arrastrar por mi ejemplo y conserva tu creencia. Debe el hombre permanecer dó bien se encuentra. Para pasar de una fé á otra es preciso salvar abismos y sé demasiado cuan penosa es la ruta que debe seguirse para impelerte á emprender-

la contra tu voluntad. La divina sabiduría proporciona á las plantas el terreno y el viento mas apropiado. Dá á la rosa las llanuras y la brisa; á los cedros las montañas y el huracan. Hay espíritus curiosos y atrevidos que ante todo, desean inquirir la verdad; otros mas modestos y mas tímidos solo piden el reposo. Si te parecieras á mí, si el primer deseo de tu alma fuese la sabiduría te comunicaria sin vacilar mi pensamiento entero. Hariate beber en la copa de la verdad que he llenado con mis lágrimas, hasta correr riesgo de embriagarte. ¡Desgraciadamente no es así! Tu has nacido para amar mas que para saber y tu corazón es mas fuerte que tu espíritu. Estás ligado al catolicismo, así lo creo al menos por lazos de sentimiento que no podrias romper sin dolor; y si lo hacias, esa verdad á la cuál habrias sacrificado todas tus simpatías, no compensaria tu abnegacion. En lugar de exaltarte, quizá te postrará; es alimento demasiado delicado para los pechos delicados que ahoga cuando no vivifica. No quiero pues revelarte la doctrina que constituye el triunfo de mi vida y el consuelo de mi última hora porque quizá te sumiera en el duelo y la desesperacion. ¿Qué sabe uno de las almas? Sin embargo es muy posible que á causa de tu mismo amor, el culto de lo bello te encamine á la necesidad de lo verdadero y puede llegar la hora en que tu espíritu sincero tenga hambre y sed de lo absoluto. Si este caso llega, no quiero que clames al cielo, ni que viertas lágrimas sin provecho sobre una incurable ignorancia. Dejo despues de mí, una esencia mia, la mejor parte de mi inteligencia, algunas páginas, fruto de toda una vida de meditaciones y trabajo. De todas las obras de mis

largas vigiliás, ésta es la única que no he arrojado á las llamas porque era la única completa. Todo mi ser está en ella por entero, allí está la verdad. Ahora bien: ha dicho el sábio que no deben sepultarse los tesoros en los pozos; es, pues, necesario que este escrito se salve de la brutal estupidez de los frailes; no debe pasar sino á manos dignas de hojearlo, únicamente deben mirarlo ojos capaces de comprenderlo; para alcanzar tal resultado quiero pues imponer una condicion que será al propio tiempo una prueba; quiero que éste escrito me siga á la tumba á fin de que aquel de vosotros que deseare leerle tenga bastante valor para arrastrar vanos temores, arrancándolo al polvo del sepulcro: así pues escucha mi última voluntad. Tan pronto como haya cerrado los ojos, coloca este escrito sobre mi pecho; lo he encerrado en un estuche de pergamino, cuya preparacion particular puede preservarle de la corrupcion durante algunos siglos. No dejes que nadie toque mi cadáver; es un triste deber que gustosamente te cederán. Coloca tu mismo la mortaja al rededor de mis extenuados miembros y vela mis despojos con celoso cuidado, hasta que haya bajado al seno de la tierra con mi tesoro, porque no ha llegado la época en que tu puedas aprovecharte de él. Tu adoptarás su espíritu bajo la fé de mi palabra y esta fé no bastaria para sostener la prueba de una lucha diariamente renovada contra tí por el catolicismo. Al igual de cada generacion humana, tiene cada hombre sus necesidades intelectuales cuyo límite marca el de sus investigaciones y sus conquistas. Para leer con fruto estas líneas que confio al silencio de la tumba, es preciso que tu espíritu haya llegado como el mío á

la necesidad de una completa transformacion. Solo entónces te despojaras de tu viejo vestido sin pena y sin temor y te pondrás el nuevo con toda la seguridad de una conciencia limpia. Cuando para tí brille este dia rompe sin inquietud la piedra y el metal, abre mi tumba y hunde en mis secas entrañas una mano ferine y piadosa. ¡Ay! cuando esta hora llegue, me parece que mi yerto corazon revivirá como la yerva helada á la vuelta de un sol de primavera y que desde el seno de las trasformaciones infinitas, mi espíritu entrará en comunicacion inmediata con el tuyo, porque el espíritu vive siempre como eterno productor y así como cada destruccion en el órden material dá lugar á nuevas vidas, del mismo modo, cada soplo intelectual conserva por medio de una invisible comunion el soplo vivificado por él en un nuevo santuario de la inteligencia.

Este discurso no suscitó en el seno de Fulgencio mayor ardor del que el maestro habia presentido. Espiridion le habia juzgado bien al decirle que no habia sonado aun para él la hora del conocimiento. No cabe duda de que en aquella época habia en el claustro espíritus mas atrevidos y cerebros mas vastos que el de Fulgencio que hubieran podido ser depositarios del secreto del abad, pero no los juzgó bastante sinceros y desinteresados para el caso; temió que su tesoro no llegase á ser un medio de poder temporal ó de mundana gloria; quizá tambien en manos de hombres ambiciosos podia ser un manantial de impiedad ó una causa de ateismo bajo la interpretacion de una alma árida ó de una inteligencia privada de amor. Hebronius sabia que Fulgencio, era como dice la Escritura, *oro puri-*

simo y que si por falta de valor, llegaba el extremo de no aprovechar el sacro legado, por lo menos no haria de él ningun uso funesto. Cuando vió con cuán humilde resignacion habia escuchado sus confidencias aquel discípulo amado, aplaudióse de haberlo dejado todo á su libre albedrio y solo le hizo jurar que no moriria sin haber hecho pasar aquella herencia á persona digna de poseerla. Fulgencio lo juró.

—Pero ¡oh maestro mio! exclamó ¿cómo conoceré esa persona pura? ¿Si nadie me inspira bastante confianza para que le trasmita vuestro legado, del seno de la tumba, no subirá vuestra voz hácia mi para disipar mi ceguera ó mi timidez? ¿Podré andar solo por las tinieblas cuando la luz se haya extinguido?

—Ninguna luz se extingue respondió el abad y las tinieblas del entendimiento son fáciles de rasgar para un espíritu generoso y sincero. Nada se pierde; ni siquiera la forma muere; permaneciendo mi imágen grabada en el mas íntimo santuario de tu memoria ¿quién podrá decir que yo he desaparecido de este mundo? ¿Romperá acaso la muerte, los lazos de nuestra amistad? ¿Quién podrá pues decir entónces que lo que se conserva en el corazon de un amigo ha dejado de ser? El alma no necesita de los ojos del cuerpo para contemplar lo que ama; ella es un espejo en el cual nada se borra; antes dejará el mar de reflejar el azul de los cielos que la imágen de un sér amado caiga en la nada; el artista que esculpe una imágen sobre mármol ó la pinta sobre el lienzo, ¿no comunica acaso á la materia una especie de inmortalidad?

Tales fueron las postreras conversaciones de Espiridion con su amigo. Pero aquí empieza para este último una serie de hechos personales, sobre los cuales llamó tu atención. Voy á referirtelos tales cuales me fueron transmitidos, amenudo por él mismo con la mas escrupulosa exactitud.

Fulgencio no podia acostumbrarse á la idea de ver morir á su maestro y amigo. En vano le aseguraban los médicos que al abad le quedaban muy pocos dias de vida, pues que su enfermedad habia llegado al punto en que concluyen todas las esperanzas y se hacen inútiles los recursos del arte; érale imposible concebir que aquel hombre de carácter y espíritu tan fuertes aun, estuviese próximo á aniquilarse. Nunca le habia visto mas claro, ni mas elocuente en sus descubrimientos, ni mas extenso en sus miras. En el umbral de la nueva vida gozaba aun de bastante energia y actividad para cuidar de las menudencias de las que iba á abandonar. Solicito para sus hermanos daba á cada uno de ellos las instrucciones que le convenian; á los malos una amonestacion ardiente, á los buenos consejos paternales. Estaba mas inquieto y afectado por el dolor de Fulgencio que por sus propios dolores fisicos, y su inmenso cariño hácia aquel jóven le hacia olvidar lo que de solemne y terrible tiene el paso que iba á franquear.»

Aquí interrumpió su relacion el padre Alejo, viendo llenarle mis ojos de lágrimas. Al pensar la íntima semejanza que existia entre la situacion que me describia y la mia, incliné mi cabeza sobre su helada mano. Comprendíome, estrechéme fuertemente y continuó:

Viendo Espiridion que aquella alma tierna y apasionada en sus afectos, iba á romperse con el hilo de su vida, trató de suavizar el horror con que el catolicismo rodea la idea de la muerte y pintóle con suaves y claros colores, ese paso de una existencia efimera á una existencia sin fin.

—No me inspirais lástima porque moris respondia Fulgencio, quéjome por que me abandonais. No me inquieta vuestra suerte; sé que vais á pasar de mis brazos á los de mi Dios que os ama, pero yo voy á gemir sobre esta tierra ingrata y á arrastrar una existencia desamparada entre seres que nunca os reemplazarán en mi corazon.

—¡Oh hijo mio! no hables así replicó el abad; hay una providencia para los buenos, para los corazones amantes. Si te roba un amigo que ha cumplido ya su mision cerca de tí, en compensacion dará á tu vejez otro amigo fiel, un hijo afectuoso, un discípulo confiado que embellecerá tus últimos dias con los consuelos que hoy dia tú me prodigas.

—Nadie podrá amarme como yo os amo, repuso Fulgencio, porque nunca seré digno de inspirar amor semejante al que me inspirais, y aun cuando esto pudiese suceder, ¡soy tan jóven que imaginad cuanto habré de sufrir privado de guía y de apoyo durante los años de mi vida en que vuestra proteccion y vuestros consejos me hubiesen sido tan necesarios!

—Escucha dijo un dia el abad á su discípulo: quiero manifestarte un pensamiento que ha atravesado muchas veces mi espíritu sin detenerse nunca en él. Ya sabes que nadie es mas enemigo que yo de las groseras truhanerías de que se valen los frailes

para atemorizar á sus adeptos; tampoco soy partidario de los éxtasis que visionarios ignorantes ó viles impostores han imaginado para hacer fortuna ó halagar su miserable vanidad, pero creo en las apariciones y en los sueños que han comunicado á veces un saludable temor ó una vivificante esperanza á espíritus sinceros y piadosamente entusiastas. Los milagros no me parecen inadmisibles á la razon mas fria y mas ilustrada. Entre las causas sobrenaturales que lejos de causar repugnancia á mi espíritu son para mí como vaga creencia como plácentera vision, acepto como posibles las comunicaciones directas de nuestros sentidos con lo que permanece en nosotros y alrededor de nosotros de los muertos que hemos amado. Sin creer que los cadáveres puedan romper la losa del sepulcro y recobrar por algunos instantes las funciones de la vida, imagino algunas veces que los elementos de nuestro ser no se dividen súbitamente y que antes de su difusion un reflejo de nosotros mismos se desprende á nuestro alrededor como el espectro solar hiere con toda su brillantez, nuestra vista, muchos minutos despues de haber desaparecido de nuestro horizonte. Si he de decirte cuánto pasa en mí acerca de este particular, te confesaré que segun una tradicion de mi familia que nunca he tenido valor de rechazar como fábula, la vida existia en tal grado de intensidad en mis antepasados, que su alma al dejar el cuerpo experimentaba el esfuerzo de una crisis extraña, desconocida. Veíase entonces desprenderse su propia imagen apareciendo algunas veces doble y hasta triple. Mi madre aseguraba que en la hora suprema en que mi padre entregó el alma á Dios, vió á cada lado de

la cama un espectro del todo semejante á él, vestido con el traje que llevaba los dias festivos para ir á la sinagoga de que era rabino. Hubiérale sido tan fácil á la altanera razon rechazar esta leyenda que nunca me cuidé de hacerlo. Mi imaginacion se complacia en ella y me hubiera dolido reducirla á la nada con otros errores juzgados. Estos discursos te causan alguna extrañeza. Me has visto rechazar con tanta dureza las tentativas de nuestros visionarios y ridiculizar tan implacablemente sus alucinaciones, que piensas quizá ahora que mi cerebro se debilita en estos momentos, pero no temas. Siento al contrario rasgarse los velos y me parece que nunca he penetrado con mas lucidez en las percepciones desconocidas de un nuevo orden de ideas. En la hora de abdicar del ejercicio de la soberbia razon, conociendo el hombre sincero que no tiene necesidad de defenderse de los terrores de la muerte, arroja su escudo y contempla con ojos serenos el campo de batalla que abandona. Puede entonces ver que la ciencia y la razon tienen sus preocupaciones, sus ceguedades, sus negativas temerarias y sus mezquinas obstinaciones lo mismo que la ignorancia y la impostura. ¿Que digo? Ve además que la razon y la ciencia humanas no son mas que descubrimientos provisionales, horizontes mas allá de los cuales se abren otros horizontes infinitos, desconocidos aun y que juzga inalcanzables porque la corta duracion de la vida y la débil medida de sus fuerzas no le permiten proseguir mas léjos su viaje. Ve, que la razon y la ciencia no son mas que la superioridad de un siglo relativamente á otro y dicese temblando que los errores que en su tiempo le hicieron

reír eran la última palabra de la sabiduría humana para sus antepasados. Puede confesar que sus descendientes se reirán igualmente de su ciencia y que los trabajos de toda su vida, después de haber dado su fruto en una estación serán necesariamente rechazados como el viejo tronco de un árbol que se poda. Humílese pues entonces y contemple con filosófica calma esa serie de generaciones que le seguirán y sonríasen al ver el punto intermedio en que ha vegetado, átomo oscuro, imperceptible eslabón de la cadena sin fin. Que diga: He ido más lejos que todos mis antecesores, he aumentado ó depurado el tesoro que ellos habían conquistado. Pero que no diga: lo que yo no he hecho, es imposible hacerlo, lo que no he comprendido es un misterio incomprensible y nunca el hombre superará los obstáculos que me han detenido. Eso sería blasfemia y por tales juicios fuera preciso encender las hogueras en las cuales arroja la inquisición los escritos de los innovadores.

Aquel día, Espiridion se cogió la cabeza con las manos y no se explicó más. Al siguiente, empezó una conversación que parecía gustarle y aliviarle de sus padecimientos.

—Fulgencio, dijo, ¿Que puede significar la palabra *pasado*? ¿Qué acción quiere determinar ese verbo *dejar de ser*? ¿Serán estas ideas creadas por el error de nuestros sentidos y la impotencia de nuestra razón? Lo que una vez ha sido ¿puede dejar de ser, y lo que es, puede no haber sido en otro tiempo?

—¿Es decir, contestó sencillamente Fulgencio que no morireis ó que os veré aun después de haber dejado de ser?

—No existiré y existiré aun respondió el maestro. Si tu sigues amándome, me verás, me sentirás en todas partes. Mi forma estará ante tus ojos por que quedará grabada en tu espíritu; mi voz vibrará en tus tímpanos porque permanecerá en la memoria de tu corazón, mi espíritu se revelará á tu espíritu porque tu alma me comprende y me posee. Y quizá añadió con entusiasmo y como herido por una idea nueva, quizá te diga después de mi muerte lo que mi ignorancia y la tuya nos han impedido descubrir juntos y comunicarnos el uno al otro. Tal vez tu pensamiento fecunde el mio; tal vez la semilla plantada por mi en tu alma fructifique avivada por tu soplo. ¡Ruega, ruega y no llores! Acuérdate que el joven profeta Eliseo pidió como única gracia al señor que le concediese una parte doble del espíritu del profeta Elias, su maestro. Hoy día, todos somos profetas, hijo mio; todos buscamos la palabra de la vida y el espíritu de la verdad.

El último día recibió el abad los sacramentos con toda la calma y la dignidad de un hombre que cumple un acto exterior y que lo acepta como un símbolo respetable. Recibió la despedida de todos sus hermanos, dióles su postrera bendición y volviéndose hacia Fulgencio en el momento en que este viéndole tan fuerte y tranquilo, creía que iba á tener lugar una crisis y que iba á ser devuelto á la vida, le dijo muy bajo.

—Hazles salir, Fulgencio; quiero estar solo contigo. Apresúrate, voy á morir.

Fulgencio acongojado obedeció y cuando estuvo solo con el abad trémulo y lloroso le preguntó de donde sacaba la idea de que su vida iba á concluir

tan pronto, siendo así que se hallaba tan sosegado.

—¿En efecto, repuso Espiridion me siento muy bien y si debiese juzgar por el bienestar que experimento en mi cuerpo y en mi alma, creeria que nunca he estado tan fuerte, ni mejor. Pero es bien cierto que voy á morir; acabo de ver mi sombra señalándome el reló de arena y me hacia señas para que despidiera á todos estos testigos inútiles ó malévolos; dime, á donde llega la arena.

¡Ay! querido maestro, más de la mitad ha pasado al receptáculo.

—Bien está hijo mio..... Dáme el escrito..... colócalo sobre mi pecho y pon enseguida la mortaja al rededor de mi cuerpo.

Fulgencio obedeció; un sudor frio bañaba su frente; el abad le tomó las manos y le dijo aún:

—No me voy..... Todos los elementos de mi ser vuelven á Dios y una parte de mí mismo pasa á tí.

Cerró despues los ojos y quedó piadosamente meditabundo. Al cabo de media hora, los abrió y dijo:

—Este instante es inefable; nunca fué tan feliz..... Fulgencio ¿queda arena?

Fulgencio volvió sus húmedos ojos hacia el reló; quedaban apenas algunos granos. Arrebatado por un movimiento inesplicable de dolor, estrechó convulsivamente las manos de su maestro entrelazadas con las suyas. Las manos de Espiridion se enfriaban rápidamente, sin embargo devolvió el apretón con fuerza y dijo sonriente:—*¡Hé aquí la hora!*

En aquel momento sintió Fulgencio colocarse sobre su cabeza una mano llena de calor. Volvióse de

repente y vió de pié detrás de él un hombre del todo semejante al abad, que le miraba con aire grave y paternal. Dirigió la vista hacia el muerto, sus manos se habian extendido, sus ojos estaban cerrados; habia ya dejado de vivir de la vida de los hombres.

Fulgencio no se atrevió á mirar otra vez hacia atrás. Entre el terror y la desesperacion pegó su cara contra la cama y perdió el conocimiento durante algunos momentos; mas recordando bien pronto el deber que tenia que cumplir, cobró valor y acabó de bubrir á su querido maestro con el paño mortuorio. Arregló el manuscrito con el mayor cuidado, puso encima el crucifijo segun la usanza y cruzó los brazos del cadáver encima del pecho. Apenas estuvieron en esta posicion se pusieron rígidos, fuertes como el acero y parecióle á Fulgencio que ningun poder humano era capaz de arrancar el libro á aquel cuerpo privado de vida. No le abandonó ni un minuto y él mismo lo conduja á la iglesia con otros tres novicios; prosternóse allí junto á su catafalco y permaneció sin tomar alimento alguno, ni cerrar los ojos hasta que con sus propias manos hubo soldado el ataúd y que vió colocar la losa que debia cubrirle. Terminado este acto se arrodilló junto á ella y la regó con sus lágrimas. Entonces oyó una voz que le dijo al oido: —*¿Héte pues dejado?* No se atrevió á mirar al rededor cerró los ojos para no ver, pero la voz que habia oido era la de su amigo. Bajo la bóveda del templo resonaban aún los cantos fúnebres y el cortejo de monges desfilaba pausadamente.

En este punto, prosiguió el padre Alejo despues de haber tomado aliento, cesan para mí las íntimas revelaciones de Fulgencio. Al contarme estas cosas

creyó no deberme ocultar nada de la vida ni de la muerte de su maestro; pero fuese escrupulo de cristiano, fuese una especie de confusion y arrepentimiento hácia la memoria de Espiridion, no quiso decirme lo que despues habia tenido lugar entre él y la sombra que le visitaba asiduamente. Abrigo la completa certidumbre de que al principio tuvo numerosas apariciones, pero el temor que le causaban y los esfuerzos que hacia para sustraerse á ellas, hicieron que de cada vez fuesen mas raras y confusas. Era Fulgencio de carácter vacilante y de conciencia timorata. Al perder á su maestro, perdió tambien el encanto que su presencia le causaba, asustóse de cuánto habia oido y quizá de cuánto habia hecho al inhumar el libro. Nadie mejor que él sabia cuan indigna era de la alta sabiduría y de la poderosa razon del abad, la acusacion de magica; sin embargo, á fuerza de oír decir, despues de su muerte, que Espiridion habia cultivado tan maléficas artes y que habia tenido comercio con los demonios, se aterrorizó Fulgencio con el recuerdo de las cosas sobrenaturales que habia visto y por las que sin duda pasaban á la sazón por él y buscó en la escrupulosa observacion de sus deberes de buen cristiano, sin refugio contra la luz que deslumbraba sus ojos. Lo que es de admirar en ese hombre generoso y recto es que halló en su corazón la fuerza que á su espíritu faltaba, para no hacer nunca traicion ni aun en el seno de las péfidas ó amenazadoras investigaciones de la confesion, á ninguno de los secretos de su maestro. Ignoróse la existencia del manuscrito y á la hora de su muerte ejecutó fielmente la última voluntad de Espiridion confiándome lo que yo aca-

bo de confiarte á tí. Espiridion habia fundado como estatuto particular de nuestra abadía que todo religioso afecto de enfermedad grave, tendria el derecho de reclamar, además de los cuidados del enfermero ordinario, los de un novicio, ó religioso de su gusto. El abad instituyó este artículo pocos dias antes de su muerte en atencion á los consuelos con que Fulgencio endulzaba su agonía y con el propósito de que el mismo Fulgencio y los demás monges tuviesen en sus últimos momentos el socorro y el alivio de la amistad. Habiendo pues sufrido Fulgencio un ataque de parálisis, fui mandado á su lado.

Sorprendiome la eleccion que de mí hizo en aquella ocasion, pues apenas le conocia y nunca habia mostrado distinguirme, rodeado como estaba de fervientes discípulos y amigos solícitos. Objeto de las persecuciones y de la desconfianza de la Orden durante los primeros años, habia conseguido vivir en paz con todos á fuerza de dulzura y de bondad. Cansados los frailes de lidiar, habian cesado de pedirle cuenta de los heréticos escritos, que sospechaban haber salido de la pluma de Hebronius, persuadiéndose de que los habia quemado. Las conjeturas sobre la grande obra habian dejado de ser moda desde que el espíritu del siglo XVIII se habia infiltrado á través de nuestros muros. Teníamos por lo menos diez buenos padres filósofos, que á hurtadillas leían las obras de Voltaire y de Rousseau y que llevaban el espíritu fuerte hasta quebrantar el ayuno y suspirar por el matrimonio. Solo el portero del convento, anciano de ochenta años y contemporáneo de Fulgencio adulaba las supersticiones de lo pasado con el orgullo de lo presente. Hablaba del tiempo antiguo con

admiracion, de Hebronius, con sonrisa misteriosa y del mismo Fulgencio como una especie de desprecio, como de un ignorante holgazan que hubieraa podido comunicar su secreto al convento y enriquecerlo, pero que tenia miedo del diablo y se contentaba con trabajar tontamente por su salvacion. Sin embargo habia aun en mi época cérebros jovenes á quienes atormentaban como problema insoluble la vida y muerte del abad Espiridion. Yo pertenecia á este número; mas debo decir que si bien me inspiraba alguna inquietud la suerte de aquella alma noble en el otro mundo, no participaba de ninguno de los imbeciles terrores de los que no se atrevian á rogar por ella, de miedo que no se les apareciera. Una supersticion que durará mientras haya conventos condenaba á su espectro á errar sobre la tierra hasta que las puertas del purgatorio se derrumbasen ante su arrepentimiento ó ante las súplicas de los hombres. Pero como segun los frailes es propio de la naturaleza de los espectros el irritarse contra los vivos que de ellos se cuidan, á fin de obtener mas misas y rogativas se guardaban todos muy bien de pronunciar su nombre en las conmemoraciones particulares.

En cuanto á mí habia reflexionado amenudo sobre las estrañas cosas que en el noviciado se contaban acerca de las antiguas apariciones del abad Espiridion. Ningun novicio de mi tiempo podia afirmar haber visto ú oido el *Espíritu*, pero habianse perpetuado ciertas tradiciones en aquella escuela con los comentarios propios de la ignorancia y del miedo, elementos ordinarios de la educacion monacal. Los ancianos que se preciaban de despreocupa-

das se reian de estas tradiciones, sin confesar que tambien ellos les habian dado crédito en su juventud. Por lo que á mí toca las escuchaba con avidez; agradaba á mi imaginacion la poesia de esas relaciones maravillosas y mi razon no procuraba comentarlas. Complaciame especialmente cierta historia que voy á referirte.

Durante sus últimos años, el abad Espiridion habia tomado por costumbre pasear á largos pasos en la gran sala del capítulo desde las doce á la una. Era aquel el único recreo que se permitia y aun lo consagraba á los pensamientos mas graves y sombrios, pues si se le interrumpia en medio de su paseo, se entregaba á violentos accesos de cólera; asi es que los novicios que tenian alguna gracia que pedirle lo esperaban en la galeria del claustro contigua á la del capítulo y allí temblando aguardaban á que diese la una, pues el abad, escrupulosamente regular en la distribucion de sus horas, no prolongaba su paseo un minuto mas ni menos. Algunos dias despues de su muerte, el abad Deodato su sucesor entró un poco despues de mediodia en la sala del capítulo y salió de ella á los pocos momentos pálido como la muerte cayendo desmayado en brazos de vários hermanos que se hallaban en la galeria. Jamás quiso manifestar la causa de su terror, ni contar lo que habia visto en la sala. Ningun religioso se atrevió ya mas á penetrar en ella á aquella hora y el miedo se apoderó de todos los novicios de tal modo que se pasaban la noche rezando en su dormitorio y muchos de ellos cayeron enfermos.

Sin embargo, siendo aun mas fuerte la curiosidad que el terror, hubo algunos bastante atrevi-

dos para estarse en la galeria durante la hora fatal. Esa galeria está como sabes algunos pies mas baja que el piso de la sala del cabildo, cuyas cinco ventanas ojivas dan sobre ella, y en aquella época lo mismo que hoy estaban adornadas con grandes cortinas de sarga carmesi siempre tendidas. Mas cuales fueron la sorpresa y el espanto de aquellos curiosos novicios cuando por las cortinas vieron pasar la gran sombra del abad Espiridion facilmente reconocible por la silueta de su hermosa cabellera. Al propio tiempo que veian pasar y repasar la sombra oian el ruido de sus rápidos pasos. Todo el convento quiso presenciár aquel prodigio y los espíritus fuertes (en aquel tiempo habia algunos) pretendieron que era Fulgencio ó algun otro de los favoritos del abad que se paseaba como él; pero el asombro de los incrédulos fué grande cuando se cercioraron de que toda la comunidad sin exceptuar un solo religioso, novicio ó servidor, se hallaba reunido en la galeria mientras la sombra seguía andando y el entarimado de la sala crujía bajo sus pies.

Esto duró cosa de un año. A fuerza de misas y rogativas se satisfizo dicen aquella alma en pena y el primer aniversario de la muerte de Hebroniús vió cesar aquel fenómeno. Apesar de esto trascurrió otro año sin que álguien se atreviese á entrar en la sala á la hora maldita. Como en los conventos se aplica á cada cosa un nombre convencional, denominóse ésta hora el *Miserere* porque durante el año que duró el paseo del aparecido, algunos novicios designados por turno tenian obligacion de ir á recitar el *Miserere* en la galeria. Cuando esta aparicion cesó y que el convento se familiarizó de nuevo

con los lugares frecuentados por el espíritu, decíase que á la hora del mediodia, en el momento que el sol pasaba sobre el rostro del retrato de Hebroniús, veíanse animarse sus ojos pareciendo del todo semejantes á dos ojos humanos.

Nunca esta leyenda me inspiró burlas, ni dudas. Gustábame en extremo oirla contar y mucho antes de la época en que conocí intimamente á Fulgencio simpatiqué con ese sábio abad, cuya alma agitada no habia podido tal vez entrar en el celeste reposo por falta de amigos bastante animosos ó bastante cristianos y fervientes para pedir y obtener su gracia. Con toda la sencillez de mi fé me constituí abogado de Espiridion cerca del tribunal de Dios y todas las noches antes de dormirme recitaba contritamente un *De profundis* para él. Aunque habia muerto unos cuarenta años antes de venir yo al mundo, sentia hácia él vivísimas simpatias y piadoso cariño, sea porque admirase la grandeza de su carácter del cual referíanse mil notorios rasgos, sea que hubiese en mí cierto presentimiento de que habia de ser su heredero. Verdad es que la heregia me causaba horror y así le compadecía tan extraordinariamente por haber caído en ese error que no podia sufrir oír hablar de sus últimos años.

Sin embargo la prudencia me prohibia confesar éstas simpatias. La inquisicion de los superiores hubiese juzgado un crimen la pureza de mis sentimientos. La eleccion que Fulgencio hizo de mí para ser su amigo y su consolador sorprendió tanto á los demás como á mi mismo. No pocos se resintieron, pero nadie pensó en acusarme, no se desconfió de mí porque yo nada habia buscado. Era yo enton-

es tan ferviente católico como es posible serlo y sin devoción tenía un carácter de ortodoxia feroz que me aseguraba sino la benevolencia al menos la consideración de los superiores. Cuatro años hacía que había profesado y ese *fervor de novicio* que se ha hecho proverbial, no se había disminuido en mí. Amaba la religión católica con una especie de frenesí; parecíame una arca santa en cuyo seno podía yo dormir con seguridad toda mi vida, sin temer las olas y las tempestades de mis pasiones; sentía en mí una fuerza capaz de pulverizar como el vidrio todos los raciocinios de la sabiduría; las ideas que consigo lleva esa palabra *misterio*, eran las únicas que podían encadenarme porque solo ellas tenían la facultad de gobernarme ó por lo menos la de adormecer mi imaginación. Complacíame en exaltar la potencia de esa revelación divina que corta por lo sano todas las controversias y á cambio de esta sumisión del espíritu promete los eternos goces del alma. ¡Cuan preferible me parecía todo esto á esas filosofías profanas que en vano buscan la felicidad en un mundo efímero y que despues de haber soltado las riendas á los instintos de la materia no pueden recobrar sobre ellos por el raciocinio el menor dominio durable. Sabíame de coro todas las instrucciones escolásticas y profesaba la teología como un exaltado apóstol haciendo servir todo mi espíritu de discusión y de examen en demostrar la excelencia de una fé que proscribía uno y otro.

Parecía pues el hombre menos á propósito para recibir las confidencias del amigo de Hebronius, pero un solo acto de mi vida había revelado en otros tiempos al viejo Fulgencio cuánto podía espe-

rarse de la firmeza de mi carácter. Un novicio me había confesado una falta que yo le insté para que confesase. No lo hizo y habiéndose descubierto esto así como la confianza que había depositado en mí se tachó mi silencio de complicidad.

Para absolverme querían que hiciese amplias revelaciones y que con mi delación completase las acusaciones dirigidas contra aquel jóven. Preferí cargarme toda la culpa, antes que cargársela á él; confesó por fin la verdad y fui disculpado, pero se acriminó mucho mi resistencia y el prior me dirigió en público reconvenciones que hirieron sobre manera el orgullo que abrigaba en mi seno. Impúsome una penitencia cruel y viendo la sorpresa y el terror que tan severa orden difundía por los semblantes de los trémulos novicios añadió:

Esnos en extremo sensible tener que aplicar el rigor de la justicia á un hombre tan regular en sus costumbres y tan atento á sus deberes cual lo habeis sido hasta la fecha. Desearíamos perdonar esta falta, la primera grave en vuestra vida religiosa y lo haríamos con alegría si manifestarais bastante confianza en nos para humillaros ante nuestra paternal autoridad y si reconociendo vuestros yerros empenáseis solemnemente vuestra palabra de no reincidir jamás en semejante resistencia á favor de las profanas máximas de una mundana lealtad.

—Padre mio, contesté, sin duda he cometido una muy grave falta pues condenais mi conducta; mas Dios reprueba los votos temerarios; cuando hacemos un firme propósito de no ofenderle mas, obtenemos su asistencia futura, no por los jura-

mentos que formulamos, sino por humildes votos y ardientes rogativas. Seríanos imposible engañar su claravidencia y se reiría de nuestra debilidad y nuestra presuncion. No puedo pues prometer lo que vuestra paternidad me pide.

Este lenguaje no era el de la Iglesia y sin saberlo ni pensarlo, un momento de indignacion acababa de trazar en mi la línea de demarcacion entre la autoridad de la fé y la aplicacion de esta misma autoridad en manos de los hombres. El prior no contaba con fuerzas suficientes para empeñar una discusion conmigo; tomó pues un hipócrita aire de compasion y en tono afligido que disimulaba mal su despecho, dijo:

—Me veré pues en la precisión de confirmar mi sentencia puesto que no os sentís con fuerzas suficientes para ofrecerme la seguridad de no caer en una segunda falta de este género.

—Padre mio, repuse, haré doble penitencia por esta.

Cumplíla en efecto y prolongué de tal modo mis maceraciones que se vieron obligados á hacerlas cesar. Sin advertirlo, ó por lo menos sin haberlo previsto encendí profundos resentimientos y causé vivas alarmas en el espíritu de los superiores pues por mi expiacion comprendieron que yo era invulnerable á los tiros de los castigos exteriores.

Fulgencio quedó suspenso y admirado del inesperado carácter que esta conducta revelaba en mí. Escapósele decir que en tiempo del abad Espiridion no hubieran tenido lugar semejantes cosas.

Estas palabras, causáronme á mi vez admiracion y un día que nos hallamos los dos solos, rogúele se explicase sobre ellas.

—Estas palabras significan dos cosas, contesto él: primero que nunca el abad Espiridion hubiera tratado de arrancar de boca de un amigo el secreto de su amigo; segundo que si álguien se hubiese atrevido á probarlo hubiera castigado la tentativa y recompensado la resistencia.

Sorprendióme aquel instante de abandono, el único quizá á que se habia entregado Fulgencio en muchos años. Poco despues fué cuando cayó paralítico y me llamó cerca de él. Parecióme que al principio estaba muy reservado conmigo y en vano esperé me explicára á que feliz coincidencia debia mi eleccion; viendo que no lo hacia, comprendí que seria poca delicadeza preguntárselo y me esforcé en demostrarle que estaba muy agradecido y me consideraba muy honrado por la preferencia que me habia concedido. Mostróse satisfecho de que le ahorrara esta explicacion y nuestras relaciones se establecieron sobre la base de una tierna amistad y de un afecto filial. Sin embargo la confianza se establecia entre nosotros trabajosamente y eso que pasábamos muchas horas juntos departiendo siempre con aparente franqueza. El buen anciano parecia tener necesidad de referir la historia de sus juveniles años y compartir con un amigo el entusiasmo que sentia por su adorado maestro, Espiridion. Escuchábale yo con placer, muy distante de sospechar peligro alguno para mí fé; tanto interés me tomé por todo cuánto se relacionaba con este asunto que cuando se desviaba de

él, yo lo encaminaba de nuevo. Yo hubiera conservado siempre una especie de desconfianza hacia el abad Espiridion por culpa de los desconocidos trabajos que á tan mal traer le habian traido los últimos años, si los detalles de su vida me hubiesen sido narrados por un católico menos religioso que Fulgencio, pero de él nada se me hacia sospechoso y á medida que por sus relatos iba conociendo á Espiridion, me dejé arrastrar por la extraña y poderosísima simpatía que me inspiraba el hombre sin alarmarme por las conclusiones finales del teólogo. Aquella vigorosa sinceridad y aquella rigida justicia que habia demostrado en todos los actos de su vida hacian vibrar en mi corazon, cuerdas hasta entonces mudas; en fin llegué á querer á este muerto ilustre como á un amigo vivo. Hablaba Fulgencio de él y de cosas de mas de sesenta años como acontecidas la víspera. El encanto y la verdad de sus cuadros eran tales para mí que acababa por creer en la presencia del maestro ó en su próxima vuelta entre nosotros. Permanecia á veces mucho rato bajo el imperio de esta ilusion y al desvanecerse, al volver yo al sentimiento de la realidad, sentia apoderarse de mí una verdadera tristeza afligiéndome por mi perdido error con una sencillez que hacia llorar y reir al buen Fulgencio.

Apesar de la paciente resignacion con la cual sobrellevaba su enfermedad siempre creciente aquel digno religioso, apesar de la alegria que mi presencia le causaba, fácil era adivinar que una pena lenta y profunda le habia corroido toda su vida y cuánto mas declinaban sus dias, mas incremento tomaba aquel misterioso pesar. Finalmente hallándose

próxima su muerte me abrió enteramente su alma, diciéndome que me habia considerado como el único capaz de recibir un secreto de tanta importancia á causa de la firmeza de mis principios y de la de mi carácter. La primera, segun su modo de pensar, serviria para no extraviarme en los abismos de la herejía, la otra me preservaria de vender jamás el secreto del libro. Fulgencio deseaba que no me enterase de lo que la obra contenia, pero segun el espíritu de su maestro, añadia que si alguna vez, perdida la fé llegaba á caer en el ateismo, aquel libro, aunque plagado quizá de herejía me conduciria ciertamente á la creencia de la Divinidad y á las bases fundamentales de la verdadera religion. Desde este punto de vista era un tesoro que no debia nunca olvidarse y mi buen amigo me hizo jurar que en caso de no tener yo necesidad de recurrir al libro, no llevaria este secreto á la tumba, sino que antes de morir lo confiaria á otro individuo fiel. Hubo mucho embarazo y no pocas contradicciones en las confesiones del buen religioso. Parecia que tenia dos conciencias, la una atormentada por los deberes y los lazos de la amistad, la otra por los terrores del infierno. Estaba tan turbado que me inspiró vivísima compasion y no pensé en juzgar severamente su conducta en momentos tan solemnes y dolorosos; además yo mismo empezaba á encontrarme en la misma situacion que él. Católico y hereje á la vez, con una mano invocaba la autoridad de la iglesia romana, la otra la hundia en la tumba de Espiridion buscando en ella proteccion para mi espíritu de rebeldia y de exámen. Comprendí los padecimientos del moribundo

Fulgencio y le oculté los que se apoderaban de mí. Su espíritu se mantuvo firme mientras la urgencia de sus confesiones luchó con los escrúpulos de su conciencia; apenas concluyó empezó á declinar; su memoria se debilitó y hasta pareció olvidarse enteramente del nombre de su amigo. Durante sus horas de calentura se entregaba á las mas minuciosas prácticas de devocion, mientras que yo no hacia otro que recitar rezos y leer salmos; se dormia con el rosario entre manos y se despertaba murmurando: *Misere nobis*. Hubiérase dicho que á fuerza de puerilidades trataba de expiar la costosa energía que le habia hecho desplegar la ejecucion de la última voluntad de su amigo. Este espectáculo me affigia. ¿Para qué sirve una vida entera de ciega sumision, pensaba yo, si á los ochenta años muere uno lleno de espanto? ¿Si los santos bajan á la tumba, pálidos de terror y faltos de confianza en la justicia de Dios, como morirán los ateos y los libertinos?

Una noche atacado Fulgencio por violenta fiebre estuvo agitado por pesados sueños. Rogóme que me sentara cerca de su cama y que permaneciese despierto, á fin de despertarle á él mismo si llegaba á dormirse. A cada instante creia ver un espectro que se acercaba á él, pero inmediatamente manifestaba que no lo veia, y que solo el miedo hacia pasar ante sus ojos imágenes flotantes y formas confusas. La luna despedia una luz clara y hermosa y esta circunstancia le asustaba muy particularmente. Entónces fué cuando devorado yo por una curiosidad egoista le arranqué la confesion de las apariciones que habia tenido; como su cabeza se extraviaba á cada momento aquella confesion fué muy

incompleta. Todo cuánto pude saber es que el espectro habia cesado de visitarle durante cincuenta años y que solo habia vuelto como cosa de un año antes de la enfermedad que le llevaba al sepulcro. A la hora en que la luna entraba en su lleno veia al abad sentado á su lado; no le hablaba, pero lo miraba con aire tiste y severo como para echarle en cara su olvido y recordarle sus promesas. De todo esto habia deducido Fulgencio que su postrera hora estaba próxima y buscando á su alrededor á quien poder transmitir el secreto observó que yo era el único con quien podia contar. No quiso hacerme indicacion alguna anticipada á fin de no llamar la atencion de los superiores sobre nuestras relaciones y de no exponerme en consecuencia á sus persecuciones.

Pasóse la noche sin que el espectro se apareciese á Fulgencio. Cuando por la mañana vió clarear el dia, meneó tristemente la cabeza diciendo: Se concluyó, ya no vendrá, solo venia para atormentarme cuando estaba descontento de mí y ahora que he cumplido su voluntad me abandona y sin embargo oh! amado maestro mio, por vos he puesto mi salvacion en tela de juicio y quizá para siempre esté condenado por haberos amado mas que á mi mismo.

Aquel último destello de un cariño mas fuerte que los escrúpulos y el miedo me enterneció profundamente. ¿Qué hombre era pues aquel que sesenta años despues de su muerte inspiraba aun tal espanto, tal afecto y tan dulces penas? Fulgencio se durmió y despertó á mediodia.

—Todo ha concluido, me dijo; siento que la

vida me abandona por momentos. Mi querido hermano, quisiera recibir los últimos sacramentos. Id pronto á reunir á nuestros hermanos y pedid que vengan á administrármelos. ¡Ay! añadió con aire preocupado, moriré sin saber si su alma se ha reconciliado con la mía, he dormido profundamente; no he oído su voz durante mi sueño. ¡Ah! él amaba más á su libro que á mí; bien se lo decía yo cuando se hallaba entre nosotros; Maestro, todos vuestros afectos residen en vuestra inteligencia, vuestro corazón nada tiene para nosotros. Esta es la historia de los hombres fuertes y de los hombres débiles. Cuando damos contento al espíritu de los fuertes, este condesciende en venir hasta nosotros, pero nosotros, aprobamos ó no sus especulaciones, nuestro corazón les queda siempre adieto:

—Padre Fulgencio, no digais eso exclamé estrechándole entre mis brazos con un movimiento involuntario y sin pensar en aplicarme un reproche que no se dirigía á mí; esta sería la primera, la única herejía de vuestra vida. Los hombres verdaderamente fuertes aman apasionadamente y vos habeis amado tanto porque sois uno de esos hombres. Tened valor en esta hora suprema. Si habeis pecado contra la ciencia de la Iglesia permaneciendo fiel á la amistad, Dios os absolverá porque prefiere el amor á la inteligencia.

—¡Ah! tú hablas como hablaba mi maestro, exclamó Fulgencio. Hé ahí la primera palabra grata á mi corazón que he oído durante sesenta años. Bendito seas, hijo mío. Te repetiré la bendición de Espiridion: «Quiera el Todopoderoso en tus últimos

días concederte un amigo fiel y apasionado cual tú lo has sido para mí.»

Recibió los sacramentos con grandísimo fervor. Toda la comunidad asistía á su agonía. Los religiosos que no cabían en la celda se habían arrodillado formando dos hileras en ambos lados de la galería, desde la puerta hasta la gran escalera que se divisaba en el fondo. De pronto, Fulgencio que parecía esperar en muda beatitud, se reanimó y atrayéndome hácia él me dijo al oído: *Viene, sube ya la escalera; vé á recibirle.* No entendiéndome nada de aquella orden, pero obedeciendo con aquella ceguedad que los moribundos tienen el derecho de exigir, salí pasivamente, sin turbar el recogimiento de los religiosos, atravesé el umbral y dirigí mis miradas hácia la profundidad de la abovedada escalera en donde en aquel momento nadaba el ardiente vapor del sol. Los novicios colocados detrás de los profesos, estaban de rodillas á cada lado de las escaleras. Ví entonces á un hombre subir sus peldaños y acercarse con viveza. Su paso era ligero y magestuoso á la vez cual lo es el de un hombre activo revestido de autoridad. Reconocíle al momento en su alta y elegante estatura, en su cabellera rubia y dorada y en su antiguo vestido. Todo correspondía exactamente á la descripción que de él, muchas veces me había hecho Fulgencio. Atravesó las dos hileras de monges que en voz baja recitaban las letanías de los santos, sin que nadie notara su presencia, aun cuando yo lo veía como la luz del día y aun cuando sus pasos rápidos y sonoros hirieran mis oídos.

Entró en la celda. Cuando pasó cerca de mí

caí de rodillas. Sin detenerse volvió la cabeza hacia mí y me miró fijamente. Acercóse á la cama, tomó la mano de Fulgencio y se sentó á su lado. Fulgencio, no hizo movimiento alguno. Su mano estaba inmóvil dentro de la de su maestro; su boca yacía entreabierta, sus ojos fijos y sin acción. Mientras duraron las letanías, la aparición permaneció inclinada sobre Fulgencio. En el momento mismo que terminaron, éste se enderezó sobre su lecho y estrechando convulsivamente la mano que tenía la suya, gritó con potente voz:

«*Sancte Spiridion ora pronobis*» y cayó muerto. El fantasma desapareció al mismo tiempo. Paseé mis miradas en derredor para ver el efecto producido por esta escena en los asistentes; pero la calma que dominaba todas las facciones, me dió á entender que el espíritu había sido solo visible para mí.

Veinticuatro horas despues el cuerpo de Fulgencio volvía al seno de la tierra; yo fuí uno de los cuatro religiosos designados para colocarle en la tumba destinada á su último sueño; estaba situada en el trascoro de nuestra iglesia. Repetidas veces había visto la piedra larga y estrecha que marca su centro, es la que está grabada esta extraña inscripción: «*Hic est veritas.*»

—Esta inscripción dije interrumpiendo al padre Alejo, ha cautivado muchas veces mis miradas y distraído mis pensamientos durante el rezo. Apesar mio, trataba de penetrar el sentido de una divisa que me parecía opuesta al espíritu del cristianismo. ¿Cómo, me decía yo, puede estar la verdad encerrada en un sepulcro; que lecciones pueden pedir los

vivos al polvo de los cadáveres; no deben nuestras miradas dirigirse al cielo desde que la chispa de la vida, ha dejado nuestra carne mortal y el alma ha roto sus lazos?

—Ahora, repuso Alejo, puedes comprender el sentido misterioso de ese epitafio. Espiridion, en su entusiasmo por Bossuet, lo había hecho inscribir como has visto en el dorso del libro que el pintor de su retrato le colocó en la mano. Cuando despues siguiendo los impulsos de su buena fé, hubo cambiado por última vez de opinion queriendo en cambio de las variaciones de su espíritu, atestiguar la constancia de su corazón, resolvió conservar su divisa y en la hora de la muerte exigió que se grabase sobre su tumba ¡Noble celo de un espíritu valiente al cual nada puede separar de su conquista y que desea dormiren la tumba con la verdad que ha conquistado, como el guerrero con el trofeo de su victoria! Los frailes no comprendieron que aquella protesta del moribundo no se referia ya Bossuet; algunos meditaron con desconfianza sobre el sentido de aquellas tres palabras; sin embargo nadie se atrevió á dirigir contra ellas una mano profana, tan grande era, el respeto y el temor que hasta en el sepulcro inspiraba el abad.

El día de las exequias de Fulgencio, se levantó aquella losa y bajamos la escalera de la tumba, pues al lado de donde reposaba Espiridion se había reservado un sitio para el amigo Fulgencio. Tal había sido la última voluntad del maestro. El ataúd de encina que llevábamos era muy pesado; la escalera rápida y resbaladiza, los hermanos que me ayudaban débiles adolescentes, turbados quizá por la

lúgubre solemnidad que les tocaba llevar á cabo. La hacha temblaba entre las manos del que iba delante; uno de los conductores tropezó y cayó dejando escapar un grito al que contestaron los gritos de sus compañeros. Cayósele el bach al guía y medio apagada en el suelo difundía sobre todos los objetos una incierta luz, cada vez mas siniestra. El horror de este instante fué extremo para unos jóvenes tímidos, educados en las supersticiones de una fé grosera y prevenidos contra la memoria del abad por las absurdas acusaciones que respecto de él rodaban aun por el claustro. Creyeron que el espectro de Espiridion iba á alzarse á su vista, ó que despertando el maligno espíritu iba á escaparse de la tenebrosa huesa en lívidas llamas. En cuánto á mí mas robusto de cuerpo, ó mas firme de espíritu, sentí vivísima emoción, pero despojada de terror alguno, me acercaba á las reliquias de aquel grande hombre con una especie de placentera veneracion. Cuando mi compañero cayó, yo solo sostuve los respetables restos de mi maestro; mas habiéndose dejado caer tambien los dos que nos fui arrastrado por la sacudida impresa á tan pesada carga y con el féretro de Fulgencio, di contra el féretro de Espiridion. Levantéme enseguida, pero al apoyar mi mano en el sarcófago de plomo que contenia las cenizas del abad, quedé en extremo sorprendido de sentir en lugar del frio metálico, un calor que parecia tener vida. Tal vez era la sangre de una ligera herida que me habia hecho en la cabeza y de la cuál algunas gotas cayeron sobre el ataúd. De momento no sentí la herida y trasportado por una simpatía extraña inconcebible, abracé aquel sepulcro con la misma efusion

que si contra mi seno palpitante hubiese sentido estremecerse los secos huesos de mi padre. Levantéme apresuradamente al ver que un monge se habia presentado en medio de esta escena de terror, recogiendo el hacha.

No recuerdo aun sin una especie de vergüenza los pensamientos que me animaron durante la noche que siguió al entierro de Fulgencio, mientras meditaba arrodillado sobre su lápida. Conservaba muy viva la memoria de Espiridion, alucinado por el prestigio de su audacia intelectual y por ese su maravilloso poder cuya influencia le sobrevivía tantos años, me sentí poseido de pronto de un ardiente deseo de seguir sus huellas. La juventud es orgullosa y temeraria y los niños creen que no hay mas que abrir la mano para coger los cetros que los muertos han empuñado. Ya me veía yo abad del convento como Espiridion, dueño de su libro, asombrando al mundo entero por mi ciencia y mi sabiduria. Ignoraba cuál era su doctrina, pero fuese cuál fuese la aceptada anticipadamente como engendrada por la mas potente cabeza de su siglo. Entusiasmado con estas ideas me levanté instintivamente para irme á apoderar del libro y procuraba ya menear la piedra, cuando en el momento de tocarla sentíme repentinamente detenido por el pensamiento de que iba á cometer un sacrilegio; todos mis escrúpulos religiosos desapercibidos por un instante volvieron á asaltarme y salí de la iglesia como un encantado, atormentado y horrorizado al propio tiempo. El orgullo humano y la sumision cristiana pugnaban dentro de mí, no sabia aun cuál de los dos venceria, pero desde luego me pareció que el sentimiento que

en una hora tanta fuerza como otro diez años sucumbiría con dificultad. Esta lucha interna duróme muchos días; por fin acudió la inteligencia á socorrer el orgullo y determinó la victoria. La fé huyó ante la razon, como la obediencia huía ante la ambicion.

Sin embargo no fué de repente y sin deliberar que abjuré la fé católica. Cuando concedí á mi espíritu el derecho de examinar su creencia, estaba aun adherido de tal modo á esta misma creencia, que me lisonjeé de hacerla salir mas poderosa del crisol del estudio y de la meditacion. Si todo viniese al suelo al primer choque de la inteligencia, decíame á mi mismo, seria un pobre y frágil edificio ese de la fé. La ley que prescribe someter el entendimiento ante los misterios ha debido promulgarse para débiles cabezas. Los misterios divinos solo pueden ser sublimes figuras cuyo sentido demasiado vasto asustaria y destruiría los cerebros pequeños; no es posible que Dios haya dado á la sublime inteligencia del hombre por guia el miedo y por dominio las tinieblas; esto seria ultrajar á Dios; para los profetas la letra ha debido ser tan clara como el espíritu; y siendo esto así ¿por qué el alma que se siente desprendida de de la tierra y ansia volar hácia las altas regiones del pensamiento no puede intentar seguir las huellas de los profetas? Cuánto mas se penetrarán los misterios tanta mas fuerza y luces se hallarán para contestar á los argumentos del ateismo; no hay que temer cuando la voluntad es firme y el fin sublime.

¿Quién sabe, añadia yo, si el libro de Espiridion es un monumento elevado á la gloria del catolicismo? A Fulgencio le ha faltado valor; si hubiese tenido bastante ánimo para apoderarse de la ciencia

de su maestro, quizá hubiera visto cesar todas sus dudas y sobresaltos ¿Quién sabe si despues de muchas pesquizas y perplejidades, iluminado Hebrónius por una nueva luz y reanimado por imprevista fuerza, ha proclamado en su último escrito el triunfo de las mismas ideas que hace diez años estaba alambicando. Acordéme entonces de la fábula del labrador que confiesa á sus hijos la existencia de un tesoro enterrado en su campo, á fin de estimularles á trabajar esa tierra cuya fecundidad ha de formar su riqueza. La idea de Espiridion, proseguia conmigo mismo, había sido esta: No creais los unos por la fé de los otros, ni como animales privados de razon sigais el sendero trillado por los que caminan delante: abrid vosotros mismos vuestra camino hácia el cielo; todo camino conduce á la verdad á quien anima una intencion pura y no le ciega el orgullo. La fe no tiene verdadera eficacia hasta que se admite libremente, ni firmeza real hasta que satisface los deseos y llena las potencias del alma.

Resolví pues dedicarme á sérios y profundos estudios sobre la naturaleza de Dios y la del hombre y no recurrir al libro de Hebrónius hasta el último extremo, es decir en caso de que considerando mis fuerzas inferiores á tan árdua tarea, sintiese cambiar sin duda en desesperacion y no bastasen mis facultades agotadas para concluir el resto de mi carrera.

Esta resolucion lo conciliaba todo, la curiosidad que en mí despertaban los misterios de la ciencia y mi conciencia que aun permanecía ligada á los dela fé. Antes de llegar á esta conclusion habia

sufrido mucho y me habia encontrado agitadísimo. En el entusiasmo que me causó me dejé arrastrar á una manifestacion enteramente católica de mi nueva filosofía. Hice un voto. Juré no recurrir al libro de Hebronius ántes de llegar á los treinta años, aun cuando ántes me asaltasen las mas punzantes ideas, ó me ilustrasen, por lo menos en apariencia, las mas vivas certezas. Esta era precisamente la edad en que Espiridion habia llegado al apogeo de su fervor católico, en que despues de haber abjurado dos creencias se adhirió á la tercera con una indisoluble consagracion. Contaba yo entónces veinticuatro años y calculaba que seis años bastarian para mis estudios. En esta disposicion de ánimo, arrodilléme de nuevo sobre la piedra que en el convento denominaban *Hic est*. Allí en medio del silencio y el recogimiento pronuncié en voz baja un terrible juramento, dando mi alma á la eterna condenacion y mi vida al irrevocable abandono de la providencia si tomaba en mis manos el libro de Hebronius, antes del invierno de 1766. No quise pronunciar aquel juramento en las sombras de la noche, desconfiando de la turbacion que la solemnidad fúnebre de ciertas horas difunde en el corazon del hombre, quise obligarme á las doce del dia con un sol brillante. Hacia un calor sofocante y el prior habia concedido, como suele concederse en tal estacion, una hora de siesta á toda la comunidad. Estaba, pues, enteramente solo en la iglesia; profundo silencio reinaba por todas partes; ni siquiera hácia afuera, se oia el acostumbrado ruido de los jardineros, hasta las avejillas habian enmudecido en una especie de extático recogimiento.

Dilatábase mi alma en orgulloso entusiasmo y vagaban por mi cerebro las ideas mas risueñas mientras audaz confianza heria mi pecho. Mi vista erraba sobre los objetos prestandoles desconocida belleza. Las doradas y plateadas telas del tabernáculo relucian como si celeste luz hubiese descendido sobre el santo de los santos; los pintados vidrios encendidos por el sol reflejaban en el pavimento formando entre columna y columna ancho mosaico de diamantes y piedras preciosas; los ángeles de mármol parecian haberse ablandado como cera é inclinaban sus frentes, ocultando bajo las encantadoras alas aquellas sus cabezas fatigadas por el peso de las cornisas; las acompasadas y misteriosas pulsaciones del reloj se asemejaban á las fuertes vibraciones de un pecho abrasado de amor y la llama blanca y mate de la lámpara que arde ánte el altar, luchando con la esplendente claridad del dia, era para mí el emblema de la inteligencia encadenada en la tierra, la cuál sin cesar aspira á confundirse con el eterno foro de la inteligencia divina. En estos momentos de beatitud física é intelectual fué cuando pronuncié á media voz la fórmula de mi voto; mas apenas habíala empezado cuando oí abrirse suavemente la puerta sita en el fondo del coro y unos pasos que reconocí resonaron en el santo lugar con indescriptible armonía; jamás pasos algunos pudieron compararse á aquellos. Acercáronse hácia mí y no se detuvieron hasta llegar al sitio en que estaba yo arrodillado. Transportado de gozo levanté respetuoso la voz y acabé distintamente la fórmula que habia interrumpido; al terminarla, me volví creyendo hallar de pié detrás de mí al que

había visto ya en el lecho fúnebre de Fulgencio, pero no vi á nadie. El espíritu se había manifestado á uno solo de mis sentidos; probablemente no era digno aun de verle; comenzó de nuevo su invisible marcha y pasando por delante de mí se perdió poco á poco á lo léjos. Cuando me pareció haber llegado á las rejas del coro, todo quedó otra vez silencioso.

Pesóme entonces no haberle dirigido la palabra, quizá me hubiera contestado, quien sabe si le había disgustado mi silencio, si esperaba mas espontaneidad en mi corazón para manifestarse mas; apesar de estas reflexiones no me atreví á seguirle ni á invocar su vuelta pues el propio tiempo que una irresistible simpatía hacía él, sentía también gran temor, no ese temor pueril que sienten los hombres débiles ante una perturbacion cualquiera de los hechos comunes accesibles á sus limitadas percepciones: esas perturbaciones excepcionales que el vulgo equivocadamente denomina sobrenaturales, por inexplicables que fuesen á causa de mi ignorancia, no me asustaban, pero el respeto que despues de su muerte, me inspiraba aquel hombre superior, le hubiese experimentado en igual grado, de conocerle durante su vida, no pensaba yo que alguna potencia invisible le hubiera concedido el derecho de dañarme ó aterrorizarme; persuadíme al contrario de que en su estado de puro espíritu debía de leer y comprender lo que acontecia en mi interior con mayor fuerza y penetracion, que si su alma hubiese estado aprisionada por la materia. Al revés de esos caracteres pusilámines que á su vista hubieran temblado, solo temia parecerle poco digno

de gozar por segunda vez de su presencia. Cuando aquel dia perdí la esperanza de contemplarle quedé triste y abatido. Llegué á convencerme de que el amigo de Fulgencio no había muerto en la heregia y que su alma no sufría los tormentos del purgatorio, sino que gozaba en los cielos de eterna beatitud; sus apariciones eran pues una gracia, una bendicion del Altísimo, un milagro hecho á favor de Fulgencio y de mí; todo esto era para mí suave y glorioso recuerdo, pero no me atrevia á pedir mas de lo que se me había concedido.

Desde aquel dia aplíqueme ardorosamente al estudio y en menos de dos años devoré todos los libros de nuestra biblioteca que trataban, de ciencias, de historia y de filosofia; cuando hube dado este primer paso, comprendí que solo había girado alrededor del reducido círculo en que el catolicismo había encerrado mi vida pasada; no se me ocultó lo poquísimo del resultado obtenido y sentíme fatigado; mi espíritu estaba hastiado y aplastado por el peso de aquellas controversias tan increíblemente sútiles y pacientes de la Edad Media, cuyo estudio emprendí animosamente. Mi confianza en la infalibilidad de la Iglesia no había tenido que sostener el menor combate, pues que todos aquellos escritos tendían á proclamar y defender los oráculos de Roma; pero precisamente esa lucha sin adversario y esa victoria sin peligro me dejaban frío y descontento. Mi fé había perdido aquel arriesgado vigor, aquel encanto de sublime poesia de que antes gozaba. Los luminosos rayos de génio, que á través de aquel farrago de estudios escolásticos brillaban, no compensaban la inútil verbosidad de la mayoría de

ellos; por otra parte esas vehementes reputaciones de doctrinas que estaba vedado examinar; no podían satisfacer á un espíritu que se había impuesto la tarea de conocer y comprender por sí mismo. Resolví pues leer los escritos de los herejes. La biblioteca del convento no estaba colocada como hoy día en muchas piezas bajo una misma llave: la colección de autores herejes, impíos y profanos tantas veces consultada por Espiridion, estaba sepultada en una pieza inaccesible para los religiosos jóvenes y muy lejos de la sagrada; era un gabinete reservado, situado al extremo final de la gran sala del capítulo, aquella misma en la cuál el abad Espiridion se había paseado antes y después de su muerte en horas determinadas. Esta preciosa colección era objeto de horror y de espanto para unos, de indiferencia y desprecio para los más. Un estatuto del fundador prohibía su destrucción: la ignorancia y la superstición la custodiaban. Desde el tiempo de Hebrinius, yo fui quizá el primero que se atrevió á sacudir el polvo de esos venerables libros.

No tomé semejante resolución sin un secreto terror, pero fuerza es añadir que en ella iba envuelta una ardiente curiosidad llena de alegría. La solemne emoción que experimenté pues al entrar en aquel santuario participaba más de dicha interna que de angustia; atravesé el umbral tan absorto en íntimas sensaciones que ni aun me acordé de pedir permiso á mis superiores. Como puedes pensar, querido Angel, tal permiso no se obtenía fácilmente y aun es posible que no hubiese habido nunca necesidad de concederlo, pues creo que ninguno de los nuestros tuvo jamás valor para pedirlo ó arte para

hacérselo otorgar. En cuanto á mí ni tan siquiera me pasó por las mientes cumplir tal requisito. La lucha que se había levantado dentro de mí, cuando mi sed de ciencia se encontró en pugna con las resistencias de mi fé, era de mucho mayor importancia que todos los combates en que hubiera podido empeñarme contra los hombres. En esta circunstancia como desques en todo el curso de mi vida, noté que estaba dotado de una singular indiferencia hacia las cosas exteriores, y que el único sér capaz de aterrorizarme era yo mismo. Hubiera podido penetrar en aquel asilo durante la noche, por medio de alguna llave falsa, tomar los libros que hubiese querido ver, llevármelos y ocultarlos en mi celda. Ese disimulo y esa prudencia eran cosas contrarias á mi carácter. Entré á la luz del día, á las doce, en la sala del capítulo, recorríla en toda su longitud con paso seguro, sin mirar si alguien me seguía; dirigíme en derechura á la puerta. . . . puerta fatal sobre la que el destino había escrito para mí las fatídicas palabras del Dante:

Per me si va nell' eterno dolore.

Empujéla con tal resolución y vigor que cedió aun cuando estaba asegurada por una fuerte cerraja: entré; mas al instante me detuve lleno de sorpresa: había alguien en la biblioteca, alguien que no se movió, que no pareció notar el ruido de mi entrada, que ni tan siquiera levantó los ojos hacia mí; alguien que yo había visto ya una vez y que nunca podía confundir con ningun otro. Estaba sentado en el alfeizar de una alta ventana gótica y el sol con sus rayos envolvía su hermoso y brillante pelo rubio. Parecía estar leyendo atentamente. Contem-

pléle inmóvil durante medio minuto; luego hizo un movimiento para arrojarme á sus piés, pero me encontré de rodillas ante un sitial vacío: la vision se habia desvanecido entre los rayos del sol.

Quedé en tal estado de turbacion que durante aquel dia no pude pensar en abrir libro alguno; aun cuando no me lisonjeara de volver á ver al *Espíritu* aguardé algunos instantes; halléme entusiasmado y fortalecido por aquella rápida manifestacion de su presencia. Quedé un momento pensando si le habia disgustado mi audacia, pero luego me persuadí que de ser así, no dejaria de avisármelo por algun nuevo fenómeno. Nada extraordinario aconteció y todo estaba á mi alrededor en tan completa calma que por un instante dudé de la realidad de la aparicion, llegando á pensar que solo mi imaginacion habia producido aquella figura.

Al dia siguiente volví á la biblioteca sin inquietarme por lo que pudo tener lugar cuando los guardianes encontraron la puerta abierta y la cerradura rota. Todo en la sala estaba desierto y silencioso; la puerta estaba cerrada con el pestillo como yo la habia dejado y parecia que aun no se hubiese observado la fractura. Entré pues sin resistencia, cerré la puerta y comencé á recorrer con la vista los títulos de los libros que en tropel se ofrecian á mis miradas. Apoderóme primero de los escritos de Abelardo y leí algunas páginas, pero pronto la campana que nos llamaba á los oficios dejó oír su sonido y apesar de la repugnancia que sentia en obrar á escondidas, me determiné á llevarme aquella preciosa obra debajo de mi hábito. Sólo se permitia entrar en la sala del capítulo durante una hora y rato tan cor-

to no era para satisfacer mi ardor. Comencé á reflexionar sobre la posibilidad material de estudiar sin ser interrumpido y resolví obrar con prudencia. Esto no hubiera sido difícil, de haberme yo podido humillarme hasta implorar el beneplácito de los superiores, pero esto fué una cosa á la que jamás pudo doblegarse mi orgullo, hubiera sido preciso decir que lleno de una fé inquebrantable, me sentia llamado á refutar victoriosamente la herejia, lo cuál no era verdad: experimentaba la necesidad de instruirme para mí mismo y agotada ya por mí la ciencia católica, veíame impulsado hácia nuevos estudios, por amor á la sabiduria y no por el ardor de la predicacion.

Devoré los escritos de Abelardo y lo que nos queda de las opiniones de Arnaldo de Brescia, de Pedro Valdo y de otros herejes célebres de los siglos doce y trece. La libertad de exámen y la autoridad de conciencia proclamadas hasta cierto punto por esos hombres ilustres se hallaban entonces tan conformes con los deseos de mi alma, que fui arrastrado mas allá de lo que habia previsto. Entré entonces mi espíritu en una nueva fase y apesar de cuánto he padecido en las diversas trasformaciones que he sufrido, apesar de la dolorosa agonía en que termino mis dias, diré que éste fué el primer grado de mi progreso. Sí, Angel, por muy dolorosos que sean los suplicios que ha de sufrir un alma al buscar la verdad, su deber es ir tras ella sin parar y vale mas cegar contemplando el sol que cerrar los ojos voluntariamente al resplandor de la luz. Despues de haber sido teólogo católico bastante instruido, vine á parar en hereje apasiona-

do, tanto mas irreconciliable con la Iglesia romana, cuánto que á ejemplo de Abelardo y de los demas maestros míos tenia una íntima y sincera conviccion de mi ortodoxia. Allá en lo mas recóndito de mis pensamientos, estaba yo convencidísimo de que tenía el derecho y aun el deber de no adoptar por artículo de fé, nada cuyos principios y cuya utilidad no hubiese comprendido. El modo con que aquellos filósofos consideraban la inspiracion divina de Platon y la santidad de los precursores de Cristo me pareció el único conforme con la bondad, la equidad y la grandeza de Dios. Condenaba sériamente á los hombres de la Iglesia contemporánea de Abelardo y pensaba que en el concilio de Sens, el espíritu de Dios habia estado con él y no con ellos. Si mi pensamiento no destruia todavia por entero el edificio del catolicismo era porque por una transaccion muy propia de mi espíritu, admitia que en aciagos dias pudo la Iglesia engañarse y que si los sucesores de esos prelados extraviados comulgaron en los mismos principios fué por un motivo de disciplina y de prudencia puramente humano y político. Decíame á mi mismo que yo en lugar del papa reconoceria tal vez la imposibilidad de rehabilitar públicamente la doctrina de Abelardo y de su escuela, pero que seguramente no prohibiria por mas tiempo la lectura de sus escritos y ocultaria mi simpatia hácia ellos bajo el velo de la tolerancia. A decir verdad, razonaba hartamente infelizmente porque zapaba toda la autoridad de la Iglesia, sin pensar en salir de la Iglesia misma. Atraía sobre mi cabeza las ruinas de un edificio que solo exteriormente podia atacar-

se. Estas contradicciones extrañas no son raras en los espíritus sinceros y lógicos. Una malevolencia adquirida por la costumbre hácia el cuerpo de la Iglesia protestante, un apego instintivo y rutinario hácia la Iglesia romana, les hacen desear la conservacion de su cuna, mientras que la irresistible potencia de la verdad y la necesidad de una justa independenciam transforman y agrandan en el cuerpo que no puede ya caber en aquel pequeño lecho. En medio de todas estas contradicciones se me escapaba el punto principal; no veía que ya no era católico. Concediendo á los herejes, principios de pura ortodoxia, concentraba en ellos todo mi fervor y mi entusiasmo por su grandeza, mi compasion por sus infortunios me condujeron á igualarlos á los Padres de la Iglesia y aun á cuidarme mas de ellos que de estos últimos porque estos habian llevado á cabo una especie de monopolio en mi vida y sentia la necesidad de adquirir nuevos amigos.

Decir que pasé á admitir las doctrinas de Michel, de Juan Huss, las de Lutero, luego, parando de ahí en el escepticismo, es referir la historia del espíritu humano durante los siglos que me han precedido y que por un encadenamiento de necesidades lógicas, reasumió mi vida intelectual con bastante fidelidad. Despues del protestantismo no podia ya volver á mi punto de partida: mi fé en la revelacion se conmovió, mi religion tomó una forma enteramente filosófica; volví la vista hácia los filósofos antiguos; quise comprender á Pitágoras y Zoroastres, Confucio, Epicúreo, Platon, Epicteto; en una palabra á todos los que habian dedicado su

existencia á conocer el origen y el destino humano antes de la venida de Jesucristo.

En un cerebro entregado á estudios tranquilos y no interrumpidos, en una alma que no recibe de la sociedad viviente impulso alguno y que en una serie de días semejantes saca gota á gota su vida celeste de un manantial siempre límpido y lleno, las trasformaciones intelectuales se verifican insensiblemente, sin que sea posible marcar el límite exacto de cada una de sus fases. Lo mismo que de un niño pequeño que eras, mi querido Angel, te has vuelto por una graduacion incesante, pero inapreciable á tu diaria atencion, un adolescente y luego un jóven lo mismo me volví yo de católico, reformista y de reformista filósofo.

Hasta entónces todo habia ido bien: mientras aquellos estudios fueron puramente históricos experimenté las mas íntimas y vivas satisfacciones. Era para mí un inefable placer penetrar, desprendido de las reservas y de las restricciones católicas, en la existencia sublime de tantos grandes hombres desconocidos hasta entónces y en la magnífica claridad de tantas escogidas obras hasta entónces no comprendidas; pero cuánto mas conocimientos de estos adquiria, tanto mas sentia la necesidad de optar por un sistema porque me parecia imposible establecer un lazo entre tantas creencias y doctrinas diversas. No me era ya posible creer en la revelacion, despues que tantos filósofos y sábios se habian levantado á mi alrededor y me habian dado tan grandes lecciones sin vanagloriarse de haber tenido comercio alguno exclusivo con la divinidad. No me parecia San Pablo mas inspirado

que Platon, ni Sócrates menos digno de redimir las culpas del género humano que Jesús de Nazaret; no me parecia la Judía mas ilustrada que Judea acerca de las ideas sobre la divinidad; Júpiter considerándolo bajo la idea que los grandes espíritus del paganismo habian tenido de él no me parecia un Dios inferior á Jeovah. En una palabra, al propio tiempo que conservaba la mas alta veneracion y el mas puro entusiasmo por el Crucificado, no encontraba razon ninguna para que fuese él el hijo de Dios más bien que Pitágoras y para que los discipulos de este no fuesen apóstoles de la fé lo mismo que los discipulos de Jesús. En fin para abreviar, leyendo los reformistas habia dejado de ser católico, leyendo los filósofos dejé de ser cristiano.

Guardaba para toda religion una creencia llena de deseo y de esperanza en Dios, el sentimiento inalterable de lo justo y de lo injusto, un gran respeto hácia todas las religiones y hácia todos los filósofos, el amor al bien y la necesidad de conocer la verdad. Tal vez hubiera podido permanecer en aquella situacion y vivir bastante apaciblemente con aquellos grandes instintos y mucha humildad; pero he ahí lo que quizá es imposible á un católico, he ahí en lo que difiere esencialmente la historia de un individuo de la historia de las generaciones. El trabajo de los siglos modifica la naturaleza del espíritu humano y llega con el tiempo á trasformarlo. Los padres se despojan muy lentamente de sus errores y sin embargo transmiten á sus hijos nociones mucho mas puras que las que han recibido porque ellos mismos permanecen has-

ta el fin de sus días, impedidos por la costumbre y ligados á lo pasado por las necesidades de espíritu que lo pasado les ha creado, mientras que los hijos nacen con otras necesidades y se acostumbran á otros hábitos y al declinar sus días no pueden impedir que nuevas luces se deslicen, las cuales solo por una tercera generacion serán recogidas y purificadas. Así un mismo hombre no encierra en grados semejantes lo pasado, lo presente y lo porvenir de las generaciones. Si su presente se ha formado de lo pasado con algun trabajo y sabiduría, lo porvenir puede existir en él como un germen, pero sean cuales fueren su génio y su virtud no probará el fruto. Así en este conocimiento siempre incompleto y confuso de la verdad eterna, los hombres han podido pasar á través de los siglos del cristianismo del de San Pablo al de San Agustín, del de San Bernardo al de Bossuet, sin cesar de ser, ó al menos, sin dejar de creerse cristianos. Esas revoluciones se han llevado á término en el tiempo que era necesario; mas el cerebro de un solo individuo no hubiera podido sobrellevarlas, ni llevarlas á cabo él mismo sin quebrarse ó sin salirse fuera de la línea en que la sucesion de los tiempos y el concurso de los trabajos y de las voluntades han sabido mantenerlas.

¿Qué situacion pues tan terrible la mia! En el siglo diez y ocho habíanse educado en el catolicismo de la edad media y á los veinticinco años ignoraba tanto la antigüedad como un monge mendicante del siglo undécimo. Del seno de esas tinieblas habia querido abrazar de una ojeada lo porvenir y lo pasado, digo lo porvenir porque ha-

biéndome quedado por mi ignorancia seis cientos años atrasado todo cuanto figuraba en lo pasado para los otros hombres se presentaba á mí revestido de los deslumbradores rayos de lo desconocido. Me encontraba en la posicion de un ciego que recobrando repentinamente la vista á medio dia quiere, antes de llegar la noche y empezar el dia formarse idea de la salida y puesta del sol; ese espectáculo existia en lo pasado y persistia en lo porvenir, por mas que hubiese tenido lugar ante sus ojos inertes. Así el católico cuando abre los ojos del espíritu á la luz de la verdad, queda deslumbrado y oculta la cara entre las manos, ó bien sale de la verdadera vía y se despeña en los abismos. El católico no se adhiere á nada en la historia del género humano y no sabe hacer solidario el cristianismo; imaginase ser el principio y el fin de la raza humana; para él solo se ha creado la tierra; para él han pasado innumerables generaciones sobre la superficie del globo como sombras vanas, volviendo á caer en la eterna noche á fin de que su condenacion le sirviese de ejemplo y de leccion; para él descendió Dios á la tierra bajo forma humana; para gloria y salvacion del católico se llenan incesantemente de víctimas los abismos del infierno, á fin de que el juez supremo vea y compare y el católico educado en el esplendor del Altísimo triunfe y gocé en el cielo del llanto eterno de los que no han querido someterse en la tierra; así el católico no tiene ni padre, ni madre, ni hermanos en la historia de la raza humana; se aísla y vive alimentando ódio y soberbio desprecio hácia todo lo que no está conforme con él; excep-

tuando á los de la raza judía no profesa respeto filial, ni santa gratitud hácia ninguno de los grandes hombres que le han precedido. Los siglos en que él no ha vivido, no forman número; los que contra él han luchado son maldecidos, los que le exterminarán verán la fin del mundo y el universo se disolverá el día apocalíptico en que la Iglesia caiga arruinada bajo los golpes de sus enemigos.

Cuando un católico ha perdido su ciego respeto hácia la Iglesia ¿dónde puede refugiarse? Mientras preste fé á la revelacion en el cristianismo, mas si de ella llego á dudar, no le queda mas recurso que flotar en el océano de los siglos cual frágil esquife sin brújula, ni timon, porque no se ha acostumbrado á mirar el mundo como su patria y á todos los hombres como á semejantes suyos; moralmente ha vivido siempre en escarpada isla, no rozándose nunca con los que habitaban fuera de ella; ha considerado el mundo como conquista reservada á sus misioneros, á los hombres extraños á su fé como brutos, cuya civilizacion á él solo estaba reservada ¿A qué tierra irá para preguntar los secretos de su celeste origen, á qué pueblo las doctrinas de la humana sabiduría? Errará por todas las riberas, pero no comprenderá el sentido de las huellas que en ellas encontrará. La ciencia de los pueblos está escrita en caracteres ininteligibles para él; la historia de la creacion es para él oscuro é incomprendible mito. Fuera de la iglesia, no mas salvacion, fuera del Génesis no mas ciencia. No hay pues para el católico término medio, es preciso que permanezca fiel á su catolicismo ó que se vuelva incrédulo;

duido; es indispensable que su religion sea la única verdadera y las demás todas falsas.

Tal era el punto á que yo habia llegado, tal era el punto tambien que habia alcanzado el siglo en que vivia; pero como lo habia verificado lentamente por las vias del destino, se encontraba bien en ese alto que acaba de hacer; el siglo era incrédulo, pero era indiferente. Disgustado de la fé de sus padres, regocijábase con su filosófica indiferencia, sin duda porque dentro de sí sentia ese germen que la providencia no deja perecer, esa simienta divina que brota aun despues de las heladas de crudos inviernos; pero yo cristiano desmoralizado, yo católico de ayer que de un salto habia querido salvar la distancia que me separaba de mis contemporáneos, estaba como ébrio y el gozo de mi triunfo estaba muy cerca de la desesperacion y de la locura.

¿Quién podrá pintar los padecimientos de una alma acostumbrada al ejercicio minuciosamente puntual de una doctrina tan sábiamente concebida, tan pacientemente elaboraba cual lo es la del catolicismo, cuando esa misma alma se halla flotando en medio de tantas doctrinas contradictorias, ninguna de las cuales puede heredar su ciega fé y su sencillo entusiasmo? ¿Quién podrá contar las horas de horrible aburrimiento que he devorado, cuando de rodillas en mi silla de negro roble, despues de puesto el sol, veíame condenado á oír la lúgubre salmodia de mis hermanos, cuyas palabras carecian ya de sentido para mí y su voz de simpatía? Aquellas horas demasiado cortas en otros tiempos para mi fervor, se estacionaban ahora como siglos. En

vano procuraba contestar maquinalmente á los oficios y ocupar mi pensamiento en especulaciones de un órden mas elevado, la actividad de la inteligencia no podia reemplazar la del corazon. La plegaria tiene la particularidad de poner en juego las facultades mas sublimes del alma y las fibras mas humanas del sentimiento. La oracion del cristiano mas que otra alguna hace vibrar todas las cuerdas del ser intelectual y moral; en ninguna otra religion se siente el hombre tan próximo á su Dios; en ninguna ha sido Dios tan humano, tan paternal, tan accesible, tan paciente y tan tierno. El ascético libro de la *Imitacion* es un delicioso tratado de amistad íntima, expansiva, delicada, fraternal entre el Dios Jesús y el cristiano ferviente. ¿Qué sentimiento aplicado á los objetos terrestres puede suplir á este para el hombre que lo ha conocido? ¿Qué educacion intelectual puede satisfacer al mismo tiempo y en el mismo grado las necesidades todas del corazon? La doctrina cristiana apaga todos los inquietos ardores del espiritu diciéndo á su adepto: No tienes necesidad de ser grande; ama y sé humilde: ama á Jesus que es humilde y bueno. Y cuando el corazon lleno de amor está próximo á difundirse sobre las criaturas, le contiene diciéndo: Acuérdate de que eres grande y de que no puedes amar mas que á Jesús, porque solo él es grande y perfecto. La religion católica no trata de endurecer las entrañas del hombre contra el dolor; al contrario le ablanda para fortificarle y le hace encontrar placer en el padecimiento. El epicureismo le conduce á la calma por la moderacion, el cristianismo le lleva á la alegría por las lágrimas; la razon

estóica sufre la tortura, el entusiasmo cristiano vuela hácia el martirio. La grande obra del cristianismo es pues el desarrollo de la fuerza intelectual por el de la sensibilidad moral y la oracion es el inagotable alimento do se combinan esas dos potencias é incesantemente se fortalecen.

Al igual del cuerpo tiene el alma sus necesidades cotidianas, y como él fórmasse ciertos hábitos en el modo de satisfacerlas. Cristiano y monje habiame acostumbrado durante mis años felices á frecuentes expansiones de todo el amor y entusiasmo que encerraba mi corazon. Durante los oficios de la noche era cuando especialmente me complacia en poner asi toda mi alma á los piés del Salvador. En aquel momento de inexplicable poesia en que el dia ha concluido y la noche no ha empezado aun cuando la vacilante lámpara del fondo del santuario se refleja sobre los pulimentados mármoles y los primeros astros se alumbran en el éter pálido todavía, recuerdo que tenia la costumbre de interrumpir mis rezos abandonándome á las santas y deliciosas emociones que este instante me producía. Frente por frente de misial habia una alta ventana cuya delicada y elegante arquitectura se dibujaba en el azul transparente de los cielos. Cada noche en aquel espacio se colocaban como en un marco dos ó tres estrellas que parecian sonreirse haciendo penetrar en mi seno un rayo de amor y de esperanza. Pues bien, el sentimiento poético estaba de tal modo ligado en mí al sentimiento religioso y este último sentimiento de tal manera adherido á mi doctrina católica, que al perder mi ciega sumision á ella, perdí poesia, plegaria, santos éxtasis y ardientes aspiraciones. Vol-

vime mas frio que el mismo granito que pisaba; inútilmente intenté elevar mi alma hácia el Creador de todas las cosas; habíame acostumbrado á verle bajo un cierto aspecto que ya no tuvo despues cuando mi razon ensanchó el circulo de su poder y de sus perfecciones, despues que hube agrandado mis pensamientos y ensanchado mis aspiraciones; la brillantez de ese nuevo Dios me deslumbró y sentíme reducido á la nada por su inmensidad y por la del universo. La antigua forma divina, en cierto modo accesible á los sentidos por las imágenes y las alegorías místicas, se borró para dar lugar á un inmenso foco de divinidad en el cual estaba yo absorbido, sin que partícula alguna de esa divinidad pudiese hacerse bastante pequeña para comunicarse conmigo de otro modo que por el hecho fatal, por decirlo así de la vida universal. No me atrevia pues mas á intentar comunicarme con Dios; parecíame demasiado grande para bajarse hasta escucharme y temia cometer una impiedad, insultar la magestad celeste, invocándola como á un rey de la tierra. Sin embargo seguia sintiendo la misma necesidad de orar, la misma necesidad de amar y alguna que otra vez elevaba una voz humilde y temerosa hácia ese Dios terrible; pero ya involuntariamente caia en las ideas y formas católicas, ya me sucedia formular una oracion bastante extraña, cuya sencillez me haria hoy sonreír si no me recordase profundos padecimientos: «¡Oh tú! decía yo *tú* que no tienes nombres y que resides en lo inaccesible, tú, cuya grandeza no puede escucharme, ni cuyo alejamiento oirme, tú, que eres demasiado perfecto para amarme demasiado fuerte para compadecerme.....! te invoco sin esperanza

de ser atendido, pues que sé que nada debo pedirte, que solo tengo un medio de merecer y es vivir y morir aquí bajo desconocido, resignado, sin orgullo, sin cólera, sufriendo sin quejarme, esperando sin desear, confiando sin pretender nada...»

Aquí, me interrumpia á mi mismo horrorizado del triste destino humano que á mi vista se presentaba y que mi oracion como reflejo de mi pensamiento expresaba en términos tan dolorosos y desconsoladores. Preguntábame de que servia amar á un Dios insensible, que inculca en el hombre el deseo celeste para hacerle sentir todo el horror de su exaltitud ó de impotencia, un Dios ciego, sordo, que ni siquiera al rayo se dignaba mandar, que de tal modo se ocultaba en la lluvia de oro de sus soles y de sus mundos, que ninguno de esos soles, ni de esos mundos le conocia y le entendia. ¡Oh! preferia el oráculo de los judíos, la voz que á Moisés, habló desde el Sinai amaba mas el espíritu de Dios, bajo la forma de una columna sagrada, ó al hijo de Dios, trasformado en un hombre semejante á mi. Aquellos dioses terrestres me eran accesibles. Misericordiosos ó amenazadores me escuchaban y me contestaban. La cólera y las venganzas del sombrío Jeovah me asustaban menos que el impasible silencio y la glacial equidad de mi nuevo dueño.

Entónces fué cuando sentí profundamente el vacío y la vaguedad de esa filosofía, de moda en aquella época, denominada teísmo; pues preciso es confesarlo, habia ya buscado el resumen de mis estudios y de mis reflexiones en los escritos de los filósofos contemporáneos. No hubiese debido hacerlo sin duda, porque esto era muy contrario á la disposicion de es-

píritu en que entónces me encontraba, pero, no pude preveerlo. Yo pensaba que los espíritus mas avanzados de mi siglo debían de sacar harto mejor que yo las conclusiones de la ciencia y de la experiencia de lo pasado. Ese pasado era enteramente nuevo para mí, era un alimento mal digerido, cuyo afecto solo los médicos podían conocer. Y los hombres sencillos y estudiosos que viven en la oscuridad, tienen el candor de creer que los escritos contemporáneos rodeados de gran esplendor son la luz y la higiene del siglo! Pero cual fué mi sorpresa cuando apesar de todas mis simpatías hácia esos ilustres escritores, cuya gloria y triunfos nos daba á conocer el mismo furor del Vaticano, tuve en mis manos una de esas ediciones de ínfimo precio que Francia sembraba hasta en el terreno papal y que penetraba hasta en el seno de los claustros y sin mucho misterio. Creí soñar al ver una crítica tan grosera, un encarnizamiento tan ciego, tanta ignorancia y tanta ligereza; temí haber leído con un resto de simpatía hácia el catolicismo y quise tener conocimiento de cuánto se escribía diariamente. No cambié de opinion sobre el fondo, pero llegué á apreciar mucho la importancia y la utilidad social de ese espíritu de examen y emancipacion que preparaba la ruina de la inquisicion y la caída de todos los despotismos santificados. Poco á poco llegué á formarme un modo de ser, de ver y de sentir que sin ser el de Voltaire y el de Diderot, era el de su escuela. ¿Qué hombre ni en las paredes del claustro, ni el seno de las tebáidas, ha podido separarse jamás del espíritu de su siglo? Tenia otras costumbres, otras simpatías, otras necesidades que los frívolos escritores de mi época; pero to-

dos los votos, todos los deseos que conservaba eran estériles; sentía la inminencia providencial de una gran revolucion filosófica, social y religiosa y ni mi siglo, ni yo, éramos bastante fuertes para abrir á la humanidad el nuevo templo donde pudiera refugiarse contra el ateísmo, el frío y la muerte.

Insensiblemente me entibí á mi vez, hasta llegar á dudar de mi mismo. Hacía ya bastante tiempo que dudaba de la bondad y del paternal amor de Dios; acabé por dudar del filial cariño que sentía hácia él. Pensé que podía ser un hábito del espíritu, efecto de mi educacion, cuyo principio no existía ya en la naturaleza de mi ser, como otros mil errores sugeridos diariamente á los hombres por rutina y por preocupacion. Trabajé para destruir en mí el espíritu de caridad no con tanto cuidado como en otro tiempo había puesto para desarrollar el fuego divino en mi corazón. Caí entónces en un profundo abatimiento y como un amigo que no puede vivir privado del objeto de su afecto, sentía que mi ser se iba destruyendo y arrastraba la vida como pesado fardo.

Seis años eran ya pasados en medio de esas fatigas y ansiedades. Seis años, los mas hermosos, los mas viriles de mi vida, habían caído en el abismo de lo que fué, sin que hubiese dado un solo paso hácia la felicidad ó la virtud. Mi juventud había pasado como un sueño: el amor al estudio parecía dominar todas mis demás facultades. Mi corazón se adormecía y si á la visita de las injusticias cometidas contra mis hermanos y á la idea de todas las que incesantemente se cometen á la faz del cielo, no hubiese sentido algunas veces vivos arrebatos de

cólera y profundos dolores, hubiera podido creer que sólo mi cabeza vivía y que mis entrañas eran insensibles. A decir verdad, yo no tuve juventud, tan léjos pasaron de mí las pasiones contra las cuales he visto luchar tan penosamente á los otros religiosos. Cristiano, había puesto todo mi amor en Dios; filósofo, no puede volver mi amor hácia los séres, ni fijar mi atención en las cosas humanas.

Te preguntas quizá, Angel, en que habían venido á parar los recuerdos de Espiridion y de Fulgencio ¡Ay! entre tantas nuevas preocupaciones abergonzábame de haber tomado al pié de la letra las visiones del buen Fulgencio y haber dejado afectar mi imaginación hasta el punto de haber creído yo mismo, verdadera la visión que había tenido de Hebronius. La filosofía moderna, confundía con tal desprecio á los visionarios, que no sabía donde refugiarme contra el recuerdo mortificador de mi superstición. Tal es el orgullo del hombre: aun cuando su vida interior se realice en impenetrable misterio y los errores y cambios humanos no tengan mas testigo que su conciencia, ruborizase de sus debilidades y quiere engañarse á si mismo. Esforzábame en olvidar lo que había pasado por mí en aquella época de desórden en que se había obrado una revolución en todo mi ser y en que la sávia demasiado comprimida de un espíritu, había estallado con una especie de delirio. Así es como explicaba la influencia de Fulgencio y de Hebronius, sobre mi abandono del cristianismo. Persuadime (y tal vez no me equivocaba) de que ese cambio era inevitable, que era por decirlo así fatal porque estaba en la naturaleza de mi espíritu, pro-

gresar á despecho y pesar de todos los pesares. Decíame que fuera una causa, fuera otra, fuera la fábula de Hebronius ó cualquiera otra casualidad, yo debía salir del cristianismo, porque al nacer, había sido condenado á buscar la verdad sin descanso y tal vez sin esperanza. Quebrantado por la fatiga, abatido profundamente, preguntábame si el reposo que había perdido merecía el trabajo de ser reconquistado. Mi sencilla fé estaba ya tan lejana, tan jóven había empezado á dudar, que no me acordaba casi de la felicidad que mi ignorancia me había hecho gustar; quizá nunca me hizo feliz. Hay infelicias inquietas para las cuales la inacción es un suplicio y el descanso un oprobio; no podía pues rechazar cierto sentimiento de desprecio hácia mi mismo cuando me contemplaba en lo pasado. Desde que comencé mi ruda tarea nunca fui feliz, pero al menos me sentía vivir y no me había avergonzado de ver la luz porque cultivé con toda mi fuerza el campo de la esperanza. Si el suelo era árido y la mies escasa, no era por falta de valor y podía ser cuando menos una víctima respetable de la humana impotencia.

A todo esto no olvidaba la existencia del manuscrito, precioso quizá y seguramente curioso encerrado en la tumba de Espiridion. Prometíame extraerlo de allí y apropiármelo, pero para verificar clandestinamente esta extracción necesitaba ciertas precauciones y sin duda alguna un amigo de confianza; tenía yo entónces mas ocupaciones de lo que consentían mis fuerzas y las horas de que disponía al cabo del día, no me daba pues prisa en vencer esos inconvenientes. El juramento que hice

de desenterrar aquel documento el día que cumpliera treinta años, no se borraba de mi memoria, pero avergonzábame de tal modo de haber podido formular un voto tan pueril, que alejaba mi pensamiento de él, bien determinado à no cumplirlo en manera alguna, no considerándome ligado por un juramento que no tenia ya para mí sentido, ni valor. Sea que evitase representarme, lo que yo llamaba, miserables circunstancias de aquel voto, sea que un acrecentamiento de preocupaciones científicas me hubiese subyugado enteramente, lo cierto es que la época fijada para el cumplimiento de mi voto, llegó sin que en ella parase la menor atención y sin duda me hubiera pasado por alto à no ser por un hecho tan extraordinario que poco faltó para que hiciese cambiar todo el curso de mis ideas.

Habíame procurado siempre libros penetrando à escondidas en la biblioteca situada al fin de la gran sala. Experimenté al principio mucha repugnancia en apoderarme furtivamente de aquella fruta vedada, pero pronto el amor al estudio fué mas fuerte que todos los escrúpulos de la franqueza y del orgullo; y me valí de todos los ardidés necesarios; yo mismo fabriqué una llave falsa, pues echaron de ver la cerraja rota, sin saber à quien dar la culpa. Deslizábame por la noche hasta el santuario de la ciencia y cada semana renovaba mi provision de libros, sin despertar la atención, ni levantar sospechas, por lo menos así me lo figuraba yo. Tenia cuidado de ocultar mis tesoros en las pajas del jergon y leía toda la noche. Habíame acostumbrado à dormir de rodillas en la Iglesia; y durante los oficios de la mañana prosternado en mi sitial, y en-

vuelto en mi capucha reparaba las fatigas de mi vigilia con un sueño ligero frecuentemente interrumpido. Sin embargo como mi salud se deterioraba sensiblemente, encontré el medio de leer en la misma iglesia durante los oficios. Procúreme unas grandes cubiertas de misal que adapté à mis libros profanos y mientras parecía absorto en mi breviario, me entregaba con toda seguridad à mis estudios favoritos.

Apesar de todas estas precauciones, sospechóse de mí, fuí vigilado y por fin descubierto. Una noche, despues de penetrar en la biblioteca, oí andar en la gran sala del capitulo. Apagué enseguida mi lámpara y permanecí inmóvil confiando en que tal vez no venian en seguimiento mio y que escaparia à la atención del vigilante que hacia tan desusada ronda. Apróximóse el ruido de los pasos y sentí una mano asir la llave que yo imprudentemente habia dejado à la parte de afuera; sacáronla despues de haberle dado dos vueltas; colocaron las macizas barras de hierro que yo habia levantado y cuando me hubieron quitado todos los medios de evasión se alejaron lentamente. Halléme solo en las tinieblas, cautivo y à merced de mis enemigos.

Parecióme la noche insoportablemente larga porque la inquietud, la contrariedad y el frio me impidieron descansar ni un instante. Experimenté gran despecho por haber apagado mi luz y no poder aprovechar para la lectura aquella aciaga noche. Sin embargo los temores que me inspiró semejante acontecimiento no fueron muy vivos. Lisonjeábame de no haber sido visto por el que me habia encerrado; suponía que lo habia hecho sin mala intención,

sin pensar que hubiese nadie dentro; que quizá era el converso de semana para el servicio de la sala el que habia quitado la llave y cerrado la puerta para poner las cosas en orden. Comprendí que habia obrado con mucha cobardia al no hablarle y no haber hecho para salir una tentativa que al dia siguiente me ofrecia mucho mayores inconvenientes; propúseme no desperdiciar la ocasion, cuando volviese por la mañana, segun costumbre á arreglar y limpiar la sala. Con esta confianza me mantuve despierto y soporté el frio con toda la filosofía imaginable.

Pero pasáronse horas y horas, vino el dia y el pálido sol de enero empezó á recorrer el horizonte sin que en la sala se oyese el menor ruido. Trascurió el dia entero sin proporcionarme medio alguno de evasion. Prové á ver si con mis fuerzas podia hundir la puerta, pero habianla asegurado tan bien contra cualquiera nueva fractura que era imposible menearla y la cerradura resistió igualmente todos mis esfuerzos.

Pasóse otro dia y otra noche sin que mi extraña situacion sufriese cambio alguno; sin duda habian condenado la puerta del capítulo. Nadie pareció por aquella sala que comunmente era muy frecuentada á ciertas horas y no pude ya persuadirme por mas tiempo de que mi cautividad fuese efecto de un acontecimiento casual, pues además de que la sala no pudo haberse cerrado sin algun designo, debíase de haber notado mi ausencia y si por ella hubiesen sentido inquietud no era ocasion a propósito para cerrar las puertas, sino de abrirlas todas para buscarme. No cabia ya duda de que habian

querido castigarme por mi falta. Al tercer dia empezó á parecerme la correccion demasiado severa y temí no se asemejase á las pruebas de los calabozos inquisitoriales, de los que solo se salia para ver una vez el sol y morir de extension. El hambre y el frio me acosaban de tal modo que apesar del estoicismo y de la perseverancia que habia tenido de leer mientras me lo habia permitido la claridad del dia, empecé á perder el ánimo la tercera noche y á sentir que me abandonaba la fuerza fisica. Resignéme entonces á morir y á no luchar mas contra el frio por el movimiento. Mis piernas no podian ya sostenerme, hice una cama con libros pues hasta habian tenido la crueldad de quitarme el sillón de cuero que generalmente ocupaba el alfeizar de la ventana. Arropéme la cabeza con la capucha, tendime apretando los vestidos hácia el cuerpo y me abandoné al letargo de un sueño febril que consideré como el último de mi vida. Alegréme de que mis fuerzas físicas se hubiesen extinguido sin haber perdido mi fuerza moral y sin haber cedido al deseo de gritar para implorar socorro. La única ventana de mi cárcel daba á un patio cerrado en cual raras veces entraban los novicios. En vano habia estado en observacion durante los tres dias, su puerta no se habia abierto, sin duda habia sufrido igual suerte que la del capítulo. No pudiendo hacer ninguna seña á ningún ser compasivo ó desinteresado, hubiera sido preciso llenar el aire de mis gritos para poderme hacer oír y sabia demasiado que en semejantes circunstancias, la compasion es débil é impotente mientras que el deseo de venganza aumenta en razon de la humillacion de la víctima; sabia que

mis gemidos causarían á algunos un estúpido terror y nada más, mientras que otros se gozarían en mis angustias. No quise proporcionar á mis verdugos el triunfo de haberme arrancado un solo quejido. Había pues resistido los tormentos del hambre; empezaba ya á no sentirlos, por otra parte ya no hubiera tenido bastante fuerza para levantar mi voz. Me abandoné pues á mi suerte invocando á Epitecto, á Sócrates y al mismo Jesús, el filósofo inmolado por los príncipes de los sacerdotes y por los doctores de la ley.

Hacia ya algunas horas que me encontraba en un profundo anonadamiento, cuando vino á despertarme el reloj de la sala que daba las doce por la parte de afuera del tabique junto al cual estaba acostado. Entonces oí andar suavemente por la sala y parecióme que se acercaban á la puerta de mi prisión. Este ruido no me causó ni alegría ni sorpresa; no tenía ya conciencia de cosa alguna. Sin embargo la naturaleza de los pasos que oía sobre entarimado de la vecina sala, su apresurada ligereza unida á una solemne imposición en el suelo, despertaron en mí no sé que vagos recuerdos; parecióme que reconocía la persona que andaba así y que experimentaba un gozo instintivo al sentirle venir hácia mí, pero me hubiera sido imposible decir que persona era aquella y donde había yo conocido.

Abrió ella la puerta de la biblioteca y me llamó por mi nombre con una voz armoniosa y dulce que me hizo estremecer. Creí sentir que la vida hacía un esfuerzo en mí para reanimarme, pero en vano traté de levantarme, no me pude menear, ni hablar.

— ¡Alejo! repitió la voz con acento de benévola autoridad ¿tan endurecidos están tu cuerpo y tu alma? ¿Porqué motivo has faltado á tu palabra. He aquí la noche, he aquí la hora que habiais fijado.... Treinta años hace hoy que viniste á este mundo, desnudo y llorando como todos los hijos de Eva. Hoy es el día que debiste de haberte regenerado, buscando entre el polvo de mis terrestres despojos, una chispa que de nuevo hubiera encendido en tí el fuego celeste. ¿Es necesario pues que los muertos dejen sus sepulturas para encontrar á los vivos mas frios y mas animados que los mismos cadáveres?

Probé entonces de contestar, pero sin mas éxito que la vez primera. Entonces suspiró y añadió.

— Vuelve pues á la vida de los sentidos, ya que la del espíritu se ha extinguido en tí....

Acercóse á mí y me tocó, pero nada ví; y cuando despues de inauditos esfuerzos logré despertar de mi estupor y ponerme de rodillas, todo estaba sumido en el silencio y nada á mi alrededor anunciaba la visita de ningún ser humano. Sin embargo un aire mas frio soplando sobre mi estenuado cuerpo parecia proceder de la puerta. Arrastréme hasta ella. ¡Oh prodigio! estaba abierta.

Tuve un acceso de insensata alegría. Lloraba como un niño, abrazaba la puerta como si hubiese querido besar el rastro de las manos que la habían abierto. No sé porque me parecia tan agradable el recobrar la vida, despues de haberme parecido tan fácil el perderla. Arrastréme á lo largo de las paredes del capítulo, pero estaba tan débil que á cada paso me caía. La cabeza se me iba y no podía re-

cordar el sitio de la puerta á cual queria llegar. Estaba como ébrio y cuanto mas me apresuraba á salir de aquel lugar fatal, tanto mas imposible se me hacia encontrar la salida. Erraba por la oscuridad creándome yo mismo un laberinto intrincado en un espacio libre y regular. Creo que pasé allí cerca de una hora, presa de inexplicables angustias. No estaba ya para filosofias como cuando me hallaba bajo cerrojos. Mi sangre, que por un momento se habia reanimado, empezaba á helarse otra vez y una especie de rabia delirante se apoderaba de mí; mil fantasmas pasaban ante mis ojos; mis rodillas se envazaban sobre el frio suelo; aniquilado por la fatiga y por la desesperacion, cai al pié de una de las paredes de la sala y por segunda vez, traté de buscar dentro de mí la resolucion de morir en paz. Pero mis ideas eran confusas y la sabiduria que siempre me pareció una armadura impenetrable, no era en aquellos momentos mas que un socorro impotente contra el horror de la muerte.

De pronto acudió á mi memoria el recuerdo ya borrado de la voz que me habia llamado durante mi sueño y entregándome á aquella proteccion misteriosa con la confianza de un niño, murmuré las últimas palabras que Fulgencio habia pronunciado al expirar: «*Sancté Spiridion ora pro me.*»

Alumbróse entónces la sala, con una pálida luz parecida á la de un relámpago prolongado; siguió aumentando el resplandor y al cabo de un minuto se extinguió; tuve tiempo suficiente para observar que dicha luz salia del retrato del fundador, cuyos ojos se habian encendido como dos lámparas para iluminar la sala y mostrarme que hacia un

cuarto de hora que estaba recostado sobre la tan deseada puerta — ¡Bendito seas, bienaventurado espíritu! exclamé y reanimado instantáneamente me eché fuera de la sala con impetuosidad. Un converso que estaba en las salas bajas ocupado en preparativos extraordinarios para el dia siguiente, me vió correr hácia él como un espectro. Mis mejillas cóncavas, mis ojos inflamados por la fiebre, mi aire extraviado le causaron tal espanto que echó á correr dejando caer un cesto de arroz que llevaba y un hachon que me apresuré á recoger antes de que se apagára. Cuando hubé satisfecho mi hambre, subí á mi celda y al dia siguiente despues de un sueño reparador estuve ya en estado de ir á la iglesia.

Un ruido particular en el convento y un campaneo general me anunciaron una ceremonia importante. Miré el calendario y me pregunté si durante los dias de mi encierro habia perdido la nocion de la marcha del tiempo, pues no veia señalada ninguna fiesta religiosa para el dia en que creía estar. Deslicéme en el coro y ocupé mi sitio sin ser observado. Todas las frentes llevaban el sello de una preocupacion ó de un recogimiento extraordinario. La iglesia estaba adornado como en los dias de gran fiesta. Comenzáronse los oficios. Sorprendíome en extremo no ver el prior en su sitio; inclinéme para preguntar al de mi lado si estaba enfermo. Miróme con aire estupefacto y como si creyese haber entendido mal mi pregunta se sonrió de un modo embarazoso y no me contestó. Busqué con la vista al padre Donaciano, mi mayor enemigo entre los religiosos y al que interiormente acusaba del trato

odiosísimo que acababa de sufrir. Vi como sus ardientes ojos trataban de penetrar á través de mi capucha, pero no le dejé ver mi fisonomía y me aseguré de que la suya estaba desconcertada por la sorpresa y el temor, pues no esperaba encontrar ocupado mi sitio y se preguntaba á sí mismo si era mi sombra la que veía enfrente de él.

No estuve al corriente de lo que acontecía hasta el fin del oficio, cuando el celebrante recitó una oración en conmemoración del prior, cuya alma había parecido ante Dios el 10 de Enero de 1766 á las doce de la noche, es decir una hora antes de mi encarcelación en la biblioteca. Comprendí entonces porque Donaciano, cuya ambición ansiaba ocupar el primer lugar entre nosotros, se había aprovechado de aquella súbita muerte para alejarme de las deliberaciones. El sabía que yo no le apreciaba y que apesar de mi poca afición al poder y de mi carácter falto de intriga, no carecía de partidarios. Gozaba reputación de sabio en teología lo cual me atraía el respeto sencillo de algunos; tenía además un espíritu de justicia y una imparcialidad que ofrecían garantías á todos. Donaciano me temía: subprior hacia dos años y ejerciendo un poder ilimitado sobre todos los que rodeaban al prior, había cubierto sus últimos instantes con el velo del misterio y antes de propagar la noticia de su muerte había querido verme, sin duda para sondear mi ánimo, seducirme ó atemorizarme. No encontrándome en mi celda y conociendo muy bien mis hábitos, como he sabido despues, siguió mis pasos hasta la puerta de la biblioteca que cerró trás de mí, como por inadvertencia; luego cerró todas las sali-

das por las cuales se hubiese podido llegar hasta mí y á renglon tirado hizo entrar á toda la comunidad en meditación á fin de proceder dignamente á la elección de un nuevo jefe.

Gracias á su influencia pudo violar todos los usos y todas las reglas del monasterio. En lugar de exponer el cuerpo del difunto y de exponerle durante tres dias en la capilla, le hizo amortajar inmediatamente con el pretexto de que habia muerto de enfermedad contagiosa; habia atropellado todas las ceremonias, abreviado el tiempo de meditación y ya procedían á la elección cuando por un hecho sobrenatural alcancé mi libertad. Cuando se terminó el oficio, cantóse el *Veni Creator*; despues permanecimos un cuarto de hora prostrado cada uno en su sitio, entregado á la inspiración divina. Cuando el reloj dió las doce, la comunidad desfiló lentamente y subió á la sala del capítulo para proceder á la votación general. Permanecí con la mayor calma ó indiferencia mientras duró aquella ceremonia. Nada en el mundo me tentaba menos que el deseo de contrabalancear los sufragios; aun cuando hubiese dispuesto de tiempo para ello no hubiera dado un solo paso para contrariar la ambición de Donaciano. Pero cuando oí su nombre salir cincuenta veces de la urna, cuando en el último turno del escrutinio ví brillar en su frente la alegría del triunfo, apoderóse de mí un sentimiento enteramente humano de indignación y de odio.

Si me hubiese dirigido una mirada humilde ó tan solo temerosa, tal vez mi desprecio le hubiera absuelto, pero parecióme que trataba de ajarne y

tuve la puerilidad de querer destruir aquel orgullo, hasta cuyo nivel me rebajaba combatiéndolo. Dejé que el secretario contase lentamente los votos. Solo dos había en mi favor. No era pues una esperanza personal la que podía sugerirme lo que hice. En el momento en que se proclamó á Donaciano y cuando éste se levantaba con aire hipócritamente conmovido para recibir los abrazos de los ancianos, me levanté á mi vez y alcé la voz

—Declaro, dije con una calma aparente cuyo efecto fué terrible, que la eleccion proclamada es nula porque los estatutos de la órden han sido violados. Un solo voto olvidado ó supeditado basta para anular las resoluciones de todo un capítulo. Invoco este artículo del reglamento del abad Espiridion, y declaro que yo, Alejo, miembro de la órden y servidor de Dios, no he depositado mi voto hoy en la urna, por que no he gozado de la facultad de entrar en meditacion como los demás, pues he sido separado por casualidad ó por malicia, de las deliberaciones comunes y porque ignorando hasta este momento, la muerte de nuestro venerable prior me ha sido imposible determinarme repentinamente sobre la eleccion de su sucesor.

Después de pronunciar estas palabras que fueron un rayo para Donaciano, sentéme de nuevo y neguéme á contestar á la infinidad de preguntas que todos me dirigieron. Donaciano, confundido un instante por mi audacia, no tardó en cobrar ánimo y declaró que mi voto no solo era inútil, sino inadmisibile, porque habiendo cometido una falta grave y estando sufriendo durante las delibera-

ciones una correccion degradante, segun el reglamento, carecia de aptitud para votar.

¿Y quién pues ha apreciado mi falta ó la ha calificado? pregunté yo. ¿Quién se ha arrogado el derecho de imponerme un castigo, el subprior? No tenia derecho para ello. Para juzgarme indigno de tomar parte en la eleccion, debia de hacer examinar mi conducta por seis de los mas ancianos del capítulo y declaro que no lo ha hecho.

—¿Que sabeis vos? me dijo uno de los ancianos que era ardiente partidario de mi antagonista.

—Digo, repuse yo, que esto no ha tenido lugar, porque tenia el derecho de saberlo, porque la sentencia debia haberseme comunicado, primero á mi, luego á toda la comunidad reunida y finalmente fijada aquí en mi sitio donde no está, ni ha estado nunca.

—Vuestra falta, exclamó, Donaciano, era de tal naturaleza...

—Mi falta interrumpí yo, pláceos calificarla de grave, mas pláceme á mí calificar de tal el castigo que me habeis impuesto y digo que para vos es para quien es degradante. ¡Decid cual ha sido mi falta! Requiéroos que la digais aquí y luego diré yo el tanto que me habeis dado, aunque no os asistia ningun derecho para ello.

Viendo Donaciano que yo estaba encolerizado y que empezaban á escucharme con curiosidad, se apresuró á terminar este debate llamando en su socorro á la prudencia y á la astucia. Acercóse á mi y con tono compungido me suplicó en nombre del Salvador de los hombres, terminase una discusion tan escandalosa y tan contraria al espíritu de cari-

dad que debía de reinar entre hermanos. Añadió que me equivocaba acusándole de maquinaciones tan pérfidas, que sin duda habia entre nosotros un mal entendido que se aclararía en una explicacion amistosa.

—En cuánto á vuestros derechos, prosiguió, me parecia y me parece aun, hermano mio, que los habeis perdido. Tal vez este es asunto que debiera examinar la comunidad, pero basta me hayais acusado de tener vuestra candidatura para que procure lo antes posible sincerarme de una sospecha tan penosa para mí, y para ello declaro que deseo teneros inmediatamente por competidor. Suplico pues á toda la comunidad que deponga toda acusacion contra vos y que os permita depositar vuestro voto en la urna, luego que se haya verificado un nuevo escrutinio sin examinar si vuestros derechos son ó no contestables. No solo lo suplico sino que en caso necesario lo mandaré, pues mientras se espera el resultado de vuestra candidatura, soy el gefe de ésta asamblea.

Este mañoso discurso fué acogido con aclamaciones pero me opuse á que se empezase de nuevo la votacion en aquella sesion. Declaré que queria entrar en retiro y que puesto que los otros se habian contentado con tres dias, aun cuando eran cuarenta los prescritos, yo tambien me daría por satisfecho; pero que con ningun pretexto creía poder dispensarme de aquella preparacion.

Donaciano habia ido demasiado adelante para poder retroceder y así fingió sufrir este contratiempo con calma y humildad. Suplicó que no se opusiese nadie á mis deseos; habianse suscitado efecti-

vamente algunos murmullos contra mi obstinacion, pero no tantos como él esperaba. La curiosidad que es el elemento vital de los conventos, se habia excitado hasta el mas alto grado por ese misterio que quedaba entre ambos. Mi desaparicion habia extrañado á algunos y por lo tanto antes de colocarse bajo el dominio de un nuevo gefe tan benigno y meloso en apariencia como Donaciano, querian adquirir algunas nociones mas sobre su verdadero carácter. Nadie parecia mas apropósito que yo para proporcionarlas. Su moderacion para conmigo en público, en medio de una crisis tan terrible para su orgullo y su ambicion fué juzgada sublime por algunos, sensata por otros y extraña y de mal agüero por los mas. Su eleccion habia sido combatida por treinta votos que no habian estado acordes en la eleccion de candidato. Era evidente que iban á recaer sobre mí. Tres dias de nuevas reflexiones y mas amplios informes podian separar muchos partidarios. Todos lo comprendieron así y la mayoría sorprendida y alucinada por la precipitacion de la mayoría, se alegró del retardo ocasionado por mí.

Una hora despues de terminada aquella borrascosa sesion, mi celda estaba asediada por mis partidarios porque, apesar mio, tenia un partido y muy ardiente. Donaciano estaba bastante odiado y debo decir en honor de la verdad que todos los menos envilecidos y corrompidos de la abadía estaban contra él. Apagóse mi cólera, pero los ofrecimientos que recibia no despertaban en mí ningun deseo de poder monacal. Yo era ambicioso, sí, mas era mi ambicion tan vasta como el mundo, la

ambicion de las cosas sublimes. Yo hubiera querido construir un monumento hermoso de ciencia ó de filosofia, descubrir una verdad y promulgarla, producir una de esas ideas que llenan y ponen en movimiento á todo un siglo, gobernar en fin toda una generacion, pero desde el retiro de mi celda, sin manchar mis dedos en el lodo de los asuntos sociales, reinar por la intiligencia sobre los espíritus, por el corazon sobre los corazones, en una palabra vivir como Platon ó Espinosa; de esto á la fútil gloria de mandar á cien frailes embrutecidos habia mucha diferencia. La pompa mezquina de tal destino llenaba mi alma de disgusto, pero comprendí el provecho que podia sacar de mi situacion y acogi á mis partidarios con prudencia. Antes de que fuese llegada la noche los treinta votos que habian resistido, los tenia ya á mi favor. Donaciano quedó mas irritado que asustado. Vino á buscarme á mi celda y trató de intimidarme diciéndome que si me retiraba de la candidatura no hablaria de mis herejias que le eran bien notorias, que todo podia arreglarse honrosamente para mí y tranquilamente para él, si me contentaba con la pequeña victoria alcanzada por el retraso de su eleccion, pero que si intentaba disputarle el priorato, daria á conocer cuales eran mis ocupaciones, mis lecturas y hasta mis pensamientos desde mas de cinco años. Me amenazó en descubrir el fraude y la desobediencia en que habia vivido todo aquel tiempo, ocultando libros prohibidos y nutriendome durante los santos oficios y en el templo mismo del Señor, con las mas infames doctrinas.

La calma con que arrostré aquellas amenazas

le desconcertó mucho. Sin duda trataba de hacerme hablar sobre mis creencias; tal vez habia colocado testigos detrás de la puerta, para que en un momento de ira me oyeran apostatar. Pero estuve muy sobre sí y ví en aquella circunstancia cuánta superioridad tiene el hombre sencillo sobre el más astuto, cuando á este le muevan pasiones infames. No estaba yo adiestrado en el arte de intrigar, como ese cauteloso y pícaro fraile; mas el desprecio que sentia hácia ese puesto por el cual él luchaba, me daba todas las ventajas. Estaba armado de una sangre fria á toda prueba y mis respuestas llenas de calma desmontaban cada vez mas á mi adversario. Retiróse muy turbado diciéndome en un tono amargamente jovial que hasta aquel momento no me habia conocido; creyéndome embestado en mis libros y no pensando nunca que fuese yo capaz de obrar con tanta prudencia y cálculo en mis asuntos temporales. Añadió con sorna que hacia fervientes votos para que mi ortodoxia en materia de religion le fuese bien demostrada, porque en ese caso le parecia el mas apropósito de todos para gobernar bien la abadía.

Al dia siguiente mis treinta partidarios maquinaron tan bien que mas de quince miedosos que por temor se habian echado en el bando de mi rival, se separaron. Donaciano era el hombre mas temido y odiado de la comunidad, pero tenia á favor suyo á todos los ancianos cuyos vicios ofrecian á su secreto ateismo todas las garantías deseables. El mayor azote de un convento, es un gefe sinceramente devoto. Con él, la regla que tanto odian y temen los frailes, está siempre vi-

gente y á cada instante viene á turbar los dulces hábitos de pereza ó de intemperancia; el ardiente celo de un prior francamente religioso, tratando de restablecer nuevamente las prácticas austeras y una vida de privaciones y trabajos, suscita mil diarias molestias. Donaciano sabia presentar las apariencias de una fé muy viva entre los pocos fanáticos; con los indiferentes que eran los mas, sabia sin comprometer la dignidad de la regla y sin prescindir de aquella apariencia de fervor, proporcionar á cada uno pretexto para su libertinage. Con estos medios, su autoridad no tenia límites para el mal; esplotaba los vicios ajenos en provecho de los suyos propios. Ese modo de gobernar á los hombres aprovechándose de su corrupcion, es de infalible éxito y si fuese favorito de un rey, se lo aconsejaria.

Pero lo que contrabalanceaba la autoridad naciente de Donaciano, era lo que sabia de su carácter vengativo. Los que alguna vez le habian ofendido tenian motivo para arrepentirse mucho tiempo de ello y temian con razon que al recibir el báculo, el prior no olvidase las antiguas rencillas de simple hermano. Por tal razon se habian afiliado á su partido y por temor, los débiles, pues le creyeron muy poderoso y no quisieron que andando el tiempo los castigase por haber trabajado contra él.

Desde que estos pusilámines vieron formarse otro poder contra él, poder que ofrecia algunas garantías, se inclinaron fácilmente de mi lado y al tercer dia tenia ya una mayoria considerable. No me es fácil explicarte, Angel mio, cuanto sufrí

interiormente por aquella comun preferencia fundada en el interés y en el egoismo y cubierta con el mentido vélo del aprecio y del afecto. Las repugnantes caricias de aquellos cobardes me daban náuseas; por otra parte las protestas de los intrigantes que se prometian reinar en mi lugar, mientras yo estaria absorto en mis especulaciones científicas me causaban disgusto y desprecio.

—Triunfareis me decian con aire vilmente orgulloso al salir de mi celda.

—¡Dios me libre de ello! exclamaba yo, cuando ya no podian oirme.

El dia de la eleccion, Donaciano vino á despertarme antes de romper el alba.

—Dormís como un triunfador me dijo ¿estais pues seguro de haber alcanzado la victoria?

Afectaba mucha calma, pero su voz estaba trémula y la turbacion que en todo él se notaba revelaba las angustias de su alma.

—Duelmo con una doble seguridad, le contesté sonriéndome; la del triunfo y la de la mas perfecta indiferencia hácia ese mismo triunfo.

—Hermano Alejo, repuso él, representais comedias con un arte que excede á cualquier elogio.

—Hermano Donaciano, repliqué, no os equivocais. Represento una comedia, pues solicito sufragios que no pienso aprovechar á A que precio, que-reis pagarmelos?

—Cuales serian vuestras condiciones? dijo fingiendo seguir la chanza; pero sus lábios palidieron por la emocion y sus ojos brillaron de curiosidad.

—Mi libertad, contesté; nada mas. Amo el estudio y aborrezco el poder; asegúradme la tranquilidad y la mas absoluta independencia en el retiro de mi celda; dadme las llaves de todas las bibliotecas, confiadme el cuidado de todos los instrumentos de física y astronomia y la direccion de los fondos aplicados á su conservacion por el fundador; dadme además la celda del observatorio abandonada desde la muerte del último monge astrónomo; dispensadme en fin de los oficios, y á ese precio podreis considerarme muerto. Yo viviré en mi observatorio y vos en vuestra silla abacial, sin que nunca exista nada de comun entre los dos. A la primera vez que yo me meta en algún asunto temporal, os autorizo para que me volvais á hacer entrar en la regla, pero tambien al primer enredo temporal que me susciteis, prometo mostraros que no carezco de influencia. Cada tres años cuando se renueve vuestra eleccion, renovaremos igualmente nuestro contrato, si es que mis proposiciones os parecen admisibles. ¿Prometeis? Vamos despacháos. ¿No ois la campana que nos llama á la iglesia?

Premetió cuánto quise, pero se retiró sin confianza, ni esperanza. No podia creer que yo renunciase á la victoria teniéndola entre manos.

Cuando fui proclamado prior por mayoría de diez votos, no hay para que pintar la angustia que contrajo su semblante. Parecia un hombre á quien el rayo hubiese carbonizado, en el momento mismo en que iba á tocar los astros. ¡Habermé tenido encerrado tres dias y tres noches, haberse lisonjeado de encontrarme muerto de hambre y de frio y de repente verme salir como de una tumba para arrancarle los

laureles y sentarme en lugar suyo en la cátedra del honor!

Todos vinieron á abrazarme y sufrí esta ceremonia sin desengañar al vencido, hasta que á su turno vino á darme el ósculo de paz. Cuando le hube hecho pasar por esta última humillacion, le tomé de la mano y despojándome de las insignias de que me habian revestido, le puse en el dedo el anillo y en la mano el báculo abacial; luego le conduje hasta la silla y arrodillándome ante él, le supliqué me diese su bendicion paternal.

Un inconcebible estupor reinó por un momento en el capitulo; al principio encontré muchos obstáculos para hacer admitir esta sustitucion de persona; pero los cobardes y los timoratos llevaron la mayoría á donde me plugo constituirla. El escrutinio de aquel dia no dió resultado alguno, pero el del dia siguiente produjo, gracias á mis diligencias y á mi influencia, el priorato para Donaciano. Me hizo la honra de dudar de mi lealtad hasta el último momento, sospechando siempre que yo fingia un exceso de humildad con el fin de asegurarme un poder sin límites para toda mi vida. Habia pocos ejemplos de que un prior no hubiese sido reelegido cada tres años hasta su muerte; pero el estatuto no dejaba por eso de estar en todo su vigor y la existencia de un rival importante podia turbar la vida del vencedor. Donaciano pensaba pues que por medio de una supuesta virtud y de un novelesco desinterés yo trataba de atraerme los que le quedaban mas adheridos, á fin de no temer reaccion alguna en contra mia al cabo de los tres años. Por lo demas, á este estatuto debo el que la tranquilidad de mi vida

quedase casi asegurada. Desde aquel día cesaron las persecuciones con que se me había oprimido hasta entonces y cuyos detalles he pasado en silencio, como accesorios de padecimientos mas reales y profundos. Tan solo hasta hace poco, viéndome Donacia no bajar á la tumba, ha cesado de temerme y ha alentado los antiguos rencores de sus paniaguados.

Cuando por fin se hubo proclamado su eleccion y no dudó ya de mi buena fé, su agradecimiento fué tan servil y tan exagerado que proclamé evadirme de él.

—Pagad vuestras deudas le dije al oído y no me agradezáis una accion que por mi parte no ha sido un sacrificio.

Se apresuró á nombrarme director de la biblioteca y del gabinete reservado á los estudios y colecciones científicas. Desde aquel momento gocé de la mas amplia libertad en todas mis cosas y de todos los medios posibles para instruirme.

En el momento en que salía de la sala del capítulo para ir lleno de impaciencia á tomar posesion de mi nueva celda, levanté por casualidad los ojos hácia el retrato del fundador y entónces el recuerdo de los sucesos acontecidos días antes en aquella misma sala acudió á mi memoria de un modo tan distinto y sorprendente que me asusté. Hasta entónces las preocupaciones que habían llenado todas mis horas, no me habían dado lugar para pensar en lo pasado, ó mejor aun, yo creo que aquella parte del cerebro que conserva las impresiones llamadas poéticas y maravillosas (á falta de expresion mas exacta para designar las funciones del sentido divino) se había embotado en mí hasta el punto de no dar

cuenta á mi razon de los prodigios de mi libertad. Estos fenómenos permanecian envueltos en la misteriosa penumbra de un sueño, como vaga reminiscencia de hechos que han tenido lugar durante una calentura ó una embriaguez. Mirando el retrato de Hebronius volví á recordar distintamente la animacion de aquellos ojos pintados que de pronto habían tomado vida, volviéndose luminosos; y aquel recuerdo se adhirió tan extrañamente á mi entónces actual situacion, que me pareció ver otra vez adquirir vida á aquel lienzo y mirarme con ojos humanos, pero no con brillo sino con dolor y con aire de repulsa. Figuróseme que sus párpados se humedecian con lágrimas y sentime desfallecer; nadie me observaba pero un niño de doce años, sobrino y discípulo de Teologia de uno de los hermanos, estaba casualmente enfrente del retrato y casualmente tambien tenia los ojos clavados en él.

—¡Oh padre Alejo exclamó asiéndose con terror de mi vestido, ved el retrato llora!

Estuve á pique de desmayarme, pero hice un gran esfuerzo y le contesté:

—Callaós hijo mio y guardaós de decir semejantes cosas particularmente hoy. Seríais causa de la desgracia de vuestro tío!

El niño no comprendió mi respuesta, pero quedó asustado y no habló, á nadie que yo sepa, de lo que había visto. Padeció desde entónces una enfermedad de la cual murió al año siguiente en casa de sus padres. No he sabido bien los detalles de su muerte, pero se me dijo que en sus últimos momentos había visto una figura hácia la cual había querido lanzarse llamándole *pater Spíridion*. Aquel

niño tenía mucha fé, mucha inteligencia y mucha bondad. Solo lo he conocido algunas horas en la tierra, pero creo que volveré á encontrarle en una mas alta esfera. Era de aquellos que no pueden permanecer aqui bajo y que en esta vida ya tienen la mitad del alma en un mundo mejor.

Estuve entretenido algunos dias en preparar mi observatorio, en escoger los libros de mi preferencia, en colocarlos en mi celda y en arreglarlo todo en mi nuevo imperio. Mientras todo el convento se agitaba para celebrar la eleccion de su nuevo gefe entregándose los unos á sus sueños de ambicion, consolándose los otros de sus frustradas esperanzas en brazos de la intemperancia, yo experimentaba infantil alegria en aislarme de aquella turba insensata, buscando, olvidado de todos, soségados placeres. Cuando hube concluido de arreglar la biblioteca, las colecciones de historia natural, y los instrumentos de fisica y astronomía, lo que hacia con tanto celo que todas las noches me acostaba rendido (pues hacia muchos años que todas aquellas preciosidades estaban descuidadas y en el mayor desórden) entré una noche en esta celda con increíble bienestar. Creia haber alcanzado una victoria mucho mayor que la de Donaciano y haber cimentado mi porvenir sobre las únicas bases que podian convenirle. Solo una pasion tenia, la del estudio. Iba á poderme entregar á él para siempre sin distraccion y sin temor. ¡Cuánto me aplaudia á mí mismo por haber resistido al deseo de huir, deseo que tantas veces habria turbado mi espíritu en años anteriores! ¡Habia sufrido tanto en tener que observar las minuciosas prácticas del catolicismo, no

abrigando ya fe alguna, ni simpatia alguna católica y me dolia tanto consumir en ellas un tiempo tan precioso! Habia llegado á despreciarme á mí mismo por el falso pundonor que me tenia ligado á mis votos.

¡Votos insensatos, juramentos impíos! habia exclamado muchas veces, no es el temor, ni el amor á Dios el que me impide violaros. Ese Dios no existe, no ha existido nunca: no es pues á un fantasma á quien guardo fidelidad, ni las obligaciones contraidas durante el sueño tienen fuerza, ni realidad. El respeto humano es el que os ha hecho conservar vuestro poder sobre mí, porque en mis dias de intolerante juventud y de fogosa devocion, he ajado en voz alta á los religiosos que apostataban, porque en otro tiempo he sostenido la tésis absurda de que el juramento es indeleble, por eso temo retractándome hoy ser despreciado de esos mismos hombres que desprecié.

Miles de veces me habia dicho éstas cosas, echándomelas luego en cara, muchas tambien resolví partir, ahorcar mi cogulla é ir en busca de la libertad de conciencia á un país mas ilustrado, á una nacion mas tolerante, Francia ó Alemania, pero nunca tuve valor para hacerlo; impidiéronmelo mil razones pueriles ú orgullosas. Acostéme aquel dia repasando en mi imaginacion todos aquellos motivos que por una razón natural, me complacía en encontrar excelentes, pues que desde entónces en adelante, el estado de monge y la estancia en el monasterio eran para mí, lo mejor que podia desear. Entre el número de estos motivos, recordóme mi memoria el deseo de poseer el manuscrito de Espi-

ridion y la importancia que un tiempo dí á la exhumacion de aquel escrito precioso. Apenas esta reflexion hirió mi espíritu, evoqué mil fantásticas imágenes. El cansancio y el sueño empezaban á turbar mis ideas. Hallábame en una disposicion extraña y tal cual no la habia experimentado hacia mucho tiempo. Mi razon, siempre soberbia, estaba en toda su fuerza y despreciaba profundamente las visiones que me habian asaltado en el catolicismo; explicábame los acontecimientos del 10 de Enero por causas enteramente naturales. El hambre, la calentura, la agonía de las fuerzas morales y tambien cierta secreta é insuperable desesperacion de perder la vida de un modo tan horrendo, debieron producir en mi cerebro un desórden próximo á la locura, entónces creí oír una voz que salia de la tumba y palabras que estaban en armonia con los sensibles recuerdos de mi precedente ser católico. Las fantasmas creadas en otro tiempo por mi imaginacion debieron sin duda reproducirse á la primera disposicion febril por una ley fisiológica, y en presencia de aquellas apariciones, la debilidad de mis fuerzas físicas debió impedir las funciones de la razon y neutralizar las potencias del juicio. Un acontecimiento fortuito, la entrada de algun criado en la sala del capítulo proporcionándome la libertad, mientras era presa de aquel delirio, debió hacerme atribuir mi salvacion á causas sobrenaturales. Lo de la vision se explicaba fácilmente por la lucha establecida en mí entre el deseo de recobrar la vida y la debilidad de mi sér. No habia pues en todo ello, nada de que mi razon no triunfase con palabras; pero las palabras no sustituirán nunca á las ideas y

aun cuando la mitad de mi espíritu se diese por satisfecho de esas soluciones, la otra mitad permanecía en gran turbacion y rechazaba la calma del orgullo y la sancion del sueño.

Apoderóse entónces de mí, un malestar incomprendible. Comprendí que mi razon por ingeniosa y prepotente que fuese, no podia defenderme contra los vanos terrores de la enfermedad. Recordé que las apariencias me habian dominado de un modo tal, que habia tomado mis ilusiones por realidades. No hacia mucho que lleno de calma, fuerza y alegría habia creído ver salir lágrimas de un lienzo pintado y oír las palabras de un niño que confirmaban aquel prodigio.

Es verdad que existia una tradicion acerca de aquel retrato. En mi crédula edad oía yo contar que lloraba cuando se elegian malos priores y el niño poseído á su vez de esta fábula podia haber sido fascinado por el miedo hasta el extremo de ver lo mismo que yo imaginé tambien ver. ¡Cuántos milagros no habian sido contemplados y atestiguados por millares de personas alucinadas todas espontanea y contagiosamente por la misma vehemencia del entusiasmo fanático! ¿Que tenia pues de particular ni sorprendente que fuésemos dos? pero que yo fuese una de los dos y que compartiese los sueños de un niño, hé ahí lo que me maravillaba y me humillaba extraordinariamente. ¡Y qué! pensaba yo ¿las imposturas del fanatismo cristiano dejan tan profundas huellas en el espíritu de los que han seguido su doctrina que despues de tantos años de desengaños seguidos de victoria, no estoy aun libre de ellas? ¿Estoy condenado á aguantar toda

mi vida semejante enfermedad? no hay pues medio alguno de recobrar enteramente la fuerza moral que ahuyenta las fantasmas y rompe las tinieblas con una palabra? ¿Por haber sido católico, no me será nunca permitido ser hombre y por el menor desfallecimiento del estómago, por el mas pequeño acceso de calentura, he de ser presa de los terrores de la infancia? ¡Ay! quizá sea esto un justo castigo de la debilidad con la cual el hombre se doblega ante groseros errores. Tal vez la verdad venga rehusando iluminar enteramente los espíritus que la han despreciado mucho tiempo; quien sabe si los desdichados que como yo se han postrado ante los ídolos y han adorado la mentira están marcados con un sello ineludible de ignorancia, de locura y de cobardía, puede que mi seco cerebro se entregue á la hora de la muerte á despreciables espantajos; tal vez Satanás, venga á atormentarme y muera invocando á Jesus como hacen muchos desgraciados filósofos en quienes semejantes enfermedades de espíritu revelan y explican la lucha de la miseria humana con la luz celestial.

Entregado á aquellos dolorosos pensamientos, me dormí muy agitado y temiendo ser juguete de algun sueño, aterrorizándome tanto mas de esta perspectiva cuánto que mi razon me demostraba las causas y consecuencias que podía acarrear.

Tuve entónces un sueño extraño. Imaginéme haber vuelto á los tiempos de mi noviciado. Veíame vestido con hábito blanco, ligero bozo sombreaba apenas mi cara; paseábame con todos mis compañeros y Donaciano en medio de todos, recogía

nuestros sufragios para su eleccion. Díle mi voto con indiferencia, como los demás, para evitar persecuciones. Entónces se retiró lanzándonos una mirada desdeñosa y triunfante y vimos acercarse á nosotros á un hombre jóven y hermoso, que todos reconocimos por el original del retrato de la sala del capítulo; pero como sucede en los sueños olvidamos enseguida nuestra sorpresa y aceptamos como cosa cierta y posible que hubiese vivido hasta entónces y aun algunos atestiguaban haberle conocido siempre. En cuánto á mí solo conservaba de él un recuerdo confuso y fuese por costumbre ó por simpatía me acerqué á él con cariño, pero á todos nos rechazó con indignacion.

—¡Jóvenes desgraciados! nos dijo con voz llena de calma y de melodía aun en la misma cólera ¿es posible que vengais á abrazarme despues de la cobardía que acabais de cometer? ¡Y qué! ¿hasta tal punto de egoismo y de embrutecimiento habeis descendido que elegis por jefe, no al mas virtuoso, ni al mas capaz sino al que sabeis mas tolerante para el vicio y más insensible á la generosidad? ¿Así es como observais mis estatutos, es este el espíritu que con tanto afan procuré inculcar en vosotros; es este el estado en que os encuentro despues de haberos dejado por algun tiempo?

Entónces se dirigió á mí en particular y señalándome á los otros dijo:

Hé aquí al mas culpable de entre vosotros, pues por su espíritu es ya un hombre y conoce el mal que hace. Su ejemplo es el que os arrastra porque le considerais henchido de sabiduría. Todos le amais, pero él aun se estima más á si mismo. Des-

confiad de El, es un orgulloso y el orgullo le ha vuelto sordo á la voz de la conciencia.

Y como una nube de tristeza y de vergüenza cubriese mi frente, me reprendió con severidad, pero cogiendo mis manos con una efusion de paternal enojo y mientras me echaba en cara mi egoismo, mientras me decia que habia sacrificado el sentimiento de justicia y el amor á la verdad, al vano placer de instruirme en las ciencias, conmovióse y vi sus mejillas inundarse de lágrimas. Corrieron las mias abundantemente porque sentia el aguijon del remordimiento y el agudo dolor de un corazon destrozado. Apretóme entónces contra el suyo ternura y sentimiento, y me dijo entrecortadamente:

—Lloro por tí porque á tí mismo es á quien has causado el mayor mal y tu vida entera estará consagrada á expiar esa falta. ¿Tenias acaso el derecho de aislarte entre tus hermanos y decir: Todo el mal que desde hoy en adelante se haga aquí, me es indiferente porque no abrigo la misma creencia que ellos, porque merecen ser tratados como perros y porque aquí, yo no estimo mas que mi reposo, mis libros, mis gustos y mi libertad? ¡Oh Alejo, desgraciada criatura, serás un viejo desgraciado porque has perdido el sentimiento del bien y el odio al mal, porque has sufrido silenciosamente el triunfo de la iniquidad, porque has preferido tu bienestar á tus deberes, y con tus propias manos has levantado el trono de Baal en este rincon de la sociedad humana, en el cual te habias retirado para cultivar el bien y servir al verdadero Dios.

Agitábame angustiosamente en mi lecho para escapar á aquellos reproches, pero no pude conse-

guir despertarme; perseguíame con una verosimilitud, con una hilacion y una oportunidad tan extraordinarias que me arrancaron lágrimas amarguísimas, cubriéndome al propio tiempo de tal confusion que me seria imposible decir hoy dia si aquello fué sueño ó realidad. Poco á poco reaparecieron todos los personajes. Donaciano furioso se adelantó hácia Espiridion, cuya voz se estinguió y cuyas facciones se borraron. Donaciano entónces gritó á sus viles partidarios:

—¡Destruidle, destruidle! ¿Qué viene á hacer entre los vivos? Hacedle entrar de nuevo en la tumba, volvedle á la nada!

Entónces los monjes trajeron leña y teas encendidas para quemar á Espiridion, pero en lugar del que me habia anonadado con sus reprensiones, inundándome con sus lágrimas, solo vi el retrato del fundador que los secuaces de Donaciano arrancaban del cuadro y arrojaban á la hoguera. Tan pronto como el fuego empezó á consumir el lienzo, tuvo lugar una horrible metamórfosis. Espiridion reapareció vivo agitándose en medio de las llamas y gritando:

—¡Alejo, Alejo! tu eres quien me das la muerte!

«Me arrojé en mitad de la hoguera y solo encontré el retrato hecho cenizas. Varias veces la figura viviente de Hebronius y el inanimado lienzo que la representaba se cambiaron el uno en otro; tan pronto en medio del incendio veía arder la hermosa cabellera de mi maestro, el cuál volvía hácia mí sus ojos llenos de dolor y de cólera, como solo vislumbraba yo una efigie que ardia entre las groseras exclamaciones y las estúpidas carcajadas de los

frailes. Despertéme bañado por el sudor y quebrantado por la fatiga. La almohada estaba empapada de mis lágrimas; levantéme y abrí precipitadamente la ventana. El alba disipó mi sueño y mis ilusiones, pero todo el día permanecí abrumado de tristeza y conmovido por la fuerza de los justos reproches que aun resonaban en mi oído.

Desde aquel día me consumió el remordimiento. Reconocía en aquel sueño la voz de mi conciencia que me decía como en todas las religiones, en todas las filosofías, era un crimen fomentar el engaño y comerciar con el vicio. Por aquella vez la razón confirmaba este decreto de la conciencia, la cual me mostraba en lo pasado á Espiridion como á un hombre justo, severo, incorruptible, enemigo mortal del egoísmo y de la mentira, decíame que cualquiera sea el paraje de la tierra donde nos haya echado la suerte, por falsa que sea nuestra situación, por degradados que estén los seres que nos rodeen, nuestro deber consiste en trabajar siempre para combatir el mal y hacer triunfar el bien. Instintos de nobleza y dignidad que abrigaba mi pecho me decían que en semejante caso aun cuando no pudiésemos hacer bien alguno, era hermoso morir padeciendo y resistiendo al mal, mientras era cobarde tolerarlo para vivir en paz. Aquellos estudios de que tanta dicha habia esperado, no me causaron ya mas que disgusto. Mi alma entorpecida, se extravió en vanos sofismas é inútilmente traté de arrojar de mí con malas razones el descontento que me roía. En esta disposicion de ánimo temia tanto ser presa de nuevas alucinaciones que luché contra el sueño durante muchas noches. A consecuencia de

estos esfuerzos me acometió una excitacion nerviosa peor que la debilidad de las facultades. Las fantasmas que temia ver durante el sueño, se presentaron aun mas espantosas ante mis abiertos ojos. En todas las paredes parecíame ver escrito con letras de fuego el nombre de Espiridion. Indignado de mi propia debilidad, resolví poner fin á aquellas angustias con un acto de valor. Tomé la determinacion de bajar á la tumba del fundador y sacar el manuscrito. Hacia tres noches que no dormía. La cuarta, á eso de las doce, tomé un escoplo, una luz, una alzaprima y penetré silenciosamente en la iglesia, bien decidido á ver aquel esqueleto y tocar aquellos huesos que hacia seis años ya, revestia mi imaginacion con formas celestes y que mi razón iba á restituir á la eterna nada contemplándolos con calma.

«Llegué á la piedra del *Hic est*, levantéla sin mucho trabajo y empecé á bajar la escalera; acordábame de que tenia doce peldaños, pero habia bajado solo seis cuando mi cabeza se extravió. Ignoro lo que pasó dentro de mí, á no haberlo experimentado, nunca pudiera creer que las valentías de la vanidad encubriesen tanta debilidad y tan cobardes terrores. El frio de la calentura se apoderó de mi cuerpo; el miedo me hacia dar diente con diente, dejé caer la lámpara y doblaronseme las rodillas.

Un espíritu sinceramente humilde no hubiese tratado de superar aquella angustiosa situación; hubiérame abstenido de llevar adelante una prueba que era superior á sus fuerzas, dejando la empresa para momento mas favorable y esperado pacientemente que sus facultades mentales se hubiesen serenado; pero yo no queria tener mas el mentis, ante mi vis-

ta. Indignábame de mi debilidad y mi voluntad queria rendir y avasallar mi imaginacion. Continué bajando á oscuras, perdí la cabeza y fui presa de fantasmas y de ilusiones.

«Parecíame que seguia bajando, que nunca concluia y que me hundía en las profundidades del Erebo. Finalmente llegué muy despacio á un paraje llano y oí á una lúgubre voz pronunciar las siguientes palabras como si las confiase á la tierra:

— *No será él quien vuelva á subir la escalera.*

Enseguida, del fondo de invisibles abismos, subieron mil formidables voces que con extraña cadencia cantaban:

— *¡Aniquilémole, que se le aniquile! ¿Qué viene á hacer entre los muertos? ¿Qué vuelva á sus padecimientos, que se le vuelva á la vida!*

Un débil resplandor atravesó entónces las tinieblas y ví que estaba en el último peldaño de una escalera tan vasta como la falda de una montaña; detrás de mí habia millares de escalones de hierro candente; delante de mí, nada, el vacío, el abismo del éter y bajo mis piés como encima de mi cabeza el azul sombrío de la noche. Me dieron vértigos y creyendo que me sería imposible volver á subir la escalera me lancé blasfemando en el vacío. Mas apenas pronuncié aquella maldicion que el vacío se llenó de formas y de confusos colores y poco á poco me encontré á pié llano en una galería en la cuál adelanté temblando. La oscuridad reinaba á mi alrededor; pero el fondo de la bóveda estaba iluminado por rojo resplandor y me mostraba espantosas y extrañas formas arquitectónicas. Por su solidez y

su espesor gigantescos, aquel monumento parecia haber sido tallado en una montaña de hierro ó en una caverna de lavas negras. No podia distinguir los objetos cercanos y los que hacía á mí adelantaban tomaban un aspecto de mas en mas siniestro, por lo cual mi terror aumentaba á cada paso. Los enormes pilares que sostenian la bóveda y las hojas que adornaban la bóveda misma, parecian hombres de sobrenatural estatura, entregados todos á inauditos tormentos; unos suspendidos por los piés y estrechados por los anillos de monstruosas serpientes, mordian el pavimento y sus dientes se hundian en el mármol; otros incrustados en el suelo hasta la cintura veíanse estirados cabeza arriba ó cabeza abajo hacía los capiteles formados á su vez por figuras humanas entretenidas é inclinadas sobre ellos para torturarlos encarnizadamente. Algunos pilares representaban grupos de personas ocupadas en devorarse unas á otras; cada una de ellas no era ya mas que un tronco roido hasta las rodillas ó los hombros, pero la cabeza conservaba bastante vida todavía para morder y devorar lo que estaba á su alcance. Algunas medio desarrolladas, se esforzaban con la parte superior de su cuerpo, en desprender la piel de la otra mitad adherida al capitel ó al zócalo; otras se habian arrancado tiras de carne en aquella lucha horrorosa y por ellas estaban colgadas unas á otras con una expresion de odio y de padecimiento indecibles. A lo largo del friso ó mejor á modo de friso habia á cada lado una hilera de séres inmundos, revestidos con forma humana, pero de horrorosa fealdad, entretenidos en desollar cadáveres, devorar miembros humanos, exprimir vísceras

y hartarse de sangrientos desperdicios. A manera de lazos y rosetones pendían de la bóveda niños mutilados que arrojaban ayes lastimeros ó huyendo con terror de los antropófagos se tiraban de cabeza, estrellándose casi contra el pavimento.

Cuando mas adelante me internaba yo, todas esas estatuas débilmente iluminadas por la luz del fondo, tomaban aspecto mas real; estaban ejecutadas con una verdad que nunca el arte del hombre hubiera podido alcanzar. Aquello era una escena horrorosa que un cataclismo habia sorprendido en medio de su viviente realidad ennegreciendo y petrificándolo todo como la arcilla en el horno. La expresion de rabia, de agonía y de desesperacion estaba tan bien pintada en aquellos rostros contraídos; el juego ó la tension de los músculos, la exasperacion de la lucha, el estremecimiento de la carne desfallecida estaban reproducidas con tal exactitud, que era imposible mirarlas sin repugnancia y terror. El silencio y la inmovilidad de aquella representacion acrecentaban tal vez su horrible efecto. Desaniméme tanto que me detuve y quise retroceder.

Pero entónces en el fondo de aquellas tinieblas que habia atravesado oí rumores confusos como los de una muchedumbre que andára. Pronto las voces se volvieron mas distintas, los ruidos mas estrepitosos y los pasos se apresuraron tumultuosamente y se acercaron con una rapidez increíble; era aquel ruido el de una carrera irregular, desenfrenada, cada vez mas próxima, mas impetuosa, mas amenazadora. Imaginéme que el perseguido por aquella tropa desordenada era yo y procuré ganarle la de-

lantera precipitándome bajo la bóveda en medio de aquellas lúgubres esculturas, las cuales me pareció que empezaban á agitarse, á humedecerse de sudor y sangre y á rodar por las órbitas sus ojos de esmalte. De repente conocí que todas me miraban y estaban inclinadas hácia mí, las mas con expresion de sardónica y espantosa risa, las otras con una aversion furiosa. Todas tenían el brazo levantado sobre mí, en ademan de aplastarme bajo los miembros palpitantes que unas á otras se arrancaban. Algunas me amenazaban con su propia cabeza que tenían entre manos, ó con cadáveres de niños arrancados á la bóveda.

Mientras tan abominables imágenes turbaban mi vista, en mi oído retumbaban siniestros ruidos que se aproximaban. Delante de mí, tenia objetos terroríficos, detrás ruidos mas terroríficos aun; risas, ahullidos, amenazas, sollozos, blasfemias y de pronto momentos de silencio, durante los cuales parecia que la muchedumbre, en alas del viento, salvaba distancias inmensas y ganaba sobre mí céntuplo terreno.

Finalmente se acercó tanto el rumor que desesperancé ya de escapar; traté de ocultarme detrás de los pilares de la galeria, pero de pronto se animaron las figuras de mármol, agitaron sus brazos, los extendieron hácia mí con frenesí y trataron de asirme para devorarme.

Echóme pues el miedo en el centro de la galería donde los brazos no podían alcanzarme, pero el tropel llegó: el espacio se llenó de voces y el pavimento se inundó de pasos. Fué aquello como una tempestad en los bosques, como una ráfaga sobre

las olas; fué la irrupcion de la lava. Me pareció que el aire se volvia abrasador y que mis hombros se aplastaban bajo el peso de la oleada. Fuí arrastrado cual hoja de otoño en el torbellino de los espectros.

Iban todos vestidos de negro y sus ardientes ojos brillaban bajo sus sombrías capuchas como los del tigre en el fondo de su antro. Los había que parecían estar sumidos en una desesperacion sin límites; otros que se entregaban á una alegría insensata ó feroz y otros en fin cuyo selvático silencio me helaba de espanto. A medida que avanzaban, las figuras de mármol y bronce se agitaban y retorcian con tanto esfuerzo, que acababan por desprenderse de su espantable engaste, por despegarse del pavimento que encadenaba sus pasos, por arrancar los brazos y tronco de la cornisa; y los mutilados de la bóveda se desacian tambien, y arrastrándose como culebras á lo largo de las paredes conseguian descender hasta el suelo. Y entónces todos aquellos antropófagos gigantescos, todos aquellos desollados y mutilados se unian á la muchedumbre de espectros que me arrastraba, y recobrando las apariencias de una vida completa, se ponian á correr y á dar alaridos como los otros: de modo que el espacio se agrandaba alrededor nuestro y el gentío se esparcía en las tinieblas como un rio que ha roto sus diques, pero el lejano resplandor la atraía y guiaba siempre. De pronto se hizo mas viva la pálida claridad y ví que habíamos llegado al fin. El tropel se dividió, se desparramó por unas galerías circulares y ví bajo mis piés, á una distancia inmensa el interior de un monumento tal, que nunca la mano del hom-

bre hubiera podido construirlo así. Era una iglesia gótica del mismo estilo que las que el catolicismo eregia en el siglo undécimo, en aquel tiempo en que habiendo llegado al apogeo su poder moral empezaban á levantar cadalsos y hogueras. Los altos pilares, los arcos ojivos, los animales simbólicos, los adornos raros, todos los caprichos de una arquitectura atrevida y fantástica se habian desplegado allí en un espacio y bajo tales dimensiones, que un millon de hombres hubiera podido cobijarse bajo su bóveda; pero esta bóveda era de plomo y las galerías superiores, donde se estrujaba la multitud estaban tan inmediatas al techo que nadie podia estar en ellas de pié; y con la cabeza encorvada y la espalda quebrantada, veíame forzado á mirar lo que acontecía en el fondo de la iglesia, bajo mis piés á una profundidad que me causaba vértigos.

Al pronto solo discerní los rasgos de la arquitectura, cuyas partes inferiores flotaban en el vacío, mientras que las medias se iluminaban con rojos resplandores entrecortados por negras sombras, como si un foco de incendio hubiese estallado en algun punto do no alcanzaba mi vista. Poco á poco esta siniestra claridad se difundió por todos los sitios del edificio y distinguí una porcion de personas arrodilladas en la nave, mientras una procesion de sacerdotes revestidos de ricos trajes clericales, desfilaba lentamente por el centro y se dirigia al coro cantando con voz monótona:

—«¡Aniquilémoste, aniquilémoste, sea devuelto á la tumba, lo que al sepulcro pertenece!»

Esta lúgubre canturia despertó mis temores y paseé la vista alrededor; pero ví que estaba solo en

una balustrada; la multitud habia invadido las demás y no parecia cuidarse de mí. Traté entonces de huir de aquel lugar de abominacion en el cual un instinto secreto me anunciaba la ejecucion de algun aterrador misterio. A mis espaldas habia varias puertas, mas estaban guardadas por las horribles figuras de bronce que con sardónica risa y hablando entre sí, decian:

«Van á descuartizarlo y los restos de su cuerpo nos pertenecerán.»

Helado de espanto por estas palabras me acerqué á la balustrada encorvándome á lo largo del pasamanos de piedra para no ser visto. Sentí tal horror por lo que iba á tener lugar, que cerré los ojos y me tapé los oídos. Con la cabeza metida en mi capuz é inclinada sobre las rodillas llegué á imaginar que todo aquello era un sueño y que dormia en el lecho de mi celda. Hice inauditos esfuerzos para despertar y librarme de la pesadilla y creí en efecto conseguirlo; pero al abrir los ojos me hallé en la balustrada rodeado á alguna distancia de los espectros que allí me habian conducido y ví en el fondo de la nave la procesion de sacerdotes que habia llegado al medio del coro y que formaba apretado grupo alrededor del centro en donde se llevaba á cabo una escena de horror que jamás olvidaré. Habia un hombre tendido en un ataúd y aquel hombre estaba vivo. No se quejaba, ni oponia resistencia alguna, pero de su seno se escapaban ahogados zollos y sus profundos suspiros acogidos con un silencio aterrador se perdian bajo la bóveda que los transmitia á la insensible multitud. Muchos sacerdotes armados de clavos y martillos estaban cerca de él

prontos á sepultarle, en cuánto hubiesen logrado arrancarle el corazon. Pero en vano, llegaban por turno con los brazos ensangrentados y hundíanlos en el entreabierto pecho del mártir registrando y torciendo sus entrañas; ninguno podia arrancar aquel corazon invencible, que lazos de diamante parecian retener en su puesto. De tiempo en tiempo los verdugos dejaban escapar un grito de rabia y contestábanles desde las galerías con imprecaciones y rechiflas. Durante estas abominaciones el gentío prosternado en la iglesia permanecia inmóvil en actitud de meditacion y recogimiento.

Entonces uno de los verdugos se acercó ensangrentado á la balustrada que separaba el coro de la nave y dijo á aquellos hombres arrodillados:

«¡Almas cristianas, fieles devotos, amados hermanos rogad; redoblad vuestras súplicas y lágrimas á fin de que se cumpla el milagro y podais comer la carne y beber la sangre de Cristo vuestro divino Salvador.»

Y los fieles se pusieron á rezar en voz baja, á golpearse el pecho y á cubrir sus frentes con ceniza, mientras los verdugos continuaban torturando su presa y la víctima llorando repetia amenudo estas palabras:

«¡Oh Dios mio, ilumina esas víctimas de la ignorancia y de la impostura!»

Parecióme que un eco de la bóveda, cual voz misteriosa traía á mi oído estos lamentos. Pero estaba de tal modo amedrentado que en lugar de contestarle y levantar mi voz contra los verdugos, solo me ocupaba en expiar los movimientos de cuántos me rodeaban temiendo no dirigiesen sus iras contra

mí al ver que yo no era de los suyos. Luego procuraba despertarme y durante algunos segundos la imaginación me ofrecía risueñas escenas. Veíame sentado en mi celda en una hermosa mañana, rodeado de mis libros favoritos; pero un nuevo suspiro de la víctima me arrancaba de aquella agradable visión y otra vez me encontraba enfrente de una agonía interminable y de verdugos incansables. Miré al paciente y parecióme que se transformaba á cada instante. No era ya Cristo era Abelardo y después Juan Huss, y después Lutero... Pude nuevamente arrancarme á ese espectáculo de horror y se me figuró que volvía á ver la claridad del día y que rápido y ligero huía por una risueña campiña, mas una risotada feroz dejóse oír á mi lado y sacóme repentinamente de tan placentera ilusión, ví á Espiridion en el féretro, en pugna con los infames que pulverizaban su corazón dentro del pecho sin poderse apoderar de él. Luego ya no era Espiridion, era el yiejo Fulgencio que me llamaba diciendo:

—¡Alejo, hijo mio, Alejo! ¿vas pues á dejarme perecer?

No bien hubo pronunciado mi nombre, cuando ví en el ataúd, en lugar suyo mi propia figura con el seno entreabierto y el corazón despedazado por las uñas y tenazas. Sin embargo yo seguía oculto trás de la balustrada y contemplando á otro yo mismo en las angustias de la agonía. Entónces sentime desfallecer, mi sangre se heló en las venas, un sudor frío se apoderó de todo mi cuerpo y experimenté en mi propia carne todas las torturas que veía sufrir á mi segundo yo. Procuré reunir las pocas fuerzas que me quedaban é invocar á Espiridion y

á Fulgencio. Mis ojos se cerraron y mi boca murmuró palabras de las cuales mi espíritu no tenía ya conciencia. Cuando volví á abrir los ojos, ví cerca de mí una bella figura arrodillada en actitud pacífica: la serenidad resplandecía en su ancha frente y sus ojos no se dignaban bajar hasta mi suplicio. Dirigía sus miradas hácia la bóveda de plomo y ví que la luz del cielo penetraba por una ancha abertura hasta su cabeza; un fresco vientecillo agitaba suavemente los dorados rizos de sus hermosos cabellos. Había en sus facciones una melancolía inefable, que expresaba al propio tiempo esperanza y piedad.

«—Oh tú cuyo nombre se, le dije en voz baja, tú que pareces invisible á esos espantosos fantasmas y que solo á mi te dignas manifestarte, á mí solo que te conoce y adora, sálvame de estos terrores, librame de este suplicio!...»

Volvióse hácia mí y me miró con penetrante miraba que parecía compadecer y despreciar mi debilidad. Luego con angelica sonrisa extendió la mano y toda la visión se desvaneció.

Entonces no oí mas que su voz amiga que así me habló:

«—Todo lo que has creído ver aquí existe únicamente en tu cerebro. Solo tu imaginación ha forjado la horrible pesadilla contra la cual has estado luchando. Que esto te enseñe á ser humilde y antes de emprender lo que no eres capaz de ejecutar, recuerda la debilidad de tu espíritu. Los demonios y los vampiros son creaciones del fanatismo y de la superstición. ¿De qué te ha servido tu filosofía, si no sabes distinguir aun las puras revelaciones

que el cielo otorga, de las groseras visiones engendradas por el miedo.

Observa que todo cuánto has creído ver, ha pasado dentro de tí mismo y que tus sentidos engañados no han hecho sino dar cuerpo á las ideas que mucho tiempo hace te preocupan. Has visto en ese edificio compuesto de figuras de mármol y bronce, á su vez devoradoras y devoradas, un símbolo de las almas que el catolicismo ha endurecido y inutilizado, una imagen de los combates á que se han entregado las generaciones en el seno de la iglesia profanada destruyéndose unas á otras y desenvolviéndose los males sufridos.

Esa oleada de furiosos espectros que te ha arrastrado consigo es la incredulidad, el desorden, el ateísmo, la pereza, el odio, la concupiscencia, la envidia, en una palabra todas las malas pasiones que han invadido la Iglesia, cuando la Iglesia ha perdido la fé, y esos mártires cuyas entrañas se disputaban los príncipes de la Iglesia, eran los Cristos, eran los mártires de la verdad nueva, eran los santos de lo porvenir atormentados y despedazados hasta el fondo del corazón por los bellacos, los envidiosos y los traidores. Tú mismo por un instinto de noble ambición te has visto colocado en ese ensangrentado cenotafio á la vista de un clero infame y de un pueblo imbecil; pero tú eras doble á tus propios ojos y mientras la mas bella mitad de tu ser sufría con constancia la tortura y se negaba á entregarse á los fariseos, la otra mitad egoísta y cobarde se escondía en las sombras y para escapar á los enemigos dejaba expirar sin resonancia la voz del anciano Fulgencio. Así es oh! Alejo como el

amor á la verdad ha sabido preservar tu alma de las viles pasiones del vulgo; pero también así el amor al bienestar y el deseo de libertad te han hecho cómplice del triunfo de los hipócritas, con los cuales estás condenano á vivir. Animo, despierta y busca en la virtud la verdad que no has podido hallar en la ciencia.»

Apenas concluyó de hablar, desperté; estaba en la iglesia del convento tendido encima de la piedra del *Hic est* al lado del sepulcro entreabierto. Había venido ya el día; los pajarillos cantaban alegremente revoloteando alrededor de los vidrios, el sol naciente proyectaba en el fondo del coro un rayo de oro y púrpura. En ese rayo vi entrar distintamente al que me había hablado y perderse en él como si se hubiese confundido con la luz celeste. Paséme las manos por todo el cuerpo con espanto; estaba abotagado por un sueño de muerte y mis miembros rígidos por el frío de la tumba. La campana tocaba maitines: apresuráme á colocar la piedra en su puesto y pude salir de la iglesia ántes que en ella entráran los pocos fervientes que no se dispensaban de los oficios de la mañana.

Al día siguiente no me quedaba de aquella terrible noche sino una profunda lasitud y un penoso recuerdo. Las diversas emociones experimentadas se perdían en la postración de mi cerebro. Juzgué igualmente febriles la repugnante visión y la aparición celeste; rechazaba tanto la una como la otra y atribuía la placentera impresión de la última al recobro de mis facultades y al fresco de la mañana.

Desde aquel momento solo una idea, solo un

fin me dominaron: quise entibiar mi imaginacion como habia conseguido entibiar mi corazon. Pensé que así como me habia despojado del catolicismo para abrir á mi inteligencia mas extensa via, debía tambien desprenderme de todo entusiasmo religioso á fin de llevar mi razon por un camino mas recto y mas firme. La filosofía del siglo habia combatido mal en mi el elemento supersticioso, resolví pues buscar las raíces de aquella filosofía y retrocediendo un siglo me remonté á las causas de las ideas incompletas que me habian seducido. Estudié á Newton, Leibnitz, Kepler, Malebranche y sobre todo á Descartes, padre de los geómetras que habian zapado el edificio de la tradicion y de la revelacion. Persuadíame que buscando la existencia de Dios en los problemas de la ciencia y en los racionios de la metafísica me apoderaria en fin de la idea de Dios, tal cual queria concebirla, serena, invencible, infinita.

Empezó entónces para mí una nueva série de trabajos, de fatigas y padecimientos. Habíame lisonjeado de ser mas fuerte que los especuladores á quienes iba á pedir la fé: sabia que la habian perdido al querer demostrarla y atribuía este funesto error á la inevitable extenuacion de las facultades empleadas en estudios demasiado profundos. Prometíame guiar mejor mis fuerzas, evitar las puerilidades en que concienzudas pesquizas les habian extraviado, desechar con discernimiento cuanto forzosamente habia ingresado en sus sistemas; en una palabra andar á pasos agigantados en una carrera en la cual se arrastraron ellos con dificultad. Allí, como en todas partes, el orgullo me

empujaba á la perdicion y bien pronto se consumó. Léjos de ser mas firme que mis maestros me dejé caer mas abajo de las cumbres que ansiaba alcanzar y en donde vanamente me engreí de poder permanecer. Habiendo llegado á esas alturas de la ciencia que la inteligencia escala, pero á cuyos piés el sentimiento se para, sentime poseido del vértigo del ateísmo. Orgulloso por haberme encumbrado tan alto, no queria comprender que apenas habia deletreado la primera palabra de la ciencia de Dios porque podia ya explicar con cierta lógica el mecanismo del universo, sin embargo que no podia penetrar el pensamiento que habia presidido á su creacion. Plúgome considerar el universo como una máquina y suprimir el pensamiento divino como un elemento inútil para la formacion y duracion de los mundos. Acostumbréme á buscar la evidencia en todo y á despreciar el sentimiento como si no fuese él una de las principales condiciones de certeza. Créeme pues un modo raquítico y grosero de ver, de analizar y de definir las cosas y volvíme el mas obstinado, el mas vano y el mas limitado de los sábios.

Diez años de mi vida transcurrieron en estos trabajos, diez años que se hundieron en el abismo sin hacer crecer un solo tallo de yerba. Mucho tiempo luché contra el frio de la razon y á medida que ganaba tan triste conquista yo mismo me asustaba de ello y preguntábame que haria de mi corazon si nunca llegaba á despertar. Poco á poco sin embargo el placer de la vanidad satisfecha alegaron esa inquietud. Nadie se figura en que inconsecuencias y ligerezas cae el hombre dedicado en apariencia

las mas graves especulaciones. En la ciencia embriagan de tal modo las dificultades vencidas, que las resoluciones juiciosas, los instintos del corazon, la moral del alma se sacrifican en un abrir y cerrar los ojos á los frívolos triunfos de la inteligencia. Cuánto mas adelantaba en esos triunfos, tanto mas quimérica me parecia lo que habia pensado al principio. Llegué por fin á creerlo tan inútil como imposible; resolví pues no buscar mas verdades metafísicas, de cuya via se alejaban mis estudios físicos cada vez mas. Habia estudiado los misterios de la naturaleza, la marcha y el reposo de los cuerpos celestes, las leyes invariables que rigen el universo así en sus esplendores infinitos como en sus mas imperceptibles detalles; en todas partes vislumbré siempre la mano de hierro de una incommensurable potencia, profundamente insensible á las nobles emociones del hombre; generosa con profusion, ingeniosa hasta rayar en minuciosa en cuánto tiende á sus satisfacciones materiales, pero consagrada á un inexorable silencio en todo cuánto se refiere á su ser moral, á sus inmensos deseos, á sus infinitas necesidades. Esa avidéz con que algunos hombres privilegiados tratan de comunicar íntimamente con la divinidad, ó no era quizá una enfermedad cerebral, que podia colocarse al lado de ciertas producciones anormales en el reino vegetal y de ciertos exagerados instintos en los animales? ¿Era acaso el orgullo esa otra enfermedad comun al mayor número de los hombres, que adornaba con sublimes colores y realzaba con pomposos nombres esa fiebre del espíritu, testimonio de la lasitud y debilidad, mas bien que de fuerza y salud? No, exclamaba

yo; es una impudencia, una locura y sobre todo mezquindad querer escalar el cielo. ¡El cielo que no existe en parte alguna aun para el mas atrasado discípulo por poco que conozca el mecanismo de la esfera! ¡el cielo en donde el vulgo cree ver en un trono formado de exhalaciones de la tierra un ídolo tallado bajo el modelo del hombre, sentado sobre las esferas como un acara sobre las Atlas! ¡el cielo, el éter infinito sembrado de soles y de innumerables mundos que el hombre imagina deber atravesar despues de su muerte, como las aves de paso van de uno á otro campo, y en donde los cortos preceptores teológicos escogen sin duda una constelacion por dominio y los rayos de un astro por vestido! ¡el cielo y el hombre! es decir el infinito y el átomo, que extraña aproximacion de ideas, que ridícula antítesis! ¿Cuál fué pues el primer cerebro humano que cayó en semejante demencia? y hoy dia un papa que se llama rey de las almas, abre con llave las dos medias hojas de la puerta de la eternidad á cualquiera que dobla la rodilla ante su disciplina diciendole: «Admitdlo.»

Así es como hablaba yo y entónces una amarga risa se apoderaba de mí y arrojando por el suelo los sublimes escritos de los padres de la Iglesia y de los filósofos espirituales de todas las naciones y de todas épocas, pisoteábalos con una especie de rábia, mientras repetía estas palabras de Hebrónius en las que creia hallar la solucion de todos mis problemas: Oh! impostura oh! ignorancia!

Palideces, hijo mio, dijo Alejo interrumpiéndose; tu mano tiembla entre las mias y tus azorados ojos parecen interrogar los míos con ansiedad.

Cálmate: no temas que amarguen tu vida semejantes angustias, espero que esta relacion te preservará siempre de ellas.

Felizmente para el hombre ese pensamiento de Dios que desconoce y niega tan amenudo ha presidido á la creacion de su ser con tanto amor y cuidado como á la del universo. Lo ha hecho perfectible en el bien y corregible en el mal. Si en la sociedad puede considerarse el hombre muchas veces perdido para ella, en la soledad nunca está el hombre perdido para Dios, pues mientras le queda un soplo de vida, este soplo puede hacer vibrar una cuerda desconocida en el fondo de su alma y cualquiera que haya amado la verdad tiene muchas cuerdas susceptibles de vibrar ántes de perecer. Amenudo dormitan las sublimes facultades de que está dotado para cobrar vida como el germen de las plantas en el seno de la tierra, y al salir de una larga inaccion brillan con mas fulgor. Si tanto aprecio el retiro y la soledad, si persisto en la creencia de que es preciso observar los votos monásticos, es porque he conocido mas que otro alguno los peligros y la victoria de esa larga lucha con la conciencia en la cuál se ha consumido mi vida. Si hubiese vivido en el mundo me hubiese perdido para siempre. El habito de los hombres hubiera extinguido en mí lo que el soplo de Dios ha reanimado. El incentivo de una vana gloria me hubiera embriagado y encontrando siempre mi áncora la ciencia nuevas excitaciones en la aprobación de los otros, viviendo en una falsa alegría y en el olvido de la verdadera felicidad. Pero aquí solo, sin ser comprendido de nadie y no teniendo mas estímulos que mi orgullo

y mi curiosidad, acabé por saciar mi sed y cansarme de mi propia estima. Sentí la necesidad de compartir mis placeres y mis penas con álguien, á falta del amigo celeste que me habia enajenado, y sentilo sin manifestármelo, sin querérmelo confesar á mi mismo. Además de los soberbios hábitos que el orgullo del espíritu habia dado á mi carácter, no estaba rodeado de seres con quienes pudiese simpatizar, la grosería y la ruindad se levantaban á mi alrededor, para rechazar los impulsos de mi corazón. Esto fué aun una felicidad para mí. Conocia que la sociedad de hombres inteligentes hubiera encendido en mí una fiebre de discusion y una sed de controversias que me hubiesen afirmado cada vez mas en mis negaciones; mientras que en mis largas y solitarias veladas, en lo mas fuerte de mi ateísmo, sentia todavía algunos momentos violentas aspiraciones hácia ese Dios que llamaba yo ficcion de mis años juveniles y aun cuando durante esas ráfagas concibiese un profundo desprecio hácia mí mismo, lo cierto es que con ellas volvía á ser bueno y mi corazón luchaba heroicamente contra su propia destruccion.

Las grandes enfermedades tienen fases en las que el mal reporta el bien, y despues de las mas espantosas crisis es cuando repentinamente se efectúa la curacion como por milagro. La época que en mí precedió el retorno á la fé fué aquella en que me creí el mas firme sectario de la *razon pura*. Habia conseguido ahogar todos los instintos de mi corazón y en medio de mi desprecio hácia toda religion y de mi olvido de toda emocion religiosa, triunfaba. Mas apenas llegué á ese auge de mi fuerza filo-

sófica cuando se apoderó de mí una fuerte desesperacion.

Un dia que habia trabajado durante muchas horas en no sé que detalles de observacion científica con extraordinaria lucidez, sentíme mas persuadido que nunca de la omnipotencia de la materia y de la imposibilidad de otro espíritu creador y vivificante, que el que yo llamaba en lenguaje de naturalista las propiedades vitales de la materia. Experimenté entónces en mi sér físico un frio glacial y me metí en cama, calenturiento.

Nunca habia cuidado de mi salud: padeci pues una enfermedad larga y dolorosa. Mi vida no peligró, pero intolerables padecimientos se opusieron á todos mis trabajos intelectuales. Invadióme un profundo despecho: la inaccion, la soledad y mis achaques causáronme mortal tristeza. No queria recibir cuidados de persona alguna pero las instancias hipócritamente afectuosas del prior y las de un cierto converso enfermero llamado Cristóforo, me obligaron á aceptar su compañía por la noche. Padecia insoportables insomnios y el tal Cristóforo bajo pretexto de aligerar y suavizar mi fastidio venia cada noche á dormir cerca de mi cama con pesado y profundo sueño. Era seguramente la mas buena y la mas limitada de las humanas criaturas. Los frailes le perdonaban su estupidez en atencion á su bondad y tratábanle como una especie de animal doméstico laborioso, amenudo necesario y siempre inofensivo. Su vida no era mas que una série de sacrificios, una continua abnegacion. Como sacaban partido de él se habian acostumbrado á contar con la eficacia de sus cuidados y esa confianza en que yo no queria

tomar parte hácia que me fuese sumamente importuno. Sin embargo un sentimiento de justicia que el ateismo no habia podido destruir me obligaba á aguantarle con paciencia y á tratarle, con agrado. Al principio me habia enojado algunas veces con él y le habia echado de la celda. En lugar de ofenderse, afligiáse de tener que dejarme solo, presa de mí mal; mascullaba con gangosa voz una ovacion detrás de la puerta y al amanecer me lo encontraba sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, durmiendo, eso sí pero sobre el frio y duro suelo, ántes de resignarse á pasar en su cama las horas que habia resuelto consagrarme: su paciencia y su abnegacion me rindieron. Soportaba su compañía por hacerle favor porque con gran pesar mio nadie mas que yo estaba enfermo en el convento y cuando Cristóforo no tenia á quien cuidar se consideraba el hombre mas desgraciado del mundo. Poco á poco me acostumbré á verle, así como á su perrillo, quien se habia identificado de tal modo con él, que tenia su mismo carácter, sus hábitos y á poco mas hubiese preparado las tisanas y tomado el pulso á los enfermos. Estos dos séres comian y dormian juntos. Cuando el fraile iba y venia de puntillas de uno á otro lado del aposento, el perro daba igual número de pasos y en cuánto el buen hombre se dormia el paciente animal hacia otro tanto; si Cristóforo rezaba, Baco, que este era el nombre del perro, se sentaba gravemente delante de él y permanecia en esta postura levantando una oreja y siguiendo del rabillo del ojo los menores movimientos de brazos y cabeza con que el monge acompañaba su oracion; si este último me

animaba á tener paciencia con vulgares consuelos y nécias promesas de próxima curacion, Baco se ponía derecho colocando sus patitas delanteras encima de mi cama con mucha discrecion y limpieza y me lamia las manos con aire afectuoso. Me acostumbré tanto á los dos que uno y otro se me hicieron necesarios. En el fondo, creo que abrigaba una secreta preferencia hácia Baco porque tenia mas inteligencia que su amo, su sueño era mas ligero y sobre todo no hablaba.

Mis padecimientos se hicieron tan intolerables que todas mis fuerzas se abatieron. Al cabo de un año de tan cruel suplicio, estaba de tal modo vencido que ya no deseaba la muerte: temía tener que sufrir aun mas para dejar la vida; sin padecimientos hubiérala juzgado el ideal de la dicha. Mi hastío era tan grande que no podia prescindir un instante de mi enfermero. Obligábale á comer en mi presencia y el espectáculo de su voraz apetito me servia de diversion. Todo cuánto me habia chocado en él me complació despues hasta su pesado sueño, sus interminables rezos y sus cuentos de vieja. Llegué al extremo de divertirme en ser atormentado por él y cada noche rehusaba la pócima que me presentaba para divertirme por espacio de un cuarto de hora con su infatigable oportunidad y sus inocentes insinuaciones que él consideraba ingeniosas para hacerme tragar la píldora. Esas eran mis únicas distracciones en las que me encontraba una especie de alegría interior, que el bonachon de Cristóforo parecia adivinar aunque mis enjutas y contraidas facciones no pudiesen expresarla ni con una sonrisa.

Cuando empecé á restablecerme una enfermedad epidémica se declaró en el convento. El mal era súbito, terrible, inevitable fulminante. Mi pobre Cristóforo fué uno de los primeros atacados. Olvidé mi debilidad y el peligro, dejé mi celda y pasé tres dias con tres noches al pié de su cama. Al cuarto dia espiró en mis brazos. Esta pérdida me fué tan dolorosa que poco faltó para que no le sobreviviese mucho tiempo. Entónces efectuóse en mí una crisis extraña: curéme pronto y completamente; despertóse mi sér moral cual si saliese de profundo sueño; y por la primera vez despues de muchos años comprendí con el corazon los dolores de la humanidad; Cristóforo era el único hombre á quien habia querido desde la muerte de Fulgencio. Una separacion tan súbita y tan amarga recordóme mi primer amigo, mi juventud, mi piedad, mis sentimientos, todas mis dichas para siempre perdidas. Entré en mi solitaria celda desesperado. Baco me siguió: yo era el último enfermo que su dueño habia cuidado; estaba por consiguiente acostumbrado á vivir en mi celda y pareció querer poner en mí todo su afecto; pero no pudo lograrlo y la pena lo consumió. No dormia ya; olfateaba sin cesar el sillón en que Cristóforo acostumbraba á dormir y que todas las noches colocaba yo cerca de mi cabecera para tener á la vista algo que me recordara la presencia de mi pobre amigo. No era Baco ingrato á mis caricias, mas nada podia calmar su inquietud: al menor ruido se levantaba y miraba hácia la puerta con un conjunto de esperanza y de desaliento; entónces experimentaba yo la necesidad de hablarle como á un sér simpático.

—«No volverá ya nunca, le decia, solo á mí debes amar ahora.»

Me comprendia, estoy seguro de ello porque venia hácia mí y me lamia las manos con aire triste y resignado; luego se echaba y procuraba dormirse, pero solo llegaba á quedarse en un estado doloroso de sopor entrecortado de débiles quejidos que me rasgaban el alma. Cuando perdió toda esperanza de hallar al que siempre seguia esperando, resolvió dejarse morir. Negóse á comer y le ví expirar en el sillón de su amo, mirándome con un aire de reproche como si fuese yo la causa de sus pesares y de su muerte. Cuando ví sus ojos apagados y helados sus miembros, no pude contener un torrente de lágrimas y lloréle aun mas amargamente que á Cristóforo; parecióme que perdía á este por segunda vez.

Este acontecimiento tan pueril en apariencia acabó de despeñarme desde lo alto de mi orgullo en un abismo de dolores. ¿Para qué me habia servido ese orgullo, para qué mi inteligencia. La enfermedad habia vuelto impotente el uno: la humildad de un hombre caritativo, el afecto fiel de un pobre animal me habian socorrido mas que la otra. Ahora que la muerte me arrebatava los únicos objetos de mi simpatía, la razon, dueña y diosa mia me enseñaba por todo consuelo que nada quedaba de ellos y que debian ser para mí como si jamás hubiesen existido. No podia acomodarme á esa idea de absoluta destruccion y sin embargo mi ciencia me vedaba dudar de ella. Intenté continuar mis estudios confiando librarme del astio que me devoraba, pero esto solo sirvió para entrenarme algunas horas dia-

rias. Tan pronto entraba en mi celda y me acostaba se me hacia cada dia mas sensible el horror de mi aislamiento; volvíame débil como un niño y bañaba la almohada de lágrimas; echaba de menos aquellos padecimientos físicos que me habian parecido intolerables y que me hubiesen sido agradables de poder traerme á mi lado á Cristóforo y á Baco.

Convencíme profundamente en aquella ocasion de que la mas humilde amistad, es tesoro mas precioso que todas las conquistas del génio, que la mas cándida emocion de los corazones es mas grata, mas precisa que todas las satisfacciones de la vanidad. Convencíme por el testimonio de mis propias entrañas de que el hombre ha sido creado para amar y que la soledad sin la fé y el amor divino, es el silencio de la tumba sin el descanso de la muerte. No podia esperar volver á recobrar la fé: era un sueño de oro desvanecido que me dejaba lléno de nostalgia: lo que yo llamaba mi razon y mis luces la habian desterrado para siempre de mi alma; mi vida no podia ser pues mas que una árida vigilia, una realidad mortificadora. Agitáronse en mi cerebro mil pensamientos de desesperacion. Pensé en dejar el claustro, en lanzarme en el torbellino del mundo, en abandonarme á las pasiones, á los vicios á fin de huir de mí mismo por la embriaguez ó el embrutecimiento. Estos deseos se borraron prontamente. Habia ahogado mis pasiones en tan temprana edad que me era imposible hacerlas revivir. El mismo ateismo con el estudio y la reflexion habian fortalecido mis austeras costumbres. Por otra parte, á través de todas mis trasformaciones conservé siempre un sentimiento de lo bueno, un deseo de

lo ideal que no pierden fácilmente las inteligencias un poco elevadas. No me cernía ya en los sueños de la perfección divina, sino en ver el universo material, en contemplar el esplendor de las estrellas y la irregularidad de las leyes que rigen la materia, había tomado tal amor al orden, á la duración y á la belleza de las cosas exteriores que no hubiese nunca podido vencer mi horror hácia todo lo que hubiese turbado esas ideas de grandeza, sublimidad y armonía.

Traté de crearme nuevas simpatías, mas no pude encontrarlas en el claustro; dóquiera hallaba malicia, falsedad y cuando daba con algun espíritu sencillo, vislumbraba la cobardía bajo la benignidad. Traté tambien de entablar algunas relaciones con el mundo; en tiempo del abad Espiridion, cuantos hombres distinguidos y viajeros instruidos vivían ó viajaban por el país venían á visitar el convento á pesar de su situación agreste y de los malos caminos que á él conducen, pero desde que se había transformado en madriguera de glotonés, de perezosos y de ignorantes, solo la casualidad nos traía, de tiempo, en tiempo, cual sucede hoy, algun pasajero indiferente ó algun curioso desocupado. Nadie encontré pues á quien abrir mi corazón y permanecí solo y entregado á un sombrío abatimiento.

Durante algunas semanas y meses viví de esa manera, sin pena, ni gloria; tan quebrantada y postrada se hallaba mi alma bajo el peso del hastío. El estudio había perdido todo atractivo para mí; á la larga se me hizo odioso, solo me servía para ponerme á la vista ese siniestro destino del hombre

abandonado en la tierra á todos los elementos de dolor, de destrucción, sin porvenir, sin promesas, sin recompensa. Preguntábame entonces no solo de que aprovechaba vivir, si que tambien de que morir y nada por nada dejé trascurrir el tiempo y mi cabeza se iba quedando calva, sin oponer resistencia á ese abatimiento del alma y del cuerpo que lentamente me conducían á un tristísimo reposo.

Llegó el otoño y la melancolía del cielo endulzó un tanto la amargura de mis ideas. Gustábame andar por la hojarasca y ver pasar esas grandes bandadas de aves viajeras que vuelan con ordenada simetría y cuyo grito salvaje se pierde en las nubes. Envidiaba la suerte de aquellos seres que obedecen á instintos siempre satisfechos y á quienes no atormenta la reflexión. En cierto sentido me parecían mas felices que el hombre, pues no deseaban mas que lo que podían poseer y si bien el cuidado de su conservación es un continuo trabajo, al menos no conocen el fastidio que es la peor de las fatigas. Complacíame tambien en ver abrirse las últimas flores del año. Cualquiera suerte me parecía preferible á la del hombre, hasta la de las plantas y cobrando simpatía hácia esas existencias efímeras no tenía mas placer que cultivar un rinconcito de jardín y rodearlo de encañizados para impedir que piés profanos pisoteasen mis céspedes, y sacrilegas manos cogiesen mis flores. Cuando algun curioso se acercaba lo rechazaba con tanto enfado que todos creyeron que me había vuelto loco y el prior se alegró de verme caer en tal embrutecimiento.

Las tardes eran frescas pero apacibles; des-

pues de haber buscado en el cansancio de un trabajo manual la esperanza de algun descanso por la noche, acontecíame amenudo acostarme encima de un banco de césped que yo mismo habia hecho y allí permanecia sumido mucho rato en vagas ilusiones despues de puesto el sol. Dejaba flotar mis ideas como las hojas que el viento arranca á los árboles: estudiaba el modo de vegetar; hubiera querido olvidar el modo de pensar. Quedábame de este modo en una especie de adormecimiento que no era ni la vigilia, ni el sueño, ni el padecer, ni el bienestar y ese débil placer era el único de que podia gozar. Poco á poco esta languidez se hizo mas grata. Mi beatitud consistia entonces principalmente en perder la memoria de lo pasado y la aprension de lo porvenir. No pensaba mas que en lo presente. Comprendia la vida de la naturaleza, observaba hasta sus menores fenómenos, penetraba en sus mas íntimos secretos. Escuchaba aquellas caprichosas armonías y el sentimiento de todas esas cosas inapreciables para los espíritus agitados conseguia distraerme de mí mismo. Por medio de tan dulces contemplaciones olvidaba sin saberlo, mi corazon lleno de un amor sin fin y de un entusiasmo sin objeto. Extasiábame ante una rama blandamente cimbrada por el viento, enternecíame el canto débil y melancólico de un insecto: los aromas de mis flores me encaminaban al agradecimiento: su hermosura preservada de toda alteracion por mis cuidados, me inspiraba sencillo orgullo. Por primera vez despues de muchos años me volví sensible á la poesia del claustro, santuario colocado en alto sitio para que en él viva el hombre por

encima del bullicio del mundo, absorto en la contemplacion del cielo. Tú sabes ese ángulo que forma el terraplen del jardin hácia el lado del mar al fin del emparrado que sostienen pilares cuadrangulares de mármol blanco: allí se levantan cuatro palmeras, yo fui quien las planté y allí era donde habia formado el cuadro de mi jardin, hoy dia deshecho y confundido con la huerta que ha ocupado el lugar del hermoso jardin creado por Hebronius. Este sitio era aun en la época de que te estoy hablando, uno de los mas pintorescos de la tierra, segun parecer de los pocos viajeros que lo visitaban. Las ricas fuentes de mármol consagradas hoy dia á viles usos, murmuraban entonces con musical armonía; el agua pura de manantial caia en conchas de rojo mármol que la trasladaban de una á otra y huia luego misteriosamente bajo la sombra de los cipreses y de las higueras. Las ramas de los limoneros y de los algarrobos se comprimian y entrelazaban estrechamente alrededor de mi retiro y le aislaban á mi gusto, pero por el lado del glasis perpendicular que domina la ribera, habia dejado una abertura en mis emparrados y podia admirar á mi sabor, á través de un cuadro de frescas flores y verdes yerbas, el sublime espectáculo del mar estrellándose contra las rocas y tiéndose en el horizonte con los fuegos del ocaso ó de la aurora. Allí, perdido en ilusiones infinitas, parecíame percibir armonías inapreciables á los sentidos groseros de otros hombres: algun lastimero canto exhalado sobre la africana ribera y conducido por cima los mares por el viento del sur, ó el cántico de algun dervis, santo ignorado, perdido en las

ásperas soledades del Atlas y mas feliz en su miseria cenobitica con la fé que yo en el seno de mi opulencia monacal con mis dudas siempre á cuestas.

Andando el tiempo llegué á descubrir un profundo sentido en los menores hechos de la naturaleza y abandonéme al encanto de mis impresiones con la sencillez que produce el desaliento; insensiblemente apartaba los límites estrechos de lo *cierto* hasta llevarlos á lo *posible* y bien pronto lo posible visto con cierta emoci6n del corazon abrió á mi alrededor horizontes mas vastos de lo que mi razon se hubiera atrevi lo á presentír. Parecióme encontrar motivos de misteriosa prevision en todo lo que yo habia juzgado entregado á la ciega fatalidad. Recobré el sentido de felicidad que tan lastimosamente habia perdido; busqué los goces relativos de todos los sérés como habia buscado sus penas y maravillóme verlo todo tan equitativamente repartido. Cada sér tomó forma y voz nuevas para revelarme facultades desconocidas por la fria y superficial observacion de este punto en mi ciencia. Desarrolláronse en torno mio infinitos misterios, contradiciendo todas las sentencias de un saber incompleto y de un juicio precipitado; en una palabra, la vida tomó á mis ojos un carácter sagrado y un fin inmenso lo cual no me habian hecho presentír ni las religiones, ni las ciencias, mi corazon fué quien lo enseñó á mi descarnada inteligencia.

Una noche escuchaba con recogimiento el ruido de la mar bonancible que venia á deslizarse en la arena: buscaba el sentido de esas tres olas, mas fuertes que las otras que vuelven siempre juntas á

intervalos regulares, como ritmo de la eterna armonía, cuando oí un pescador que cantaba á las estrellas, echado en su barca. Sin duda que muy frecuentemente habia oido el canto de los pescadores de la costa y quizá ese mismo tan amenudo como los demás, pero mis oidos estaban tan cerrados para la música como mi cerebro para la poesia. Nunca ví en los cantos del pueblo sino la expresion de groseras pasiones y habia desviado de ellos mi atencion con desprecio. Aquella noche, al igual de muchas me incomodó al principio aquella voz que apagaba la de las olas y turbaba mi audicion; mas al cabo de algunos instantes observé que el canto del pescador seguia instintivamente la cadencia del mar y pensé que quizá era él uno de esos grandes y verdaderos artistas que la naturaleza toma ella misma el cuidado de enseñar y que mueren casi todos ellos tan ignorados como han vivido. Correspondiendo este pensamiento á las suposiciones en que hacia tiempo me complacia, escuché sin impaciencia el canto medio salvaje de aquel hombre que con voz lenta y melanc6lica celebraba los misterios de la noche y la suavidad de la brisa; sus bersos tenian poca rima y estaban mal medidos, sus palabras encerraban aun menos sentido y poesia, pero el encanto de su voz, la sencillez de su cadencia y la maravillosa belleza de su melodía, triste, ancha, mon6tona como la de las olas me impresionaron tan vivamente, que de pronto, la música me fué revelada. ¡La música! parecióme debia ser el verdadero lenguaje poético del hombre, independiente de toda palabra y de toda poesia escrita, sometida á una lógica particular; teniendo el

poder de expresar ideas del orden mas elevado, ideas demasiado vastas para ser emitidas en otro lenguaje. Resolví estudiar aquel arte divino á fin de proseguir mi descubrimiento; y lo estudié en efecto con algun éxito como te lo habian dicho quizá; pero una cosa paralizó siempre mi vuelo y fué haber hecho demasiado uso de la lógica aplicada á otro orden de facultades. Jamás pude componer y sin embargo era lo que más ambicionaba. Cuando ví que no podia transmitir mi pensamiento en ese lenguaje demasiado poético, demasiado sublime sin duda para mi organizacion, me dediqué á la poesía y compuse versos: no conseguí mas ventajas; pero tenía necesidad de poesía la cual buscaba salida antes de poseer alimento y mi poesía era débil, porque quiere ser alimentada con sentimiento profundo, del que solo tenía yo, vago presentimiento.

Descontento tambien de mis versos escribí prosa procurando darle una forma lirica. El único asunto en que podia ejercitarme con alguna facilidad era mi tristeza y los males que habia sufrido buscando la verdad. Voy á recitarte una muestra de ello.

¡Oh grandeza mia, oh mi fuerza! habeis pasado como nube tempestuosa, ya habeis caído sobre la tierra para asolar como el rayo. Vuestro hálito ha herido de muerte á todos los frutos y á todas las flores de mi campo; habéisle convertido en arenoso desierto y me he sentado solo en medio de mis ruinas. ¡Oh grandeza mia, ó mi fuerza! ¿Erais ángeles buenos ó malos?

«¡Oh orgullo mio, oh ciencia mia! os habeis levantado como ardientes torbellinos que el simún esparge por el desierto. Como casquijo, como pol-

vo, habeis sepultado las palmeras, secado ó ennegado las fuentes. He buscado manantiales de poder refrigerarme y no los he hallado ya porque el insensato que quiere abrir su camino hácia las elevadas cimas del Horeb, olvida el humilde sendero que conduce al remanso umbrío. ¡Oh ciencia mia, oh orgullo mio! ¿Sois los enviados del Señor ó los espíritus de las tinieblas?

«¡Oh mi virtud, oh mi abstinencia! Os habeis lanzado como torres, como muros de mármol, como murallas de bronce: me habeis abrigado bajo heladas bóvedas, me habeis sepultado en fúnebres antros llenos de angustias y terrores y he dormido encima de un lecho duro y frio do amenudo he soñado que habia un cielo propicio y mundos fecundos. Y cuando he buscado la luz del sol no la he vuelto á hallar, porque habia perdido la vista en las tinieblas. ¡Oh mi virtud, oh mi abstinencia! ¿Erais hijas del orgullo, ó consejos de la sabiduría?

«¡Oh religion, oh esperanza mias! Habéisme conducido como á frágil é incierta barquichuela por mares sin riberas, á través de buenas falaces, de vagas ilusiones, de informes imágenes, hácia una patria desconocida, y cuando cansado de luchar contra los vientos, gimiendo doblegado bajo el peso de la tempestad, os he preguntado á donde me conducíais, habeis encendido luminosos faros sobre los escollos para mostrarme lo que debia evitar, lo que debia huir, mas no lo que debia alcanzar.... ¡Oh mi religion, oh mi esperanza! ¿Erais el sueño de un desvarío ó la voz misteriosa del Dios vivo?

Estos inocentes pasatiempos hicieron recobrar la calma á mi espíritu y el vigor á mi cuerpo; pero

sacóme de mi tranquilidad un azote imprevisto. Despues de la enfermedad contagiosa que invadió el monasterio y sus alrededores sucedióle la peste que devastó todo el país. Habia yo tenido ocasion de hacer algunas observaciones acerca de la posibilidad de preservarse de las epidemias mediante un sistema higiénico muy sencillo.

Dí á conocer mi sistema á algunas personas y como les fué muy bien en haberle dado crédito la fama corrió de que yo poseía remedios maravillosos contra la peste. Al propio tiempo que sinceramente negaba la ciencia que se me atribuia prestábame gustoso á comunicar mis cortos conocimientos. Entonces vinieron á buscarme de todas partes y pronto no bastaron ni fuerzas, ni tiempo para atender á las consultas, fué preciso que el prior me concediese un permiso extraordinario para salir del monasterio á todas horas y visitar á los enfermos; pero á medida que la peste aumentaba sus estragos los piadosos sentimientos de humanidad que al principio impulsaron á los frailes á mostrarse compasivos, se borraron de sus almas.

Un miedo egoista heló todo espíritu de caridad. Prohibióseme todo género de comunicacion con los apestados y cerráronse las puertas del convento á cuantos venian á implorar socorro. No puede contenerme y manifesté mi indignacion al prior.

En otro tiempo me hubiera mandado al calabozo, pero los espíritus estaban de tal modo abatidos por el temor á la muerte que me escuchó con calma. Entonces me propuso un medio de arreglo y fué el de establecerme á dos leguas de aquí en la ermita de San Jacinto y vivir allí con el ermitaño

hasta que la terminacion del contagio y la ausencia de todo peligro para nuestros hermanos, me permitiesen volver á entrar en el convento. Faltaba solo saber si el ermitaño consentiria en dejarme entregar á las obligaciones de mi nuevo cargo de médico y compartir conmigo su estera y su pan negro. Permittedseme ir á verle para sondear sus intenciones y me trasladé á la ermita sin demora: no confiaba hallarle muy dispuesto á acoger mi peticion. Ese hombre que una vez al mes venia á pedir limosna á nuestra puerta me habia inspirado siempre aversion. Aun cuando la piedad de las almas sencillas no le dejaba carecer de lo necesario, estaba obligado por sus votos á mendigar de puerta en puerta en épocas periódicas, mas como un acto de abyeccion que para asegurar su subsistencia. Yo sentia gran desprecio hácia esas prácticas y aquel ermitaño con su gran cráneo cónico, sus ojos pálidos y hundidos que no parecian capaces de soportar la luz del sol, su espalda encorvada, su feroz silencio, su larga barba acostumbrada á todas las intemperies, y su grande y descarnada mano que sacaba debajo del hábito mas con un gesto de mando que con humilde apariencia, habia llegado á ser para mí un tipo de fanatismo y de hipócrita orgullo.

Cuando hube trepado por la montaña sorprendióme el aspecto del mar. Viéndolo así desde lo alto hundirse en sus abismos, parecia una inmensa llanura azul inclinada hácia las rocas que la coronaban y sus olas regulares, cuyo movimiento era apenas sensible, presentaban la apariencia de surcos paralelos trazados por el arado. Esa masa azul que se levantaba como una colina compacta y sólida como el

zafiro, me causó tan vertiginoso entusiasmo que me apoyé en los olivos de la montaña para no precipitarme en el espacio. Parecíame que á la vista de ese elemento magnífico, debió tomar el cuerpo fuerzas de espíritu y recorrer su inmensidad en sublime vuelo. Acordéme entonces de Jesús andando encima de las aguas y representéme á ese hombre divino, grande como los montes, resplandeciente como el sol. ¡Alegoría de la metafísica, ó irisión de una confianza exaltada, exclamé, eres mas grande y poética que todas nuestras certidumbres medidas con el compás y todos nuestros razonamientos alineados con un cordell!...

Como pronunciaba estas palabras, oí una especie de salmodiado lamento, débil y lúgubre plegaria que apareció salir de las entrañas de la tierra y me obligó á volverme. Busqué un rato con la vista y el oído el sitio de donde podían proceder aquellos extraños sonidos; y habiendo por fin subido á una roca cercana, ví bajo mis piés á alguna distancia en un hueco de roca, al ermitaño desnudo hasta la cintura y entretenido en cavar una fosa en la arena. Cerca de él yacía tendido un cadáver envuelto en una estera y cuyos piés azulados, manchados por las huellas de la peste, salían de aquella rústica mortaja. Un hedor fétido se exhalaba de la entreabierta fosa, apenas cerrada el día anterior sobre otros cadáveres apresuradamente sepultados. Al lado del muerto había una pequeña cruz de madera de olivo toscamente labrada, único adorno del comun mausoleo; una taza de asperon con un ramo de hisopo para la ablucion lustral y una pequeña hoguera de humeante enebro para purificar el aire. Un ardiente sol caía á

plomo sobre la calva cabeza y flacas espaldas del solitario: el sudor pegaba á su pecho los largos mechones de su barba color ámbar. Lleno de respeto y piedad me acerqué á él. No manifestó sorpresa alguna y arrojando su azadon me hizo seña de que cogiese el cadáver por los piés mientras él hacía otro tanto por los hombros. Cuando lo hubimos enterrado, clavó de nuevo la cruz, hizo la inmersión de agua bendita y rogándome que atizase la hoguera, se arrodilló, murmuró una corta oracion y se alejó sin cuidarse mas de mí. Cuando hubimos llegado á la ermita se dió cuenta de que yo andaba á su lado y mirándome entonces con alguna extrañeza me preguntó si tenia necesidad de descansar. Espliquéle en pocas palabras el objeto de mi visita. Me contestó con un apretón de manos; luego abriendo la puerta de la ermita me enseñó en una sala excavada en el seno de la roca cuatro ó cinco míseros apestados agonizando encima de unas esteras.

«Son me dijo, pescadores de la costa y contrabandistas, cuyas familias dominadas por el terror han echado fuera de sus chozas; no puedo hacer por ellos mas que combatir la desesperacion de su agonía con palabras de fé y caridad y sepultarlos cuando han cesado de sufrir. No entreis hermano, añadió viendo que me adelantaba hácia el umbral, estas gentes no tienen ya esperanza alguna y este lugar está infestado; conservad vuestros dias para los que pueda salvar aun.»

—¿Y vos padre mio, le dije no teneis nada?

—Nada contestó sonriéndose, tengo un preservativo seguro.

—¿Y cuál es?

—Es, dijo con aire inspirado, la misión que he de cumplir, la cuál me hace invulnerable. Cuando deje de ser preciso, volveré á ser un hombre como los demás y cuando caiga diré: «Señor, cumple tu voluntad por cuánto me recuerdas, que nada tienes ya que mandarme.»

Mientras esto decía, sus ojos apagados se animaron y parecieron reflejar los rayos del sol que habían absorbido: su brillo era tal que aparté los míos y los dirigí automáticamente hácia el mar que á nuestros piés centelleaba.

—¿En qué pensais? me dijo.

—Pienso, respondí, que Jesús á andado por las aguas.

—¿Qué tiene eso de asombroso? repuso el buen hombre, que no me comprendía, lo único que puede sorprender es que san Pedro que estaba faz á faz del Señor haya dudado.

Volví enseguida al monasterio para dar cuenta al abad de mi mensaje; hubiera podido ahorrarme tal molestia sabiendo que los frailes no se inquietan de la observancia de la regla cuando el miedo los domina. Encontré todas las puertas cerradas y cuando me asomé á la rejilla me dieron con ella en el rostro diciéndome que cualquiera que fuese el resultado de mis gestiones no podía ya volver á entrar en el convento. Fuíme pues á dormir á la ermita.

Tres meses pasé en compañía del ermitaño. Era verdaderamente un hombre de los antiguos días, un santo, digno de los mas bellos tiempos del cristianismo: fuera del ejercicio de las buenas obras era quizá un sér vulgar, pero su piedad era tan grande que en caso necesario suplía al génio: mostrábase es-

pecialmente sublime en sus exhortaciones á los moribundos. Entonces estaba verdaderamente inspirado; su elocuencia se desbordaba como un torrente y lágrimas de compuncion inundaban su cara arrugada por las fatigas. Conocía exactísimamente las fibras de todos los corazones. Combatir las angustias y los terrores de la muerte, á la manera que forja el celeste guerrero aterraba los demonios. Poseía una inteligencia maravillosa en las diversas pasiones que habían batallado en la existencia de los moribundos y usaba el lenguaje y tenia promesas apropiadas á cada uno de ellos. Notaba yo con satisfacción que le animaba sinceramente el deseo de darles un momento de alivio moral en su penoso despidido de este mundo y no se preocupaba de los vanos formulismos del dogma. En esto elevábase sobre sí mismo porque su fé, en la aplicación personal, observaba todas las minuciosidades del catolicismo mas estricto y rígido; pero la bondad es don divino superior á los poderes y amenazas de la Iglesia. Una lágrima de sus agonizantes juzgábala él de mas valor que la ceremonia de la extremauncion y un dia oíle una frase verdaderamente grande para un católico. Presentó el crucifijo á los lábios de un moribundo; este volvió la cabeza y tomando la otra mano del ermitaño, se la besó dando el último suspiro.

—¡Buena! dijo el enfermero cerrándole los ojos, serás perdonado porque has sido agradecido y si has comprendido el sacrificio de un hombre en este mundo, sentirás la bondad de Dios en el otro.

Al concluir los calores del verano cesó el contagio. Pasé aun algun tiempo en la ermita ántes que

se atreviesen á llamarme al convento. El descanso éranos á los dos muy necesario y debo decir que aquellos últimos dias del año, frescos, suaves y tranquilos, en uno de los lugares mas hermosos que sea posible imaginar, léjos de toda sujecion y en la sociedad de un hombre verdaderamente respetable puede contarse como una de las épocas buenas de mi vida. Gustábame aquella existencia ruda y frugal, creíame ser otro hombre que el que llegó á la ermita: un trabajo útil y un afecto sincero habian templado mi alma. Mi corazon se dilataba como una flor al soplo de las brisas de la primavera. Comprendia el amor fraternal en mayor escala de lo que hasta entonces lo habia comprendido, comprendia tambien el sacrificio para con todos los hombres, la caridad, la abnegacion, en una palabra, la vida del alma. Ciertamente habia algo de pueril en las ideas de mi compañero vuelto á la calma de su vida habitual; cuando no le sostenia el entusiasmo, volvíase capuchino, hasta cierto punto; pero no traté de combatir sus escrúpulos, estaba penetrado de respeto hácia aquella fé purificada en el crisol de la virtud.

Cuando recibí la órden de volver al monasterio estaba algo indispuerto; el temor de verme llevar al convento un gérmen contagioso, hizo esperar pacientemente mi vuelta. Recibí inmediatamente licencia para permanecer fuera el tiempo necesario á mi restablecimiento, tiempo que por no limitarse resolví alargar cuánto me fuera posible.

Hasta entonces una de las principales ideas que me habian impedido quebrantar mis votos, era el temor del escándalo; no que me diese ningun cuidado la opinion del mundo con el cuál no queria yo

establecer relaciones de ninguna especie; ni conservaba tampoco respeto alguno hácia los frailes que nunca pude apreciar; pero un rigor natural, un instinto profundo de la dignidad del juramento y mas que todo esto quizá un invencible respeto hácia la memoria de Hebronijs me habian contenido. Ahora, que por decirlo así, la comunidad me rechazaba de su seno, parecíame que podia abandonarla sin dar muestra de mal ejemplo, ni variar mis resoluciones. Examinaba la vida que habia llevado en el claustro y la que podia llevar aun; preguntábame si podria realizar á lo que no habia realizado aun, alguna cosa grande ó útil. Esa vida de Benedictino que Espiridion habia practicado y soñado sin duda para sus sucesores se habia hecho imposible. Los primeros compañeros del pacífico retiro de Espiridion debieron hacerle vislumbrar los hermosos dias del claustro, y los grandes trabajos llevados á cabo bajo estas antiguas bóvedas, santuario de la erudicion y de la perseverancia, mas el abad, contemporáneo de los últimos hombres notables que produjo el claustro, murió sin embargo disgustado de su obra y por lo que se asegura, desilusionado respecto del porvenir de la vida monástica. En cuánto á mí, que puedo decir sin orgullo, puesto que se trata de trabajos penosos emprendidos y no de gloriosas obras terminadas que he sido el último de los benedictinos de este siglo, veía claro que ni aun mi papel de paciente erudito era ya aguantable. Para estudios sosegados es preciso un espíritu sosegado tambien; y ¿cómo hubiera podido estarlo el mio en el seno de la tormenta que amenazaba á la humanidad? Veía las sociedades próximas á disolverse, temblar los troncos

como cañas que las olas van á sepultar, despertarse los pueblos de un largo sueño y amenazar á cuánto les habia tenido encadenados; lo bueno y lo malo confundidos bajo la misma fatiga del yugo, en el mismo ódio de lo pasado.

Veía rasgarse la cortina del templo de arriba abajo, como en la hora de la resurreccion del crucificado cuya imagen eran esos pueblos, y quedar descubiertas, ánte ojos vengativos, las torpezas del santuario. ¿Cómo mi alma hubiera podido permanecer indiferente á la proximidad del inmenso destroce que iba á tener lugar? ¿Cómo hubiera podido mi oído quedar sordo al bramido de la oleada que subia, subia, impaciente de romper sus diques y sumergir los imperios? En vista de las catástrofes, cuyos efectos sentiremos bien pronto los últimos frailes pueden muy bien concluir apresuradamente de vaciar sus cubas, y repletos de vinos y manjares, tenderse sobre su mancillado lecho para esperar en él sin zozobra, la muerte entre los vapores de la embriaguez; pero yo no soy de los suyos, no entro en ese número, inquiétame saber como y porque he vivido, porque y como debo morir.

Habiendo examinado con madurez el uso que podia hacer de la libertad que me arrogaba, no ví, fuera de los trabajos del espíritu cosa alguna que me conviniera en este mundo. Al principio de mi separacion del catolicismo habíame agitado sin duda grandes ambiciones, proyectos gigantescos: habia meditado la reforma de la Iglesia con un plan mas vasto que el de Lutero, soñaba en el desarrollo del protestantismo. Seguramente como Lutero era yo cristiano y concebido en el seno de la Iglesia, no

podia por mucho que de ella me emancipase imaginar una religion, cuyos principios no fueran engendrados por la misma Iglesia; pero dejando de creer en Cristo, volviéndome filósofo como mi siglo no me era ya posible encontrar medio de ser un novador porque todo se habia ya intentado. En materia de libertad de principios habia ido yo tan léjos como los otros y bien veia que para sentar dictámen nuevo en medio de todos aquellos destructores era preciso tener para proponerles un plan de reedificacion. Hubiera podido hacer alguna cosa en favor de las ciencias y quizá debí haberlo hecho, pero además de que no anhelaba darme un nombre en este ramo de conocimientos, mis deseos, mi energía toda sentiala para los problemas filosóficos. No habia estudiado las ciencias sino con el fin de que me guiáran en el laberinto de la metafísica y para llegar al conocimiento del Sér Supremo. No habiendo logrado este fin disgustéme de esos estudios que no me apasionaron sino indirectamente y juzgué la pérdida de una creencia, cosa tan triste de experimentar que me hubiese sido penoso el anunciarlo á los hombres. Además ¿qué hubiese sido una voz mas en ese drán concierto de maldiciones que se dejaba oír en contra de la Iglesia espirante? Era casi cobardía arrojar la piedra á ese moribundo en pugna con la revolucion francesa que ya empezaba á estallar y que causará en nuestras comarcas, no la dudes Angel, un estremecimiento mucho mas fuerte y próximo de lo que aquí se complacen en creer. Hé ahí porque te he aconsejado amenudo no desertar del puesto dó quizá honrosos peligros vendrán pronto á buscarnos. En cuánto á mí si no soy monje por el es-

piritu, lo soy y lo seré siempre por el hábito. Es una condición social, no diré como otra cualquiera, pero condición al fin y cuanto más desacreditada esté tanto más preciso se hace postarse como hombre de honor; si estamos llamados á vivir en el mundo, cierto puedes estar de que más de una mirada de ironía y de desprecio vendrá á escudriñar la guarida de esas aves nocturnas cuya raza habita hace más de mil quinientos años en las tinieblas y el polvo de viejos paredones. Los que entonces se presenten en sociedad con el oprobio de la tonsura, deben llevar la cabeza más erguida que los otros porque la tonsura es indeleble y en vano crecen los cabellos alrededor del cráneo, nada oculta ese estigma en otro tiempo venerado y aborrecido hoy de los pueblos. Sin duda, Ángel, pagaremos crímenes que no hemos cometido y vicios que no hemos conocido. Huyan pues los acreedores del castigo, oculte el rostro quien haya merecido bofetones; nosotros podemos presentar la cara á los insultos y los puños á la cuerda y llevar en espíritu y en verdad la cruz de Cristo. Este filósofo sublime del cual raras veces me oyes hablar porque su nombre ilustre repetido incesantemente á mi alrededor por tantas bocas impuras, no puede salir de mis labios, más que á propósito de las cosas más serias de la vida y de los sentimientos más profundos de mi alma.

¿Para qué podía pues servirme la libertad? Para nada que me satisficiera. Si solo hubiese escuchado los impulsos vanos de ruidos, de estrépito, de variaciones y cambios de espectáculo, me hubiera ido para mucho tiempo, para siempre quizá, explorando lejanas comarcas, atravesando extremos mares

visitando las regiones salvajes del globo. Vencí más de una fuerte tentación de este género. A veces deseaba unirme á algún sábio misionero é ir á buscar lejos del ruido de las naciones modernas, en pueblos religiosos conservadores de las leyes y creencias de la antigüedad, la calma de lo pasado. China y particularmente India ofrecían ancho campo á mis investigaciones y pesquisas. Pero sentía inmediatamente una insuperable repugnancia hácia ese reposo de la tumba del que no tenía probabilidades de escapar y que en vida iba á colocar ante mis ojos. No quise ver pueblos muertos intelectualmente, uncidos, encadenados como estúpidos animales al yugo labrado por sus abuelos, marchando todas á una, como mómias en su sudario de geroglíficos. Por terrible, por violento, por sangriento que fuese el desenlace del drama que á mi alrededor se preparaba, era la historia, era el movimiento eterno de las cosas, era la acción fatal ó providencial del destino, en una palabra era la vida lo que hervía bajo mis piés como la lava y preferí ser arrastrado por ella como una paja antes que ir á buscar los vestigios de una civilización petrificada bajo cenizas para siempre heladas.

Al mismo tiempo que mis ideas tomaban este giro, otra tentación vino á asaltarme y fué la de ir precisamente á lanzarme en medio del movimiento de las cosas y abandonar esta tierra en la cual no parecía llegar la hora del despertar de su letargo, para ver llegar la tempestad. Olvidando entonces que era monje y que había resuelto permanecer monje, me sentía hombre y hombre lleno de energía y de pasiones; pensaba entonces en lo que pue-

de llamarse vida de accion y cansado de reflexiones, me dejaba arrastrar como novel estudiante (deberia mas bien decir como jóven animal) por la necesidad de remover y ocupar mis fuerzas. Mi vanidad me cernia entouces en una atmósfera de fementidas promesas. Decíame que tal vez desempeñaria allí un papel útil; que las ideas filosóficas habian terminado su tarea, que era llegado el momento de aplicar esas ideas, que en adelante se trataba ya de abrigar grandes sentimientos, que los caractéres iban á ser puestos á prueba y que los grandes corazones serian tan necesarios como escasos. Engañábame: las grandes épocas engendran grandes hombres y reciprocamente las grandes acciones nacen unas de otras. La revolucion francesa tan calumniada á tus oidos por todos esos imbéciles á quienes espanta y á todos esos gazmoños á quienes amenaza, produce todos los días, sin que de ello deba quedarle duda alguna, Angel, falanges de héroes, cuyos nombres llegan aquí acompañados de maldiciones, pero cuyas huellas buscarás un dia ávidamente en la historia contemporánea.

En cuanto á mí abandonaré este mundo sin saber á punto fijo la solucion del gran enigma revolucionario ante el cual van á estrellarse tantos diminutos orgullos ó tantas temerarias inteligencias. Habré pasado por esta vida como por una pendiente rápida que conduce á abismos en que seré lanzado sin tener tiempo preciso para dirigir una mirada á mi alrededor y sin haber servido para otra cosa que para señalar por mis dolores una hora mas de espera en el cuadrante de la eternidad. Sin embargo como veia á los hombres actuales atraerse aun ma-

yores males en vista de lo porvenir, que los que nosotros nos hemos hecho en vista de lo pasado, díjeme á mí mismo que todos esos males debian reportar grandes bienes, porque hoy dia, creo que hay una accion providencial y que la humanidad obedece instintiva y simpáticamente á los grandes y profundos designios del pensamiento divino.

Pugnaba contra ese nuevo entusiasmo de ambicion, último rayo de un corazon jóven, mal cohibido, por lo cual su juventud se prolongaba mas allá de los tiempos propios de candor y de experiencia. La revolucion americana me habia tentado vivamente, la de Francia me tentaba aun mas.

Un buque que se dirigia á aquel reino fué arrojado á nuestras costas por vientos contrarios. Algunos pasajeros vinieron á visitar la ermita y á descansar en ella mientras se preparaban á emprender de nuevo su camino. Eran personas de distincion, á lo menos tales me parecieron, sin duda por la gran necesidad que experimentaba de oír hablar con libertad de los acontecimientos políticos y del movimiento filosófico que los producía. Esos hombres estaban llenos de fé en el porvenir, llenos de confianza en sí mismos, no estaban muy acordes respecto de los medios que habian de ponerse en juego; pero era fácil columbrar que todos los tendrían por buenos en el momento del peligro. Este modo de considerar los mas delicados problemas de equidad social, me placía y me asustaba al mismo tiempo: todo cuánto rebosaba valor y sacrificio despertaba ecos aletargados en mi sér; sin embargo las ideas de violencia y ciega destruccion turbaban mis sentimientos de justicia y mis hábitos de paciencia.

Entre aquellas gentes, habia un jóven corso, cuyas severas facciones y mirada profunda no se han borrado nunca de mi memoria. Su porte descuidado unido á una gran reserva, sus palabras enérgicas y concisos sus ojos claros y penetrantes, su perfil romano, cierta graciosa desmaña que parecia desconfianza de sí mismo, aunque pronta á convertirse en colérica audacia á la menor provocacion, todo me cautivó en aquel jóven y aun cuando él afectaba despreciar todas las cosas presentes y apreciar únicamente cierto ideal de austeridad espartana, creí adivinar que ardía en deseos de lanzarse en la carrera de la vida, creí presentir que llenaría sus páginas de brillantes hechos. Ignoro si me he equivocado. Quizá no ha podido abrirse paso aun, tal vez su nombre es uno de los que llenan hoy día el mundo; puede ser tambien que haya caido en el campo de batalla tronchado como tierna espiga antes de haber llegado á la época de su madurez. Si vive, si prospera quiera el cielo que su poderosa energía haya servido al desarrollo de sus rígidos principios y no al de ambiciosas pasiones. Fijó poco su atencion en el viejo ermitaño y aun cuando yo fuese menos digno de ella, concentróla toda en mí, durante las pocas horas que empleamos en andar á lo largo y á lo ancho del terraplen de rocas que rodea la ermita. Su andar era reprimido, siempre rápido y á cada instante se interrumpia bruscamente, como el movimiento del mar ante el cual se detenia para escuchar con admiracion. Su pensamiento parecia abarcar el cielo y la tierra, pero se complacia mas en esta que en aquel y las instituciones divinas no le parecian mas que institu-

ciones protectoras de los grandes destinos humanos. Su Dios era la voluntad; el poder su ideal; la fuerza su elemento de vida. Recuerdo distintamente el rapto de entusiasmo que se apoderó de él cuando traté de escudriñar sus ideas religiosas.

—«¡Oh! exclamó con viveza, no reconozco mas que á Jeovah porque es el Dios de la fuerza. ¡La fuerza! ahí está el deber, ahí está la revelacion del Sinaí, ahí está el secreto de los profetas.

El deseo de la fuerza es la precision del desarrollo con que la necesidad castiga á todos los seres. Cada cosa quiere ser porque debe ser. Lo que no tiene fuerza para querer, está destinado á perecer, desde el hombre sin corazon hasta el tallo de yerba privado de jugos materiales. ¡Oh padre mio, vos que estudiais los secretos de la naturaleza inclinaios ante la fuerza. Observad que ansia para invadir, que obstinacion para resistir hay en todo, ¡como el líquen trata de devorar la piedra, como la yedra estrecha los árboles y procura atravesar su corteza, enlazándose á su alrededor como áspid enfurecido! ¿Veis al lobo escarbar la tierra y el oso ahondar la tierra antes de acostarse en ella? ¡Ay! ¿Cómo no guerrearán los hombres entre sí, nacion contra nacion, individuo contra individuo? ¿Porqué razon no seria la sociedad un perpétuo conflicto de voluntades y de necesidades contrarias, cuando todo es trabajo en la naturaleza, cuando las olas del mar se levantan unas contra otras, cuando la liebre es destrozada por el águila y la golondrina por el gusanillo; cuando los hielos hienden los pedruscos de mármol y la nieve resiste al sol? Levanta la cabeza; mira esas masas graníticas que se alzan encima de noso-

tros como gigantes y que hace siglos están sosteniendo el asalto de los vientos desencadenados; ¿qué quieren esos dioses de piedra que causan el soplo de Eolo? Porqué la resistencia del Atlas bajo el peso de la materia; por qué los hercúleos trabajos del ciclope en las entrañas del gigante y las lavas que impetuosamente arroja por la boca? Es que cada cosa quiere ocupar su sitio y llenar el espacio hasta donde se lo permita su poder de extension; es que para desprender una partícula de esos granitos, es preciso la accion de una fuerza exterior formidable; es que cada sér y cada cosa encierra en si los elementos de produccion y destruccion, es que la creacion entera ofrece el espectáculo de un gran combate, en donde el órden y duracion descansan sobre la lucha universal. ¡Trabajemos pues criaturas mortales, trabajemos para nuestra propia existencia! ¡Oh hombre cuida de reformar tu sociedad si es mala, en ello imitarás al industrioso castor que edifica su casa; dedícate á conservarla si es buena; te parecerás en esto al arrecife que se defiende contra las invasoras olas. Si te desanimas, si entregas al cuidado del acaso, tu porvenir, morirás en el desierto como la raza incrédula de Israel; si te duermes en la cobardía, si soportas los males que el hábito te ha hecho familiares, á fin de evitar los que crees lejanos, si aguantas la sed por desconfianza del agua de la roca y de la vara del profeta, mereces que el cielo te abandone y que el mar te envuelva en sus ondas impasibles. Si, si, el mayor de los crímenes que el hombre puede cometer, la mayor impiedad con que puede manchar su vida es la pereza y la

indiferencia. Los que han aplicado la santa palabra de resignacion á esa sumision cobarde, los que han tenido por mérito el sufrir la insolencia y despotismo de otros hombres, son unos falsos profetas y han extraviado la raza humana en vias de maldicion.

Así es como se explicaba mientras la brisa del mar agitaba sus largos cabellos negros. No he tratado de retratarte la fuerza y la concision de su palabra, me seria imposible conseguirlo: solo he conservado la memoria de sus ideas y de su fisonomía que ha permanecido impresa en mí, mucho tiempo despues de su partida. Acompañéle en la lancha que le condujo a bordo del buque, apretóme la mano fuertemente al despedirse y sus últimas palabras fueron:

«Vaya ¿no os determinais á seguirnos?»

Extremecióseme el corazon como si hubiera querido saltárase del pecho, sentí hácia aquel hombre un movimiento de extraordinaria simpatia, como si su energía me comunicase ignorados reflejos; pero al mismo tiempo esa faz desconocida de un sér que podia burlar mi penetracion, me heló de temor y solté su mano blanca y fria como el mármol. Seguile gran rato con la vista desde lo alto de mslocas, desde donde le veia de pié sobre cubierta con un anteojo observando los arrecifes de la costa; ya no se acordaba de mí. Cuando las velas del buque se confundieron con el horizonte, sentí no haberle preguntado su nombre; hasta entonces no me habia acordado.

Cuando me hallé solo en la orilla parecióme que acababa de extinguirse el último resplandor de de mi vida y que entraba en la eterna noche. Oprimi-

mióseme el corazon y aun cuando el sol me quemaba la cabeza, halléme de pronto como rodeado de tinieblas. Acudieron entonces á mi mente las palabras de mi sueño y pronunciélas en voz alta y con una especie de desesperacion.

«¡Sea devuelto á la tumba, lo que á la tumba pertenece!»

Pasé el resto del día muy agitado: mientras aquellos viajeros me animaron á seguirles, sentíme mas fuerte que sus sugerencias, luego que ya no me fué posible mudar de parecer, dudé de si mi negativa habia sido un rasgo de temor y no de buen sentido. Halléme abatido, incierto y lancé sombrías miradas á mi alrededor: mi hábito negro me pesaba como una capa de plomo, estaba disgustado de mí mismo. Arrastréme hasta mi cama de juncos y me dormí deseando no volver á despertar.

Volví á ver en sueños al abad Espiridion, por la primera vez despues de doce años. Me figuré que entraba en la celda, que pasaba junto al ermitaño sin despertarlo y que venia á sentarse familiarmente á mi lado. No le veia distintamente y sin embargo le reconocia, estaba cierto de que se hallaba allí, de que me hablaba y era el mismo timbre de voz que tenia él en mis sueños precedentes, apesar del mucho tiempo que habia trascurrido desde el último. Hablóme viva y extensamente y me desperté muy conmovido, pero me fué imposible acordarme de una sola palabra de cuánto me habia dicho. Sin embargo conservaba la impresion de sus advertencias y todo el día estuve triste y pensativo como un niño reprendido, por una falta cuya gravedad no conoce. Paseábame perseguido por la idea

de Espiridion y no pensaba en rechazarla; no me causaba ya espanto aunque se hallase unida, en mi sentir á un pensamiento de alienacion mental; importábame poco desde entonces perder la zazon, con tal que mi locura fuese apacible y como me sentia inclinado á la melancolia, preferia en mucho este estado á la lucidez de la desesperacion.

La noche siguiente recibí la misma visita y tuve igual sueño, lo propio me aconteció la tercera noche. Empezaba á no preguntarme ya si era una de aquellas ideas fijas que se apoderan de los cerebros enfermos, ó si verdaderamente existia comunicacion posible entre las almas de los vivos y las de los muertos. Tenia si ya no el espíritu, á lo menos el corazon bastante tranquilo porque hacia algun tiempo que me dedicaba á la práctica del bien. Habia abandonado el deseo de volverme mas ilustrado y mas agudo, por el de hacerme mas justo y mas puro. Dejábame pues arrastrar por el destino. Mi último sacrificio, aunque muy costoso estaba ya consumado; habia obrado como me lo habia dictado la conciencia. Ignoraba si esta sombra tan asidua en visitarme estaba descontenta de mi pesar, pero no tenia miedo de ella, me sentia bastante fuerte para hacer poco caso de los muertos, ya que habia podido romper para siempre con los vivos.

Al cuarto día recibí la orden formal del alto clero de volver á mi convento. El obispo de la provincia habia oido hablar de mi conferencia con unos viajeros, cuyo rápido paso burló las fiscalizaciones de su policia. Temióse no tuviese algunas relaciones secretas con promotores de insurreccion ó con extranjeros ambuidos de malos principios; previ-

nióseme de que me trasladaría inmediatamente al monasterio. Cedió á esa orden con la mas completa indiferencia. Sin embargo conmoviome la pena del buen ermitaño; aun cuando su respeto hacia los superiores le impudiese hacer objecion alguna, ni mostrar descontento de ninguna especie, se impresionó mucho. En el momento de verme desaparecer entre los árboles, me llamó, se arrojó en mis brazos y se arrancó de ellos llorando para acogerse á su oratorio. Entonces corrí tras él y por la primera vez, despues de muchos años me arrodillé ante un hombre y ante un sacerdote y le pedí su bendicion; fué este su último adios; murió el invierno siguiente, á los noventa años de edad; era un hombre demasiado oscuro para que en Roma pensasen en canonizarle y sin embargo nunca cristiano alguno mereció mas el patriciado celeste. Los habitantes de la comarca se repartieron su vestido de paño burdo y aun llevan pedacitos de él como reliquias. Los bandidos de la montaña para quienes jamás su puerta se halló cerrada, pagaron una magnífica función fúnebre en la iglesia de su parroquia para honrar su memoria.

Fuíme de la ermita á cosa de mediodia, y tomando el camino mas largo para volver al convento, seguí por la playa haciendo novillos por última vez en mi vida con la espalda doblada por la edad y el corazon gastado por la tristeza.

El día era caluroso porque ya la primavera se dejaba sentir; el camino que yo seguía no estaba trazado, el mar lo habia excavado en la base de la montaña. Mil asperezas de la roca disfrutaban aun la orilla á la accion invasora de las olas. Era este

parage agreste y el mar formaba allí lúgubres armonías. Una antigua y arruinada torre, asilo de cernicalos y gaviotas parecia pronta á desplomars encima de mi cabeza. Roidas sus piedras por el aire salitroso, habian adquirido el grano y el color de las vecinas rocas y en muchos parages la vista no podia distinguir donde concluía el trabajo de la naturaleza y donde empezaba el del hombre. Comparéme á esas ruinas abandonadas que los huracanes arrebatan piedra tras piedra y preguntéme si el individuo estaba obligado á aguardar su destruccion del tiempo ó de la casualidad, si despues de haber terminado su tarea ó consumado su sacrificio, no tenia derecho para apresurar el reposo de la tumba y agitáronse en mi cerebro extraños pensamientos de suicidio. Levantéme entonces y me puse á andar á orillas de la roca con tanta rapidez y tan junto al abismo que no sé como no caí; en aquel momento oí detrás de mí como el crugido de un vestido que rozara los musgos y malezas. Volvíme sin ver á nadie y emprendí de nuevo mi carrera; por tres veces resonaron pasos detras de los míos, y á la última una mano fria como la nieve se puso encima de mi abrasada cabeza: reconocí entonces al Espíritu y aterrorizado me detuve exclamando:

—Manifiesta tu voluntad y te pertenezco, pero que sea la voluntad paternal de un amigo y no el antojo de caprichoso espectro, porque puedo escapar á todo y aun á ti mismo por la muerte.

No recibí respuesta y dejé de sentir la mano que me habia detenido, pero buscando con la vista, vi delante de mí, á alguna distancia, al abad Espiridion con su antiguo trage, tal cual se me habia

aparecido en el lecho de muerte de Fulgencio. Andaba rápidamente por el mar siguiendo el ancho rastro de fuego proyectado por el sol. Cuando llegó al horizonte se volvió y parecióme brillante como un astro; con una mano me señaló el cielo, con la otra el camino del monasterio; luego desapareció de repente y emprendí nuevamente mi marcha transportado de gozo y lleno de entusiasmo. ¿Qué me importaba ser loco? Había tenido una vision sublime.

—¿Padre Alejo díjele interrumpiendo su narracion, debióle costar sin duda mucho trabajo, volver á los hábitos de la vida monástica?

—Claro está repuso él; la vida cenobítica me gustaba mas que la del claustro; apesar de que tambien me llamaba poco la atencion. Un vano ideal de felicidad aquí bajo, no era el fin de mis trabajos; una pueril necesidad de dicha y de bienestar no era el objeto de mis deseos; solo uno llenaba mi vida, el de alcanzar la esperanza, ya que no el de la fé religiosa. Si al desarrollar las potencias de mi alma hubiese llegado á sacar gran provecho de la verdad, de la sabiduría ó de la virtud, habríame considerado dichoso, tanto como puede serlo el hombre en este mundo, pero ¡ay! la duda, la punzante duda vino á asaltarme aun, despues del último inmenso sacrificio que habia hecho. Cierto que tenia la ventaja de estar mas cerca del bien que antes de salir de mi claustro. Fatigado de cultivar el estéril campo de la pura inteligencia, ó mejor dicho, comprendiendo con mas exactitud la extension de ese vasto dominio del alma, que una orgullosa filosofia habia querido reducir al circulo de las frias especulaciones ep

la metafisica, conocia la vanidad de cuánto me habia seducido y la necesidad de una sabiduría que me hiciese mejor: poniendo en juego el afecto, habia hallado el sentimiento de caridad; con la amistad habia comprendido cuan dulce es amar, con la poesía y las artes volvia á encontrar el instinto de la vida eterna con la celeste aparicion del propicio génio del abad, recobraba la fé y el entusiasmo: aun me quedaba todavia algo por hacer, bien lo sabia, era el cumplimiento de un deber. Cuánto habia hecho para aliviar los males físicos de mi alrededor, no era sino obligacion pasajera, de la que no podia atribuirme ningun mérito pues que la providencia me habia centúplamente recompensado, dándome dos amigos sublimes, el ermitaño en la tierra y Hebronius en el cielo; si volvia al convento era sin duda porque tenia que cumplir una mision: la gran dificultad consistia en saber cual era; preguntábame pues para que puede servir un fraile en el fondo de un claustro y en el siglo en que vivimos, cuando los trabajos de los eruditos monásticos de los siglos pasados han dado ya sus frutos y cuando ya no existen en los conventos tesoros ocultos para sacarlos á luz con el fin de educar al género humano; sobre todo cuando la vida monástica pertenece á una religion insuficiente ya para las generaciones contemporáneas. ¿Qué puede uno hacer por lo presente si está ligado á lo pasado; cómo marchar y hacer marchar á los demás, cuando uno está agarrotado á un poste?

Hé aquí un gran problema, el problema de toda mi vida, para resolverlo he consumido mis últimos años y es preciso que te lo confiese, querido

Angel, no lo he resuelto todavía. Lo que he hecho es resignarme despues de haber reconocido dolorosamente que nada mas podía.

¡Oh! hijo mio, ningun paso he dado hasta ahora para destruir tu fé católica; no soy partidario de las educaciones rápidas, mayormente si se trata de echar por tierra convicciones adquiridas y no se ha podido formular lo desconocido de una idea nueva, es preciso no apresurarse á lanzar una jóven inteligencia en los abismos de la duda. La duda es un mal necesario, todavía mas; puede decirse que es un gran bien y que sufrida con dolorosa humildad, con el deseo de llegar á la fé, es uno de los mayores méritos que una alma sincera puede ofrecer á Dios. Si, ciertamente, si el hombre que se duerme en la indiferencia de la verdad, es vil, si el que se enorgullece en una negacion única, es insensato ó perverso, el hombre que llora su ignorancia es digno de respeto y el que trabaja arduamente para salir de ella es grande, aun cuando nada haya recogido todavía de su trabajo. Pero se necesita tener un alma muy bien templada, ó una razon ya madura para atravesar ese mar tumultuoso de la duda, sin verse engullido. Muchos espíritus jóvenes se han aventurado á ello y privados de brújula se han perdido para siempre ó se han dejado devorar por los mónstruos del abismo, por las pasiones á quienes ningun freno encadenaba. En visperas de abandonarte te dejo en manos de la providencia, ella prepara la libertad material y moral. La luz del siglo, esa gran claridad de desengaño, que tan brillantemente se destaca en el cuadro de lo pasado, pero que tan pocos rayos presta para lo futuro ven-

drá á buscarte aqui en el fondo de estas tenebrosas bóvedas: mirala sin palidecer cuidando de que no te embriague demasiado; los hombres no reedifican en un dia lo que han destruido en una hora de indignacion ó de cansancio; estáte seguro de que la morada que te ofrecerán no será idónea para tus necesidades; fórmate pues tu mismo á fin de tener abrigo el dia de la tempestad. Ninguna otra leccion puedo darte mas que la de mi vida. Hubiera querido dártela algo mas tarde pero el tiempo urge y los acontecimientos se hacinan rápidamente. Voy á morir y si á costa de treinta años de padecimientos he adquirido algunas puras nociones quiero legártelas; haz de ellas el uso que te dicte la conciencia. Te lo he dicho y no te admire la calma con que te lo repito; mi vida ha sido larguísimo combate entre la fé y la desesperacion; va á terminarse ahora triste y resignada en cuánto concierne á esta vida misma, pero mi alma está llena de esperanza en el porvenir eterno. Si á veces me ves aun presa de grandes combates, léjos de escandalizarte, sirvan para tu edificacion. Observa cuan imposible es que la razon y la conciencia se desesperen, pues que habiendo agotado yo todos los sofismas del orgullo, todos los argumentos de la incredulidad, toda la tristeza del desaliento, todas las angustias del temor, la esperanza triunfa en mí á la aproximacion de la muerte. La esperanza, hijo mio, es la fé de este siglo.

Pero prosigamos nuestro relato. Entré en el convento en un estado de exaltacion: apenas hube atravesado sus verjas, cuando me pareció sentir encima de mí todo el peso de estas heladas bóve-

das, bajo las cuales venia por segunda vez á enterrarme. Cuando tras de mí se cerró la puerta con acompasado rechinamiento, creí que mil ecos fúnebres despertados como en sobresalto me acogian con fúnebre concierto. Turbéme entonces y en un momento de indescriptible espanto, volví hácia atrás hasta la puerta fatal. Si está entreabierta creo que escapo y huyo para siempre. El portero me preguntó si habia olvidado alguna cosa.

—Sí, le respondí azorado, he olvidado vivir.

Esperaba que la contemplacion de mi jardín me consolara y en lugar de ir enseguida á presentarme y ponerme á las órdenes del prior, corrí hácia él; no quedaba ya el menor rastro: la huerta lo habia invadido todo; mis enparrados habian desaparecido; mis hermosas plantas estaban arrancadas; solo las palmeras habian sido respetadas é inclinaban sus frentes altaneras en actitud taciturna como para buscar en el suelo recientemente removido los céspedes y las flores que tenian costumbre de abrigar. Fuíme á mi celda; conservábase en el mismo estado que el dia de mi partida, pero ella, solo guardaba para mí penosos recuerdos. Fui á ver al prior; mis facciones estaban trastornadas: observólo á la primera mirada que me dirigió y lei sobre su frente la alegría de un triunfo insultante. Devolviéme entonces el desprecio toda mi energía y aunque nuestra conversacion giró en apariencia sobre generalidades, dile á entender en pocas palabras que no me equivocaba acerca de la distancia que mediaba entre un hombre como él, atado á la regla por vulgares intereses, y un hombre como yo devuelto á la esclavitud por un acto heróico de

libre voluntad. Durante algunos dias fui objeto de una cobarde y malévola curiosidad. No podian persuadirse de que únicamente el miedo de la disciplina escolástica me hubiese reconducido al convento y regocijábanse con la idea de que esto me hacia sufrir: no les proporcione el gusto de sorprender un suspiro en mi pecho ó una queja en mis labios. Mostróme impasible, pero me costó mucho.

El momento de entusiasmo que me causara mi magnífica vision á orillas del mar, se disipó prontamente, porque no se renovó como me habia yo lisonjeado y vuelto de nuevo á la lucha de la triste realidad, tuve sobrado tiempo para considerarme aun otra vez como un sér racional condenado á sufrir pasajeras aberraciones y á darse friamente razon de ellas el resto de su vida. En otro siglo esas visiones hubiesen hecho de mí un santo, pero en el presente, reducido á ocultarlas como una flaqueza de espíritu ó enfermedad corporal, no veía en ellas mas que un asunto de humillantes reflexiones sobre la extraña pobreza de las facultades humanas. Sin embargo á fuerza de meditar sobre aquellas cosas, llegué á decirme que siendo la naturaleza del alma un profundo misterio, las potencias de esa misma alma debian ser tambien profundamente misteriosas; porque una de dos: ó mi espíritu gozaba en ciertos momentos el poder de reanimar ficticiamente lo que la muerte habia hundido en lo pasado ó lo que la muerte habia segado con su guadaña tenia el poder de reanimarse para comunicar conmigo y ¿quién puede negar ese doble poder en el dominio de las ideas, á quién le

es dable admirarse de ello? ¿Todas esas obras maestras del arte y de la ciencia que nos conmueven hasta el punto de hacer palpitar nuestros corazones y correr nuestras lágrimas, son sudarios que cubren á muertos? ¿La huella de un gran destino, bórrase acaso por la muerte; no aparece aun mas brillante á través del trascurso de los siglos; existe en el espíritu y en el corazón de las generaciones en el estado de un simple recuerdo? No, vive sumida á la posteridad de luz y de calor. ¿Platon y Cristo no están siempre presentes y de pié entre nosotros? Ellos piensan, sienten por medio de millones de almas, hablan y obran por medio de millones de cuerpos. Por otra parte ¿qué es el recuerdo en sí? ¿No es acaso una sublime resurreccion de los hombres y de los acontecimientos que han merecido escapar á la muerte del olvido? Y esta resurreccion ¿no es obra del poder de lo pasado que viene á buscar lo presente, y el de lo presente que vá á buscar lo pasado? La filosofía materialista ha podido afirmar que destruyendo la muerte las potencias, los difuntos no tenían otra fuerza entre nosotros que la que nos placía restituirles por simpatía ó por espíritu de imitacion. Pero ideas mas elevadas deben restituir á los hombres ilustrados una inmortalidad mas completa y hacer solidarios uno de otro ese poder de los vivos y ese poder de los muertos que forman lazo invencible á través de las generaciones. Los filósofos se han mostrado demasiado enamorados de la nada, cuando al cerrarnos las puertas del cielo, nos han negado la inmortalidad en la tierra.

Sin embargo existe aquí de un modo tan sen-

sible que está uno tentado de creer que los muertos renacen en los vivos y por lo que respecta á mi opinion, creo en un engendro perpétuo de las almas, que no obedece á leyes de la materia, ni á vínculos de la sangre, sinó á leyes misteriosas y vínculos invisibles. Algunas veces me he preguntado, si no era yo el mismo Hebronijs, modificado en una nueva existencia por las diferencias de un siglo posterior al suyo; mas como este pensamiento fuese demasiado orgulloso para ser verdadero díjeme á mi mismo que podía él ser yo, sin haber dejado de ser él, del mismo modo que en el órden físico, reproduciendo un hombre la estatura, las facciones, y las tendencias de sus abuelos, los hace revivir en su persona, teniendo al mismo tiempo una existencia que le es propia y que modifica la existencia trasmitida por ellos. Y esto me condujo á creer que gozamos dos inmortalidades, ambas materiales é inmateriales: la una que pertenece á este mundo y que trasmite nuestras ideas y nuestros sentimientos á la humanidad por medio de nuestras obras y nuestros trabajos; la otra de que se toma cuenta en un mundo mejor por nuestros méritos y padecimientos y que conserva un poder providencial sobre los hombres y cosas de este mundo.

Así es como podía admitir sin presuncion que el abad vivia en mí por el sentimiento del deber y del amor á la verdad que habia sido el distintivo de toda su vida y sobre mí por una especie de divinidad, que era la recompensa y la indemnizacion de sus penas en esta vida.

Abismado en estos pensamientos, olvidaba insen-

siblemente este mundo exterior, cuyo estrépito, llegado hasta mí por un instante, tanto me habia agitado. Los instintos tumultuosos que una hora de desvario despertó en mí, se apagaron, y díjeme que unos estaban llamados á mejorar la forma social por medio de brillantes acciones, mientras que á otros estaba reservado el buscar en la calma y meditacion la solución de esos grandes problemas que indirectamente atormentan á la humanidad; porque los hombres trataban con espada en mano de abrir una via que no habia iluminado la luz de una nueva aurora. Combatian en las tinieblas, asegurando al principio una libertad necesaria en virtud de un derecho sagrado; pero conocido y aplicado este derecho, falta conocer el deber y eso es de lo que no pueden cuidarse durante esta tempestuosa noche, en cuyo seno les sucedia herir á sus hermanos en lugar de herir á sus enemigos.

Ese trabajo gigantesco de la revolucion francesa, no era ni podia ser únicamente cuestion de pan y abrigo para los pobres; era mucho mas elevado, y apesar de cuánto se ha llevado á cabo, apesar de cuánto ha abortado en Francia acerca de este particular, segun mi modo de ver, eran causas de mucha mas importancia las que en efecto producian y confirmaban esa revolucion, la cual debia proporcionar al pueblo, no solo un bienestar legítimo, sino que debia y debe, no lo dudes, hijo mio, acabar de dar, suceda lo que suceda, la libertad de conciencia al género humano entero, pero que uso hará de esa libertad, que nociones de su deber habrá adquirido, combatir como valiente soldado durante tantos siglos, dividiendo bajo la tiniebla y

velando sin cesar, con las armas en la mano contra los enemigos de su derecho.

¡Ay! cada guerrero caido en el campo de batalla, vuelve los ojos al cielo y se pregunta porque causa ha combatido, porque es mártir y si todo ha terminado para él en aquella hora de amarga agonía. Sin duda alguna presiente una recompensa, porque si su único deber consistia en conquistar su derecho y el de su posteridad, comprende que todo deber cumplido merece una recompensa y ve por otra parte que su recompensa no la ha recibido en este mundo porque no ha gozado de su derecho. Y cuando se haya conquistado enteramente ese derecho para las generaciones futuras, cuando todos los deberes de los hombres entre si queden establecidos por el mútuo interés ¿será esto bastante para la felicidad del hombre. ¿Esa alma que me atormenta, esa sed de lo infinito que me devora, quedarán satisfechas y apagadas porque mi cuerpo esté al abrigo de la necesidad y mi libertad preservada de ataques? Por apacible, por benigna que supongamos la vida en este mundo ¿llenará los deseos del hombre y será la tierra bastante vasta para su pensamiento? ¡Oh! no soy yo quien debe contestar sí: sé demasiado lo que es la vida reducida á satisfacciones egoistas; he sentido demasiado lo que es el porvenir privado del sentido de la eternidad. Monje, viviendo al abrigo de todo peligro y de toda necesidad, he conocido el hastio, esa hiel vertida en todos los manjares. Filósofo y sujetando al imperio de la fria razon todos los sentimientos del alma, he conocido la desesperacion, ese abismo entreabierto ante todos los despojos del pensamiento. ¡Oh! no me digan que

el hombre será feliz cuando no tenga soberanos que le abrumen y le tiranicen ni sacerdotes que le amenacen con el infierno.

Sin duda que no necesita tiranos, ni fanáticos, pero sí una religion porque tiene un alma y es preciso que conozca á Dios.

Hé ahí porque siguiendo atentamente el movimiento político que se efectuaba en Europa y viendo cuan quiméricos habian sido mis sueños de un dia, cuan imposible era sembrar y recoger en tan corto espacio, cuan léjos de su objeto iban á pasar los hombres de accion por la necesidad del momento y cuan preciso era inclinarse á derecha é izquierda antes de dar un paso por esa aun no trillada via, me reconcilié con mi suerte, y reconocí que no era yo uno de aquellos. Aun cuando sintiese dentro de mí una pasion hácia el bien, perseverancia y energía mi vida se habia entregado demasiado á la reflexion; habia abrazado la de la humanidad entera con miras demasiado extensas, para hacer, con el hacha en la mano, el oficio de azadonero en una selva de cabezas humanas. Compadecia y respetaba á esos trabajadores, que resueltos á sembrar la tierra y semejantes á los primeros cultivadores, echaban abajo las montañas, rompian las rocas, y sangrientos entre zarzas y despeñaderos, herian sin debilidad, sin compasion al temido leon y al timido ciervo. Era preciso disputar el suelo á razas devoradoras, era indispensable fundar una colonia humana en el seno de un mundo presa de los ciegos instintos de la materia. Todo era permitido, porque era todo necesario. Para matar el buitre, el cazador de los Alpes se ve obligado tambien á atravesar el cor-

derillo que tiene entre sus garras. Las desgracias privadas destrozan el alma del espectador, sin embargo la salud general hace inevitables esas desgracias. Los excesos y los abusos de la victoria no pueden imputarse ni á las causas de la guerra, ni á la voluntad de los capitanes. Cuando un pintor representa en un lienzo grandes proezas, se ve obligado á diseñar en el primer término, ciertos detalles extraordinarios que nos conmueven penosamente: aquí los palacios y los templos se desploman entre las llamas; allí los niños y las mujeres aparecen trituradas bajo los piés de los caballos, mas allá espera un valiente encima de las rocas teñidas con su sangre. Sin embargo el triunfador se destaca en el centro de la escena, rodeado de una falange de héroes; la sangre vertida no empaña su gloria; conócese que la mano del Dios de los ejércitos se ha levantado ante ellos y los rayos que brillan en sus frentes anuncian que han cumplido una santa mision.

Tales eran mis sentimientos hácia esos hombres entre los cuales no quise colocarme; los admiraba, mas comprendia que no podia imitarles porque eran de una naturaleza diferente de la mia. Ellos podian ejecutar lo que yo no podia porque no pensaba como ellos podian pensar. Abrigaban la heroica pero romántica conviccion de que tocaban á su fin y que un poco mas de sangre vertida les traeria el reino de la justicia y de la virtud. Era este un error del cual no podia yo participar porque colocado en lo alto de la montaña, veia lo que ellos no podian distinguir á través de los vapores de la llanura y de la humareda de la batalla; terror santo sin el cual no hubiera podido imprimir al mundo el gran

movimiento que debía sufrir para evadirse de sus trabas! Para que llegue á buen fin la marcha providencial del género humano es necesario que existan dos clases de hombres en cada generacion; los unos henchidos de esperanza y de ilusion que trabajan para producir una obra completa; los otros previsores, pacientes, llenos de seguridad que trabajan para que esa misma obra sea apreciada, aceptada y continuada sin desaliento aun en el caso mismo de que parezca haber abortado. Los unos marineros, los otros pilotos; estos ven los escollos y los señalan, aquellos los evitan ó van á estrellarse en ellos segun el viento del destino les arroje hácia su salvacion ó hácia su ruina y sea lo que fuera de unos y otros, el buque anda y la humanidad no puede perecer ni detenerse en su eterna carrera.

Era pues yo demasiado viejo para vivir en lo presente y demasiado jóven para lo pasado. Hice mi eleccion: proseguí de nuevo mi vida de estudio y de meditacion filosófica. Volví á empezar todos mis trabajos considerándolos con razon como incompletos; volvia á leer con austera paciencia cuánto habia leído con impetuosa avidez. Quise medir otra vez la tierra y los cielos, la criatura y el creador, sondear los misterios de la vida y de la muerte, buscar la fé de mis dudas, reedificar cuánto habia destruido y construido sobre nuevas bases. En una palabra, traté de revestir la Divinidad de su sublime misterio con la misma perseverancia que habia puesto para despojarla de él. Entonces fué cuando conocí quanto mas difícil es edificar que derruir. Un dia basta para arruinar la obra de muchos siglos. En la duda y en la negacion habia andado á pasos agigantados, para

rehacer un poco mi fé empleé muchos años. ¡Y qué años! ¡qué llenos de fatigas, de incertidumbres y de penas! Cada dia ha sido señalado por lágrimas, cada hora por combates. Angel, créelo, el mas desgraciado de los hombres es el que se ha impuesto una tarea inmensa, que ha comprendido su extension é importancia, que no puede hallar fuera de ella su satisfaccion, ni reposó y que conoce que sus fuerzas le engañan y su poder le abandona. ¡Oh! sin ventura, entre todos los hijos de los hombres el que sueña poseer la luz negada á su inteligencia! ¡Oh! infeliz entre todas las generaciones la que se agita y destroza para conquistar la ciencia prometida á mejores siglos! Colocado en un suelo movedizo, hubiera querido construir un santuario indestructible; pero faltábanme para ello así los elementos como la base. Mi siglo tenia nociones falsas, conocimientos incompletos, juicios erróneos, así acerca de lo pasado como de lo presente. Sabíalo aun cuando obraban en mis manos, los documentos reputados por mas perfectos de mi época sobre la historia de los hombres y de la creacion: sabíalo, porque sentia en mí una omnipotente lógica, á la cual todos esos documentos en que yo hubiera querido apoyarla venian á dar un desconsolador mentis. ¡Oh! si en alas del pensamiento hubiese podido trasportarme al manantial de todos los conocimientos humanos, explorar la tierra por toda su superficie y hasta el fondo de sus entrañas, interrogar á los monumentos de lo pasado, buscar la edad del mundo en las cenizas que guarda el vasto sepulcro de su seno, y en las ruinas de innumerables generaciones han sepultado el recuerdo de su existencial

Pero era preciso contentarme con las observaciones y conjeturas de sábios y viajeros, cuya incompetencia, presuncion y ligereza conocia. Habia momentos que enardecido por mi conviccion, estaba resuelto á irme en clase de misionero á fin de escrudiñar todos aquellos restos que no habian sido comprendidos, ó à desenterrar todos aquellos tesoros ignorados, cuya existencia ni aun se habia sospechado. Pero ya era viejo, mi salud, que con el ejercicio y el aire libre de las montañas, habia mejorado, volvió á alterarse de nuevo con la humedad del claustro y las vigiliias del trabajo. Y luego ¡cuanto tiempo no hubiera necesitado para descorrer una imperceptible punta de ese velo que me ocultaba el universo! Por otra parte no era yo hombre propio para entrar en pormenores y esas pesquizas perseverantes y minuciosas que yo admiraba en los hombres puramente estudiosos no eran para mi carácter. Yo no era hombre de accion ni en política, ni en ciencia. Sentíame llamado á cálculos mas extensos y mas elevados, hubiera querido manejar inmensos materiales, edificar con el fruto de todos los trabajos y de todos los estudios un vasto pórtico que sirviese de entrada á la ciencia de los futuros siglos.

— Era yo hombre sintético mas bien que analítico. Ansiaba sacar conclusiones de todo, y concienzudo hasta el martirio, no pudiendo aceptar nada que no satisficiese á la vez mi corazon y mi inteligencia veíame condenado á un eterno suplicio. La sed de verdades inextinguible y cualquiera á quien no satisfagan los juicios del orgullo, de la pasion, de la ignorancia, está llamado á sufrir incesantemente. ¡Oh! exclamaba yo amenudo ¿por qué no he ser

un cartujo embrutecido por el miedo del infierno, destinado á cavar, como una bestia de carga, un pedazo de tierra para hacer crecer en él unas cuantas legumbres esperando obonarla con mis despojos? ¿Por qué todos mis quehaceres en este mundo no se reducen á recitar oficios hasta la hora del descanso, y manejar una azada para conservar mi apetito ó rechazar el pensamiento importuno y llegar ya en esta vida á un estado de muerte intelectual?

Sucedíame á veces volver los ojos hácia aquellos de nuestros monjes que por excepcion eran sinceramente devotos: Ambrosio, por ejemplo, que el año pasado vimos morir en olor de santidad, como dicen los frailes y cuyo cuerpo estaba enjuto por los ayunos y las maceraciones, aquél era seguramente un hombre de buena fé; muchas veces me habia inspirado envidia. Una noche se me apagaba la lámpara, cuando aun no habia concluido mi trabajo; busqué luz en el claustro y vila en su celda: la puerta estaba entreabierta, penetré en ella sin hacer el menor ruido para no molestarle, que lo suponía abismado en sus oraciones. Halléle dormido en la cama, la lámpara estaba colocada en una mesita muy cerca del lecho y en frente de los ojos del ascético. Hacia mas de cuarenta años que tomaba esta precaucion para no dormirse demasiado profundamente y no faltar ni un minuto á las horas de los oficios. La luz cayendo á plomo en sus marchitas facciones formaba cierto claro oscuro que ponía mas de relieve los estragos de aquel su voluntario padecimiento. No estaba acostado, sino apoyado en la cama y enteramente vestido á fin de no perder un momento en inútiles cuidados. Gran rato estuve mirando aquella cara

larga y estrecha, aquellas facciones enflaquecidas por el ayuno del espíritu mas aun que por el cuerpo, aquellas mejillas pegadas á los huesos de una faz semejante á pergamino, aquella frente alta, amarilla y reluciente como la cera.

Verdaderamente, aquel no era un hombre, sino un esqueleto secado con la piel, un cadáver insepulto, que los gusanos habian abandonado porque no les ofrecia alimento alguno. Su sueño no semejaba al descanso de la vida sino la insensibilidad de la muerte; ninguna respiracion levantaba las paredes de su pecho. Dióme miedo porque aquello no era hombre, ni cadáver, era la vida en la muerte! una cosa que no tenia nombre en el lenguaje humano, ni sentido en el orden divino. ¿Es esto acaso un varon? pensaba yo; ciertamente los anacoretas de la Tebáide no han ayunado ni orado mas y sin embargo no veo aqui mas que un objeto repulsivo, nada que imponga respeto, todo aqui rechaza la simpatía. ¿Qué compasion tendrá Dios de esta agonía y esta muerte anticipadas á sus decretos? ¿Qué admiracion puedo sentir, yo, hombre hácia esa vida estéril y ese corazon helado? ¡Oh! anciano que cada noche enciendes tu lámpara como un viajero precisado á salir antes de la aurora ¿á quién pues has iluminado durante la noche, á quién has guiado durante el dia, á quién ha sido útil tu larga y laboriosa peregrinacion sobre la tierra? Tú no le has dado nada de tí mismo; ni la sustancia de la reproduccion animal, ni el fruto de una inteligencia productiva, ni el toscó servicio de un robusto brazo, ni la simpatía de un corazon afectuoso.

Fiensas que Dios ha creado la tierra para servirte

de baño purificador y considerar haber hecho bastante por ella legándole tus huesos. ¡Ah! razon tienes de temer y temblar en esta hora; haces bien en estar siempre dispuesto á comparecer ante el juez. Ojalá puedas hallar en tus postrimerías una fórmula que te abra la puerta del cielo ó un instante de remordimiento que te absuelva del peor de todos los crímenes, el de no haber amado nada fuera de tí. Y hablando así me fui silenciosamente, sin querer encender mi luz en la del egoísta, y desde este dia preferí mi desventura á la de los devotos.

Aunque presa de toda la fatiga y de toda la inquietud de una alma que busca un ideal, necesité muchos dias de abatimiento y de angustia para aceptar el decreto que me condenaba á la impotencia. No puede ocultárseme hoy dia, mi mal era el orgullo. Sí, creo que en todo tiempo y aun hoy mismo he sido y soy un orgulloso. Este celo ardiente de la verdad es un sentimiento laudable, pero puede llegar á ser exagerado; nos es preciso hacer uso de todas nuestras fuerzas para cultivar el campo del porvenir, pero seria indispensable tambien que cuando nuestras fuerzas no bastasen, nos diésemos por satisfechos de lo poco que hubiésemos hecho, sentándonos con la modestia del labrador al borde del zurco trazado. Esta es una leccion que he recibido amenudo del amigo celeste que me visita y de la que nunca he sabido aprovecharme. Existe en mí una ambicion de lo infinito que raya en delirio. Si hubiese vivido en el torbellino del mundo y no hubiese tenido ocasion de elevar mis miras á lo alto, habria ambicionado las conquistas y la gloria, hubiera tenido siempre á la vista la carrera de Alejan-

dro ó Carlo-magno, como he tenido la de Pitágoras y Sócrates. Hubiera codiciado el imperio del mundo haciendo quizá mucho mal. Gracias á Dios he cesado de vivir y todo mi crimen consiste en no haber podido hacer bien. Habia pensado al entrar de nuevo en el convento, rehacer mis estudios con fruto y escribir una gran obra sobre las mas altas cuestiones de religion y de filosofía, pero no tuve en cuenta mi edad y mis fuerzas. Tenia ya cincuenta años cumplidos y durante los veinte últimos habia sufrido un siglo por año. Viendo por otra parte cuan desprovisto estaba de materiales que me inspirasen entera confianza, resolví por lo menos sentar las bases y trazar el plan de mi obra, á fin de legar aquel mi primer trabajo, si posible era, á algun hombre capaz de continuarlos ó hacerlos continuar; recordóme vivamente esta idea, mi juventud y el secreto legado por mí á Fulgencio, como lo habia sido por Espiridion á este último y persuadíme que habia llegado ya la hora de exhumar aquel manuscrito, no era una vulgar ambicion, ni una fría curiosidad lo que me impulsaba, tampoco una ciega obediencia, era un deseo sincero de instruirme y de utilizar para los otros hombres, un documento precioso, sin duda alguna que versaba sobre los problemas que tanto me habian atormentado. Miraba como un deber la publicacion inmediata ó futura del manuscrito, porque bajo cualquier aspecto que considerase las extrañas relaciones que yo habia tenido con el espíritu de Hebronius, siempre me quedaba la conviccion de que durante su vida, ese hombre debió poseer extraordinarias facultades.

Por tercera vez en el espacio de veinticinco

años próximamente, emprendí pues la exhumacion del manuscrito, mas un hecho muy sencillo vino á oponerse á mis designios y por natural que aquel hecho fuera, me hundió en un abismo de reflexiones.

Proveíme de los mismos instrumentos que me habia servido la última vez, aquella que sin duda, apesar de lo largo de esta narracion, habia quedado fija en tu memoria; tambien recordarás que tenia entonces treinta años cumplidos y que tuve un arranque de delirio, una vision espantosa; bien presente tenia mi memoria aquel terrible alucinamiento, mas no temia su reproduccion; hay imágenes que el cerebro no puede ya crearse cuando ciertas ideas y ciertos sentimientos que las evocan no existen en nuestra alma. Habíame desprendido desde entonces para siempre de los lazos del catolicismo, lazos tan fuertemente apretados y tan cortos, que se necesita toda la vida para desasirse de ellos y por la misma razon imposibles de anudar una vez rotos.

Hacia una noche clara y fresca y mi salud era bastante buena, escojí precisamente semejante curso de circunstancias, porque parecióme que el trabajo material seria bastante penoso; en esta suposicion aun me equivoqué, no pude ¿qué? ni menear la piedra del *Hic est*. Empleé tres largas horas, atacándola en todos sentidos, asegurándome de que solo estaba adherida al suelo por su propio peso, reconociendo las señales que en otro tiempo hice con mi escoplo, cuando la levanté ligeramente sin fatiga. Todo fué inútil; resistió á mis esfuerzos: bañado en sudor, extenuado por el cansancio, víme

obligado á volver á la cama, y permanecer en ella durante algunos dias postrado y quebrantado.

Este primer contratiempo no me desanimó: empecé nuevamente mi trabajo á la semana siguiente; pero falló del mismo modo. Un tercer ensayo emprendido un mes mas tarde no dió mejor resultado y desde entonces fuéme preciso renunciar á ello, pues las escasas fuerzas físicas que habia conservado me abandonaron para siempre desde aquella época. Sin duda gasté las pocas que me quedaban en esa lucha inútil contra una fosa. El sepulero permaneció mudo, los muertos sordos, la muerte inexorable. Fuí al jardín y tiré en un zarzal escoplo, palanca y triste y tranquilo volví á sentarme encima de aquella tumba que no queria entregarme sus tesoros.

Permanecí en ella hasta el amanecer perdido en mis pensamientos. El fresco de la mañana heló el sudor que inundaba mi cuerpo y quedé paralizado, perdiendo no solo el poder de obrar sino la voluntad además; no oí las campanas que señalaban los oficios, ni presté atencion alguna á los religiosos que vinieron á recitarlos: estaba solo en el universo; no habia entre Dios y yo mas que esa tumba, que ni queria recibirme, ni queria dejarme marchar imagen de mi existencia entera, símbolo que me habia vivamente herido y cuya comparacion me tenia absorto! Cuando vinieron á levantarme, como no podia moverme ni hablar, se figuraron que mi cerebro estaba aletargado como mi cuerpo. Engañábanse en esto; poseia toda mi razon; no la perdí ni un instante, mientras duró la enfermedad que siguió á aquel accidente. Inútil es decirte, Angel, que todo se achacó á casualidad

y que no se sospechó nunca lo que yo habia intentado.

Una ardiente fiebre sucedió á aquel friomortal: sufrí mucho, pero no deliré: tuve bastante fuerza para ocultar la gravedad de mi mal á fin de que no me cuidasen mas de lo que yo queria estarlo y para que me dejasen solo. Mientras el sol brillaba en mi celda, sentíame mas aliviado, ideas mas apacibles embargaban mi espíritu, pero por la noche se apoderaba de mí una tristeza infinita; para los cerebros activos la inaccion es odiosa y el fastidio, el peor de los padecimientos acarreados por las enfermedades, me abrumaba con todo su peso haciéndome la celda insoportable. Estas paredes que me recordaban tantas agitaciones y desalientos sufridos sin llegar al conocimiento de lo verdadero, este lecho en el cual habia sufrido tantas dolencias sin conquistar la salud por precio de tantas luchas con la muerte, estos libros á quienes tan en vano habia interrogado; esos astrolabios y telescopios que no sabian mas que buscar y medir la materia, todo me sumia en un profundo desespero. ¿De qué sirve sobrevivirse á si mismo? preguntábame yo y ¿por qué haber vivido condenado, cuando no se ha merecido? ¡Insensato, que querias con un rayo de tu inteligencia iluminar la humanidad en los siglos futuros y que ni siquiera tienes fuerza necesaria para levantar una piedra á fin de ver lo que está escrito debajo! ¡Desdichado, que durante el ardor de la juventud solo has cuidado de resfriar tu espíritu y tu corazon, los cuales se apresuran ahora á animarse cuando ha llegado la hora de la muerte! muere pues, ya que no tienes cabeza, ni brazo, porque si tu corazon abriga

la temeridad de querer vivir aun y arder en lo ideal, ese divino fuego solo servirá para consumir tus entrañas y hacer mas evidente tu impotencia y tu nulidad.

Y hablando así me agitaba en este lecho de dolor, y lágrimas de desesperacion corrian por mis mejillas. En aquel momento una voz pura dejóse oír en el silencio de la noche y me habló en estos términos:

—¿Crees no tener falta alguna que espiar, tú que te atreves á quejarte tan amargamente? ¿A quién acusas de tus males, no eres tú mismo tu mas implacable enemigo; á quién imputarás la falta de tu culpable orgullo, de ese insaciable amor de ti mismo que te ha cegado cuando podias acercarte á lo ideal por la ciencia y que te ha hecho buscar ese ideal en tí solo?

¡Mientes! exclamé con fuerza, sin pensar siquiera en preguntarme quien podia hablarme de aquella suerte. ¡Mientes! repetí, yo me he aborrecido siempre, siempre me he creído fastidioso, molesto, insoportable á mí mismo. He buscado lo ideal en todas partes, con el ardor del ciervo que en día abrasador busca la fuente: la sed de lo ideal me ha consumido y si no lo he encontrado.....

—La culpa lo tiene el ideal ¿verdad? interrumpió la voz en tono de misera conmiseracion. Es preciso que Dios comparezca ante el tribunal del hombre y que le dé cuenta del misterio con que ha usado envolverse, mientras el hombre se tomaba el trabajo de buscarle, ¡y no llamais á esto orgullo, vosotros!

—¡Vosotros! repuse lleno de admiracion ¿quién

eres pues tú que con tal compasion miras la raza humana y que sin duda te crees exento de sus miserias?

—Soy, respondió la voz, el que tú no quieres conocer, el que has buscado siempre dó no existe.

A estas palabras, palpité mi corazon con tal violencia que parecia quererme saltar del pecho, un sudor frio cubrió todo mi cuerpo é incorporándome en el lecho, dije:

—¿Eres pues tú el que duerme debajo de la piedra?

—Me has buscado debajo de la losa contestó él y la losa se ha resistido. Debieras haber sabido que el brazo de un hombre es mas débil que la argamasa y el mármol; pero la inteligencia atreviesa las montañas y el amor puede resucitar los muertos.

—¡Oh maestro mio! exclamé trasportado, te reconozco. Esa es tu voz, esa es tu palabra. Bendito seas, tú que me visitas en la hora del dolor; mas dí, ¿dónde debia buscarte, dónde te encontraré en la tierra?

—En tu corazon, respondió la voz. Dáme en él una morada, purificala como una casa que se adorna y se perfuma para recibir á un huésped querido. Hasta entonces no puedo hacer nada por tí.

Cállóse la voz y en vano hablé yo; no me contestó ya. Estaba solo en las tinieblas y halléme tan conmovido que me deshice en lagrimas. Eché una mirada retrospectiva sobre mi vida: apesar de la amargura que destrozaba mi corazon, ví que toda ella habia sido largo combate y grandísimo error; siempre quise elegir entre mi razon y mi sentimiento y nunca tuve fuerza para imponer el uno al otro. Que-

riendo siempre apoyarme en pruebas palpables sobre bases sentadas por el hombre y no considerando suficientes esas bases, jamás tuve bastante valor ni bastante talento para saber prescindir del testimonio humano y rectificarlo con esa poderosa certidumbre que el cielo otorga á las almas grandes. No habia sabido desechar la física y geometría en aquellos casos en que destruían el testimonio de mi conciencia. Había faltado fuego á mi corazón y por lo tanto poder á mi cerebro para decir á la ciencia: Tú eres la que te equivocas; nosotros nada sabemos, tenemos todavía que aprenderlo todo; si el camino que seguimos no nos conduce á Dios, es porque lo hemos equivocado, volvamos atrás y busquemos á Dios, porque lejos de él estamos en tinieblas y por mas que los hombres clamen que nuestra inteligencia nos ha hecho dioses á nosotros mismos, seguimos sintiendo el frío de la muerte y estamos arrastrados como astros que se extinguen y desvian del orden natural.

Desde aquel día abandonéme enteramente á los mas ardientes movimientos de mi alma y un gran prodigio se efectuó en mí; en lugar de entibiarme moralmente con los años, sentí mi corazón vivificado y renovado, rejuvenecerse á medida que mi cuerpo se aniquilaba. Siento que la vida animal me va dejando como un vestido viejo, pero á medida que me despojo de esta envoltura terrestre, mi conciencia me revela la certeza de la inmortalidad. El celeste amigo á vuelto amenudo, mas no esperes que entre la menudencia de sus apariciones, esto es siempre un misterio para mí, misterio que no he tratado de indagar y sobre el cual me sería imposible tender la red de un frío aná-

lisis; conozco demasiado lo que se aventura en el examen de ciertas impresiones, el espíritu se hiela anatomizándolas y la impresión se borra. Aunque he considerado deber mio establecer mis últimas creencias religiosas lo mas lógicamente posible en algunos escritos de los cuales te hago depositario, me he permitido echar un poético velo sobre las horas de entusiasmo y ternura que, disipando á mi alrededor las tinieblas del mundo físico, me han puesto en relación directa con ese espíritu superior. Hay cosas íntimas que vale mas callar que entregar al escarnio de los hombres. En la historia que he escrito de mi vida oscura y dolorosa no he hecho mención de Espiridion. Si el mismo Sócrates ha sido acusado de charlatanismo é impostura por haber revelado sus comunicaciones con el que llamaba su genio familiar ¡cuánto mas tachado de fanatismo no lo seria un pobre monje, si confesaba haber sido visitado por un fantasma! No lo he hecho pues, ni lo haré y sin embargo yo lo explicaria sencillamente al sábio modesto y juicioso, que sin ironía y sin preocupacion quisiese penetrar en las maravillas de un orden de cosas tan antiguo como el mundo, que espera una nueva explicacion. ¿Pero dónde encontrar hoy dia un sábio de esa especie? En estos tiempos la obra de la ciencia consiste en despreciar cuánto parece sobrenatural, porque la ignorancia y la impostura han abusado demasiado tiempo de ello. Así como los hombres políticos se ven obligados á resolver con la espada, los asuntos sociales, así los hombres de estudio, para abrir nuevo campo al análisis, se ven precisados á arrojar confusa é indistintamente al fuego los libros mágicos de los hechiceros y los milagros de la

fé. Día llegará en que habiéndose terminado la necesaria obra de la destrucción se buscará cuidadosamente entre los restos de lo pasado una verdad que no puede perderse, sabiendo separar el error de la mentira al igual que Creso reconoció en la Pitia de Delfos que le reveló sus acciones ocultas con un poder incomprendible. Quizá tú mismo llegues á ver la aurora de esa nueva ciencia, sin la cual la humanidad es inesplicable y su historia desprovista de sentido.

Todos los milagros, todos los augurios y prodigios de la antigüedad, no serán quizá á los ojos de tus contemporáneos supercherías de brujos ó terrores imbéciles autorizados por los sacerdotes. ¿No ha dado ya la ciencia explicacion satisfactoria de muchos de los fenómenos que nuestros abuelos creyeron sobrenaturales? Pues del mismo modo ciertos hechos que parecen imposibles y falaces en este siglo, tendrán tal vez solucion no menos natural y concluyente cuando la ciencia ensanche sus horizontes. En cuanto á mi aunque la palabra *prodigio* carezca de sentido para mi entendimiento, pues que lo mismo puede aplicarse diariamente á la salida del sol que á la reaparicion de un muerto; no he tratado de hacer indagaciones sobre esos difficilísimos puntos, hubiérame faltado tiempo para ello. He oido hablar de Mesmer, mas no sé si es un impostor ó un profeta; desconfío de lo que he oido referir; sus asertos son demasiado completos para un descubrimiento tan reciente. No comprendo todavía lo que se entiende por esa palabra magnetismo; te aconsejo que lo examines en su tiempo y lugar. Por lo que á mi toca, no he tenido ocasion de extravíarme en esas atrevidas proposiciones; he evi-

tado dejarme seducir por ellas: tenia que cumplir una obligacion mas terminante y exigente, la de escribir bajo la impresion de mis conversaciones con el *Espíritu* los interrumpidos fragmentos de mi eterna meditacion.

Interrumpióse aquí el padre Alejo y puso la mano encima de un libro que yo conocia muy bien por habérselo visto consultar con frecuencia, aunque con gran estrañeza mia pues me habia parecido siempre formado de hojas en blanco. Como le miraba con sorpresa, se sonrió.

—No estoy loco como presumes, prosiguió el monje; éste libro está lleno de caracteres muy legibles para cualquiera que conozca la composicion química que me ha servido para escribirlos. He creido necesario tomar esta precaucion para escapar al espionaje de la censura frailuna. Te enseñaré un proceder muy sencillo por medio del cual se hacen reaparecer los caracteres trazados en estas páginas. Ocultarás este manuscrito hasta tanto que puede ser útil para algo ó para alguien, aun que ignoro si se presentará el caso. Tal cual está, incompleto, sin orden, sin concluir, no merece ver la luz pública; tal vez á ti, tal vez á algun otro toque el rehacerlo. Solo tiene un mérito el de ser la relacion fiel de una vida de angustias y la sencilla exposicion de mi estado presente.

—¿Y ese estado, padre mio, permitis os suplique me lo hagais conocer mejor?

—Lo haré en tres palabras, que resúmen para mí toda la teología, respondió el monge abriendo la primera página de su libro: *Creer, esperar, amar*. Si la iglesia católica hubiese podido conformar todos

los puntos de su doctrina con esa sublime definición de las tres virtudes teologales, la fé, la esperanza y la caridad, seria la verdad en la tierra, la sabiduría, la justicia, la perfección, pero la iglesia romana se ha asestado ella misma el último golpe; ha consumado su suicidio el día que ha echo á Dios implacable y la condenación eterna. En ese día todos los nobles corazones se han separado de ella y faltando á su filosofía el elemento de amor y de misericordia, la teología cristiana no ha sido mas que un juego de imaginación, un sofisma, en el cual grandes inteligencias se han defendido inútilmente contra el testimonio interior de su conciencia; un velo para encubrir grandes ambiciones, una máscara para ocultar infamias inicuas.....

Aquí se detuvo nuevamente el padre Alejo y me observó atentamente para ver que efecto producía en mí ese anatema definitivo. Comprendíle y cojiendo sus manos entre las mías, se las apreté fuertemente, diciéndole con voz firme y con una sonrisa que debió revelar toda mi confianza.

—¿Así padre, ya no somos católicos?

—Ni cristianos, repuso él con fuerte acento, ni protestando, añadió estrechando mis manos, ni filósofos como Voltaire, Helvecio, y Diderot; ni tampoco somos socialistas como Rousseau y la Convención francesa y sin embargo no somos ni paganos, ni ateos.

—¿Qué somos pues padre Alejo? le dije, porque vos lo habeis dicho, tenemos un alma, Dios existe y necesitamos religion.

—Una tenemos, contestó él, levantándose y extendiendo hácia el cielo sus flacos brazos con un

movimiento de entusiasmo. Tenemos la única, verdadera, la única, inmensa, la única digna de la Divinidad. Creemos en ella, es decir que la conocemos y la queremos; en ella tenemos puesta nuestra esperanza, es decir que la deseamos y trabajamos para poseerla; la amamos, es decir que la sentimos y la poseemos virtualmente, y el mismo Dios es una trinidad sublime de la que nuestra vida mortal es débil reflejo. Lo que es en el hombre es ciencia en Dios; lo que en nosotros es esperanza en el Creedor es poder; lo que aquí es caridad, es decir piedad, virtud, esfuerzo en nuestro Padre, es amor, es decir producción, conservación y progresión eterna. Así Dios nos conoce, nos llama y nos ama; él es quien nos revela ese conocimiento que de él tenemos; él es quien nos enseña la necesidad que de él tenemos, él es quien nos inspira ese amor en el cual ardemos y una de las mayores pruebas de Dios y sus atributos, es el hombre y sus instintos. El hombre concibe, aspira y prueba sin cesar en su esfera finita, lo que Dios sabe, quiere y puede en su esfera infinita. Si Dios pudiera dejar de ser un foco de inteligencia, de poder y de amor, el hombre se rebajaria hasta el nivel de los brutos; cada vez que una inteligencia humana ha negado la Divinidad, se ha suicidado ella misma.

—Pero, padre mio, obgeté yo, esos grandes ateos del siglo, cuyas luces y elocuencia tanto se preconizan.....

—No hay ateos, repuso el padre Alejo con calor; no, no los hay. En tiempos de investigación y de filosofía, cuando los hombres, disgustados de los errores de lo pasado, buscan un nuevo camino

hacia la verdad, yerran por senderos desconocidos: los unos cansados se sientan y se entregan á la desesperacion; pero esa misma desesperacion, que es sino un grito de amor hacia Dios, que se oculta á sus fatigados ojos. Otros se encumbran á todas las cunas con ardiente precipitacion y en su inocente presuncion exclaman que han alcanzado el fin y que no se puede ir mas lejos. ¿Pero qué es esa presuncion y esa ceguedad sino un deseo inquieto y una impaciencia inmoderada de abrazar la Divinidad. No, esos ateos cuya gran inteligencia con razon se ensalza son almas profundamente religiosas que se fatigan ó se equivocan en su vuelo hacia el cielo. Si tras ellos se arrastran almas bajas y perversas que invocan la nada, el acaso, la naturaleza brutal para justificar sus vergonzosos vicios y sus groseras inclinaciones, todavia se rinde ahí un homenaje á la magestad de Dios. Para dispensarse de inclinarse hacia lo ideal y de sostener por medio del trabajo y de la virtud la dignidad humana, se ve la criatura forzada á buscar ese mismo ideal. Pero si una voz interior no turbase el innoble reposo de su degradacion, no se tomaría tanto trabajo en desechar la existencia de un juez supremo. Cuando los filósofos de este siglo han invocado la Providencia, la naturaleza, las leyes de la creacion, no han hecho mas que suplicar al verdadero Dios bajo estos nombres nuevos. Refugiándose en el seno de una Providencia universal y de una naturaleza inagotablemente generosa, han protestado contra los anatemas que las sectas feroces se lanzaban unas á otras, contra las monstruidades de la inquisicion, contra la intolerancia y el despotismo. Cuando Vol-

taire, á la vista de una estrellada noche, proclamaba al relojero celeste, cuando Rousseau conducia á su discipulo á la cumbre de una montaña para revelar-le la primera nocion del creador al salir el sol; aun cuando fuesen estas pruebas incompletas y miras muy cortas en comparacion de las pruebas brillantes é infalibles certidumbres que el porvenir reserva al hombre, eran á lo menos gritos del alma dirigidos á ese Dios que todas las generaciones humanas han proclamado bajo nombres diversos y adorado bajo diferentes símbolos.

—Pero esas pruebas brillantes, esas certidumbres, le dije ¿de dónde las sacaremos, si desechemos la revelacion y si el sentimiento interior no nos basta?

—No rechazamos la revelacion, repuso el padre Alejo, con viveza y el sentimiento nos basta hasta cierto punto; pero nosotros añadimos aun otras pruebas; en cuanto á lo pasado el testimonio de la humanidad entera; en cuanto á lo presente la adhesion de todas las creencias para el culto de la Divinidad y la voz elocuente de nuestro propio corazon.

—Si, os entiendo bien, repuse, aceptais de la revelacion lo que tiene de enteramente divino, las grandes nociones sobre la Divinidad y la inmortalidad, los preceptos de amor y de virtud que de ella se derivan.

—El hombre, me contestó, arranca al cielo mismo el conocimiento de lo ideal y la conquista de las verdades sublimes que á él conducen es un pacto, un himeneo entre la inteligencia divina que busca tambien el corazon del hombre, se difunde en

él y consiente en reinar en él. Reconocemos pues maestros, sea cuál fuere el nombre con que queramos designarlos. Héroes, semidioses, filósofos, santos ó profetas podemos inclinarnos ante esos padres y esos doctores de la humanidad. Podemos adorar en el hombre investido de una alta ciencia y de una alta virtud un espléndido reflejo de la Divinidad. ¡Oh Cristo! llegará tiempo en que te levantarán nuevos altares mas dignos de ti, restituyéndote tu verdadera grandeza, la de haber sido verdaderamente el hijo de la mujer y el salvador, es decir el amigo de la humanidad, el profeta de lo ideal.

—Y el sucesor de Platon, añadí yo.

—Como Platon fué otro de los reveladores que adoramos y cuyos discípulos somos.

—Sí, prosiguió el padre Alejo despues de una pausa, como dándome tiempo para pesar sus palabras, nosotros somos los discípulos de esos reveladores, pero discípulos libres. Tenemos el derecho de examinarlos, comentarlos, discutirlos y hasta corregirlos; porque si por su génio gozan de infalibilidad de Dios, por su naturaleza participan de la impotencia de la raza humana.

—¡Nosotros, padre mio! exclamé lleno de espanto; ¿pero de dónde nos vienen esos derechos?

—De que hemos venido despues de ellos. Dios quiere que adelantemos; si hace levantar profetas es para impeler las generaciones delante de ellos, cual conviene á hombres y no para encadenarlos tras de ellos como viles rebaños. Cuando Jesús curó al paralítico no le dijo: Prostérnate y sígueme, sino: levántate y marcha.

—Pues á ¿dónde iremos á parar, padre mio?

—Iremos hácia lo porvenir, iremos cargados con lo pasado, llenos nuestros dias presentes por el estudio, la meditacion y un continuo esfuerzo hácia la perfectibilidad. Con valor sereno y humilde sacando de la contemplacion del ideal la voluntad y la fuerza, buscando en la oracion el entusiasmo y la confianza, obtendremos que Dios nos ilumine y nos ayude á instruir á los hombres cada uno segun sus fuerzas.... Las mias están agotadas, hijo mio; no he hecho lo que hubiera podido hacer, me lo ha impedido mi educacion católica. Ya te he contado cuánto tiempo me ha sido preciso, cuántas penas he sufrido para poder llegar á proclamar cerca de la tumba esta sola palabra: «Soy libre.»

—¡Pero esta palabra quiere decir mucho, quiere decir mucho querido padre! exclamé. En vuestra boca es omnipotente para mí y solo de vuestros labios he podido oirla sin desconfianza ni turbacion. Sin esa palabra vuestra, toda mi vida hubiese sido quizá un continuo error. De vivir en este claustro, es probable que me hubiese agobiado y embrutecido bajo el yugo del fanatismo; de lanzame en el tumulto del mundo, es imposible que las pasiones humanas y las máximas de la impiedad me hubiesen extraviado. Gracias á vos, espero mi suerte con pié firme; pareceme que no puedo ya sucumbir á los peligros del ateismo y conozco que he sacudido para siempre las trabas de la supersticion.

—Y si esta palabra de mis labios, dijo Alejo profundamente conmovido, es el único bien que he podido hacer en este mundo, esas de los tuyos son para mí recompensa suficiente. No moriré pues sin haber vivido, porque el fin de la vida es transmitir

la vida. Siempre he pensado que el celibato era un estado sublime porque imponía grandes deberes; pienso aunque que quien rehúsa dar la vida física á seres de su especie, debe dar en cambio con sus trabajos y sus luces, la vida intelectual á sus semejantes; por esa razón venero la fecunda virginidad de Cristo pero cuando después de haber abrigado en mi orgullosa juventud esperanzas de virtud y de ciencia me he visto encorvado bajo el peso de los años sin haber hecho obra alguna digna de mentarse, me he afligido y arrepentido de haber abrazado un estado á cuya altura no había sabido elevarme; hoy veo que no caeré del árbol como estéril fruto: la simiente de vida ha fecundado tu alma. Tengo un hijo, una criatura más preciosa que un fruto de mis entrañas; tengo un hijo de mi inteligencia.

—Y de corazón, exclamé doblando mis rodillas ante él, porque tienes un corazón inmenso, padre Alejo, más grande que tu inteligencia, y cuando gritas «soy libre» ese grito del alma envuelve esta otra frase poderosa: «Amo y creo.»

—Amo y creo y espero; tú lo has dicho, respondió él conmovido, si así no fuese, no sería libre. Los brutos no conocen leyes en el fondo de las selvas y sin embargo son esclavos, porque desconocen el precio, la dignidad y el uso de su libertad. El hombre privado de ideal, es esclavo de sí mismo, de sus instintos materiales, de sus pasiones feroces, tiranos más absolutos, dueños más fantásticos, que todos cuantos ha derrocado antes de caer bajo el imperio de la fatalidad.

Seguimos hablando así todavía mucho tiempo.

Me dió á conocer los grandes misterios de la fé pitagórica, platónica y cristiana, cuya esencia le parecía el fondo de la verdad eterna, pero verdad progresiva, según él rodeada aún de espesas nubes que la inteligencia humana debía ir rasgando una á una hasta la última. Esforzóse en reunir todos los elementos sobre los cuales fundaba su fé en Dios y en la perfección. Decía: primero que la grandeza y hermosura del universo, accesible á los cálculos y á las observaciones de la ciencia humana, nos mostraban en el Creador el orden, la sabiduría y la ciencia omnipotente: segundo, que la necesidad que experimentan los hombres de establecerse en sociedad y de establecer entre sí relaciones simpáticas, de religión común y de protección mútua probaba en el legislador universal el espíritu de soberana justicia: que los impulsos continuos del corazón del hombre hácia lo ideal probaban el amor infinito del Padre común, profusamente difundido en la gran familia humana y manifestado á cada alma en particular en el santuario de su conciencia. De todo ello deducía tres clases de deberes para el hombre. El primero aplicado á la naturaleza exterior consistía en la obligación de instruirse en las ciencias á fin de perfeccionar el mundo físico. El segundo aplicado á la vida social era el deber de respetar ó establecer instituciones libremente aceptadas por la familia humana y favorables á su desarrollo. El tercero aplicable á la vida interior del individuo consistía en perfeccionarse á sí mismo en vista de la perfección divina y buscar sin cesar para sí y para los otros las vías de la verdad, de la sabiduría y de la virtud.

Estas conversaciones y lecciones fueron tan lar-

gas como la narracion que las ha motivado. Duraron muchos dias y de tal modo nos entretenian uno y al otro que apenas dormiamos el tiempo necesario. Mi maestro parecia recobrar su fuerza viril instruyéndome; no se recordaba de sus padecimientos y á mi mismo me los habia hecho olvidar; me leia su libro y al propio tiempo me lo explicaba; era una extraña obra de sublime sencillez y enchida de magnanimidad; su forma no era metódica. El padre Alejo contesaba no haber tenido tiempo para reasumirse y haber escrito mas bien como Montaigne, dia por dia una série de ensayos, donde expresaba lisa y llanamente ya los momentos de tristeza y desaliento que le habian acosado, ya los fervores religiosos bajo cuyo imperio se habia encontrado. «He comprendido decia él que yo no era capaz de escribir una gran obra para mis contemporáneos, tal cuál la habia soñado en mis dias de noble pero ciega ambicion. Entonces conformándose mis deseos con la humildad de mi situacion y mis esperanzas á la debilidad de mi sér, pensé en difundir mi corazon entero en estas páginas á fin de formar un discípulo que comprendiendo bien los deseos y las necesidades del alma consagrarse su inteligencia á buscar el alivio y la satisfaccion de esas aspiraciones, de esas necesidades, cuya importancia tarde ó temprano, conocerán los hombres, cuando pasen las agitaciones políticas. Expresion lastimera de la triste época en que me ha arrojado la suerte, no puedo hacer mas que despedir un grito de angustia á fin de que me devuelvan lo que me han quitado, una fé, un dogma y un culto. Se que nadie puede responder á mis ayes y que voy á morir fuera del templo, fuera de

turbacion y de espanto, pudiendo llevar como único mérito á los piés del juez supremo el obstinado combate de mis sentimientos religiosos contra la accion disolvente de un siglo sin religion, pero confio y espero porque cuánto mas sufre por mi ignorancia, tanto mayor horror tengo á la nada y tanto mas siento que mi alma tiene sagrados derechos á esa celeste herencia por la cual abrigo insaciables deseos.....

Hacia tres noches que estas conferencias duraban y apesar del poderoso interés que á ellas me encadenaba, se apoderó repentinamente de mí una postracion tal, que dormitaba cerca de la cama de mi maestro, mientras él seguia hablando en la oscuridad pues todo el aceite de la lámpara se habia consumido y la aurora no asomaba aún por el horizonte. Al cabo de algunos instantes desperté sobresaltado. Alejo articulaba sonidos y parecia hablar consigo mismo: hice esfuerzos increíbles para escucharle y resistir al sueño; sus palabras eran ininteligibles y venciéndome la fatiga dormime de nuevo con la cabeza apoyada en su cama. Entonces en mi sueño, oí una voz dulce y armoniosa que parecia continuar el discurso de mi maestro; yo le escuchaba sin despertar y sin comprenderle; por fin sentí un refrigerante soplo en la cabeza y la voz me dijo: «*Angel, Angel, la hora ha llegado.*» Imaginéme que mi maestro espiraba y haciendo un gran esfuerzo despertéme y extendí las manos hácia él; las suyas estaban calientes y su normal respiracion anunciaba un apacible reposo; levantéme entonces para encender la luz, pero creí sentir el roce de un sér de naturaleza indefinible que colocándose delante de mí

se oponía á mis movimientos. No tuve miedo y le dije con voz segura:

—¿Quién eres tú y que quieres; eres acaso el que nosotros amamos, tienes algo que mandarme?

—Angel, contestó la voz, el manuscrito está debajo de la piedra y el corazón de tu maestro estará atormentado hasta que haya cumplido la voluntad de aquél.....

Aquí se perdió la voz, no oí ruido alguno en el aposento mas que la débil é igual respiración del padre Alejo. Encendí la luz, me aseguré de que dormía, de que estábamos solos, de que todas las puertas estaban cerradas y..... sentéme inquieto y dudando. Luego al cabo de unos instantes me determiné. Cogí la luz, salí de la celda sin ruido, quité una barra de acero á una de las máquinas del observatorio y bajé á la iglesia.

¿Cómo yo, tan joven, tan tímido y tan supersticioso hasta aquel día, tuve voluntad y valor para emprender solo semejante cosa? Me es imposible explicarlo. Únicamente sé que mi espíritu en aquellos momentos centuplicó sus fuerzas, bien porque se hallase bajo el dominio de una exaltación estraña, bien que obedeciese inconscientemente á un poder superior. Lo cierto es que atacué sin temblar la piedra del *Hic est* y que la levanté sin gran esfuerzo. Bajé al sepulcro y encontré el ataúd de plomo en su nicho de mármol negro. Ayudado de palanca y de cuchillo conseguí desoldar sin trabajo una parte de él y dirigiendo mis pesquisas hácia el pecho, encontré harapos de ropa que levanté y que se enroscaron alrededor de mis dedos como telas de araña. Después deslizándome mi mano hasta el sitio do había

latido aquel noble corazón sentí sin estremecerme el frío de sus huesos. No estando ya sostenido el paquete de pergamino por las ropas, rodó al fondo del féretro: saquélo y cerrando apresuradamente el sepulcro, volvíme al lado de mi maestro y deposité el manuscrito en sus rodillas. Apoderóse entonces de mí un gran temblor y estuve á pique de perder el conocimiento, pero pudo mas mi curiosidad porque Alejo desplegaba el manuscrito con mano firme y apresurada. ¡*Hic est veritas!* exclamó dirigiendo sus miradas á la divisa favorita de Hebronius que servía de epígrafe á este escrito. ¿Qué veo, Angel, daré crédito á mis ojos? Toma, mira tú mismo, me parece que soy presa de alguna alucinación.

Miré con él: era uno de esos hermosos manuscritos del siglo décimo tercio escrito sobre pergamino con una limpieza y una elegancia que no puede alcanzar la imprenta; trabajo manual, humilde y pacientísimo de algún oscuro monje; mas cual sería mi sorpresa y la consternación de mi maestro Alejo al ver que el tal manuscrito era el libro de los Evangelios según el apóstol san Juan.

Hemos sido engañados, dijo Alejo, aquí ha tenido lugar una sustitución, Fulgencio habrá dejado burlar su vigilancia durante los funerales de su maestro ó bien Donaciano ha sorprendido el secreto de nuestras conversaciones y ha sustraído el libro poniendo en su lugar la palabra de Cristo sin notas, ni comentarios.—Esperad, padre mío, dije, después de examinar atentamente el manuscrito, es documento raro y muy precioso. Es de la propia mano del célebre abad Joaquín de Flore, monje cisterciense de la Calabria... su firma lo atestigüa.

—Sí, dijo Alejo, volviendo á tomar el manuscrito y mirándolo detenidamente, es del que llamaban el *hombre vestido de lino*, el que consideraban inspirado como un profeta, el Mesías del nuevo Evangelio á principios del siglo trece. No se que profunda emoción embarga mi sér á la vista de estos caracteres. ¡Oh, amante de la verdad, muchas veces he encontrado la huella de tus pasos en mi propio camino! Pero mira, Angel, nada debe de escapar aquí á nuestra observación porque á buen seguro no es sin objeto que este precioso ejemplar ha servido de mortaja al corazón de Hebrónius. ¿Ves estos caracteres trazados con letras mas grandes y mas elegantes que el resto del texto?

—Y tambien están señalados con un color particular; tal vez estos no sean lo únicos; veamos padre mio.

Hojeamos el Evangelio de san Juan y encontramos en aquella obra maestra de caligrafía del abad Joaquin tres pasajes escritos con caracteres mayores, mas adornados y con diferente tinta, como si el copista hubiese querido hacer meditar al comentador sobre aquellos pasajes decisivos. El primero, escrito con letras de hermoso azul celeste era el que encabezaba tan grandiosamente el Evangelio del apóstol amado.

«EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO, Y EL VERBO ERA CON DIOS, Y EL VERBO ERA DIOS. TODAS LAS COSAS FUERON HECHAS POR EL, Y NADA DE LO QUE FUE HECHO SE HIZO SIN EL. EN ÉL ESTABA LA VIDA, Y LA VIDA ERA LA LUZ DE LOS HOMBRES, Y LA LUZ EN LAS TINIEBLAS RESPLANDECE; MAS LAS TINIE-

BLAS NO LA COMPRENDIERON. ERA LA LUZ VERDADERA QUE ALUMBRA A TODO HOMBRE QUE VIENE A ESTE MUNDO.»

En el segundo pasaje estaba escrito en letras de brillante pintura, decia así:

«MUGER, CREEME, VIENE LA HORA EN QUE NI EN LA MONTAÑA NI EN JERUSALEN ADORAREIS AL PADRE; MAS VIENE LA HORA EN QUE LOS VERDADEROS ADORADORES ADORARÁN AL PADRE EN ESPÍRITU Y VERDAD.»

Y el tercero escrito con letras de oro, era el que dice así:

«Y ESTA ES LA VIDA ETERNA. QUE TE CONOZCAN Á TÍ SOLO DIOS VERDADERO Y Á JESUCRISTO A QUIEN ENVIARE.»

Un cuarto pasaje estaba aún señalado, pero únicamente por el tamaño de los caracteres. Era este del capítulo décimo.

«JESÚS LES RESPONDIÓ: MUCHAS BUENAS OBRAS OS HE MOSTRADO DE MI PADRE, POR CUAL DE ELLAS ME APEDREAIS?—LOS JUDIOS LE RESPONDIERON: NO TE APEDREAMOS POR LA BUENA OBRA, SINÓ POR LA BLASFEMIA: Y PORQUE TÚ, SIENDO HOMBRE, TE HACES DIOS A TÍ MISMO.—JESÚS LES RESPONDIÓ: ¿NO ESTA ESCRITO EN VUESTRA LEY: «Yo dije, Dioses sois»? PUES SI LLAMO DIOS A AQUELLOS A QUIENES VIÑO LA PALABRA DE DIOS, Y LA ESCRITURA NO PUEDE FALTAR; ¿A MI, QUE EL PADRE SANTIFICÓ Y ENVIÓ AL MUNDO, VOSOTROS DECIS QUE BLASFEMO, PORQUE HE DICHO: SOY HIJO DE DIOS?

¡Angel! exclamó Alejo, ¿cómo no ha llamado la

atención de los cristianos, este pasaje cuando han concebido la idea idolátrica de hacer de Jesucristo un Dios todopoderoso, un miembro de la santísima Trinidad? ¿No se ha explicado el mismo Cristo sobre esa misma divinidad; no ha rechazado esta idea como una blasfemia? ¡Oh! sí, nos lo ha dicho este hombre divino, todos somos dioses, todos somos hijos de Dios, en el sentido en que san Juan lo entendía al esponer el dogma en el principio de su Evangelio: «A todos cuantos han recibido la palabra (el logos divino) ha dado el derecho de ser instituidos hijos de Dios.» Sí, el verbo es Dios; la revelacion es Dios; es la verdad divina manifestada y el hombre es Dios en el sentido de ser el hijo de Dios y una manifestacion de la divinidad; pero es una manifestacion finita y Dios solo es la Trinidad infinita, Dios estaba en Jesús; el verbo hablaba por Jesús, pero Jesús no era el Verbo.

Pero tenemos que examinar otros tesoros, Angel, pues hé aquí tres manuscritos en lugar de uno; modera el ardor de tu curiosidad como domino la mia. Procedamos con orden y examinemos el segundo, antes de ver el tercero. El orden por el cual ha colocado Espiridion estos tres manuscritos bajo una misma cubierta debe ser sagrado para nosotros y significa indudablemente el progreso, el desarrollo y el complemento de su idea.

Desenrollamos el segundo manuscrito. No era menos precioso, ni menos curioso que el primero. Era un libro perdido durante siglos, desconocido por las generaciones que nos separaban de su aparicion en el mundo. Aquel libro perseguido por la Universidad de París, tolerado al principio, conde-

nado despues y entregado á las llamas por la Santa Sede en 1260: era la famosa *Introduccion al Evangelio eterno*, escrito de la propia mano del autor, el célebre Juan de Parma, general de los franciscanos y discipulo de Joaquín de Flore. Al presentarse á nuestra vista este documento de heregia, apoderóse de Alejo y de mí un escalofrio involuntario. Aquel egemplar, probablemente único en el mundo, estaba en nuestras manos y qué es lo que nos iba á enseñar?; con que estrañeza leímos el sumario escrito en la primera página!

«La religion tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad. El reinado del Padre ha durado mientras fué la ley mosaica. El reinado del Hijo, es decir la religion cristiana, no debe durar siempre. Los sacramentos y ceremonias de que se rodea esta religion, no serán eternos. Tiempo llegará en que cesen estos misterios y entonces empezará la religion del Espiritu Santo, en la que los hombres no necesitarán ya de sacramentos y rendirán al Sér Supremo un culto puramente espiritual. El reinado del Espiritu Santo ha sido predicho por san Juan y ese reinado es el que va á suceder á la religion cristiana, como la religion cristiana sucedió á la ley de Moisés.»

¡Cómo! exclamó Alejo, ¿es en este sentido que deben entenderse las palabras de Jesús á la Samaritana: *Mujer, créeme, viene la hora en que ni en la montaña ni en Jerusalem adorareis al Padre, sino que le adorareis en Espíritu y en verdad.*

Sí, la doctrina del Evangelio eterno! esa doctrina de libertad, igualdad y fraternidad que separa Gregorio VII de Lutero, así lo ha comprendido.

Pues bien, esa época es muy grande; despues de haber llenado el mundo fecunda aún el pensamiento de todos los grandes herejes, de todas las sectas perseguidas hasta nuestros días. Condenada, destruída, vive y se desarrolla esa obra en todos los hombres pensadores que ha producido y desde las cenizas de su hoguera, el Evangelio eterno chispea é ilumina las generaciones. ¡Wiclef, Juan Huss, Gerónimo de Praga, Lutero, habeis nacido de esa hoguera, habeis sido incubados bajo esa ceniza gloriosa, y tú mismo Bossuet, protestante mal disfrazado, último obispo; y tú tambien Espiridion, último apóstol y nosotros tambien los postreros frailes! ¿Pero cuál fué el pensamiento predominante de Espiridion con respecto á esa revelacion del siglo trece? El discípulo de Lutero y de Bossuet ¿volvióse hácia lo pasado para abrazar la doctrina de Amaury, de Joaquin de Flore y de Juan de Parma?

—Abrid el tercer manuscrito, padre mio; sin duda será la llave de los otros dos.

Efectivamente, el tercer manuscrito era obra del abad Espiridion, y Alejo que habia visto amenudo textos sagrados copiados de su mano é incluidos entre los de Fulgencio, reconoció enseguida la autenticidad de este escrito. Era muy corto y se reducía á estos cuantos renglones:

«Jesús (vision adorable) se me ha aparecido y me ha dicho:—De los cuatro Evangelios el mas divino, el menos plagado de formas humanas en el momento en que cumplí mi mision es el Evangelio de Juan, de aquél en cuyo seno me apoyé durante la pasion, de aquél á quien en la cruz recomendé á mi madre. A este último te atenderás: los otros tres,

escritos bajo inspiracion terrestre para el tiempo en que han sido escritos, llenos de amenazas, anatemas ó restricciones sacerdotales en el seno del antiguo mosaismo, serán para tí como si no existiesen, ¿obedecerás?

Y yo, Espiridion, servidor de Dios, he contestado: obedeceré.

Jesús me dijo entonces: Cristiano, en tu vida pasada, pertenecerás pues á la escuela de Juan.

Y cuando Jesús me hubo dicho aquellas palabras, sentí como efectuarse una vision divina en todo mi sér. Parecióme morir. No era ya cristiano; pero pronto sentíme renacerme y ser mas cristiano que nunca, porque el cristianismo me habia sido revelado y oí una voz que decia á mis oídos, aquel versículo del décimo séptimo capítulo del único Evangelio: *y ésta es la vida eterna: que te conozcan á tí solo Dios verdadero y á Jesucristo á quién enviaste.*

Entonces me dijo Jesús:

Recojerás á través de los siglos la tradicion de tu escuela.

Y acordéme entonces de cuánto habia leído en otro tiempo sobre la escuela de san Juan y los que amenudo habia apellidado herejes se me presentaron como verdaderos vivientes.

Jesús añadió:

Peró borrarás y tacharás con cuidado los errores del espíritu profético para no conservar mas que la profecía.

La vision habia desaparecido, pero sentíala contumarse secretamente en mí.

Corrí hácia mis libros y la primera obra que

vino á mis manos, fué un manuscrito del Evangelio de san Juan, hecho por Joaquin de Flore; el segundo fué la *Introduccion al Evangelio eterno de Juan de Parma*.

Si, el Evangelio de san Juan, y lei la Introduccion de Juan de Parma sufriendo y gimiendo. Cuando concluí de leer, lo único que quedó fijo en mi imaginacion fué la siguiente frase:

La religion tiene tres épocas, como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

Todo lo demás se habia borrado de mi espíritu; pero aquellas palabras brillaban en mi inteligencia como faro resplandeciente é inextinguible.

Aparecióme entonces Jesús nuevamente y dijo:

La religion tiene tres épocas como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

Yo contesté: así sea.

Jesús repuso:

El cristianismo ha tenido tres épocas y las tres épocas se han cumplido.

Y desapareció y oí pasar sucesivamente ante mí (vision adorable) á san Pedro, san Juan y san Pablo.

Detrás de san Pedro, estaba el gran papa Gregorio VII; detrás de san Juan, Joaquin de Flore, el san Juan del siglo décimo tercio; detrás de san Pablo, estaba Lutero.

Perdí los sentidos.

Mas léjos despues de un intervalo, habia escrito de la mismo mano:

El cristianismo debia tener tres épocas y las tres épocas se han cumplido. Así como la Trinidad

divina tiene tres fases, la concepcion que el espíritu humano ha tenido de esa misma Trinidad en el cristianismo debia tener tres fases sucesivas. La primera que corresponde á san Pedro, encierra el periodo de la creacion y el desarrollo gerárquico y militante de la Iglesia hasta Hildebrando, el san Pedro del siglo décimo; el segundo que corresponde á san Juan, abraza el periodo desde Abelardo hasta Lutero; el tercero que corresponde á san Pablo, comienza en Lutero y acaba en Bossuet. Este es el reinado de la libertad de exámen y del conocimiento, como el anterior era el de amor y del sentimiento, como el que le precedió fué el de la sensacion y de la actividad. Allí acabó el cristianismo y allí comienza la era de una nueva religion. No busquemos pues la verdad absoluta en la aplicacion literal de los Evangelios, sino en el desarrollo de toda la humanidad anterior á nosotros. El dogma de la Trinidad es la religion eterna; la verdadera comprension de ese dogma es eternamente progresiva. Nosotros pasaremos por esas tres fases de manifestaciones de la actividad, del amor y de la ciencia, que son los tres principios de nuestra esencia misma, pues que estos son los tres principios divinos que el hombre recibe al venir al mundo, como hijo de Dios y cuánto mas consigamos manifestarnos simultáneamente bajo esas tres fases, mas nos acercaremos á la perfeccion divina. ¡Hombres del porvenir á vosotros es á quienes toca realizar esta profecía! Será obra de una nueva revelacion de una nueva religion, de una nueva humanidad. Esta religion no abjurará el espíritu del cristianismo, pero lo despojará de sus fórmulas, será lo que la hija es á la madre cuando la una se inclina hacia la

tumba y la otra se halla en la plenitud de la vida. Esa religion, hija del Evangelio, no renegará de su madre; por el contrario, continuará su obra, y lo que su madre no ha podido comprender, lo explicará ella, lo que su madre no ha osado, lo osará ella, lo que su madre no ha hecho mas que empezar, lo acabará ella. Esta es la verdadera profecía que bajo un velo de luto se apareció al gran Bossuet en su hora postrera. Trinidad divina, recibe el sér que has iluminado con tu luz, abrasado con tu amor y creado de tu misma sustancia; tu servidor, *Espiridion*.»

Alejo dobló el manuscrito, colocóselo en el pecho, cruzó las manos encima de él y quedó sumido en profunda meditacion. Su frente reflejaba gran serenidad; permaneci á su lado inmóvil, atento, copiando todos sus movimientos, tratando de penetrar, por la expresion de su fisonomía, los pensamientos que agitaban su alma. De pronto, de sus ojos se desprendieron gruesas lágrimas que inundaron sus marchitadas mejillas, como bienhechora lluvia sobre agostado erial.

--¡Soy feliz! me dijo arrojándose en mi seno. ¡Oh mi vida, mi triste vida! Ya no siento tantos dolores ni fatigas pues se me ha proporcionado este instante de inefable luz, de certeza y de caridad. ¡Caridad divina! te comprendo al fin, ¡lógica suprema! no podías fallar. Espiridion, dulce amigo mio, bien lo sabías tú cuando me decias: ¡Ama y comprenderás! ¡Oh! frívola ciencia mia, ¡oh! inútil erudicion, no me habeis ilustrado sobre el verdadero sentido de las Escrituras! Solo despues de haber comprendido la amistad, por ella la caridad y el entusiasmo de la fraternidad humana, me he halla-

do en estado de comprender la palabra de Dios. Angel, déjame estos manuscritos durante las pocas horas que he de pasar á tu lado y cuando ya no exista no los sepultes conmigo; ha llegado la hora de que la verdad no debe dormir en los sepulcros, sino brillar á la luz del sol y remover el corazon de los hombres de buena voluntad. Volverás á leer estos Evangelios, hijo mio, y comentándolos aprenderás la historia; tu cerebro que he llenado de hechos, de textos y de fórmulas, es como un libro que encierra en sí la vida sin tener conocimiento de ello; así es como he apergaminado mi propia inteligencia durante treinta años. El que todo lo ha leído, todo lo ha examinado sin comprender cosa alguna es el mas necio de los necios, al paso que aquel que, sin saber leer ha comprendido la sabiduría divina, es el sábio mayor de la tierra. Ahora recibe mi despedida, hijo mio, y prepárate á dejar el claustro y á volver á la vida:

—¿Qué decis, exclamé; dejaros, volver al mundo? ¿Es esa vuestra amistad, son esos vuestros consejos?

—Angel, bien comprendes que la suerte está echada. Nuestra raza ha terminado y á decir verdad, Espiridion ha sido el último fraile. ¡Oh! infortunado maestro, añadió levantando los ojos al cielo, tambien tú has sufrido mucho y tu padecimiento lo han ignorado los hombres, pero Dios te ha reconocido en expiacion de tus sublimes errores y te ha enviado en tus últimos instantes el instinto profético que te ha consolado porque tu gran corazon ha olvidado sin duda sus propios padecimientos al ver el porvenir de la raza humana encaminada con

su fé hacia el ideal; así pues he alcanzado el mismo resultado que tú; cuando tú solo hayas dedicado tu vida á estudios teológicos y la mia haya abrazado un círculo mas dilatado de conocimientos, hemos sacado la misma conclusion y es que lo pasado ha terminado ya y no debemos poner trabas ni obstáculos al porvenir, es que nuestra caída es tan necesaria y mas lo que ha sido nuestra existencia; es que no debemos renegar la una ni maldecir la otra. ¡Oh! Espiridion, en la oscuridad sombría de tu claustro y en el secreto de tus meditaciones has sido mas grande que tu maestro, porque este ha muerto lanzando un grito de desesperacion, creyendo que el mundo iba á desplomarse sobre él y tú te has dormido en la paz del Señor, lleno de divina esperanza en el porvenir de la raza humana. ¡Oh! sí, te amo mas que á Bossuet, porque tú no has maldecido tu siglo y has abjurado noblemente una larga série de ilusiones, de incertidumbres, de sublimes esfuerzos de una alma ardentemente prendada de la perfeccion. Bendito y glorificado seas: el reino de los cielos pertenece á aquellos cuyo espíritu es tan vasto como sencillo su corazón.

Cuando hubo hablado así, colocó las manos encima de mi cabeza y me dió la bendicion; despues levantándose, me dijo:

—Vamos, ya sabes que la hora ha llegado.

—¿Qué hora, repuse; qué pretendéis hacer? Estas palabras han herido ya mis oidos esta noche y creía ser el único que las habia oido; decidme maestro, que significan?

Estas palabras las he oido tambien yo, respondió él, pues mientras bajabas á la tumba de nues-

tro maestro, yo he tenido aquí una larga conversacion con él.

¿Le habeis visto? le pregunté.

No lo he visto nunca de noche y sí solo de dia á la claridad del sol; jamás le he visto y oido al mismo tiempo; me habla por la noche y le veo de dia. Esta noche me ha explicado lo que acabamos de leer y mas aún, y si te ha mandado exhumar el manuscrito ha sido con el objeto de que nunca la duda royera tu alma acerca de que los hombres de este siglo llamarian visiones y delirios.

Delirios celestes, exclamé, que me harian odiar la razon si ella pudiese anonadar su efecto; pero no temais padre mio; vivirá por siempre jamás en mi corazón la memoria sagrada de estos dias de entusiasmo.

—Ahora ven, dijo Alejo, andando por su celda con seguro paso y enderezando su quebrantado cuerpo con la agilidad de un jóven.

—Pues qué, andais, estais curado le dije: esto es nuevo prodigio.

Solo la voluntad es un prodigio, contestó, y es el poder divino quien la cumple en nosotros. Sígueme, quiero volver á ver el sol, las palmeras, los muros de este monasterio, la tumba de Espiridion y de Fulgencio; estoy poseido de una alegría infantil, mi alma rebosa. Es preciso que abrace esta tierra de dolores y esperanzas en la cual las lágrimas son fecundas y que no en vano han ahondado nuestras rodillas fatigadas de rezos.

Bajamos para trasladarnos al jardín y al pasar por el comedor donde estaban reunidos los frailes se detuvo un instante y arrojó sobre ellos una mirada

de compasion. Al ver de pié delante de ellos á aquel Alejo que creian moribundo, sobrecogióles gran temor y uno de los conversos que les servia y que se hallaba cerca de la puerta, murmuró estas palabras:

«Los muertos resucitan: esto es presagio de una gran desgracia.»

—Sí, sin duda, respondió Alejo, entrando en el comedor por una súbita resolución. Sí, una gran desgracia os amenaza. Y hablando en voz alta con un semblante animado con la energía de la juventud y centelleando los ojos con el fuego de la inspiración: Hermanos, dijo, dejad la mesa, no acabeis vuestro pan, rasgad vuestros vestidos, abandonad esta mansión que el rayo conmueve ó bien preparaos á morir.

Los frailes asustados y consternados se levantaron todos á una, como si esperasen ver algun fenómeno. El prior les mandó que volviesen á sentarse.

—¿No veis, les dijo, qué este anciano delira? Angel, acompañadle otra vez á su lecho y no le deis salir de su celda; os lo mando.

—Hermano, nada tienes que mandarme aquí, repuso Alejo con la calma de la fuerza. Tú no eres el jefe, tú no eres manje, tú no eres nada. Es preciso huir, te digo tu hora, y la de todos nosotros ha llegado ya.

Los religiosos se agitaron otra vez. Donaciano los contuvo nuevamente y temiendo alguna escena violenta, les dijo:

—Estad tranquilos y dejadle hablar; vereis como sus ideas están turbadas por la calentura.

—¡Oh! frailes, dijo Alejo suspirando, vosotros sois los que os hallais perturbados por la fiebre: vosotros, raza en otro tiempo sublime, hoy día abyecta: vosotros, que habeis engendrado espiritualmente tantos doctores y profetas que la Iglesia ha perseguido y condenado á las llamas! Vosotros, que habeis comprendido el Evangelio que habeis intentado valerosamente practicar. ¡Oh! vosotros, discípulos del Evangelio eterno, padres espirituales del gran Amaury, de David de Dinan, de Pedro Valdo, de Segarel, de Dulcios, de Eon de la Estrella, de Pedro de Bruys, de Lollard, de Wiclef, de Juan Huss, de Gerónimo de Praga, y finalmente de Lutero.

¡Monjes que habeis comprendido la igualdad, la fraternidad, la comunidad, la caridad y la libertad, ¡monjes que habeis proclamado las verdades eternas que el porvenir debe comprender y practicar y que ahora nada producís, ni podeis ya comprender. Ya os habeis ocultado bastante tiempo bajo el manto de san Pedro; Pedro no puede protegeros ya; es en vano que hayais hecho paces con los pontífices y sometidos á los poderosos de la tierra; estos nada pueden tampoco en favor vuestro. Acércase el reinado del Evangelio eterno y vosotros no sois sus discípulos y en lugar de marchar á la cabeza de los pueblos levantados para aniquilar las tiranías vais á ser abatidos y exterminados como los pedestales de esa misma tiranía. Huid, os digo, solo una hora os queda, quizá menos; romped vuestros hábitos y ocultáos en las espesuras de los bosques, en las cuevas de la montaña: háse desplegado la bandera del verdadero Cristo y su sombra os rodea ya.

—¡Profetiza! exclamaron algunos monjes pálidos y trémulos.

—¡Blasfema, apóstata! clamaron indignados algunos otros.

—¡Qué se le saque de aquí, que se le encierre, gritó el prior trastornado y temblando de rabia.

Sin embargo nadie se atrevió á tocar á Alejo. Parecía estar protegido por un ángel invisible. Cogió mi brazo, pues se le figuraba que yo no andaba bastante deprisa y saliendo del refectorio me arrastró hácia las palmeras. Contempló un rato con fruicion el mar y las montañas; despues volviéndose hácia el norte me dijo:

—Vienen, vienen con la rapidez del rayo.

—¿Quién, padre mio?

Los terribles vengadores de la libertad ultrajada: tal vez las represalias serán insensatas. Mas ¿quién puede sentirse investido de semejante mision y guardar la calma de la justicia? Los tiempos han madurado; es preciso que el fruto caiga, ¿qué importan algunos tallos de yerba hollados?

—¿Hablais de los enemigos de nuestro país?

Hablo de relucientes espadas colocadas en manos del Dios de los ejércitos; se acercan: el Espiritu me lo ha revelado y éste es el último de mis dias, como dicen los hombres, pero no muero, no te dejes, Angel, tú lo sabes.

—¿Vais á morir?, exclamé, agarrándome á su brazo con indefinible angustia; ¡oh! no digais que vais á morir, se me parece que empiezo á vivir hoy.

Tal es la ley providencial de la sucesion de los séres y de las cosas, repuso. ¡Oh! hijo mio, adoremos

al Dios infinito, ¡oh! Espiridion, no te suplico que te aparezcas á mí en este dia, ábrese ante mis ojos un mundo en el cual tu forma humana no es necesaria á mi certidumbre; tú estás conmigo, tú resides en mí. No hay necesidad que la arena cruja bajo tus piés para que yo halle tu huella en mi camino. No, no mas visiones, no mas prestigios, no mas sueños extáticos. Los muertos viven en nosotros, como decia Espiridion á Fulgencio; nuestro cariño los resucita y los pone en pugna con nuestra conciencia, cuando esa misma conciencia nuestra, incierta, y esa sabiduria incompleta, rechazan la luz que hubiéramos debido hallar en ellos...

En aquel momento un lejano rumor vino á retumbar como un debilitado eco en la falda de las montañas y el mar lo repitió á lo léjos con sonido mas imperceptible aún.

—¿Qué es esto, padre mio? pregunté á Alejo, que escuchaba sonriéndose.

—¿Es el cañon, repuso él, es el vuelo de la conquista que se dirige hácia nosotros.

Despues se puso á escuchar: oíase un regularizado estampido. Esto no es combate añadió, es un himno de victoria, hánnos conquistado: la Italia no existe ya.

No se acongoje tu corazon por la idea de haber perdido tu pátria; no es hoy que Italia ha dejado de ser; lo que acaba de hundirse es la Iglesia de los papas.

No roguemos por los vencidos: Dios sabe lo que hace y los vencedores lo ignoran.

Entramos en la iglesia. Donaciano seguido de algunos frailes se dirigió precipitadamente hácia

nosotros; tenia el semblante desencajado por el miedo.

—¿Sabeis lo que pasa? nos dijo, ¿oís el cañon? Se están batiendo.

—Se han batido, repuso friamente Alejo.

—¿Quién os lo ha dicho? exclamaron todos; ¿teneis alguna noticia, podeis comunicarnos algo? No son mas que congeturas mias, contestó tranquilamente; pero os aconsejo que huyais ó que prepareis un gran convite para los huéspedes que os van á llegar.....

Y enseguida, sin dejar que le dirigiesen mas preguntas, les volvió la espalda y se internó en la iglesia. Apenas habiamos andado cuando se oyeron confusos gritos. Eran una especie de cantos de triunfo y de entusiasmo junto con imprecaciones y amenazas. Ningun grito de terror ó defensa contestó á aquellas extrañas voces. Todos los habitantes del país habian huido al acercarse el vencedor, como bandada de timidas avecillas al aproximarse el milano. Era un destacamento de soldados franceses enviados á merodear: errando por las montañas habian descubierto las cúpulas del convento y dirigiéndose hácia esa presa atrevesaron avenidas y torrentes con esa espantosa rapidez que solo en sueños vemos. Descendian hácia nosotros como un alud. En un instante quedaron las puertas hechas añicos y los claustros se llenaron de soldados ébrios que hacian resonar las bóvedas con ronco y terrible canto, del cual entre otras palabras hirieron mi oido las siguientes:

Libertad, libertad adorada,
Combate con tus defensores.....

Ignoro lo que acaeció en el convento. Oí á lo largo de las paredes exteriores del convento pasos precipitados que parecian querer hundir los mármoles del pavimento en su fuga llena de espanto. Hubo sin duda un gran pillage, violencias, una espantosa orgia..... Alejo de rodillas encima de la piedra del *Hic est* parecia estar sordo á todos aquellos ruidos. Absorto en sus pensamientos parecia una estatua sepulcral.

De pronto abrióse estrepitosamente la puerta de la sacristia; adelantóse un soldado con desconfianza, luego creyéndose solo corrió hácia el altar, rompió la cerraja del tabernáculo con la punta de su bayoneta y empezó á ocultar precipitadamente en su morral los viriles y los cálices de oro y plata. Viendo entonces Alejo que yo estaba conmovido, se volvió hácia mí y me dijo:

—Sométete, ha llegado la hora; la Providencia que me permite morir, te ordena que vivas.

En este momento entraron otros soldados y armaron pendencia con el que se les habia anticipado; injuriáronse y sin duda hubieran venido á las manos, si no les hubiese parecido precioso el tiempo para ocultar otros objetos antes que llegasen otros compañeros de pillage. Se apresuraron pues á llenar sus mochilas, morriones y bolsillos de cuanto en ellos cupo. Para mejor conseguirlo, rompieron con las culatas de sus fusiles, los relicarios, las cruces y candelabros. En medio de aquella destruccion que Alejo contemplaba impassible, el cristo del altar mayor, el desprendido de la cruz, cayó con gran estrepito. ¡Mirad! exclamó uno de los soldados, ahí teneis el descamisado Jesús que os saluda; soltaron

todos la risa y corriendo hácia la efigie vieron que no era mas que de madera dorada. Pisoteáronla con alegría burlona y brutal y uno de ellos cogiendo la cabeza de la estatua la tiró contra las columnas que nos protegían, viniendo á rodar á nuestros piés.

Alejo lleno de fé se levantó y dijo:

¡Oh, Cristo! pueden destruir tus altares y arrastrar tu imagen por el polvo. No es á tí, hijo de Dios á quien se dirijen estos ultrajes, por lo tanto los ves sin cólera ni dolor. Sabes que el estandarte de Roma, la enseñanza de la impostura y de la concupiscencia es lo que derriban y rasgan en nombre de esa libertad, que tú hubieras sido el primero en proclamar hoy dia, si la voluntad celestial te hubiese llamado á la tierra.

—¡Muera, muera ese fanático que nos injuria en su lengua! exclamó un soldado lanzándose hácia nosotros fusil en mano.

—¡Atraviésala con la bayoneta este viejo inquisidor! contestaron los demás siguiéndole.

Y uno de ellos atravesando de un bayonetazo el pecho de Alejo, gritó:

¡Abajo la inquisición!

Alejo se inclinó y se sostuvo en un brazo, mientras extendía el otro hácia mí para impedir que le defendiese. ¡Ay! ya aquellos insensatos se habían apoderado de mí y me ataban las manos.

Hijo mio, dijo con la serenidad de un mártir, nosotros mismos no somos ya mas que estatuas que destruyen, porque han dejado de representar las ideas que constituían su fuerza y su santidad. ¡Esto es obra de la Providencia! la mision de nuestros verdugos es sagrada, aunque ellos no lo comprendan.

Sin embargo, ellos lo han dicho y tú lo has oido: en nombre del *descamisado Jesús* profanan el santuario de la iglesia. Este es el principio del reinado del Evangelio eterno, profetizado por nuestros padres.

Dijo y cayó de bruces al suelo; otro soldado le dió un golpe en la cabeza y la piedra del *Hic est* quedó inundada de sangre.

¡Oh Espiridion! dijo con voz moribunda, se ha purificado tu tumba!

¡Oh, Angel, haz que este rastro de sangre sea fecundo! ¡Oh Dios mio, te amo, haz que los hombres te conozcan!

Y expiró. Entonces una figura radiante apareció á su lado y yo cai exánime.





UNAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
DEPARTAMENTO DE FÍSICA
FÍSICA GENERAL DEPARTAMENTO DE FÍSICA

EC